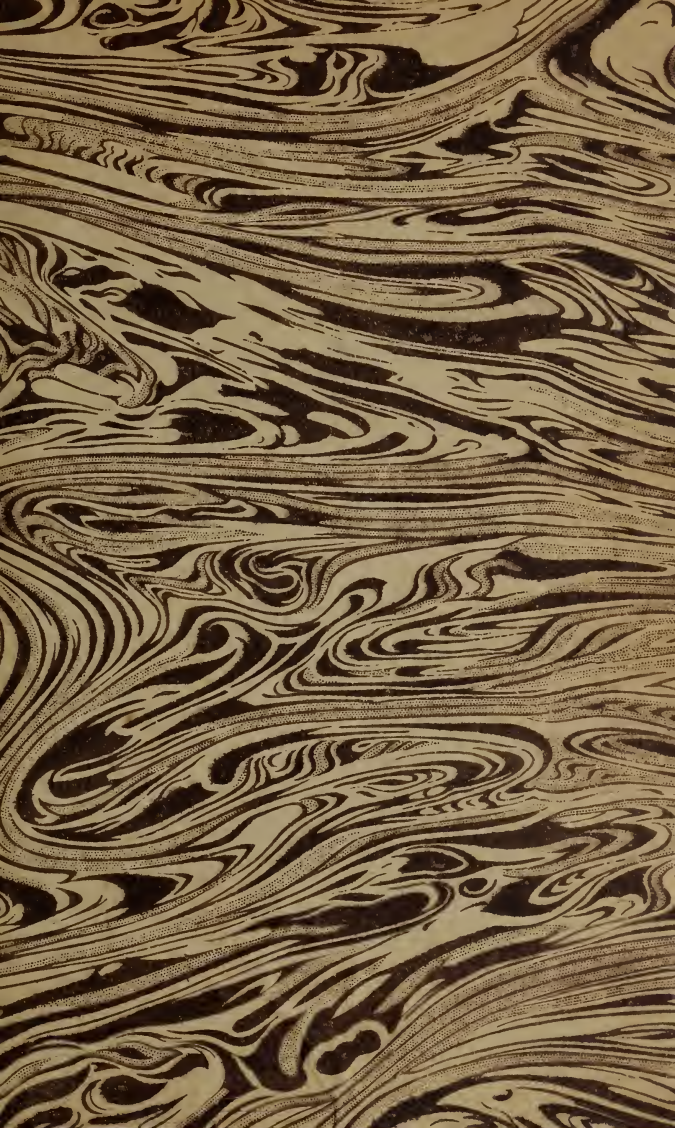






3 Vol.

HISTORIA VERDADERA

DE LA CONQUISTA

DE LA NUEVA ESPAÑA.

IMPRENTA DE A. EVERAT Y Ce,
Calle del Cuadrante, 16.

HISTORIA VERDADERA

DE LA CONQUISTA

DE LA NUEVA ESPAÑA,

ESCRITA

Por el Capitan Bernal Diaz del Castillo,

uno de sus conquistadores.

NUEVA EDICION CORREGIDA.

TOMO I.

PARIS,

LIBRERIA DE ROSA.

—

1837.

EL AUTOR.

Yo Bernal Diaz del Castillo, Regidor desta Ciudad de Santiago de Guatimala, Autor desta muy verdadera y clara Historia, la acabé de sacar á luz, que es desde el descubrimiento, y todas las Conquistas de la Nueva España, y como se tomó la gran Ciudad de México, y otras muchas ciudades, y hasta las haber traido de paz; é pobladas muchas ciudades é villas de Españoles, las enviamos á dar y entregar, como somos obligados, á nuestro Rey é Señor: en la qual Historia hallarán cosas muy notables, é dignas de saber: é tambien van declarados los borrones, é cosas

escritas viciosas en un libro de Francisco Lopez de Gomara, que no solamente va errado en lo que escribió de la Nueva España, sino que tambien hizo errar á dos famosos Historiadores que siguiéron su Historia, que se dicen el Doctor Illescas, y el Obispo Paulo Jobio; y á esta causa digo é afirmo, que lo que en este libro se contiene va muy verdadero, que como testigo de vista me hallé en todas las batallas é rencuentros de guerra: é no son cuentos viejos, ni Historias de Romanos de mas de setecientos años, porque á manera de decir, ayer pasó lo que verán en mi Historia, é como, é quando, é de qué manera; y dello erán buen testigo el muy esforzado é valeroso Capitan Don Hernando Cortés, Marqués del Valle, que hizo relacion en una carta que escribió de México al Serenísimo Emperador Don Cárlos V, de gloriosa memoria, é otra del Virrey Don Antonio de Mendoza, é por probanzas bastantes. Y demas desto, desque mi historia se vea, da-

rá fe é claridad dello; la qual se acabó de sacar en limpio de mis memorias é borradores en esta muy leal ciudad de Guatimala, donde reside la Real Audiencia, en veinte y seis dias del mes de Febrero de mil y quinientos y sesenta y ocho años. Tengo de acabar de escribir ciertas cosas que faltan, que aun no se han acabado : va en muchas partes testado, lo qual no se ha de leer. Pido por merced á los Señores Impresores que no quiten, ni añadan mas letras de las que aquí van, é suplan , etc.



HISTORIA VERDADERA

DE LOS SUCESOS DE LA CONQUISTA

DE LA NUEVA ESPAÑA.

CAPITULO PRIMERO.

En qué tiempo salí de Castilla, y lo que me acaeció.

En el año de mil y quinientos y catorce salí de Castilla en compañía del Gobernador Pedro Arias de Avila, que en aquella sazon le diéron la Gobernacion de Tierra Firme: y viniendo por la mar con buen tiempo, y otras veces con contrario, llegamos al nombre de Dios: y en aquel tiempo hubo pestilencia, de que se nos muriéron muchos soldados; y demas de esto todos los mas adolecimos, y se nos hacian unas malas llagas en las piernas: y tambien en aquel tiempo tuvo diferencias el mismo Gobernador con un hidalgo que en aquella sazon estaba por Capitan, y habia conquistado aquella Provincia, que se decia Vasco Nuñez de Balboa, hombre rico, con quien Pedro Arias de Avila casó en

1.

aquel tiempo una su hija doncella con el mismo Balboa: y despues que la hubo desposado, segun pareció, y sobre sospechas que tuvo que el yerno se le queria alzar con copia de soldados por la mar del Sur, por sentencia lo mandó degollar. Y desque vimos lo que dicho tengo, y otras revueltas entre Capitanes y soldados, y alcanzamos á saber que era nuevamente ganada la isla de Cuba, y que estaba en ella por Gobernador un hidalgo, que se decia Diego Velazquez, natural de Cuellar; acordamos ciertos hidalgos, y soldados, personas de calidad de los que habiamos venido con el Pedro Arias de Avila, de demandalle licencia para nos ir á la isla de Cuba, y él nos la dió de buena voluntad; porque no tenia necesidad de tantos soldados como los que truxo de Castilla para hacer guerra, porque no habia que conquistar, que todo estaba de paz; porque el Vasco Nuñez de Balboa, yerno del Pedro Arias de Avila habia conquistado, y la tierra de suyo es muy corta, y de poca gente. Y desque tuvimos la licencia, nos embarcamos en buen navío; y con buen tiempo llegamos á la isla de Cuba, y fuimos á besar las manos al Gobernador della, y nos mostró mucho amor, y prometió que nos daria Indios de los primeros que vacasen: y como se habian pasado ya tres años, ansi en lo que estuvimos en Tierra Firme, como lo que estuvimos en la isla de Cuba aguardando á que nos depositase algunos Indios como

nos habia prometido, y no habiamos hecho cosa ninguna que de contar sea, acordamos de nos juntar ciento y diez compañeros de los que habiamos venido de Tierra Firme, y de otros que en la Isla de Cuba no tenian Indios: y concertamos con un hidalgo, que se decia Francisco Hernandez de Córdoba, que era hombre rico, y tenia pueblos de Indios en aquella isla, para que fuese nuestro Capitan, y á nuestra ventura buscar y descubrir tierras nuevas, para en ellas emplear nuestras personas; y compramos tres navíos, los dos de buen porte, y el otro era un barco que hubimos del mismo Gobernador Diego Velazquez, fiado, con condicion, que primero que nos le diese nos habiamos de obligar todos los soldados que con aquellos tres navíos habiamos de ir á unas isletas que estan entre la isla de Cuba, y Honduras, que ahora se llaman las islas de los Guanajes, y que habiamos de ir de guerra, y cargar los navíos de Indios de aquellas islas para pagar con ellos el barco, para servirse dellos por esclavos. Y desque vimos los soldados que aquello que pedia el Diego Velazquez no era justo, le respondimos, que lo que decia no lo mandaba Dios, ni el Rey; que hiciesemos á los libres esclavos. Y desque vió nuestro intento, dixo, que era bueno el propósito que llevabamos en querer descubrir tierras nuevas, mejor que no el suyo: y entónces nos ayudó con cosas de bastimento para nuestro viage. Y des-

que nos vimos con tres navios, y matalotage de pan cazabe, que se hace de unas raices que llaman yucas, y compramos puercos, que nos costaban en aquel tiempo á tres pesos, porque en aquella sazon no habia en la isla de Cuba vacas, ni carneros, y con otros pobres mantenimientos, y con rescate de unas cuentas, que entre todos los soldados compramos, y buscamos tres pilotos, que el mas principal dellos, y el que regia nuestra armada se llamaba Anton de Alaminos, natural de Palos, y el otro piloto se decia Camacho de Triana, y el otro Juan Alvarez el Manquillo de Huelva; y asimismo recogimos los marineros que hubimos menester, y el mejor aparejo que pudimos de cables, y maromas, y anclas, y pipas de agua, y todas otras cosas convenientes para seguir nuestro viage, y todo esto á nuestra costa y minsion. Y despues que nos hubimos juntado los soldados, que fuéron ciento y diez, nos fuimos á un puerto, que se dice en la lengua de Cuba, Ajaruco, y es en la banda del Norte, y estaba ocho leguas de una villa que entónces tenian poblada, que se decia San Christóval, que desde dos años la pasaron adonde agora está poblada la dicha Habana. Y para que con buen fundamento fuese encaminada nuestra armada, hubimos de llevar un Clérigo, que estaba en la misma villa de San Christóval, que se decia Alonso Gonzalez, que con buenas palabras y prometimientos que le hicimos se fué

con nosotros; y demas desto elegimos por Veedor en nombre de su Magestad á un soldado que se decia Bernardino Iniguez, natural de Santo Domingo de la Calzada, para que si Dios fuese servido que topasemos tierras que tuviesen oro, ó perlas, ó plata, hubiese persona suficiente que guardase el Real quinto. Y despues de todo esto concertado, y oido Misa, encomendándonos á Dios nuestro Señor, y á la Virgen Santa María su bendita Madre nuestra Señora, comenzamos nuestro viage de la manera que adelante diré.

CAPITULO II.

Del descubrimiento de Yucatan, y de un rencuentro de guerra que tuvimos con los naturales.

En ocho dias del mes de Febrero del año de mil y quinientos y diez y siete años salimos de la Habana, y nos hicimos á la vela en el puerto de Jaruco, que ansi se llama entre los Indios, y es la banda del Norte, y en doce dias doblamos la de San Anton, que por otro nombre en la isla de Cuba se llama la tierra de los Guanataveis, que son unos Indios como salvages. Y doblada aquella punta, y puestos en alta mar, navegamos á nuestra ventura hácia donde se pone el Sol, sin saber baxos, ni corrientes, ni qué vientos suelen señorear en aquella altura, con grandes riesgos

de nuestras personas; porque en aquel instante nos vino una tormenta que duró dos dias con sus noches, y fué tal que estuvimos para nos perder: y desque abonanzó, yendo por otra navegacion, pasados veinte y un dias que salimos de la isla de Cuba, vimos tierra de que nos alegramos mucho, y dimos muchas gracias á Dios por ello: la qual tierra jamas se habia descubierto, ni habia noticia de ella hasta entonces, y desde los navíos vimos un gran pueblo, que al parecer estaria de la costa obra de dos leguas; y viendo que era gran poblacion, y no habiamos visto en la isla de Cuba pueblo tan grande, le pusimos por nombre el Gran Cayro. Y acordamos que con el un navío de ménos porte se acercasen lo que mas pudiesen á la costa á ver qué tierra era, y á ver si habia fondo para que pudiesemos anclear junto á la costa: y una mañana, que fuéron quatro de Marzo, vimos venir cinco canoas grandes llenas de Indios naturales de aquella poblacion, y venian á remo y vela. Son canoas hechas á manera de artesas, y son grandes, de maderos gruesos, y cavadas por dedentro, y está hueco, y todas son de un madero macizo, y hay muchas dellas en que caben en pie quarenta y cincuenta Indios. Quiero volver á mi materia. Llegados los Indios con las cinco canoas cerca de nuestros navíos con señas de paz que les hicimos, llamándoles con las manos, y capeándoles con las capas para que nos vinie-

sen á hablar, porque no teniamos en aquel tiempo lenguas que entendiesen la de Yutacan, y Mexicana; sin temor ninguno viniéron, y entraron en la Nao Capitana sobre treinta dellos; á los quales dimos de comer cazabe, y tocino, y á cada uno un sartalejo de cuentas verdes, y estuviéron mirando un buen rato los navíos; y el mas principal dellos, que era Cacique, dixo por señas que se queria tornar á embarcar en sus canoas, y volver á su pueblo, y que otro dia volverian, y traerian mas canóas en que saltasemos en tierra: y venian estos Indios vestidos con unas xaquetas de algodon, y cubiertas sus vergüenzas con unas mantas angostas, que entre ellos llaman maltates, y tuvímoslos por hombres mas de razon que á los Indios de Cuba; porque andaban los de Cuba con sus vergüenzas defuera, excepto las mugeres que traian hasta que les llegaban á los muslos unas ropas de algodon, que llaman naguas. Volvamos á nuestro cuento, que otro dia por la mañana volvió el mismo Cacique á los navíos, y truxo doce canoas grandes con muchos Indios remeros, y dixo por señas al Capitan, con muestras de paz, que fuesemos á su pueblo, y que nos darian comida, y lo que hubiesemos menester; y que en aquellas doce canoas podiamos saltar en tierra. Y quando lo estaba diciendo en su lengua, acuérdome que decia *con escotoch, con escotoch,* y quiere decir, andad acá á mis casas; y por esta causa pusi-

mos desde entonces por nombre á aquella tierra Punta de Cotoche; y así está en las cartas del marear. Pues viendo nuestro Capitan, y todos los demas soldados, los muchos halagos que nos hacia el Cacique para que fuesemos á su pueblo, tomó consejo con nosotros, y fué acordado que sacasemos nuestros bateles de los navíos, y en el navío de los mas pequeños, y en las doce canoas saliesemos á tierra todos juntos de una vez; porque vimos la costa llena de Indios que habian venido de aquella poblacion: y salimos todos en la primera barcada. Y quando el Cacique nos vido en tierra, y que no ibamos á su pueblo, dixo otra vez al Capitan por señas, que fuesemos con él á sus casas, y tantas muestras de paz hacia, que tomando el Capitan nuestro parecer, para si iriamos, ó no; acordóse por todos los mas soldados, que con el mejor recaudo de armas que pudiesemos llevar, y con buen concierto fuesemos. Llevamos quince ballestas, y diez escopetas (que así se llamaban escopetas y espingardas en aquel tiempo) y comenzamos á caminar por un camino por donde el Cacique iba por guia con otros muchos Indios que le acompañaban. E yendo de la manera que he dicho, cerca de unos montes breñosos, comenzó á dar voces, y apellidar el Cacique para que saliesen á nosotros esquadrones de gente de guerra que tenian en zelada para nos matar: y á las voces que dió el Cacique, los esquadrones vinie-

ron con gran furia, y comenzáron á nos flechar de arte, que á la primera rociada de flechas nos hiriéron quince soldados, y traian armas de algodon, y lanzas, y rodelas, arcos, y flechas, y hondas, y mucha piedra, y sus penachos puestos, y luego tras las flechas viniéron á se juntar con nosotros pie con pie, y con las lanzas á manteniente nos hacian mucho mal. Mas luego les hicimos huir como conociéron el buen cortar de nuestras espadas, y de las ballestas, y escopetas, el daño que les hacian, por manera que quedáron muertos quince dellos. Un poco mas adelante donde nos diéron aquella refriega, que dicho tengo, estaba una placeta, y tres casas de cal y canto, que eran adoratorios donde tenian muchos ídolos de barro, unos como caras de demonios, y otros como de mugeres, altos de cuerpos, y otros de otras malas figuras, de manera, que al parecer estaban haciendo sodomías unos bultos de Indios con otros; y dentro en las casas tenian unas arquillas hechizas de madera, y en ellas otros ídolos de gestos diabólicos, y unas patenillas de medio oro, y unos pinjantes, y tres diademas, y otras piecezuelas á manera de pescados, y otras á manera de anades de oro baxo. Y despues que lo hubimos visto, así el oro, como las casas de cal y canto, estabamos muy contentos porque habiamos descubierto tal tierra; porque en aquel tiempo no era descubierto el Perú, ni aun se descubrió

dende ahí á diez y seis años. En aquel instante que estabamos batallando con los Indios, como dicho tengo, el Clérigo Gonzalez iba con nosotros, y con dos Indios de Cuba se cargó de las arquillas, y el oro, y los ídolos, y lo llevó al navío: y en aquella escaramuza prendimos dos Indios, que despues se bautizáron, y volviéron Christianos, y se llamó el uno Melchor, y el otro Julian, y entrambos eran trastravados de los ojos. Y acabado aquel rebato acordamos de nos volver á embarcar, y seguir las costas adelante descubriendo hácia donde se pone el sol. Y despues de curados los heridos, comenzamos á dar velas.

CAPITULO III.

Del descubrimiento de Campeche.

Como acordamos de ir la costa adelante hácia el Poniente descubriendo puntas, y baxos, y ancones, y arracifes, creyendo que era isla, como nos lo certificaba el piloto Anton de Alaminos; ibamos con gran tiento de dia navegando, y de noche al reparo, y parando: y en quince dias que fuimos desta manera, vimos desde los navíos un pueblo, y al parecer algo grande, y habia cerca dél gran ensenada y bahía; creimos que habia rio, ó arroyo, donde pudiesemos tomar agua, porque teniamos gran falta della: acabá-

hase la de las pipas, y basijas que traiamos, que no venian bien reparadas, que como nuestra armada era de hombres pobres, no teniamos dinero quanto convenia para comprar buenas pipas: faltó el agua, hubimos de saltar en tierra junto al pueblo, y fué un Domingo de Lazaro, y á esta causa le pusimos este nombre, aunque supimos que por otro nombre propio de Indios se dice Campeche: pues para salir todos de una barcada, acordamos de ir en el navío mas chico, y en los tres bateles bien apercebidos de nuestras armas, no nos acaeciese como en la punta de Cotoche; porque en aquellos ancones, y bahías mengua mucho la mar, y por esta causa dexamos los navíos ancleados mas de una legua de tierra, y fuimos á desembarcar cerca del pueblo, que estaba allí un buen paso de buena agua, donde los naturales de aquella poblacion venian y se servian dél: porque en aquellas tierras, segun hemos visto, no hay rios, y sacamos las pipas para las henchir de agua, y volvernos á los navíos: ya que estaban llenas, y nos queriamos embarcar, viniéron del pueblo obra de cincuenta Indios, con buenas mantas de algodon, y de paz, y á lo que parecia debieran de ser Caciques, y nos decian por señas que qué buscabamos? y les dimos á entender que tomar agua, é irnos luego á los navíos; y señaláron con la mano que si veniamos de hácia donde sale el Sol, y decian *Castilá*, *Castilá*, y no mira-

bamos bien en la plática de *Castilá*, *Castilan*. Y despues destas pláticas que dicho tengo, nos dixéron por señas que fuesemos con ellos á su pueblo, y estuvimos tomando consejo si iríamos: acordamos con buen concierto de ir muy sobre aviso, y lleváronnos á unas casas muy grandes que eran adoratorios de sus ídolos, y estaban muy bien labradas de cal y canto, y tenian figurados en unas paredes muchos bultos de serpientes y culebras, y otras pinturas de ídolos, y al derredor de uno como altar lleno de gotas de sangre muy fresca; y á otra parte de los ídolos tenian unas señales como á manera de cruces, pintados de otros bultos de Indios. De todo lo qual nos admiramos como cosa nunca vista, ni oida. Segun pareció en aquella sazon habian sacrificado á sus ídolos ciertos Indios, para que les diesen vitoria contra nosotros, y andaban muchos Indios é Indias riéndose, y al parecer muy de paz como que nos venian á ver: y como se juntaban tantos, temimos no hubiese alguna zalagarda como la pasada de Cotoche: y estando desta manera viniéron otros muchos Indios que traian muy ruines mantas, cargados de carrizos secos, y los pusiéron en un llano, y tras estos vinieron dos esquadrones de Indios flecheros con lanzas, y rodelas, y hondas, y piedras, y con sus armas de algodon, y puestos en concierto en cada esquadron su Capitan, los quales se apartáron en poco trecho de nosotros, y lue-

go en aquel instante saliéron de otra casa, que era su adoratorio, diez Indios que traian las ropas de mantas de algodon largas, y blancas, y los cabellos muy grandes llenos de sangre, y muy revueltos los unos con los otros, que no se les pueden esparcir, ni peynar, si no se cortan, los quales eran Sacerdotes de los ídolos, que en la Nueva España comunmente se llaman Papas; otra vez digo que en la Nueva España se llaman Papas, y así los nombraré de aquí adelante: y aquellos Papas nos truxéron zahumerios como á manera de resina, que entre ellos llaman copal, y con braseros de barro llenos de lumbre nos comenzáron á zahumar, y por señas nos dicen que nos vamos de sus tierras antes que á aquella leña que tienen llegada se ponga fuego, y se acabe de arder, si no que nos darán guerra, y nos matarán. Y luego mandáron poner fuego á los carrizos, y comenzó de arder, y se fuéron los Papas callando sin mas nos hablar; y los que estaban apercebidos en los esquadrones empezáron á silvar, y á tañer sus bocinas, y atabalejos. Y desque los vimos de aquel arte, y muy bravosos, y de lo de la punta de Cotoche aun no teniamos sanas las heridas, y se habian muerto dos soldados que echamos al mar, y vimos grandes esquadrones de Indios sobre nosotros, tuvimos temor, y acordamos con buen concierto de irnos á la costa; y así comenzamos á caminar por la playa adelante hasta llegar enfrente

de un peñol que está en la mar, y los bateles, y el navío pequeño fueron por la costa tierra á tierra con las pipas de agua, y no nos osamos embarcar junto al pueblo donde nos habiamos desembarcado por el gran número de Indios que ya se habian juntado; porque tuvimos por cierto que al embarcar nos darian guerra. Pues ya metida nuestra agua en los navíos, y embarcados en una bahía como portezuelo que allí estaba, comenzamos á navegar seis dias con sus noches con buen tiempo, y volvió un Norte que es travesía en aquella costa, el qual duró quatro dias con sus noches que estuvimos para dar al traves; tan recio temporal hacia, que nos hizo anclear la costa por no ir al través, que se nos quebráron dos cables, y iba garrando á tierra el navío. ¡O en qué trabajo nos vimos! que si se quebrara el cable, ibamos á la costa perdidos, y quiso Dios que se ayudáron con otras maromas viejas, y guindaletas. Pues ya reposado el tiempo, seguimos nuestra costa adelante, llegándonos á tierra quanto podiamos para tornar á tomar agua, que (como he dicho) las pipas que traiamos viniéron muy abiertas, y asimismo no habia regla en ello; como ibamos costeando creiamos que do quiera que saltasemos en tierra, la tomariamos de xagueyes y pozos que cavariamos. Pues yendo nuestra derrota adelante vimos desde los navíos un pueblo, y ántes de obra de una legua dél hácia una ensenada que

parecia que abria rio, ó arroyo, acordamos de surgir junto á él: y como en aquella costa (como otras veces he dicho) mengua mucho la mar, y quedan en seco los navíos, por temor desto surgimos mas de una legua de tierra en el navío menor, y en todos los bateles fué acordado que saltasemos en aquella ensenada, sacando nuestras vasijas con muy buen concierto, y armas, y ballestas, y escopetas. Salimos en tierra poco mas de medio dia, y habria una legua desde el pueblo hasta donde desembarcamos, y estaban unos pozos y maizales, y caserías de cal y canto. Llámase este pueblo *Potonchan*, é henchimos nuestras pipas de agua, mas no las pudimos llevar, ni meter en los bateles, con la mucha gente de guerra que cargó sobre nosotros: y quedarse ha aquí, y adelante diré las guerras que nos diéron.

CAPITULO IV.

Como desembarcamos en una bahía, donde habia maizales, cerca del puerto de Potonchan, y de las guerras que nos diéron.

Y estando en las estancias y maizales, por mí ya dichas, tomando nuestra agua, viniéron por la costa muchos esquadrones de Indios del pueblo de Potonchan (que así se dice) con sus armas de algodon, que les daba á la rodilla, y con arcos y flechas, y lanzas, y rodelas, y espadas he-

chas á manera de montantes de á dos manos, y hondas, y piedras, y con sus penachos de los que ellos suelen usar, y las caras pintadas de blanco y prieto, enalmagrados, y venian callando, y se vienen derechos á nosotros, como que nos venian á ver de paz, y por señas nos dixéron, que si veniamos de donde sale el Sol, y las palabras formales segun nos hubiéron dicho los de Lázaro, *Castilan*, *Castilan*: y respondimos por señas, que de donde sale el Sol veniamos. Y entónces paramos en las mientes y en pensar que podia ser aquella plática; porque los de San Lázaro nos dixéron lo mismo, mas nunca entendimos al fin que lo decian. Seria quando esto pasó, y los Indios se juntaban, á la hora de las Ave Marías, y fuéronse á unas caserías; y nosotros pusimos velas y escuchas, y buen recaudo, porque no nos pareció bien aquella junta de aquella manera. Pues estando velando todos juntos, oimos venir con el gran ruido y estruendo que traian por el camino, muchos Indios de otras sus estancias, y del pueblo, y todos de guerra. Y desque aquello sentimos, bien entendido teniamos, que no se juntaban para hacernos ningun bien; y entramos en acuerdo con el Capitan, que es lo que hariamos: y unos soldados daban por consejo, que nos fuesemos luego á embarcar; y como en tales casos suele acaecer, unos dicen uno, y otros dicen otro, hubo parecer, que si nos fueramos á embarcar, que como

eran muchos Indios, darian en nosotros, y habria mucho riesgo de nuestras vidas: y otros eramos de acuerdo, que diesemos en ellos esa noche; que como dice el refran, quien acomete, vence: y por otra parte viamos, que para cada uno de nosotros habia trecientos Indios. Y estando en estos conciertos, amaneció, y diximos unos soldados á otros, que tuviesemos confianza en Dios y corazones muy fuertes para pelear; y despues de nos encomendar á Dios, cada uno hiciese lo que pudiese para salvar las vidas. Ya que era de dia claro, vimos venir por la costa muchos mas esquadrones guerreros; con sus banderas tendidas, y penachos, y atambores, y con arcos, y flechas, y lanzas, y rodelas, y se juntáron con los primeros que habian venido la noche ántes; y luego hechos sus esquadrones, nos cercan por todas partes, y nos dan tal rociada de flechas, y varas, y piedras, con sus hondas, que hiriéron sobre ochenta de nuestros soldados, y se juntáron con nosotros pie con pie, unos con lanzas, y otros flechando, y otros con espadas de navajas, de arte, que nos traian á mal andar, puesto que les dabamos buena priesa de estocadas y cuchilladas, y las escopetas, y ballestas que no paraban, unas armando y otras tirando: y ya que se apartaban algo de nosotros, desque sentian las grandes estocadas y cuchilladas que les dabamos, no era léjos, y esto fué par mejor flechar y tirar al terrero á su

salvo: y quando estabamos en esta batalla, y los Indios se apellidaban, decian en su lengua: *al Calachoni, al Calachoni*, que quiere decir, que matasen al Capitan, y le diéron doce flechazos, y á mí me diéron tres; y uno de los que me diéron, bien peligroso, en el costado izquierdo, que me pasó á lo hueco; y á otros de nuestros soldados diéron grandes lanzadas, y á dos lleváron vivos, que se decia el uno Alonso Bote, y el otro era un Portugues viejo. Pues viendo nuestro Capitan que no bastaba nuestro buen pelear, y que nos cercaban muchos esquadrones, y venian mas de refresco del pueblo, y les traian de comer y beber, y muchas flechas, y nosotros todos heridos, y otros soldados atravesados los gaznates, y nos habian muerto ya sobre cincuenta soldados: y viendo que no teniamos fuerzas, acordamos con corazones muy fuertes romper por medio de sus batallones, y acogernos á los bateles que teniamos en la costa, que fué buen socorro; y hechos todos nosotros un esquadron rompimos por ellos. Pues oir la grita, y silvos, y vocería, y priesa que nos daban de flecha, y á mantiniente con sus lanzas, hiriendo siempre en nosotros. Pues otro daño tuvimos, que como nos acogimos de golpe á los bateles, y eramos muchos, ibanse á fondo, y como mejor pudimos, asidos á los bordes medio nadando entre dos aguas llegamos al navío de ménos porte que estaba cerca, que ya venia á gran priesa

á nos soccrrer; y al embarcarse hiriéron muchos de nuestros soldados, en especial á los que iban asidos en las popas de los bateles, y les tiraban al terrero, y entráron en la mar con las lanchas, y daban á mantiniente á nuestros soldados: y con mucho trabajo quiso Dios que escapamos con las vidas de poder de aquella gente. Pues ya embarcados en los navíos, hallamos que faltaban cincuenta y siete compañeros con los dos que lleváron vivos, y con cinco que echamos en la mar, que muriéron de las heridas, y de la gran sed que pasáron. Estuvimos peleando en aquellas batallas poco mas de media hora. Llámase este pueblo Potonchan, y en las cartas del marear le pusiéron por nombre los Pilotos y marineros, *Bahía de mala pelea.* Y desque nos vimos salvos de aquellas refriegas, dimos muchas gracias á Dios: y quando se curaban las heridas los soldados, se quejaban mucho del dolor dellas, que como estaban resfriadas con el agua salada, y estaban muy hinchadas y dañadas, algunos de nuestros soldados maldecian al Piloto Anton de Alaminos, y á su descubrimiento y viage, porque siempre porfiaba que no era tierra firme, sino Isla: donde los dexaré ahora, y diré lo que mas nos acaeció.

CAPITULO V.

Como acordamos de nos volver á la Isla de Cuba, y de la gran sed y trabajos que tuvimos, hasta llegar al Puerto de la Habana.

Desque nos vimos embarcados en los navíos de la manera que dicho tengo, dimos muchas gracias á Dios, y despues de curados los heridos (que no quedó hombre ninguno de quantos allí nos hallamos, que no tuviesen á dos y á tres, y á quatro heridas, y el Capitan con doce flechazos, solo un soldado quedó sin herir), acordamos de nos volver á la Isla de Cuba, y como estaban tambien heridos todos los mas de los marineros que saltáron en tierra con nosotros, que se halláron en las peleas, no teniamos quien marchase las velas. Y acordamos que dexasemos el un navío el de ménos porte en la mar puesto fuego, despues de sacadas dél las velas, y anclas, y cables, y repartir los marineros que estaban sin heridas en los dos navíos de mayor porte. Pues otro mayor daño teniamos, que fué la gran falta de agua, porque las pipas y vasijas que teniamos llenas en Champoton, con la grande guerra que nos diéron, y priesa de nos acoger á los bateles, no se pudieron llevar, que allí se quedáron, y no sacamos ninguna agua. Digo que tanta sed pasamos, que en las lenguas y

bocas teniamos grietas de la secura, pues otra cosa ninguna para refrigerio no habia. ¡O qué cosa tan trabajosa es ir á descubrir tierras nuevas, y de la manera que nosotros nos aventuramos! No se puede ponderar, sino los que han pasado por aquestos excesivos trabajos, en que nosotros nos vimos. Por manera, que con todo eso ibamos navegando muy allegados á tierra para hallarnos en parage de algun rio, ó bahía para tomar agua : y al cabo de tres dias vimos uno como ancon, que parecia rio, ú estero, que creimos tener agua dulce, y saltáron en tierra quince marineros de los que habian quedado en los navíos, y tres soldados que estaban mas sin peligro de los flechazos, y llevàron azadones, y tres barriles para traer agua : y el estero era salado, é hicieron pozos en la costa, y era tan amargosa y salada agua como la del estero, por manera, que mala como era, truxéron las vasijas llenas, y no habia hombre que la pudiese beber del amargor y sal, y á dos soldados que la bebiéron, dañó los cuerpos y las bocas. Habia en aquel estero muchos y grandes lagartos, y desde entonces se puso por nombre *el Estero de los Lagartos*, y así está en las cartas de marear. Dexemos esta plática, y diré, que entretanto que fuéron los bateles por el agua, se levantó un viento Nordeste tan deshecho, que ibamos garrando á tierra con los navíos; y como en aquella costa es travesía, y reyna siempre Norte y

Nordeste, estuvimos en muy gran peligro por falta de cables; y como lo viéron los marineros que habian ido á tierra por el agua, viniéron muy mas que de paso con los bateles, y tuviéron tiempo de echar otras anclas y maromas, y estuviéron los navíos seguros dos dias y dos noches; y luego alzamos anclas, y dimos vela, siguiendo nuestro viage para nos volver á la Isla de Cuba: parece ser el Piloto Alaminos se concertó y aconsejó con los otros dos Pilotos, que desde aquel parage donde estabamos atravesamos á la Florida, porque hallaban por sus cartas, y grados, y alturas, que estaria de allí obra de setenta leguas, y que despues de puestos en la Florida, dixéron que era mejor viage, é mas cercana navegacion para ir á la Habana, que no la derrota por donde habiamos primero venido á descubrir: y así fué como el Piloto dixo, porque segun yo entendí, habia venido con Juan Ponce de Leon á descubrir la Florida habia diez ó doce años ya pasados. Volvamos á nuestra materia, que atravesando aquel golfo en quatro dias que navegamos, vimos la tierra de la misma Florida: y lo que en ella nos acaeció diré adelante.

CAPITULO VI.

Como desembarcáron en la bahía de la Florida veinte soldados, y con nosotros el Piloto Alaminos, para buscar agua, y de la guerra que allí nos diéron los naturales de aquella tierra, y lo que mas pasó hasta volver á la Habana.

Llegados á la Florida, acordamos, que saliesen en tierra veinte soldados de los que teniamos mas sanos de las heridas : yo fuí con ellos, y tambien el Piloto Anton de Alaminos, y sacamos las vasijas que habia, y azadones, y nuestras ballestas y escopetas : y como el Capitan estaba muy mal herido, y con la gran sed que pasaba muy debilitado, nos rogó que por amor de Dios, que en todo caso le truxesemos agua dulce, que se secaba y moria de sed, porque el agua que habia era muy salada, y no se podia beber, como otra vez ya dicho tengo. Llegados que fuimos á tierra cerca de un estero que entraba en la mar, el Piloto reconoció la costa, y dixo que habia diez ó doce años que habia estado en aquel parage quando vino con Juan Ponce de Leon á descubrir aquellas tierras, y allí le habian dado guerra los Indios de aquella tierra, y que les habian muerto muchos soldados, y que á esta causa estuviesemos muy sobre aviso apercibidos, porque viniéron en aquel tiempo que dicho tiene muy de repente los Indios quando

le desbaratáron : y luego pusimos por espias dos soldados en una playa, que se hacia muy ancha, é hicimos pozos muy hondos, donde nos pareció haber agua dulce, porque en aquella sazon era menguante la marea, y quiso Dios que topasemos muy buena agua : y con el alegría, y por hartarnos della, y lavar paños para curar las heridas, estuvimos espacio de una hora; y ya que queriamos venir á embarcar con nuestra agua, muy gozosos, vimos venir al un soldado de los que habiamos puesto en la playa, dando muchas voces, diciendo : al arma, al arma, que vienen muchos Indios de guerra por tierra, y otros en canoas por el estero, y el soldado dando voces, é venia corriendo; y los Indios llegáron casi á la par con el soldado contra nosotros, y traian arcos muy grandes, y buenas flechas y lanzas, y unas á manera de espadas, y vestidos de cueros de venados, y eran de grandes cuerpos, y se viniéron derechos á nos flechar, é hiriéron luego seis de nuestros compañeros, y á mí me diéron un flechazo en el brazo derecho de poca herida, y dímosles tanta priesa de estocadas y cuchilladas, y con las escopetas y ballestas que nos dexan á nosotros, los que estabamos tomando el agua de los pozos, y van á la mar, y estero á ayudar á sus compañeros los que venian en las canoas donde estaba nuestro batel con los marineros, que tambien andaban peleando pie con pie con los Indios de las canoas,

y aun les tenia ya tomado el batel, y le llevaban por el estero arriba con sus canoas, y habian herido á cuatro marineros, y al Piloto Alaminos le diéron una mala herida en la garganta: y arremetimos á ellos, el agua á mas de la cinta, y á estocadas les hicimos soltar el batel, y quedáron tendidos y muertos en la costa y en el agua veinte y dos de ellos, y tres prendimos que estaban heridos poca cosa, que se muriéron en los navíos. Despues de esta refriega pasada, preguntamos al soldado que pusimos por vela, que qué se hizo su compañero Berrio (que así se llamaba), dixo que lo vió apartar con una hacha en las manos para cortar un palmito, y que fué hácia el estero por donde habian venido los Indios de guerra, y que oyó voces de Español, y que por aquellas voces vino de presto á dar mandado á la mar, y que entónces le debieran de matar: el qual soldado solamente él habia quedado sin ninguna herida en lo de Potonchan, y quiso su ventura que vino allí á fenecer: y luego fuimos en busca de nuestro soldado, por el rastro que habian traido aquellos Indios que nos diéron guerra, y hallamos una palma que habia comenzado á cortar, y cerca de ella mucha huella en el suelo mas que en otras partes, por donde tuvimos por cierto que le lleváron vivo, porque no habia rastro de sangre, y anduvimos buscándole á una parte y á otra mas de una hora, y dimos voces, y sin mas saber dél,

nos volvimos á embarcar en el batel, y llevamos á los navíos el agua dulce, con que se alegráron todos los soldados, como si entónces les dieramos las vidas : y un soldado se arrojó desde el navío en el batel, con la gran sed que tenia, tomó una botija á pechos, y bebió tanta agua, que della se hinchó, y murió. Pues ya embarcados con nuestra agua, y metidos nuestros bateles en los navíos, dimos vela para la Habana, y pasamos aquel dia y la noche que hizo buen tiempo junto de unas isletas, que llaman los Mártires, que son unos baxos, que así los llaman los *Baxos de los Mártires*. Ibamos en quatro brazas lo mas hondo, y tocó la nao Capitana entre unas como isletas, é hizo mucha agua, que con dar todos los soldados que ibamos á la bomba, no podiamos estancar, é ibamos con temor no nos anegasemos. Acuérdome que traiamos allí con nosotros á unos marineros Levantiscos, y les deciamos : Hermanos, ayudad á sacar la bomba, pues veis que estamos muy mal heridos, y cansados de la noche y del dia, porque nos vamos á fondo, y respondian los Levantiscos : *Fácetelo vos*, pues no ganamos sueldo, sino hambre y sed, y trabajos, y heridos como vosotros : por manera, que les haciamos dar á la bomba, aunque no querian, y malos y heridos como ibamos mareábamos las velas, y dábamos á la bomba, hasta que nuestro Señor Jesu-Christo nos llevó á puerto de Carenas,

donde ahora está poblada la villa de la Habana, que en otro tiempo *Puerto de Carenas* se solia llamar, y no Habana : y quando nos vimos en tierra, dimos muchas gracias á Dios, y luego se tomó el agua de la Capitana un Búzano Portugues que estaba en otro navío en aquel puerto, y escribimos á Diego Velazquez, Gobernador de aquella Isla, muy en posta, haciéndole saber que habiamos descubierto tierras de grandes poblaciones, y casas de cal y canto, y las gentes naturales dellas andaban vestidos de ropa de algodon, y cubiertas sus vergüenzas, y tenian oro y labranzas de maizales : y desde la Habana se fué nuestro capitan Francisco Hernandez por tierra á la villa de Santispíritus, que así se dice, donde tenia su encomienda de Indios, y como iba mal herido, murió dende allí á diez dias que habia llegado á su casa : y todos los demas soldados nos desparcimos, y nos fuimos unos por una parte, y otros por otra de la Isla adelante : y en la Habana se muriéron tres soldados de las heridas, y los navíos fuéron á Santiago de Cuba, donde estaba el Gobernador, y desque hubiéron desembarcado los dos Indios que hubimos en la punta de Cotoche, que ya he dicho, que se decian Melchorillo y Juanillo, y el arquilla con las diademas y ánades, y pescadillos, y con los ídolos de oro, que aunque era baxo y poca cosa, sublimábanlo de arte, que en todas las Islas de Santo Domingo, y en Cuba, y aun en

Castilla llegó la fama dello : y decian que otras tierras en el mundo no se habian descubierto mejores, ni casas de cal y canto : y como vió los ídolos de barro, y de tantas maneras de figuras, decian que eran del tiempo de los Gentiles, otros decian que eran de los Judíos que desterró Tito y Vespasiano de Jerusalen, y que habian aportado con los navíos rotos en que les echáron en aquella tierra : y como en aquel tiempo no era descubierto el Perú, teníase en mucha estima aquella tierra. Pues otra cosa preguntaba el Diego Velazquez á aquellos Indios, que si habia minas de oro en su tierra, y á todos les respondian que sí, y les mostraban oro en polvo de lo que sacaban en la Isla de Cuba, y decian que habia mucho en su tierra, y no le decian verdad : porque claro está, que en la punta de Cotoche ni en todo Yucatan no es donde hay minas de oro : y asímismo les mostraban los Indios los montones que hacen de tierra donde ponen y siembran las plantas, de cuyas raices hacen el pan cazabe, y llámanse en la Isla de Cuba Yuca, y los Indios decian que las habia en su tierra, y decian Tale por la tierra, que así se llama la en que las plantaban, de manera que Yuca con Tale quiere decir Yucatan. Decian los Españoles que estaban hablando con el Diego Velazquez, y con los Indios : Señor, dicen estos Indios que su tierra se llama Yucatan, y así se quedó con este nombre, que en su propia len-

gua no se dice así. Por manera, que todos los soldados que fuimos á aquel viage á descubrir, gastamos los bienes que teniamos, y heridos y pobres volvimos á Cuba, y aun lo tuvimos á buena dicha haber vuelto, y no quedar muertos con los demas mis compañeros: y cada soldado tiró por su parte: y el Capitan (como dicho tengo) luego murió, y estuvimos muchos dias en curarnos los heridos, y por nuestra cuenta hallamos que se murieron al pie de setenta soldados; y esta ganancia truximos de aquella entrada, y descubrimiento. Y el Diego Velazquez escribió á Castilla á los Señores, que en aquel tiempo mandaban en las cosas de Indias, que él lo habia descubierto, y gastado en descubrillo mucha cantidad de pesos de oro, y así lo decia Don Juan Rodriguez de Fonseca, Obispo de Burgos, y Arzobispo de Rosano, que así se nombraba, que era como Presidente de Indias, y lo escribió á Su Magestad á Flandes dando mucho favor y loor del Diego Velazquez, y no hizo memoria de ninguno de nosotros los soldados que lo descubrimos á nuestra costa. Y quedarse ha aquí, y diré adelante los trabajos que me acaeciéron á mí, y á tres soldados.

CAPITULO VII.

De los trabajos que tuve hasta llegar á una villa que se dice la Trinidad.

Ya he dicho que nos quedamos en la Habana ciertos soldados que no estábamos sanos de los flechazos, y para ir á la villa de la Trinidad ya que estábamos mejores, acordamos de nos concertar tres soldados con un vecino de la misma Habana, que se decia Pedro de Avila, que iba asimismo á aquel viage en una canoa por la mar por la banda del Sur, y llevaba la canoa cargada de camisetas de algodon, que iba á vender á la villa de la Trinidad. Ya he dicho otras veces que canoas son de hechura de artesas grandes cavadas y huecas, y en aquellas tierras con ellas navegan costa á costa : y el concierto que hicimos con el Pedro de Avila, fué que dariamos diez pesos de oro, porque fuésemos en su canoa. Pues yendo por la costa adelante, á veces remando y á ratos á la vela; ya que habiamos navegado once dias en parage de un pueblo de Indios de paz, que se dice Canarreon, que era términos de la villa de la Trinidad, se levantó un tan recio viento de noche, que no nos pudimos sustentar en la mar con la canoa, por bien que remábamos todos nosotros : y el Pedro de Avila,

y unos Indios de la Habana, y unos remeros muy buenos que traiamos, hubimos de dar al traves entre unos ceborucos, que los hay muy grandes en aquella costa, por manera que se nos quebró la canoa, y el Avila perdió su hacienda, y todos salimos descalabrados de los golpes de los ceborucos, y desnudos en carnes; porque para ayudarnos que no se quebrase la canoa, y poder mejor nadar nos apercibimos de estar sin ropa ninguna, sino desnudos. Pues ya escapados con las vidas de aquellos ceborucos, para nuestra villa de la Trinidad no habia camino por la costa, sino malos paises y ceborucos, que así se dicen, que son las piedras con unas puntas que salen dellas, que pasan las plantas de los pies, y sin tener que comer: pues como las olas que rebentaban de aquellos grandes ceborucos, nos embestian, y con el gran viento que hacia llevábamos hechas grietas en las partes ocultas, que corria sangre dellas, aunque nos habiamos puesto delante muchas hojas de árboles, y otras yerbas que buscamos para nos tapar. Pues como por aquella costa no podiamos caminar, por causa que se nos hincaban por las plantas de los pies aquellas puntas y piedras de los ceborucos, con mucho trabajo nos metimos en un monte, y con otras piedras que habia en el monte cortamos cortezas de árboles, que pusimos por suelas, atados á los pies con unas que parecen cuerdas delgadas que llaman bejucos, que nacen

entre los árboles, que espadas no sacamos ninguna, y atamos los pies y cortezas de los árboles con ello lo mejor que pudimos, y con gran trabajo salimos á una playa de arena, y de ahí á dos dias que caminamos, llegamos á un pueblo de Indios, que se decia Yaguarama, el cual era en aquella sazon del Padre Fray Bartolomé de las Casas, que era Clérigo Presbítero, y despues le conocí Frayle Dominico, y llegó á ser Obispo de Chiapa; y los Indios de aquel pueblo nos dieron de comer. Y otro dia fuimos hasta otro pueblo, que se decia Chipiona, que era de un Alonso de Avila, é de un Sandoval (no digo del capitan Sandoval el de la Nueva España) y desde allí á la Trinidad: y un amigo mio que se decia Antonio de Medina me remedió de vestidos, segun que en la villa se usaban, y así hiciéron á mis compañeros otros vecinos de aquella villa: y desde allí con mi pobreza y trabajos me fuí á Santiago de Cuba, adonde estaba el Gobernador Diego Velazquez, el qual andaba dando mucha priesa en enviar otra armada: y quando le fuí á besar las manos, que eramos deudos, él se holgó conmigo, y de unas pláticas en otras me dixo, que si estaba bueno de las heridas para volver á Yucatan. E yo riyendo le respondí, ¿que quién le puso nombre Yucatan? que allí no le llaman así. E dixo, Melchorejo el que truxistes lo dice. E yo dixe: mejor nombre seria la tierra donde nos mataron la mitad de los

soldados que fuimos, y todos los demas salimos heridos. E dixo : bien sé que pasastes muchos trabajos, y así es á los que suelen descubrir tierras nuevas, y ganar honra, é su Magestad os lo gratificará, é yo así se lo escribiré. E ahora, hijo, id otra vez en la armada que hago, que yo haré que os hagan mucha honra, y diré lo que pasó.

CAPITULO VIII.

Como Diego Velazquez, Gobernador de Cuba, envió otra armada á la tierra que descubrimos.

En el año de mil quinientos y diez y ocho años, viendo Diego Velazquez Gobernador de Cuba la buena relacion de las tierras que descubrimos, que se dice Yucatan, ordenó de enviar una armada: y para ella se buscaron cuatro navíos, los dos fueron los que hubimos comprado los soldados que fuimos en compañía del Capitan Francisco Hernandez de Córdoba á descubrir á Yucatan (segun mas largamente lo tengo escrito en el descubrimiento), y los otros dos navíos compró el Diego Velazquez de sus dineros. Y en aquella sazon que ordenaba la armada, se hallaron presentes en Santiago de Cuba, donde residia el Velazquez, Juan de Grijalva, y Pedro de Alvarado, y Francisco de Montejo, é

Alonso de Avila, que habian ido con negocios al Gobernador, porque todos tenian encomiendas de Indios en las mismas islas: y como eran personas valerosas, concertóse con ellos, que el Juan de Grijalva, que era deudo del Diego Velazquez, viniese por Capitan General, é que Pedro de Alvarado viniese por capitan de un navío, y Francisco de Montejo de otro, y el Alonso de Avila de otro: por manera, que cada uno destos Capitanes procuró de poner bastimentos, y matalotaje, de pan cazabe y tocinos, y el Diego Velazquez puso ballestas y escopetas, y cierto rescate, y otras menudencias, y mas los navíos. Y como habia fama destas tierras, que eran muy ricas, y habia en ellas casas de cal y canto, y el Indio Melchorejo decia por señas, que habia oro, tenian mucha codicia los vecinos y soldados que no tenian Indios en la Isla, de ir á esta tierra: por manera que de presto nos juntamos ducientos y cuarenta compañeros: y tambien pusimos cada soldado de la hacienda que teniamos para matalotaje y armas, y cosas que convenian, y en este viage volví, y con estos Capitanes otra vez, y parece ser la instruccion que para ello dió el Gobernador Diego Velazquez; fué segun entendí, que rescatasen todo el oro y plata que pudiesen, y si viesen que convenia poblar, que poblasen, ó si no, que se volviesen á Cuba. E vino por Veedor de la Armada uno que se decia Peñalosa,

natural de Segovia, y truximos un Clérigo, que se decia Juan Diaz; y los tres Pilotos que ántes habiamos traido quando el primero viage, que ya he dicho sus nombres, y de dónde eran, Anton de Alaminos de Palos, y Camacho de Triana, y Juan Alvarez el Manquillo de Huelba, y el Alaminos venia por Piloto mayor, y otro Piloto, que entónces vino, no me acuerdo el nombre. Pues ántes que mas pase adelante, porque nombraré algunas veces á estos hidalgos que he dicho que venian por Capitanes, y parecerá cosa descomedida nombralles secamente, Pedro de Alvarado, Francisco de Montejo, Alonso de Avila, y no decilles sus ditados é blasones. Sepan que el Pedro de Alvarado fué un hidalgo muy valeroso, que despues que se hubo ganado la Nueva-España, fué Gobernador, y Adelantado de las Provincias de Guatimala, é Honduras, y Chiapa, é Comendador de Santiago. E asimismo el Francisco de Montejo, hidalgo de mucho valor, que fué Gobernador y Adelantado de Yucatan: hasta que su Magestad les hizo aquestas mercedes, y tuviéron señoríos, no les nombraré sino sus nombres, y no Adelantados: y volvamos á nuestra plática, que fueron los cuatro navíos por la parte y banda del Norte á un puerto que se llama Matanzas, que era cerca de la Habana Vieja, que en aquella sazon no estaba poblada adonde ahora está, y en aquel puerto, ó cerca dél tenian todos los mas

vecinos de la Habana sus estancias de cazabe y puercos, y desde allí se proveyéron nuestros navíos lo que faltaba, y nos juntamos así Capitanes como soldados para dar vela, y hacer nuestro viage. Y antes que mas pase adelante, aunque vaya fuera de órden, quiero decir por qué llamaban aquel puerto que he dicho de Matanzas, y esto traigo aquí á la memoria, porque ciertas personas me lo han preguntado la causa de ponelle aquel nombre : y es por esto que diré. Antes que aquella Isla de Cuba estuviese de paz, dió al través por la costa del Norte un navío que habia ido desde la Isla de Santo Domingo á buscar Indios, que llamaban los Lucayos, á unas Islas que estan entre Cuba y la Canal de Bahama, que se llaman las Islas de los Lucayos, y con mal tiempo dió al través en aquella costa, cerca del rio y puerto que he dicho que se llama Matanzas, y venian en el navío sobre treinta personas Españoles, y dos mugeres: y para pasallos aquel rio viniéron muchos Indios de la Habana, y de otros pueblos, como que los venian á ver de paz, y les dixéron que les querian pasar en canoas, y llevallos á sus pueblos para dalles de comer. E ya que iban con ellos en medio del rio, les trastornáron las canoas, y los matáron, que no quedáron sino tres hombres y una muger, que era hermosa, la qual llevó un Cacique, de los mas principales que hiciéron aquella traicion, y los tres Españoles re-

partieron entre los demas Caciques. Y á esta causa se puso á este Puerto nombre de Puerto de Matanzas: y conocí á la muger que he dicho, que despues de ganada la Isla de Cuba, se le quitó al Cacique, en cuyo poder estaba, y la ví casada en la villa de la Trinidad con un vecino della, que se decia Pedro Sanchez Farfan: y tambien conocí á los tres Españoles, que se decia el uno Gonzalo Mexia, hombre anciano, natural de Xeréz: y el otro se decia Juan de Santisteban, y era natural de Madrigal: y el otro se decia Cascorro, hombre de la mar, y era pescador, natural de Huelba, y le habia ya casado el Cacique, con quien solia estar, con una su hija, é ya tenia horadadas las orejas y las narices como los Indios. Mucho me he detenido en contar cuentos viejos; volvamos á nuestra relacion. E ya que estábamos recogidos así Capitanes, como soldados, y dadas las instrucciones que los Pilotos habian de llevar, y las señas de los faroles, y despues de haber oido Misa con gran devocion, en cinco dias del mes de Abril de mil y quinientos y diez y ocho años dimos vela, y en diez dias doblamos la punta de Guaniguanico, que los Pilotos llaman de San Anton: y en otros ocho dia que navegamos vimos la Isla de Cozumel', que entónces la descubrimos dia de Santa Cruz, porque descayéron los navíos con las corrientes mas baxo que quando venimos con Francisco Hernandez de Córdoba, y baxamos la

Isla por la banda del Sur : vimos un pueblo, y allí cerca buen surgidero, y bien limpío de arracifes, y saltamos en tierra con el Capitan Juan de Grijalva buena copia de soldados, y los naturales de aquel pueblo se fuéron huyendo desque viéron venir los navíos á la vela, porque jamas habian visto tal; y los soldados que salimos á tierra, no hallamos en el pueblo persona ninguna, y en unas mieses de maizales se halláron dos viejos que no podian andar, y los truximos al Capitan, y con Julianillo y Melchorejo los que truximos de la punta de Cotoche, que entendian muy bien á los Indios, y les habló; porque su tierra dellos, y aquella Isla de Cozumel, no hay de travesía en la mar sino obra de quatro leguas, y así hablan una misma lengua : y el Capitan halagó aquellos viejos, y les dió cuentezuelas verdes, y les envió á llamar al Calachioni de aquel pueblo, que ansí se dicen los Caciques de aquella tierra, y fuéron y nunca volviéron : y estándoles aguardando, vino una India moza de buen parecer, é comenzó á hablar la lengua de la Isla de Xamaica, y dixo, que todos los Indios é Indias de aquella Isla y pueblo se habian ido á los montes de miedo, y como muchos de nuestros soldados é yo entendimos muy bien aquella lengua, que es la de Cuba, nos admiramos, y la preguntamos que cómo estaba allí, y dixo que habia dos años que dió al través con una canoa grande en que iban á pescar diez

Indios de Xamaica á unas isletas, y que las corrientes la echáron en aquella tierra, y matáron á su marido, y á todos los mas Indios Xamaicanos sus compañeros, y los sacrificáron á los ídolos: y desque la entendió el Capitan, como vió que aquella India seria buena mensagera, envióla á llamar los Indios, y Caciques de aquel pueblo, y dióla de plazo dos dias para que volviese: porque los Indios, Melchorejo y Julianillo que llevamos de la punta de Cotoche tuvimos terror, que apartados de nosotros se huirian á su tierra, y por esta causa no los enviamos á llamar con ellos; y la India volvió otro dia, y dixo que ningun Indio ni India queria venir, por mas palabras que les decia. A este pueblo pusimos por nombre Santa Cruz; porque quatro ó cinco dias antes de Santa Cruz le vimos: habia en él buenos colmenares de miel, y muchos boniatos y batatas, y manadas de puercos de la tierra, que tienen sobre el espinazo el ombligo: habia en él tres pueblezuelos, y este donde desembarcamos era el mayor, y los otros dos eran mas chicos, que estaba cada uno en una punta de la Isla, terná de bojo como obra de dos leguas: pues como el Capitan Juan de Grijalva vió que era perder tiempo estar mas allí aguardando, mandó que nos embarcasemos luego, y la India de Xamaica se fué con nosotros, y seguimos nuestro viage.

CAPITULO IX.

De como venimos á desembarcar á Champoton.

Pues vuelto á embarcar, é yendo por las derrotas pasadas (quando lo de Francisco Hernandez de Córdoba) en ocho dias llegamos en el parage del pueblo de Champoton, que fué donde nos desbaratáron los Indios de aquella Provincia, como ya dicho tengo en el capítulo que dello habla; y como en aquella ensenada mengua mucho la mar, ancleamos los navíos una legua de tierra, y con todos los bateles desembarcamos, la mitad de los soldados que allí íbamos, junto á las casas del pueblo; é los Indios naturales dél, y otros sus comarcanos, se juntáron todos como la otra vez, quando nos matáron sobre cincuenta y seis soldados, y todos los mas nos hiriéron, segun dicho tengo en el capítulo que dello habla: y á esta causa estaban muy ufanos y orgullosos, y bien armados á su usanza, que son arcos, flechas, lanzas, rodelas, macanas, y espadas de dos manos, y piedras con hondas, y armas de algodon, y trompetillas y atambores, y los mas dellos pintadas las caras de negro, colorado y blanco, y puestos en concierto esperando en la costa, para en llegando que llegasemos dar en nosotros: y como teniamos ex-

periencia de la otra vez, llevabamos en los bateles unos falconetes, é ibamos apercebidos de ballestas y escopetas, y llegados á tierra nos comenzáron á flechar, y con las lanzas dar á mantiniente, y tal rociada nos diéron ántes que llegasemos á tierra, que hiriéron la mitad de nosotros: y desque hubimos saltado de los bateles, les hicimos perder la furia á buenas estocadas y cuchilladas: porque aunque nos flechaban á terrero, todos llevabamos armas de algodon: y todavía se sostuviéron buen rato peleando con nosotros, hasta que vino otra barcada de nuestros soldados, y les hicimos retraer á unas cienegas junto al pueblo. En esta guerra matáron á Juan de Quiteria, y á otros dos soldados, y al Capitan Juan de Grijalva le dieron tres flechazos, y aun le quebráron con un cobaco dos dientes (que hay muchos en aquella costa) é hiriéron sobre sesenta de los nuestros. Y desque vimos que todos los contrarios se habian huido, nos fuimos al pueblo, y se curáron los heridos, y enterramos los muertos: y en todo el pueblo no hallamos persona ninguna, ni los que se habian retraido en las cienegas, que ya se habian desgarrado: por manera que todos tenian alzadas sus haciendas. En aquellas escaramuzas prendimos tres Indios, y el uno dellos parecia principal. Mandóles el Capitan que fuesen á llamar al Cacique de aquel pueblo, y les dió cuentas verdes y cascabeles para que los diesen, pa-

ra que viniesen de paz: y asimismo á aquellos tres prisioneros se les hiciéron muchos halagos, y se les diéron cuentas porque fuesen sin miedo; y fuéron, y nunca volviéron; é creimos que el Indio Julianillo é Melchorejo no les hobieran de decir lo que les fué mandado, sino al reves. Estuvimos en aquel pueblo quatro dias. Acuérdome que quando estabamos peleando en aquella escaramuza, que habia allí unos prados algo pedregosos, é habia langostas, que quando peleabamos saltaban, y venian volando, y nos daban en la cara, y como eran tantos flecheros, y tiraban tanta flecha como granizos, que parecian eran langostas que volaban, y no nos rodelababamos, y la flecha que venia nos heria; y otras veces creiamos, que era flecha, y eran langostas que venian volando: fué harto estorbo.

CAPITULO X.

Como seguimos nuestro viage, y entramos en Boca de Términos, que entónces le pusimos este nombre.

Yendo por nuestra navegacion adelante, llegamos á una boca como de rio muy grande y ancha, y no era rio como pensamos, sino muy buen puerto, é porque está entre unas tierras é otras, é parecia como estrecho; tan gran boca tenia, que decia el Piloto Anton de Alaminos que era Isla, y partian términos con la tierra,

y á esta causa le pusimos nombre Boca de Términos, y así esta en las cartas del marear: y allí saltó el Capitan Juan de Grijalva en tierra con todos los mas Capitanes por mí nombrados y muchos soldados estuvimos tres dias hondando la boca de aquella entrada: é mirando bien arriba y abaxo del ancon, donde creiamos que iba é venia á parar, y hallamos no ser isla, sino ancon: y era muy buen puerto, y hallamos unos adoratorios de cal y canto, y muchos ídolos de barro y de palo, que eran dellos como figuras de sus dioses, y dellos de figuras de mugeres, y muchos como sierpes, y muchos cuernos de venados, é creimos que por alli cerca habria alguna poblacion, é con el buen puerto, que seria bueno para poblar: lo qual no fué así, que estaba muy despoblado; porque aquellos adoratorios eran de mercaderes y cazadores, que de pasada entraban en aquel puerto con canoas, y allí sacrificaban, y habia mucha caza de venados y conejos: matamos diez venados con una lebrela, y muchos conejos. Y luego desque todo fué visto é sondado, nos tornamos á embarcar, y se nos quedó allí la lebrela, y quando volvimos con Cortés, la tornamos á hallar, y estaba muy gorda y lucida. Llaman los marineros á este Puerto de Terminos. E vueltos á embarcar navegamos costa á costa junto á tierra, hasta que llegamos al rio de Tabasco, que por descubrirle el Juan de Grijalva se nombra agora el rio de Grijalva.

CAPITULO XI.

Como llegamos al rio de Tabasco, que llaman de Grijalva, y lo que alli nos acaeció.

Navegando costa, á costa la via del Poniente, de dia, porque de noche no osabamos por temor de baxos, é arracifes, á cabo de tres dias vimos una boca de rio muy ancha, y llegamos muy á tierra con los navíos, y parecia buen puerto: y como fuimos mas cerca de la boca, vimos rebentar los baxos ántes de entrar en el rio, y allí sacamos los bateles, y con la sonda en la mano hallamos, que no podian entrar en el puerto los dos navíos de mayor porte: fué acordado, que anclasen fuera en el mar, y con los otros dos navíos que demandaban ménos agua; que con ellos, é con los bateles fuesemos todos los soldados el rio arriba, porque vimos muchos Indios estar en canoas en las riberas, y tenian arcos, y flechas, y todas sus armas segun y de la manera de Champoton; por donde entendimos, que habia por allí algun pueblo grande; y tambien porque viniendo como veniamos navegando costa á costa, habiamos visto echadas nasas en la mar, con que pescaban, y aun á dos dellas se les tomó el pescado con un batel que traiamos á jorro de la Capitana. Aqueste rio se llama

de Tabasco, porque el Cacique de aquel pueblo se llamaba Tabasco; y como le descubrimos deste viage, y el Juan de Grijalva fué el descubridor, se nombra rio de Grijalva, y así está en las cartas del marear. E ya que llegamos obra de media legua del pueblo, bien oimos el rumor de cortar de madera, de que hacian grandes mamparos é fuerzas y aderezarse para nos dar guerra; porque habian sabido de lo que pasó en Potonchan, y tenian la guerra por muy cierta. Y desque aquello sentimos desembarcamos de una punta de aquella tierra donde habia unos palmares, que era del pueblo media legua; y desque nos viéron allí, viniéron obra de cincuenta canoas con gente de guerra, y train arcos y flechas, y armas de algodon, rodelas, y lanzas, y sus atambores, y penachos; y estaban entre los esteros otras muchas canoas llenas de guerreros, y estuviéron algo apartados de nosotros, que no osáron llegar como los primeros. Y desque los vimos de aquel arte, estabamos para tirarles con los tiros, y con las escopetas, y ballestas, y quiso nuestro Señor que acordamos de los llamar, é con Julianico y Melchorejo los de la punta de Cotoche, que sabian muy bien aquella lengua, y dixo á los principales que no hubiesen miedo, que les queriamos hablar cosas que desque las entendiesen, hubiesen por buena nuestra llegada allí é á sus casas, é que les queriamos dar de lo que traiamos. E como

entendiéron la plática, viniéron obra de quatro canoas, y en ellas hasta treinta Indios, y luego se les mostráron sartalejos de cuentas verdes, y espejuelos, y diamantes azules; y desque los viéron parecia que estaban de mejor semblante, creyendo que eran chalchihuites, que ellos tienen en mucho. Entónces el Capitan les dixo con las lenguas Julianillo, é Melchorejo, que veniamos de lejas tierras, y eramos vasallos de un grande Emperador, que se dice Don Cárlos, el qual tiene por vasallos á muchos grandes Señores, y Calachiomes, y que ellos le deben tener por Señor, y les irá muy bien en ello, é que á trueco de aquellas cuentas nos den comida de gallinas. Y nos respondiéron dos dellos, que el uno era principal, y el otro Papa, que son como Sacerdotes que tienen cargo de los ídolos, que ya he dicho otra vez que Papas les llaman en la Nueva España: y dixéron que harian el bastimento que deciamos, é trocarian de sus cosas á las nuestras; y en lo demas que Señor tienen, é que agora veniamos, é sin conocerlos, é ya les queriamos dar Señor, é que mirasemos no les diesemos guerra como en Potonchan; porque tenian aparejados dos xiquipiles de gentes de guerra de todas aquellas provincias contra nosotros; cada xiquipil son ocho mil hombres: é dixéron que bien sabian que pocos dias habia que habiamos muerto y herido sobre mas de ducientos hombres en Potonchan, é que ellos no

son hombres de tan pocas fuerzas como los otros, é que por eso habian venido á hablar por saber nuestra voluntad: é aquello que les deciamos que se lo irian á decir á los Caciques de muchos pueblos que estan juntos, para tratar paces, ó guerra. Y luego el Capitan les abrazó en señal de paz, y les dió unos sartalejos de cuentas, y les mandó que volviesen con la respuesta con brevedad, é que si no venian, que por fuerza habiamos de ir á su pueblo, y no para los enojar. Y aquellos mensageros que enviamos, habláron con los Caciques, é Papas, que tambien tienen voto entre ellos; y dixéron que eran buenas las paces, y traer bastimentos, é que entre todos ellos, y los pueblos comarcanos se buscara luego un presente de oro para nos dar, y hacer amistades no les acaezca como á los de Potonchan. Y lo que yo ví y entendí despues acá en aquellas provincias, se usaba enviar presentes quando se trataba paces: y en aquella punta de los palmares, donde estabamos viniéron sobre treinta Indios, é truxéron pescados asados, y gallinas, é fruta, y pan de maiz, é unos braseros con asquas, y con zahumerios, y nos zahumáron á todos; y luego pusieron en el suelo unas esteras, que aca llaman petates, y encima una manta, y presentáron ciertas joyas de oro que fuéron ciertas anades como las de Castilla, y otras joyas como lagartijas, y tres collares de cuentas vaciadizas, y otras cosas de

oro de poco valor, que no valia docientos pesos: y mas truxéron unas mantas, é camisetas de las que ellas usan, é dixéron que recibiesemos aquello de buena voluntad, é que no tienen mas oro que nos dar, que adelante hácia donde se pone el sol hay mucho, y decian *Culba Culba, México México;* y nosotros no sabiamos que cosa era Culba, ni aun México tampoco. Puesto que no valia mucho aquel presente que truxéron, tuvímoslo por bueno por saber cierto que tenian oro; y desque lo hubiéron presentado, dixéron que nos fuesemos luego adelante, y el Capitan les dió las gracias por ello, é cuentas verdes: y fué acordado de irnos luego á embarcar, porque estaban en mucho peligro los dos navíos, por temor del Norte que es travesía, y tambien por acercarnos hácia donde decian que habia oro.

CAPITULO XII.

Como vimos el pueblo del Aguayaluco, que pusimos por nombre la Rambla.

Vueltos á embarcar, siguiendo la costa adelante, desde á dos dias vimos un pueblo junto á tierra, que se dice el Aguayaluco, y andaban muchos Indios de aquel pueblo por la costa con unas rodelas hechas de conchas de tortugas, que

relumbraban con el sol que daba en ellas, y algunos de nuestros soldados porfiaban que eran de oro baxo: y los Indios que las traian, iban haciendo grandes movimientos por el arenal, y costa adelante: y pusimos á este pueblo por nombre la Rambla, y así está en las cartas del marear. E yendo mas adelante costeando, vimos una ensenada donde se quedó el rio de Fenole, que á la vuelta que volvimos entramos en él, y le pusimos nombre, rio de Sant Antonio, y así está en las cartas del mar. E yendo mas adelante navegando, vimos adonde quedaba el parage del gran rio de Guacayvalco, y quisieramos entrar en el ensenada que está, por ver qué cosa era, sino por ser el tiempo contrario: é luego se pareciéron las grandes sierras nevadas, que en todo el año estan cargadas de nieve; y tambien vimos otras sierras que estan mas junto al mar, que se llaman agora de San Martin, y pusímoslas por nombre San Martin; porque el primero que las vió, fué un soldado que se llamaba San Martin, vecino de la Habana. Y navegando nuestra costa adelante, el Capitan Pedro de Alvarado se adelantó con su navío, y entró en un rio, que en Indias se llama Papalohuna, y entónces pusimos por nombre, rio de Alvarado, porque lo descubrió el mesmo Alvarado. Allí le dieron pescado unos Indios pescadores, que eran naturales de un pueblo, que se dice Tlacotalpa: estuvímosle aguardando en el parage del rio, donde entró

con todos tres navíos, hasta que salió dél, y á causa de haber entrado en el rio sin licencia del General, se enojó mucho con él, y le mandó que otra vez no se adelantase del armada, porque no le aviniese algun contraste en parte donde no le pudiesemos ayudar. E luego navegamos con todos quatro navíos en conserva, hasta que llegamos en parage de otro rio, que le pusimos por nombre rio de Vanderas, porque estaban en él muchos Indios con lanzas grandes, y en cada lanza una bandera hecha de manta blanca, revolándolas, y llamándonos. Lo qual diré adelante como pasó.

CAPITULO XIII.

Como llegamos á un rio, que pusimos por nombre rio de Vanderas, é rescatamos catorce mil pesos.

Ya habrán oido decir en España, y en toda la mas parte della, y de la Christiandad, como México es tan gran ciudad, y poblada en el agua, como Venecia, y habia en ella un gran Señor, que era Rey de muchas provincias, y señoreaba todas aquellas tierras, que son mayores que quatro veces nuestra Castilla, el qual Señor se decia Montezuma : é como era tan poderoso, queria señorear, y saber, hasta lo que no podia, ni le era posible : é tuvo noticia de la primera

vez que venimos con Francisco Hernandez de Córdoba, lo que nos acaeció en la batalla de Cotoche, y en la de Champoton, y agora deste viage la batalla del mismo Champoton, y sumo que eramos nosotros pocos soldados, y los de aquel pueblo muchos; é al fin entendió que nuestra demanda era buscar oro á trueque del rescate que traiamos, é todo se lo habian llevado pintado en unos paños que hacen de nequien, que es como de lino: y como supo que ibamos costa á costa hácia sus Provincias, mandó á sus Gobernadores, que si por allí aportasemos, que procurasen de trocar oro á nuestras cuentas, en especial á las verdes, que parecian á sus chalchihuites: y tambien lo mandó, para saber é inquirir mas por entero de nuestras personas, é que era nuestro intento. Y lo mas cierto era (segun entendimos) que dicen, que sus antepasados les habian dicho, que habian de venir gentes de hácia donde sale el Sol, que los habian de señorear. Agora sea por lo uno, ó por lo otro, estaban en posta á vela Indios del Grande Montezuma en aquel rio que dicho tengo, con lanzas largas, y en cada lanza una bandera enarbolándola, y llamándonos que fuesemos allí donde estaban. Y desque vimos de los navíos cosas tan nuevas, para saber que podia ser, fué acordado por el General, con todos los demas soldados y Capitanes, que echasemos dos bateles en el agua, é que saltasemos en ellos todos los ballesteros,

y escopeteros, y veinte soldados, y Francisco de Montejo fuese con nosotros; é que si viesemos que eran de guerra los que estaban con las banderas, que de presto se lo hiciesemos saber, ó otra qualquier cosa que fuese. Y en aquella sazon quizo Dios que hacia bonanza en aquella costa, lo qual pocas veces suele acaecer: y como llegamos en tierra, hallamos tres Caciques, que el uno dellos era Gobernador de Montezuma, é con muchos Indios de propio, y tenian muchas gallinas de la tierra, y pan de maiz, de lo que ellos suelen comer, é frutas, que eran pinas, y capotes, que en otras partes llaman niameyes, y estaban debaxo de una sombra de árboles, puestas esteras en el suelo, que ya he dicho otra vez, que en estas partes se llaman petates, y allí nos mandáron asentar, y todo por señas; porque Julianillo el de la punta de Cotoche no entendia aquella lengua; y luego truxéron braseros de barro con asquas, y nos zahumáron con uno como resina, que huele á incienso. Y luego el Capitan Montejo lo hizo saber al General; y como lo supo, acordó de surgir allí en aquel parage con todos los navíos, y saltó en tierra con todos los Capitanes y soldados. Y desque aquellos Caciques y Gobernadores le viéron en tierra, y conociéron que era el Capitan General de todos, á su usanza le hiciéron grande acatamiento, y le zahumáron: y él les dió las gracias por ello, y les hizo muchas caricias, y les mandó dar

diamantes y cuentas verdes; y por señas les dixo que truxesen oro á trocar á nuestros rescates. Lo qual luego el Gobernador mandó á sus Indios, y que todos los pueblos comarcanos truxesen de las joyas que tenian á rescatar: y en seis dias que estuvimos allí truxeron mas de quince mil pesos en joyezuelas de oro baxo, y de muchas hechuras: y aquesto debe ser lo que dicen los Coronistas Francisco Lopez de Gomara, y Gonzalo Hernandez de Oviedo en sus Corónicas, que dicen que diéron los de Tabasco, y como se lo dixéron por relacion, así lo escriben, como si fuese verdad: porque vista cosa es, que en la Provincia del rio de Grijalva no hay oro, sino muy pocas joyas. Dexemos esto, y pasemos adelante, y es, que tomamos posesion en aquella tierra por su Magestad, y en su nombre Real el Gobernador de Cuba diego Velasquez. Y despues desto hecho, habló el General á los Indios que allí estaban, diciendo, que se queria embarcar, y les dió camisas de Castilla. Y de allí tomamos un Indio, que llevamos en los navíos, el qual despues que entendió nuestra lengua se volvió Christiano, y se llamó Francisco, y despues de ganado México le ví casado en un pueblo que se llama Santa Fe. Pues como vió el General que no traian mas oro á rescatar, é habia seis dias que estabamos allí, y los navíos corrian riesgo, por ser travesía el Norte, nos mandó embarcar. E corriendo la costa adelante, vimos una Isleta,

que bañaba la mar, y tenia la arena blanca, y estaria (alparecer) obra de tres leguas de tierra, y pusímosle por nombre Isla Blanca; y así está en las cartas del marear. Y no muy léjos desta Isleta Blanca vimos otra Isla mayor al parecer que las demas, y estaria de tierra obra de legua y media, y allí enfrente della habia buen surgidero, y mandó el General, que surgiesemos. Echados los bateles en el agua, fué el Capitan Juan de Grijalva con muchos de nosotros los soldados á ver la Isleta, y hallamos dos casas hechas de cal y canto y bien labradas, y cada casa con unas gradas, por donde subian á unos como altares, y en aquellos altares tenian unos ídolos de malas figuras, que eran sus dioses, y allí estaban sacrificados de aquella noche cinco Indios, y estaban abiertos por los pechos, y cortados los brazos y los muslos, y las paredes llenas de sangre. De todo lo qual nos admiramos, y pusimos por nombre á esta Isleta, Isla de Sacrificios. Y allí enfrente de aquella Isla saltamos todos en tierra, y en unos arenales grandes que allí hay, adonde hicimos ranchos y chozas, con ramas, y con las velas de los navíos. Habíanse allegado en aquella costa muchos Indios, que traian á rescatar oro hecho piecezuelas, como en el rio de Vanderas; y segun despues supimos, mandó el Gran Montezuma que viniesen con ello, y los Indios que lo traian, al parecer estaban temerosos, y era muy poco. Por manera que luego el

Capitan Juan de Grijalva mandó, que los navíos alzasen las anclas, y pusiesen velas, y fuesemos adelante á surgir enfrente de otra Isleta que estaba obra de media legua de tierra, y esta Isla es donde agora está el puerto. Y diré adelante lo que allí nos avino.

CAPITULO XIV.

Como llegamos al puerto de San Juan de Culua.

Desembarcados en unos arenales hicimos chozas encima de los mastos y medaños de arena, que los hay por allí grandes, por causa de los mosquitos, que habia muchos, y con bateles ondeáron muy bien el puerto, y halláron que con el abrigo de aquella Isleta estarian seguros los navíos del Norte, y habia buen fondo: y hecho esto, fuimos á la Isleta con el General treinta soldados, bien apercebidos en los bateles, y hallamos una casa de adoratorios, donde estaba un ídolo muy grande y feo, el qual se llamaba Tezcatepuca, y estaban allí quatro Indios con mantas prietas y muy largas, con capillas como traen los Dominicos, ó Canónigos, ó querian parecer á ellos: y aquellos eran Sacerdotes de aquel ídolo, y tenian sacrificados de aquel dia dos muchachos, y abiertos por los pechos, y los corazones y sangre ofrecidos á aquel maldito

ídolo; y los Sacerdotes, que ya he dicho que se dicen Papas, nos venian á zahumar con lo que zahumaban aquel su ídolo, y en aquella sazon que llegamos, le estaban zahumando con uno que huele á incienso, y no consentimos que tal zahumerio nos diesen, ántes tuvimos muy gran lástima y mancilla de aquellos dos muchachos, é verlos recien muertos, y ver tan grandísima crueldad. Y el General preguntó al Indio Francisco, que traiamos del rio de Vanderas, que parecia algo entendido, que por qué hacian aquello? y esto le decia medio por señas, porque entónces no teniamos lengua ninguna, como ya otras veces he dicho. Y respondió, que los de Culua lo mandaban sacrificar; y como era torpe de lengua, decia, Olua, Olua. Y como nuestro Capitan estaba presente, y se llamaba Juan, y asimismo era dia de San Juan, pusimos por nombre á aquella Isleta, San Juan de Ulua: y este puerto es agora muy nombrado, y estan hechos en él grandes reparos para los navíos, y allí vienen á desembarcar las mercaderías para México, é Nueva-España. Volvamos á nuestro cuento, que como estabamos en aquellos arenales, viniéron luego Indios de pueblos allí comarcanos á trocar su oro en joyezuelas á nuestros rescates: mas eran tan pocos y de tan poco valor, que no haciamos cuenta dello: y estuvimos siete dias de la manera que he dicho, y con los muchos mosquitos no nos podiamos valer: y

viendo que el tiempo se nos pasaba, y teniendo ya por cierto, que aquellas tierras no eran Islas, sino tierra firme, y que habia grandes pueblos, y el pan de cazabe muy mohoso é sucio de las fatulas, y amargaba, y los que allí veniamos no eramos bastantes para poblar, quanto mas que faltaban diez de nuestros soldados, que se habian muerto de las heridas, y estaban otros quatro dolientes: é viendo todo esto, fué acordado, que lo enviasemos á hacer saber al Gobernador Diego Velazquez, para que nos enviase socorro, porque el Juan de Grijalva muy gran voluntad tenia de poblar con aquellos pocos soldados que con él estabamos; y siempre mostró un grande ánimo de un muy valeroso Capitan, y no como lo escribe el Coronista Gomora. Pues para hacer esta embaxada, acordamos que fuese el Capitan Pedro de Alvarado en un navío que se decia San Sebastian, porque hacia agua, aunque no mucha, porque en la Isla de Cuba se diese carena, y pudiesen en él traer socorro é bastimento. Y tambien se concertó, que llevase todo el oro que se habia rescatado, y ropa de mantas, y los dolientes: y los Capitanes escribiéron al Diego Velazquez cada uno lo que le pareció: y luego se hizo á la vela, é iba la vuelta de la Isla de Cuba. Adonde los dexaré agora, así al Pedro de Alvarado, como al Grijalva, y diré como el Diego Velazquez habia enviado en nuestra busca.

CAPITULO XV.

Como Diego Velazquez, Gobernador de la Isla de Cuba, envió un navío pequeño en nuestra busca.

Despues que salimos el Capitan Juan de Grijalva de la Isla de Cuba para hacer nuestro viage, siempre Diego Velazquez estaba triste y pensativo, no nos hubiese acaecido algun desastre, y deseaba saber de nosotros, y á esta causa envió un navío pequeño en nuestra busca con siete soldados, y por Capitan dellos á un Christóval de Oli, persona de valía, muy esforzado, y le mandó, que siguiese la derrota de Francisco Hernandez de Córdoba hasta toparse con nosotros. Y segun parece, el Christóval de Oli yendo en nuestra busca, estando surto cerca de tierra, le dió un recio temporal, y por no anegarse sobre las amarras, el Piloto que traian mandó cortar los cables, é perdió las anclas, é volvióse á Santiago de Cuba, de donde habia salido, adonde estaba el Diego Velazquez; y quando vió que no tenia nueva de nosotros, si triste estaba de ántes que enviase al Christóval de Oli, muy mas pensativo estuvo despues. Y en esta sazon llegó el Capitan Pedro de Alvarado con el oro, y ropa, y dolientes, y con entera relacion de lo que habiamos descubierto. Y quando el

Gobernador vió que estaba en joyas, parecia mucho mas de lo que era, y estaban allí con el Diego Velazquez muchos vecinos de aquella Isla, que venian á negocios. Y quando los Oficiales del Rey tomáron el Real quinto que venia á su Magestad, estaban espantados de quán ricas tierras habiamos descubierto; y como el Pedro de Alvarado se lo sabia muy bien platicar, dice, que no hacia el Diego Velazquez sino abrazallo, y en ocho dias tener gran regozijo, y jugar cañas: y si mucha fama tenian de ántes de ricas tierras, agora con este oro se sublimó en todas las Islas, y en Castilla, como adelante diré. Y dexaré al Diego Velazquez haciendo fiestas, y volveré á nuestros navíos, que estabamos en San Juan de Ulua.

CAPITULO XVI.

De lo que nos sucedió costeando las sierras de Tusta y de Tuspa.

Despues que de nosotros se partió el Capitan Pedro de Alvarado para ir á la Isla de Cuba, acordó nuestro General, con los demas Capitanes y Pilotos, que fuesemos costeando y descubriendo todo lo que pudiesemos; é yendo por nuestra navegacion, vimos las sierras de Tusta, y mas adelante de ahí á otros dos dias vimos otras sierras muy mas altas, que agora se llaman

las sierras de Tuspa : por manera que unas sierras se dicen Tusta, porque estan cabe un pueblo, que se dice así : y las otras sierras se dicen Tuspa, porque se nombra el pueblo junto adonde aquellas estan Tuspa. E caminando mas adelante vimos muchas poblaciones, y estarian la tierra adentro dos ó tres leguas, esto es ya en la Provincia de Panuco : é yendo por nuestra navegacion llegamos á un rio grande, que le pusimos por nombre Rio de Canoas, y allí enfrente de la boca dél surgimos; y estando surtos todos tres navíos, y estando algo descuidados, viniéron por el rio diez y seis canoas muy grandes llenas de Indios de guerra, con arcos, y flechas, y lanzas, y vanse derechos al navío mas pequeño, del qual era Capitan Alonso de Avila, y estaba mas llegado á tierra, y dándole una rociada de flechas, que hiriéron á dos soldados, echáron mano al navío, como que lo querian llevar, y aun cortáron una amarra : y puesto que el Capitan, y los soldados peleaban bien, y trastornáron tres canoas, nosotros con gran presteza les ayudamos con nuestros bateles, y escopetas, y ballestas, y herimos mas de la tercia parte de aquellas gentes; por manera que volviéron con la mala ventura por donde habian venido : y luego alzamos áncoras, y dimos vela, y seguimos costa á costa hasta que llegamos á una punta muy grande, y era tan mala de doblar, y las corrientes muchas, que no podiamos ir ade-

lante: y el Piloto Anton de Alaminos dixo al General, que no era bien navegar mas aquella derrota, y para ello se diéron muchas causas, y luego se tomó consejo de lo que se habia de hacer; y fué acordado, que diesemos la vuelta á la isla de Cuba, lo uno, porque ya entraba el invierno, y no habia bastimentos, é un navío hacia mucha agua, y los Capitanes desconformes, porque el Juan de Grijalva decia, que queria poblar, y el Francisco Montejo y Alonso de Avila decian, que no se podian sustentar, por causa de los muchos guerreros que en la tierra habia: y tambien todos nosotros los soldados estabamos hartos y muy trabajados de andar por la mar. Así que dimos vuelta á todas velas, y las corrientes que nos ayudaban, en pocos dias llegamos en el parage del gran rio de Guazacualco, y no pudimos estar, por ser el tiempo contrario; y muy abrazados con la tierra, entramos en el rio de Tonala, que se puso nombre entónces, Sant Anton, y allí se dió carena al navío, que hacia mucha agua, puesto que tocó tres veces al estar en la barra, que es muy baxa; y estando aderezando nuestro navío, viniéron muchos Indios del puerto de Tonala, que estaba una legua de allí, y truxéron pan de maiz, y pescado, y fruta, y con buena voluntad nos lo diéron, y el Capitan les hizo muchos halagos, y les mandó dar cuentas verdes, y diamantes, y les dixo por señas, que truxesen oro á rescatar, y que les da-

riamos de nuestro rescate : y traian joyas de oro baxo, y se les daban cuentas por ello. Y desque lo supiéron los de Guazacualco, y de otros pueblos comarcanos, que rescatabamos, tambien viniéron ellos con sus pecezuelas, y lleváron cuentas verdes, que aquellos tenian en mucho. Pues demas de aqueste rescate traian comunmente todos los Indios de aquella Provincia unas hachas de cobre muy lucidas, como por gentileza y á manera de armas, con unos cabos de palo muy pintados; y nosotros creimos que eran de oro baxo, y comenzamos á rescatar dellas; digo, que en tres dias se hubiéron mas de seiscientas dellas, y estabamos muy contentos con ellas, creyendo que eran de oro baxo, y los Indios mucho mas con las cuentas; y todo salió vano, que las hachas eran de cobre, y las cuentas un poco de nada. E un marinero habia secretamente rescatado siete hachas, y estaba muy alegre con ellas : y parece ser que otro marinero lo dixo al Capitan, y mandóle, que las diese; y porque rogamos por él, se las dexó, creyendo que eran de oro. Tambien me acuerdo, que un soldado que se decia Bartolomé Prado, fué á una casa de ídolos, que ya he dicho que se dicen *Cues*, que es como quien dice, casa de sus dioses, que estaba en un cerro alto, y en aquella casa halló muchos ídolos, y copal, que es como incienso, que es con que zahuman, y cuchillos de pedernal, con que sacrificaban y retajaban,

y unas arcas de madera, y en ellas muchas piezas de oro, que eran diademas, y collares, y dos ídolos, y otros como cuentas; y aquel oro tomó el soldado para sí, y los ídolos del sacrificio truxo al Capitan. Y no faltó quien le vió, y lo dixo al Grijalva, y queriáselo tomar; y rogámosle, que se lo dexase: y como era de buena condicion, que sacado el quinto de su Magestad, que lo demas fuese para el pobre soldado, y no valia ochenta pesos. Tambien quiero decir como yo sembré unas pepitas de naranjas junto á otras casas de ídolos; y fué desta manera: que como habia muchos mosquitos en aquel rio, fuíme á dormir á una casa alta de ídolos, y allí junto á aquella casa sembré siete ú ocho pepitas de naranjas que habia traido de Cuba, y naciéron muy bien porque parece ser, que los Papas de aquellos ídolos les pusiéron defensa para que no las comiesen hormigas, y las regaban y limpiaban, desque viéron que eran plantas diferentes de las suyas. He traido aquí esto á la memoria, para que se sepa que estos fuéron los primeros naranjos que se plantáron en la Nueva España: porque despues de ganado México, y pacificados los pueblos sujetos de Guazacualco, túvose por la mejor Provincia, por causa de estar en la mejor conmodacion de toda la Nueva España, así por las minas, que las habia, como por el buen puerto, y la tierra de suyo rica de oro, y de pastos para ganados, y á este efecto se pobló de los

mas principales Conquistadores de México, é yo fuí uno, y fuí por mis naranjos, y traspuselos, y saliéron muy buenos. Bien sé qué dirán, que no hace al propósito de mi relacion estos cuentos viejos, y dexalloshe, y diré como quedáron todos los Indios de aquellas provincias muy contentos, y luego nos abrazamos, y vamos la vuelta de Cuba, y en quarenta y cinco dias, unas veces con buen tiempo, y otras veces con contrario, llegamos á Santiago de Cuba, donde estaba el Gobernador Diego Velazquez, y él nos hizo buen recibimiento: y desque vió el oro que traiamos, que seria quatro mil pesos, é con el que truxo primero el Capitan Pedro de Alvarado, seria por todo veinte mil pesos, y otros decian mas, y otros decian ménos, é los Oficiales de su Magestad sacáron el Real quinto: y tambien truxéron las seiscientas hachas que parecian oro, y quando las truxéron para quintar, estaban tan mohosas, en fin como cobre que era, y allì hubo bien que reir y decir de la burla y del rescate. Y el Diego Velazquez con todo esto estaba muy alegre: puesto que parecia estar mal con el pariente Grijalva, y no tenian razon, sino que el Alonso de Avila era mal acondicionado, y decia, que el Grijalva era para poco, y no faltó el Capitan Montejo, que le ayudó de mal. Y quando esto pasó, ya habia otras pláticas para enviar otra armada, é á quien elegirian por Capitan.

CAPITULO XVII.

Como Diego Velazquez envió á Castilla á su Procurador.

Y aunque les parezca á los lectores, que va fuera de nuestra relacion esto que yo traigo aquí á la memoria, ántes que entre en lo del Capitan Hernando Cortés, conviene que se diga, por las causas que adelante verán, y tambien porque en un tiempo acaecen dos ó tres cosas, y por fuerza hemos de hablar de una, y la que mas viene al propósito. Y el caso es, que, como ya he dicho, quando llegó el Capitan Pedro de Alvarado á Santiago de Cuba con el oro que hubimos de las tierras que descubrimos, y el Diego Velazquez temió que primero que él hiciese relacion á Su Magestad, que algun Caballero privado en Corte tenia relacion dello, y le hurtaba la bendicion; á esta causa envió el Diego Velazquez á un su Capellan, que se decia Benito Martinez, hombre que entendia muy bien de negocios, á Castilla con probanzas y cartas para Don Juan Rodriguez de Fonseca, Obispo de Burgos, é se nombraba Arzobispo de Rosano, y para el Licenciado Luis Zapata, y para el Secretario Lope Conchillos, que en aquella sazon entendian en las cosas de las Indias, y el Diego Velazquez era muy servidor del Obispo, y de los

demas Oidores, y como tal les dió pueblos de Indios en la Isla de Cuba, que les sacaban oro de las minas, é á esta causa hacia mucho por el Diego Velazquez, especialmente el Obispo de Burgos, y no dió ningun pueblo de Indios á Su Magestad; porque en aquella sazon estaba en Flandes. Y demas de les haber dado los Indios que dicho tengo, nuevamente envió á estos Oidores muchas joyas de oro de lo que habiamos enviado con el Capitan Alvarado, que eran veinte mil pesos, segun dicho tengo, y no se haria otra cosa en el Real Consejo de Indias, sino lo que aquellos señores mandaban. Y lo que enviaba á negociar el Diego Velazquez era, que le diesen licencia para rescatar y conquistar, y poblar en todo lo que habia descubierto y en lo que mas descubriese: y decia en sus relaciones y cartas, que habia gastado muchos millares de pesos de oro en el descubrimiento. Por manera que el Capellan Benito Martinez fué á Castilla, y negoció todo lo que pidió, y aun mas cumplidamente, que truxo provision para el Diego Velazquez para ser Adelantado de la Isla de Cuba. Pues ya negociado lo aquí por mi dicho, no viniéron tan presto los despachos, que primero no saliese Cortés con otra armada. Quedarse ha aquí así los despachos del Diego Velazquez, como la armada de Cortés, y diré como estando escribiendo esta relacion vi una Corónica del Coronista Francisco Lopez

de Gomora, y habla en lo de las Conquistas de la Nueva España é México, y lo que sobre ello me parece declarar adonde hubiere contradiccion sobre lo que dice el Gomora, lo diré segun y de la manera que pasó en las Conquistas, y va muy diferente de lo que escribe, porque todo es contrario de la verdad.

CAPITULO XVIII.

De algunas advertencias acerca de lo que escribe Francisco Lopez de Gomora, mal informado, en su Historia.

Estando escribiendo esta relacion, acaso ví una Historia de buen estilo, la qual se nombra de un Francisco Lopez de Gomora, que habla de las Conquistas de México y Nueva España, y quando leí su gran retórica, y como mi obra es tan grosera, dexé de escribir en ella, y aun tuve vergüenza que pareciese entre personas notables: y estando tan perplexo como digo, torné á leer y á mirar las razones y pláticas que el Gomora en sus libros escribió, y ví, que desde el principio y medio hasta el cabo no llevaba buena relacion, y va muy contrario de lo que fué é pasó en la Nueva España: y quando entró á decir de las grandes Ciudades, y tantos números que dice que habia de vecinos en ellas, que tanto se le dió poner ocho como ocho mil. Pues

de aquellas grandes matanzas que dice que haciamos, siendo nosotros obra de quatrocientos soldados los que andábamos en la guerra, que harto teniamos de defendernos que no nos matasen ó llevasen de vencida, que aunque estuvieran los Indios atados, no hicieramos tantas muertes y crueldades como dice que hicimos, que juro amen, que cada dia estábamos rogando á Dios y á nuestra Señora no nos desbaratasen. Volviendo á nuestro cuento, Atalarico, muy bravísimo Rey, y Atila, muy soberbio guerrero, en los campos Catalanes no hiciéron tantas muertes de hombres como dice que haciamos. Tambien dice que derrocábamos y abrasábamos muchas ciudades y templos, que son sus Cues, donde tienen sus ídolos; y en aquello le parece á Gomora que aplace mucho á los oyentes que leen su Historia, y no quiso ver ni entender quando lo escribia, que los verdaderos Conquistadores y curiosos lectores que saben lo que pasó, claramente le dirán, que en su Historia en todo lo que escribe se engañó. Y si en las demas Historias que escribe de otras cosas va del arte del de la Nueva España, tambien irá todo errado. Y es lo bueno, que ensalza á unos Capitanes, y abaxa á otros; y los que no se halláron en las conquistas, dice, que fuéron Capitanes, y que un Pedro Dircio fué por Capitan quando el desbarate que hubo en un pueblo que le pusiéron nombre *Almeria;* porque el que fué

por Capitan en aquella entrada, fué un Juan de Escalante, que murió en el desbarate con otros siete soldados; y dice, que un Juan Velazquez de Leon fué á poblar á Guacualco; y la verdad es así, que un Gonzalo de Sandoval, natural de Avila, lo fué á poblar. Tambien dice, como Cortés mandó quemar un Indio que se decia Quezal Popoca, Capitan de Montezuma, sobre la poblacion que se quemó. El Gomora no acierta tambien lo que dice de la entrada que fuimos á un pueblo y fortaleza *Anga Panga*, escríbelo, mas no como pasó. Y de quando en los Arenales alzamos á Cortés por Capitan General y Justicia Mayor, en todo le engañáron. Pues en la toma de un pueblo, que se dice *Chamula*, en la Provincia de Chiapa, tampoco acierta en lo que escribe. Pues otra cosa peor dice, que Cortés mandó secretamente barrenar los once navíos en que habiamos venido, ántes fué público, porque claramente por consejo de todos los demas soldados mandó dar con ellos al través á ojos vistas, porque nos ayudase la gente de la mar, que en ellos estaba á velar y guerrear. Pues en lo de Juan de Grijalva, siendo buen Capitan, le deshace y disminuye. Pues en lo de Francisco Hernandez de Córdoba, habiendo él descubierto lo de Yucatan, lo pasa por alto. Y en lo de Francisco de Garay dice, que vino el primero con quatro navíos de lo de Panuco ántes que viniese con la armada postrera; en lo qual no acier-

ta como en lo demas. Pues en todo lo que escribe de quando vino el Capitan Narvaez, y de como le desbaratamos, escribe segun y como las relaciones. Pues en las batallas de Tlaxcala, hasta que hicimos las paces, en todo escribe muy léjos de lo que pasó. Pues las guerras de México, de cuando nos desbaratáron y echáron de la ciudad, y nos matáron y sacrificáron sobre ochocientos y sesenta soldados, digo otra vez, sobre ochocientos y sesenta soldados; porque de mil y trecientos que entramos al socorro de Pedro de Alvarado, é ibamos en aquel socorro los de Narvaez, y los de Cortés, que eran los mil y trecientos que he dicho, no escapamos sino quatrocientos y quarenta, y todos heridos; é dicelo de manera como si no fuera nada. Pues desque tornamos á conquistar la gran Ciudad de México y la ganamos, tampoco dice los soldados que nos matáron y hiriéron en las conquistas, sino que todo lo hallábamos, como quien va á bodas, y regocijos. Para qué meto yo aquí tanto la pluma en contar cada cosa por sí, que es gastar papel y tinta? porque si en todo lo que escribe va de aquesta arte, es grande lástima; y puesto que él lleve buen estilo, habia de ver, que para que diese fe á lo demas que dice, que en esto se habia de esmerar. Dexemos esta plática, y volveré á mi materia, que despues de bien mirado todo lo que he dicho que escribe el Gomora, que por ser tan léjos de lo

que pasó, es en perjuicio de tantos, torno à proseguir en mi relacion é Historia; porque dicen sabios varones, que la buena policía y agraciado componer, es decir verdad en lo que escribieren : y la mera verdad resiste á mi rudeza: y mirando en esto que he dicho, acordé de seguir mi intento con el ornato y pláticas que adelante verán, para que salga á luz, y se vean las conquistas de la Nueva España claramente, y como se han de ver, y Su Magestad sea servido conocer los grandes y notables servicios que le hicimos los verdaderos Conquistadores, pues tan pocos soldados como venimos á estas tierras con el venturoso y buen Capitan Hernando Cortés, nos pusimos á tan grandes peligros, y le ganamos esta tierra, que es una buena parte de las del nuevo mundo, puesto que Su Magestad, como Christianísimo Rey y Señor nuestro, nos lo ha mandado muchas veces gratificar: é dexaré de hablar acerca desto, porque hay mucho que decir.

Y quiero volver con la pluma en la mano, como el buen Piloto lleva la sonda por la mar descubriendo los baxos, quando siente que los hay, así haré yo, encaminar á la verdad de lo que pasó la Historia del Coronista Gomora, y no será todo en lo que escribe; porque si parte por parte se hubiese de escribir, seria mas la costa en coger la rebusca, que en las verdaderas vendimias. Digo, que sobre esta mi relacion pue-

den los Coronistas sublimar y dar loas quantas quisieren, así al Capitan Cortés, como á los fuertes Conquistadores, pues tan grande y santa empresa salió de nuestras manos, pues ello mismo da fe muy verdadera; y no son cuentos de naciones extrañas, ni sueños, ni porfias, que ayer pasó, á manera de decir, sino vean toda la Nueva España, qué cosa es, y lo que sobre ello escriben. Diremos lo que en aquellos tiempos nos hallamos ser verdad, como testigos de vista, y no estarémos hablando las contrariedades y falsas relaciones (como decimos) de los que escribiéron de oidas; pues sabemos que la verdad es cosa sagrada: y quiero dexar de más hablar en esta materia; y aunque habia bien que decir della, y lo que se sospechó del Coronista, que le diéron falsas relaciones quando hacia aquella Historia; porque toda la honra y prez della la dió solo al Marques Don Hernando Cortés, é no hizo memoria de ninguno de nuestros valerosos Capitanes y fuertes soldados: é bien se parece en todo lo que el Gomora escribe en su Historia, serle muy aficionado, pues á su hijo el Marques que agora es, le eligió su Corónica y obra, y la dexó de elegir á nuestro Rey y Señor. Y no solamente el Francisco Lopez de Gomora escribió tantos borrones é cosas que no son verdaderas, de que ha hecho mucho daño á muchos Escritores y Coronistas, que despues del Gomora han escrito en las cosas de la Nueva España,

como es el Doctor Illescas, y Pablo Jovio, que se van por sus mismas palabras, é escriben ni mas ni ménos que el Gomora. Por manera que lo que sobre esta materia escribiéron, es, porque les ha hecho errar el Gomora.

CAPITULO XIX.

Como venimos otra vez con otra armada á las tierras nuevamente descubiertas, y por Capitan de la armada Hernando Cortés, que despues fué marques del Valle, y tuvo otros ditados; y de las contrariedades que hubo para le estorbar que no fuese Capitan.

En quince dias del mes de Noviembre de mil y quinientos y diez y ocho años, vuelto el Capitan Juan de Grijalva de descubrir las tierras nuevas (como dicho habemos) el Gobernador Diego Velazquez ordenaba de enviar otra armada muy mayor que las de ántes, y para ello tenia ya diez navíos en el puerto de Santiago de Cuba; los quatro dellos eran en los que volvimos quando lo de Juan de Grijalva, porque luego les hizo dar carena y adobar; y los otros seis recogiéron de toda la Isla, y los hizo proveer de bastimento, que era pan, cazabe, y tozino; porque en aquella sazon no habia en la Isla de Cuba ganado vacuno, ni carneros, y este bastimento no era para mas de hasta llegar á la Ha-

bana; porque allí habiamos de hacer todo el matalotage, como se hizo. Y dexemos de hablar en esto, y volvamos á decir las diferencias que se hubo en elegir Capitan para aquel viage. Habia muchos debates y contrariedades, porque ciertos Caballeros decian, que viniese un Capitan muy de calidad, que se decia Vasco Porcallo, pariente cercano del Conde de Feria, y temióse el Diego Velazquez que se alzaria con la armada, porque era atrevido: otros decian, que viniese un Agustin Vermudez, ó un Antonio Velazquez Borrego, ó un Bernardino Velazquez, parientes del Gobernador Diego Velazquez: y todos los mas soldados que allí nos hallamos, deciamos, que volviese el Juan de Grijalva, pues era buen Capitan, y no habia falta en su persona, y en saber mandar. Andando las cosas y conciertos de esta manera que aquí he dicho, dos grandes privados del Diego Velazquez que se decian, Andres de Duero, Secretario del mismo Gobernador, y un Amador de Larez, Contador de su Magestad, hiciéron secretamente compañía con un buen hidalgo, que se decia Hernando Cortés, natural de Medellin, el qual fué hijo de Martin Cortés de Monroy, y de Catalina Pizarro Altamirano, é ambos hijosdalgo, aunque pobres, é así era por la parte de su padre Cortés y Monroy, y la de su madre Pizarro é Altamirano. Fué de los buenos linages de Estramadura, é tenia Indios de encomienda en

aquella Isla, é poco tiempo habia que se habia casado por amores con una señora que se decia Doña Catalina Suarez Pacheco, y esta señora era hija de Diego Suarez Pacheco, ya difunto, natural de la ciudad de Avila, y de Maria de Mercaida, Vizcaina, y hermana de Juan Suarez Pacheco; y este despues que se ganó la Nueva España, fué vecino, y Encomendado en México. Y sobre este casamiento de Cortés le sucedieron muchas pesadumbres, y prisiones: porque Diego Velazquez favoreció las partes della, como mas largo contarán otros: y así pasaré adelante, y diré acerca de la compañía, y fué desta manera: que concertaron estos grandes privados del Diego Velazquez que le hiciesen dar á Hernando Cortés la Capitanía General de toda la armada, y que partirian entre todos tres la ganancia del oro, plata y joyas, de la parte que le cupiese á Cortés, porque secretamente el Diego Velazquez enviaba á rescatar, y no á poblar. Pues hecho este concierto, tienen tales modos el Duero, y el Contador con el Diego Velazquez, y le dicen tan buenas y melosas palabras, loando mucho á Cortés, que es persona en quien cabe aquel cargo, y para Capitan muy esforzado, y que le seria muy fiel, pues era su ahijado: porque fué su padrino, quando Cortés se veló con Doña Catalina Suarez Pacheco: por manera, que le persuadieron á ello, y luego se eligió por Capitan General: y el Andres de Due-

ro como era Secretario del Gobernador, no tardó de hacer las provisiones, como dice en el refran, de muy buena tinta, y como Cortés las quiso, bastantes, y se las truxo firmadas. Ya publicada su eleccion, á unas personas les placia, y á otras les pesaba. Y un Domingo yendo á Misa el Diego Velazquez, como era Gobernador, ibanle acompañando las mas nobles personas y vecinos que habia en aquella villa, y llevaba á Hernando Cortés á su lado derecho por le honrar, é iba delante del Diego Velazquez un truhan, que se decia Cervantes el loco haciendo gestos, y chocarrerias, á la gala de mi amo: Diego, Diego, ¿qué Capitan has elegido? que es de Medellin de Estremadura, Capitan de gran ventura. Mas temo Diego no se te alce con el armada, que le juzgo por muy gran varon en sus cosas. Y decia otras locuras, que todas iban inclinadas á malicia. Y porque lo iba diciendo de aquella manera, le dió de pescozazos el Andres de Duero, que iba allí junto con Cortés, y le dixo: calla borracho, loco, no seas mas vellaco, que bien entendido tenemos, que esas malicias socolor de gracias, no salen de tí: y todavía el loco iba diciendo: viva, viva la gala de mi amo Diego, y del su venturoso Capitan Cortés. E juro á tal, mi amo Diego, que por no te ver llorar tu mal recaudo, que ahora has hecho, yo me quiero ir con Cortés á aquellas ricas tierras. Túvose por cierto, que dieron los Velazquez, parientes

del Gobernador, ciertos pesos de oro á aquel chocarrero, porque dixese aquellas malicias socolor de gracias. Y todo salió verdad; como lo dixo. Dicen que los locos muchas veces aciertan en lo que hablan: y fué elegido Hernando Cortés por la gracia de Dios, para ensalzar nuestra Santa Fe y servir á su Magestad, como adelante se dirá.

CAPITULO XX.

De las cosas que hizo, y entendió el Capitan Hernando Cortés, despues que fué elegido por Capitan, como dicho es.

Pues como ya fué elegido Hernando Cortés por General de la armada que dicho tengo, comenzó á buscar todo género de armas, así escopetas, como pólvora y ballestas, é todos quantos pertrechos de guerra pudo haber, y buscar todas quantas maneras de rescate, y tambien otras cosas pertenecientes para aquel viage. E demas desto se comenzó de pulir, é abellidar en su persona, mucho mas que de ántes, é se puso un penacho de plumas con su medalla de oro, que le parecia muy bien. Pues para hacer aquestos gastos que he dicho, no tenia de qué: porque en aquesta sazon estaba muy adeudado y pobre, puesto que tenia buenos Indios de Encomienda, y le daban buena renta de las minas

de oro: mas todo lo gastaba en su persona, y en atavíos de su muger, que era recien casado. Era apacible en su persona, y bien quisto, y de buena conversacion: y habia sido dos veces Alcalde en la villa de Santiago de Boroco, adonde era vecino: porque en aquestas tierras se tiene por mucha honra. Y como ciertos Mercaderes amigos suyos, que se decian Jaime Tria, ó Gerónimo Tria, y un Pedro de Xerez, le viéron con Capitanía, y prosperado, le prestáron quatro mil pesos de oro, y le diéron otras mercaderías sobre la renta de sus Indios, y luego hizo hacer unas lazadas de oro, que puso en una ropa de terciopelo, y mandó hacer estandartes, y banderas labradas de oro con las armas Reales, y una cruz de cada parte, juntamente con las armas de nuestro Rey y Señor, con un letrero en Latin, que decia: « Hermanos, sigamos la señal de la santa cruz con fe verdadera, que con ella venceremos: » y luego mandó dar pregones, y tocar sus atambores y trompetas en nombre de su Magestad, y en su Real nombre por Diego Velazquez, para que qualesquier personas que quisiesen ir en su compañía á las tierras nuevamente descubiertas á las conquistar y poblar, les darian sus partes del oro, plata y joyas que se hubiese, y Encomiendas de Indios despues de pacificada, y que para ello tenia el Diego Velazquez de su Magestad. E puesto que se pregonó aquesto de la licencia del Rey nuestro Se-

ñor, aun no habia venido con ella de Castilla el Capellan Benito Martinez, que fué el que Diego Velazquez hubo despachado á Castilla, para que le truxese, como dicho tengo en el capítulo que dello habla. Pues como se supo esta nueva en toda la Isla de Cuba, y tambien Cortés escribió á todas las villas á sus amigos, que se aparejasen para ir con él á aquel viage, unos vendian sus haciendas para buscar armas, y caballos, otros comenzaban á hacer cazabe, y salar tocinos para matalotaje, y se colchaban armas, y se apercebian de lo que habian menester lo mejor que podian. De manera, que nos juntamos en Santiago de Cuba, donde salimos con la armada mas de trescientos soldados: y de la casa del mismo Diego Velazquez viniéron los mas principales que tenia en su servicio, que era un Diego de Ordas, su Mayordomo mayor, y á este el mismo Velazquez lo envió, para que mirase, y entendiese no hubiése alguna mala trama en la armada, que siempre se temió de Cortés, aunque lo disimulaba: y vino un Francisco de Morla, y un Escobar, y un Heredia, y Juan Ruano, y Pedro Escudero, y un Martin Ramos de Lares Vizcaino, y otros muchos que eran amigos y paniaguados del Diego Velazquez. E yo me pongo á la postre, ya que estos soldados pongo aquí por memoria, y no á otros: porque en su tiempo y sazon los nombraré á todos los que me acordare. Y como Cortés andaba muy solí-

cito en aviar su armada, y en todo se daba mucha priesa, como ya la malicia y envidia reynaba siempre en aquellos deudos del Diego Velazquez, estaban afrentados como no se fiaba el pariente dellos, y dió aquel cargo y Capitanía á Cortés, sabiendo que le habia tenido por su grande enemigo pocos dias habia, sobre el casamiento de la muger de Cortés, que se decia Catalina Suarez la Marcaida (como dicho tengo) y á esta causa andaban mormurando del pariente Diego Velazquez, y aun de Cortés, y por todas las vias que podian le revolvian con el Diego Velazquez, para que en todas maneras le revocasen el poder. De lo qual tenia dello aviso el Cortés, y á esta causa no se quitaba de la compañía de estar con el Gobernador, y siempre mostrándose muy gran su servidor. El decia, que le habia de hacer muy ilustre señor, é rico en poco tiempo. Y demas desto, el Andres de Duero avisaba siempre á Cortés que se diese priesa en embarcar, porque ya tenian trastrocado al Diego Velazquez con importunidades de aquellos sus parientes los Velazquez. Y desque aquello vió Cortés, mandó á su muger Doña Catalina Suarez la Marcaida, que todo lo que hubiese de llevar de bastimentos, y otros regalos que suelen hacer para sus maridos, en especial para tal jornada, se llevase luego á embarcar á los navíos. E ya tenia mandado apregonar, é apregonado, é apercebidos á los Maestres y Pilotos, y á todos los soldados

que para tal dia y noche no quedase ninguno en tierra. Y desque aquello tuvo mandado, y los vió todos embarcados, se fué á depedir del Diego Velazquez, acompañado de aquellos sus grandes amigos y compañeros, Andres de Duero, y el Contador Amador de Lares, y todos los mas nobles vecinos de aquella villa: y despues de muchos ofrecimientos y abrazos de Cortés al Gobernador, y del Gobernador á Cortés, se despidió dél: y otro dia muy de mañana, despues de haber oido Misa, nos fuimos á los navíos, y el mismo Diego Velazquez le tornó á acompañar, y otros muchos hidalgos, hasta acercarnos á la vela: y con próspero tiempo en pocos dias llegamos á la villa de la Trinidad, y tomando puerto, y saltados en tierra, lo que allí le avino á Cortes adelante se dirá. Aquí en esta relacion verán lo que á Cortés le acaeció, y las contrariedades que tuvo, hasta elegir por Capitan, y todo lo demas ya por mí dicho: y sobre ello miren lo que dice Gomora en su Historia, y hallarán ser muy contrario lo uno de lo otro: y como á Andres de Duero siendo Secretario que mandaba la isla de Cuba, le hace mercader: y al Diego de Ordas que vino ahora con Cortés, dixo que habia venido con Grijalva. Dexemos al Gomora, y á su mala relacion, y digamos como desembarcamos con Cortés en la villa de la Trinidad.

CAPITULO XXI.

De lo que Cortés hizo desque llegó á la villa de la Trinidad, y de los Caballeros y soldados que allí nos juntamos para ir en su compañía, y de lo que mas le avino.

E así como desembarcamos en el puerto de la villa de la Trinidad, y salidos en tierra, y como los vecinos lo supiéron, luego fuéron á recebir á Cortés, y á todos nosotros los que veniamos en su compania, y á darnos el parabien venido á su villa, y lleváron á Cortés á aposentar entre los vecinos, porque habia en aquella villa poblados muy buenos hidalgos: y luego mandó Cortés poner su estandarte delante de su posada, y dar pregones, como se habia hecho en la villa de Santiago, y mandó buscar todas las ballestas y escopetas que habia, y comprar otras cosas necesarias, y aun bastimentos: y de aquesta villa saliéron hidalgos para ir con nosotros, y todos hermanos, que fué el Capitan Pedro de Alvarado, y Gonzalo Alvarado, y Jorje de Alvarado, y Gonzalo, y Gomez, y Juan de Alvarado el viejo que era bastardo. El Capitan Pedro de Alvarado es el por muy muchas veces nombrado: y tambien salió de aquesta villa Alonso de Avila, natural de Avila, Capitan que fué quando lo de Grijalva, y salió Juan de Escalante, y Pedro Sanchez Farfan, natural de Sevilla; y Gonzalo Mexía, que

fué Tesorero en lo de México, y un Vaena, y Juanes de Fuenterravía, y Christóbal de Oli, que fué forzado, que fué Maestre de Campo en la toma de la ciudad de México, y en todas las guerras de la nueva España, y Ortiz el Músico, y un Gaspar Sanchez, sobrino del Tesorero de Cuba, y un Diego de Pineda, ó Pinedo, y un Alonso Rodriguez que tenia unas minas ricas de oro, y un Bartolome García: y otros hidalgos que no me acuerdo sus nombres, y todas personas de mucha valía. Y desde la Trinidad escribió Cortés á la villa de Santispíritus, que estaba de allí diez y ocho leguas, haciendo saber á todos los vecinos, como iba á aquel viage á servir á Su Magestad, y con palabras sabrosas, y ofrecimientos para atraer á sí muchas personas de calidad que estaban en aquella villa poblados, que se decian: Alonso Hernandez Puertocarrero, primo del Conde de Medellin, y Gonzalo de Sandoval, Alguacil mayor, é Gobernador que fué ocho meses, y Capitan que despues fué en la Nueva España; y á Juan Velazquez de Leon, pariente del Gobernador Velazquez, y Rodrigo Rangel, y Gonzalo Lopez de Ximena, y su hermano Juan Lopez, y Juan Sedeño. Este Juan Sedeño era vecino de aquella villa, y declarólo así, porque habia en nuestra armada otros dos Juan Sedeños: y todos estos que he nombrado, personas muy generosas, viniéron á la villa de la Trinidad donde Cortés estaba: y como lo su-

po que venian, los salió á recibir con todos nosotros los soldados que estábamos en su compañía, y se disparáron muchos tiros de artillería, y les mostró mucho amor, y ellos le tenian grande acato. Digamos ahora como todas las personas que he nombrado, vecinos de la Trinidad, tenian en sus estancias donde hacian el pan cazabe, y manadas de puercos cerca de aquella villa, y cada uno procuró de poner el mas bastimento que podia. Pues estando desta manera recogiendo soldados, y comprando caballos, que en aquella sazon é tiempo no los habia, sino muy pocos y caros : y como aquel hidalgo, por mí ya nombrado que se decia Alonso Hernandez Puertocarrero, no tenia caballo, ni aun de que comprallo, Cortés le compró una yegua rucia, y dió por ella unas lazadas de oro, que traia en la ropa de terciopelo que mandó hacer en Santiago de Cuba (como dicho tengo), y en aquel instante vino un navío de la Habana á aquel puerto de la Trinidad que traia un Juan Sedeño, vecino de la misma Habana, cargado de pan cazabe, y tocinos que iba á vender á unas minas de oro, cerca de Santiago de Cuba, y como saltó en tierra el Juan Sedeño, fué á besar las manos á Cortés, y despues de muchas pláticas que tuviéron, le compró el navío, y tocinos, y cazabe fiado, y se fué el Juan de Sedeño con nosotros. Ya teniamós once navíos, y todo se nos hacia prósperamente, gra-

cias á Dios por ello, y estando de la manera que he dicho, envió Diego Velazquez cartas y mandamientos, para que detengan la armada á Cortés. Lo qual verán adelante lo que pasó.

CAPITULO XXII.

Como el Gobernador Diego Velazquez envió dos criados suyos en posta á la villa de la Trinidad, con poderes, y mandamientos para revocar á Cortés el poder de ser Capitan, y tomalle la armada: y lo que pasó diré adelante.

Quiero volver algo atras de nuestra plática, para decir, que como salimos de Santiago de Cuba con todos los navíos de la manera que he dicho, dixéron á Diego Velazquez tales palabras contra Cortés, que le hiciéron volver la hoja, porque le acusaban que ya iba alzado, y que salió del puerto como á cencerros tapados, y que le habian oido decir, que aunque pesase al Diego Velazquez habia de ser Capitan, y que por este efecto habia embarcado todos sus soldados en los navíos de noche para si le quitasen la Capitanía, por fuerza hacerse á la vela, y que le habian engañado al Velazquez su Secretario Andres de Duero, y el Contador Amador de Lares, y que por tratos que habia entre ellos y entre Cortés, que le habian hecho dar aquella Capitanía. E quien mas metió la mano en ello para convocar al Diego Velazquez que le revoca-

se luego el poder, eran sus parientes Velazquez, y un viejo que se decia Juan Millan, que le llamaban el Astrólogo : otros decian, que tenia ramos de locura, é que era atronado : y este viejo decia muchas veces al Diego Velazquez : «Mira, señor, que Cortés se vengará ahora de vos de quando le tuvistes preso, y como es mañoso os ha de echar á perder, si no lo remediais presto.» A estas palabras, y otras muchas que le decian, dió oidos á ellas : y con mucha brevedad envió dos mozos de espuelas, de quien se fiaba, con mandamientos y provisiones para el Alcalde mayor de la Trinidad, que se decia Francisco Verdugo, el qual era cuñado del mismo Gobernador : en las quales provisiones mandaba, que en todo caso le detuviesen el armada á Cortés, porque ya no era Capitan, y le habian revocado el poder, y dado á Vasco Porcallo. Y tambien traian cartas para Diego de Ordas, y para Francisco de Morla, y para todos los amigos y parientes del Diego Velazquez, para que en todo caso le quitasen la armada. Y como Cortés lo supo, habló secretamente al Ordas, y á todos aquellos soldados y vecinos de la Trinidad que le pareció á Cortés que serian en favorecer las provisiones del Gobernador Diego Velazquez, y tales palabras y ofertas les dixo, que los truxo á su servicio : y aun el mismo Diego de Ordas habló é convocó luego á Francisco Verdugo, que era Alcalde mayor, que no hablasen en el

negocio, sino que lo disimulasen: y púsole por delante, que hasta allí no habia visto ninguna novedad en Cortés, ántes se mostraba muy servidor del Gobernador: é ya que en algo se quisiesen poner por el Velazquez, para quitalle la armada en aquel tiempo que Cortés tenia muchos hidalgos por amigos, y enemigos del Diego Velasquez, porque no les habia dado buenos Indios, y demas de los hidalgos sus amigos tenia grande copia de soldados, y estaba muy pujante, y que seria meter zizaña en la villa, é que por ventura los soldados le darian sacomano, é le robarian, é harian otro peor desconcierto: y así se quedó sin hacer bullicio, y el un mozo de espuelas de los que traian las cartas y recaudos, se fué con nosotros, el cual se decia Pedro Laso, y con el otro mensagero escribió Cortés muy mansa y amorosamente al Diego Velazquez, que se maravillaba de su merced, de haber tomado aquel acuerdo, y que su deseo es servir á Dios, y á Su Magestad, y á él en su Real nombre: y que le suplicaba que no oyese mas á aquellos señores sus deudos los Velazquez, ni por un viejo loco, como era Juan Millan, se mudase. Y tambien escribió á todos sus amigos, en especial al Duero y al Contador sus compañeros; y despues de haber escrito, mandó entender á todos los soldados en aderezar armas: y á los herreros que estaban en aquella villa, que siempre hiciesen casquillos, y á los ballesteros

que desbastasen almacen, para que tuviesen muchas saetas, y tambien atruxo y convocó á los herreros que se fuesen con nosotros, y así lo hiciéron, y estuvimos en aquella villa doce dias : donde lo dexaré, y diré como nos embarcamos para ir á la Habana. Tambien quiero que vean los que esto leyeren la diferencia que hay de la relacion de Francisco Gomora, quando dice que envió á mandar Diego Velazquez á Ordas, que convidase á comer á Cortés en un navío, y lo llevase preso á Santiago. Y pone otras cosas en su Corónica, que por no me alargar lo dexo de decir, y al parecer de los curiosos lectores, si lleva mejor camino lo que se vió por vista de ojos, ó lo que dice el Gomora que no lo vió. Volvamos á nuestra materia.

CAPITULO XXIII.

Como el Capitan Hernando Cortés se embarcó con todos los demas caballeros, y soldados, para ir por la banda del Sur al Puerto de la Habana, y envió otro navío por la banda del Norte al mismo puerto, y lo que mas le acaeció.

Despues que Cortés vió que en la villa de la Trinidad no teniamos en que entender, apercibió á todos los caballeros y soldados que allí se habian juntado para ir en su compañía, que se embarcasen juntamente con él en los navíos

que estaban en el puerto de la banda del Sur, y los que por tierra quisiesen ir, fuesen hasta la Habana con Pedro de Alvarado, para que fuese recogiendo mas soldados, que estaban en unas estancias, que era camino de la misma Habana: porque el Pedro de Alvarado era muy apacible, y tenia gracia en hacer gente de guerra. Yo fuí en su compañía por tierra, y mas de otros cincuenta soldados. Dexemos esto, y diré que tambien mandó Cortés á un hidalgo, que se decia Juan de Escalante, muy su amigo, que fuese en un navío por la banda del Norte. Y tambien mandó, que todos los caballeros fuesen por tierra. Pues ya despachado todo lo que dicho tengo, Cortés se embarcó en la nao Capitana con todos los navíos para ir la derrota de la Habana. Parece ser que las naos que llevaba en conserva no viéron á la Capitana, donde iba Cortés, porque era de noche, y fuéron al puerto; y asimismo llegamos por tierra con Pedro de Alvarado á la villa de la Habana: y el navio en que venia Juan de Escalante por la banda del Norte, tambien habia llegado, y todos los caballos que iban por tierra: y Cortés no vino, ni sabian dar razon dél, ni dónde quedaba, y pasáronse cinco dias, y no habia nuevas ningunas de su navío, y teniamos sospecha no se hubiese perdido en los Jardines, que es cerca de las islas de Pinos, donde hay muchos baxos, que son diez ó doce leguas de la Habana; y fué acordado por todos

nosotros que fuesen tres navíos de los de ménos porte en busca de Cortés: y en aderezar los navíos, y en debates, vaya fulano, vaya zutano, ó Pedro, ó Sancho, se pasáron otros dos dias, y Cortés no venia: y habia entre nosotros bandos, y medio chirinolas, sobre quién seria Capitan hasta saber de Cortés: y quien mas en ello metió la mano, fué Diego de Ordás, como Mayordomo mayor del Velazquez, á quien enviaba para entender solamente en lo de la armada no se alzase con ella. Dexemos esto y volvamos á Cortés, que como venia en el navío de mayor porte (como ántes tengo dicho) en el parage de la isla de Pinos, ó cerca de los Jardines hay muchos baxos, parece ser tocó y quedó algo en seco el navío, é no pudo navegar, y con el batel mandó descargar toda la carga que se pudo sacar; porque allí cerca habia tierra donde lo descargáron: y desque viéron que el navio estaba en floto, y podia nadar, le metiéron en mas hondo, y tornáron á cargar lo que habian descargado en tierra, y dió vela, y fué su viage hasta el puerto de la Habana; y quando llegó, todos los mas de los caballeros y soldados que le aguardábamos, nos alegramos con su venida, salvo algunos que pretendian ser Capitanes: y cesáron las chirinolas. Y despues que le aposentamos en la casa de Pedro Barba, que era Teniente de aquella villa por el Diego Velazquez, mandó sacar sus estandartes, y ponellos delante de las

casas donde posaba; y mandó dar pregones, segun y de la manera de los pasados, y de allí de la Habana vino un hidalgo que se decia Francisco de Montejo: y este es el por mí muchas veces nombrado, que despues de ganado México, fué Adelantado y Gobernador de Yucatan y Honduras: y vino Diego de Soto el de Toro, que fué Mayordomo de Cortés en lo de México: y vino un Angulo, y Garci Caro, y Sebastian Rodriguez, y un Pacheco, y un fulano Gutierres, un Rojas (no digo Rojas el Rico) y un mancebo que se decia Santa-Clara, y dos hermanos que se decian los Martinez del Frexenal, y un Juan de Nájara (no lo digo por el sordo el del juego de la pelota de México), y todas personas de calidad, sin otros soldados que no me acuerdo sus nombres. Y quando Cortés los vió todos aquellos hidalgos y soldados juntos, se holgó en grande manera, y luego envió un navío á la punta de Guaniguanico á un pueblo que allí estaba de Indios, adonde hacian cazabe, y tenian muchos puercos, para que cargase el navío de tocinos, porque aquella estancia era del Gobernador Diego Velasquez: y envió por Capitan del navío al Diego de Ordas, como Mayordomo mayor de las haciendas del Velazquez, y envióle por tenelle apartado de sí: porque Cortés supo que no se mostró mucho en su favor, quando hubo las contiendas sobre quien seria Capitan quando Cortés estaba en la isla de Pinos, que tocó

su navio, y por no tener contraste en su persona le envió, y le mandó, que despues que estuviese cargado el navío de bastimentos, se estuviese aguardando en el mismo puerto de Guaniguanico, hasta que se juntase con otro navío, que habia de ir por la banda del Norte, y que irian ambos en conserva, hasta lo de Cozumel, ó le avisaria con Indios en canoas lo que habia de hacer. Volvamos á decir del Francisco de Montejo, y de todos aquellos vecinos de la Habana que metiéron mucho matalotaje de cazabe y tocinos, que otra cosa no habia : y luego Cortés mandó sacar toda la artillería de los navíos, que eran diez tiros de bronce, y ciertos falconetes, y dió cargo dellos á un artillero que se decia Mesa, y á un Levantisco que se decia Arbenga, y á un Juan Catalan, para que los piasen y probasen, y para que las pelotas y pólvora todo lo tuviesen muy á punto, é dióles vino y vinagre con que lo refinasen, y dióles por compañero á uno que se decia Bartolome de Usagre. Asimismo mandó aderezar las ballestas, y cuerdas, y nueces, y almacen, é que tirasen á terrero, é que mirasen á quantos pasos llegaba la fuga de cada una dellas. Y como en aquella tierra de la Habana habia mucho algodon, hicimos armas muy bien colchadas, porque son buenas para entre Indios, porque es mucha la vara y flecha, y lanzadas que daban, pues piedra era como granizo : y allí en la Habana comenzó

Cortés á poner casa, y á tratarse como Señor: y el primer Maestresala que tuvo, fué un Guzman, que luego se murió ó matáron Indios: no digo por el Mayordomo Christoval de Guzman que fué de Cortés, que prendió á Guatemuz, quando la guerra de México. Y tambien tuvo Cortés por Camarero á un Rodrigo Rangel, y por Mayordomo á un Juan de Cáceres, que fué despues de ganado México hombre rico. Y todo esto ordenado, nos mandó apercibir para embarcar, y que los caballos fuesen repartidos en todos los navíos: hiciéron pesebrera, y metiéron mucho maiz y herba seca. Quiero aquí poner por memoria todos los caballos y yeguas que pasáron.

El Capitan Cortés, un caballo castaño zaino, que luego se le murió en S. Juan de Ulua.

Pedro de Alvarado y Hernando Lopez de Avila, una yegua castaña muy buena, de juego y de carrera: y de que llegamos á la Nueva España, el Pedro de Alvarado le compró la mitad de la yegua, ó se la tomó por fuerza.

Alonso Hernandez Puertocarrero, una yegua rucia: de buena carrera, que le compró Cortés por las lazadas de oro.

Juan Velazquez de Leon, otra yegua rucia, muy poderosa, que llamábamos la rabona, muy revuelta y de buena carrera.

Christóbal de Oli, un caballo castaño escuro harto bueno.

Francisco de Montejo y Alonso de Avila, un caballo alazan tostado, no fué para cosa de guerra.

Francisco de Morla, un caballo castaño escuro, gran corredor y revuelto.

Juan de Escalante, un caballo castaño claro tresalvo, no fué bueno.

Diego de Ordás, una yegua rucia, machorra pasadera, aunque corria poco.

Gonzalo Dominguez, un muy estremado ginete, un caballo castaño escuro muy bueno, y gran corredor.

Pedro Gonzalez de Truxillo, un buen caballo castaño, que corria muy bien.

Moron, vecino del Vaimo, un caballo hovero, labrado de las manos, y era bien revuelto.

Vaena, vecino de la Trinidad, un caballo hovero algo sobre morcillo, no salió bueno.

Lares, el muy buen ginete, un caballo muy bueno, de color castaño, algo claro, y buen corredor.

Ortiz el Músico, y un Bartolomé García, que solia tener minas de oro, un muy buen caballo escuro, que decian el arriero; este fué uno de los buenos caballos que pasamos en la armada.

Juan Sedeño, vecino de la Habana, una yegua castaña, y esta yegua parió en el navío. Este Juan Sedeño pasó el mas rico soldado que hubo en toda la armada, porque traxo un navío

suyo, y la yegua, y un negro, é cazabe, é tocinos; porque en aquella sazon no se podia hallar caballos, ni negros, si no era á peso de oro, y á esta causa no pasáron mas caballos porque no los habia. Y dexallos he aquí, y diré lo que allá nos avino ya que estamos á punto para nos embarcar.

CAPITULO XXIV.

Como Diego Velazquez envió á un su criado, que se decia Gaspar de Garnica, con mandamientos y provisiones, para que en todo caso se prendiese á Cortés, y se le tomase el armada, y lo que sobre ello se hizo.

Hay necesidad que algunas cosas desta relacion vuelvan muy atras á se rescatar, para que se entienda bien lo que se escribe: y esto digo, que parece ser, que como el Diego Velazquez vió y supo de cierto, que Francisco Verdugo su Teniente é cuñado, que estaba en la Villa de la Trinidad, no quiso apremiar á Cortés que dexase el armada, ántes le favoreció juntamente con Diego de Ordás, para que saliese, dice que estaba tan enojado el Diego Velazquez, que hacia bramuras, y decia al Secretario Andres de Duero, y al Contador Amador de Lares, que ellos le habian engañado por el trato que hiciéron, y que Cortés iba alzado, y acordó de enviar á un su criado con cartas y mandamientos para la

Habana á su Teniente, que se decia Pedro Barba, y escribió á todos sus parientes que estaban por vecinos en aquella Villa, y al Diego de Ordás, y á Juan Velazquez de Leon, que eran sus deudos é amigos, rogándoles muy afectuosamente que en bueno ni en malo no dexasen pasar aquella armada, y que luego prendiesen á Cortés, y se lo enviasen preso é á buen recaudo á Santiago de Cuba. Llegado que llegó Garnica (que así se decia el que envió con las cartas y mandamientos á la Habana) se supo lo que traia, y con este mismo mensagero tuvo aviso Cortés de lo que enviaba el Velazquez, y fué desta manera: que parece ser, que un Frayle de la Merced que se daba por servidor de Velazquez, que estaba en su compañía del mismo gobernador, escribia á otro Frayle de su Orden, que se decia Fray Bartolomé de Olmedo que iba con Cortés, y en aquella carta del Frayle le avisaban á Cortés sus dos compañeros Andres de Duero y el Contador de lo que pasaba. Volvamos á nuestro cuento: pues como al Ordás lo habia enviado Cortés á lo de los bastimentos con el navío (como dicho tengo) no tenia Cortés contraditor sino al Juan Velazquez de Leon: luego que le habló lo truxo á su mandado: y especialmente, que el Juan Velazquez no estaba bien con el pariente, porque no le habia dado buenos Indios: pues á todos los mas que habia escrito el Diego Velazquez, ninguno le acudia á su propósito,

ántes todos á una se mostráron por Cortés: y el Teniente Pedro Barba muy mejor: y demas desto aquellos hidalgos Alvarados, y el Alonso Hernandez Puertocarrero, y Francisco de Montejo, y Christobal de Oli, y Juan de Escalante, é Andres de Monjaraz, y su hermano Gregorio de Monjaraz, y todos nosotros pusiéramos la vida por el Cortés. Por manera que si en la villa de la Trinidad se disimuláron los mandamientos, muy mejor se calláron en la Habana entónces: y con el mismo Garnica escribió el Teniente Pedro Barba al Diego Velazquez, que no osó prender á Cortés, porque estaba muy pujante de soldados, é que hubo temor no metiese á sacomano la villa, y la robase y embarcase todos los vecinos, y se los llevase consigo. E que á lo que ha entendido, que Cortés era su servidor, é que no se atrevió á hacer otra cosa. Y Cortés le escribió al Velazquez con palabras tan buenas, y de ofrecimientos que los sabia muy bien decir, é que otro dia se haria á la vela, y que le seria muy servidor.

CAPITULO XXV.

Como Cortés sé hizo á la vela con toda su compañía de caballeros y soldados para la isla de Cozumel, y lo que allí le avino.

No hicimos alarde hasta la villa de Cozumel, mas de mandar Cortés, que los caballos se em-

barcasen: y mandó Cortés á Pedro de Alvarado, que fuese por la banda del Norte en un buen navío que se decia San Sebastian, y mandó al Piloto que llevaba en el navío, que le aguardase en la Punta de Sant Anton, para que allí se ajuntase con todos los navíos para ir en conserva hasta Cozumel, y envió mensagero á Diego de Ordás, que habia ido por el bastimento que aguardase que hiciese lo mismo, porque estaba en la banda del Norte. Y en diez dias del mes de Febrero año de mil y quinientos y diez y nueve años, despues de haber oido Misa nos hicimos á la vela con nueve navios por la banda del Sur, con la copia de los caballeros y soldados que dicho tengo, y con los dos navíos de la banda del Norte (como he dicho) que fuéron once con él, en que fué Pedro de Alvarado con sesenta soldados, é yo fuí en su compañía, y el Piloto que llevábamos que se decia Camacho, no tuvo cuenta de lo que le fué mandado por Cortés, y siguió su derrota, y llegamos dos dias ántes que Cortés á Cozumel, y surgimos en el Puerto ya por mí otras veces dicho, quando lo de Grijalva, y Cortés aun no habia llegado con su flota, por causa que un navío en que venia por Capitan Francisco de Morla, con tiempo se le saltó el gobernalle, y fué socorrido con otro gobernalle de los navíos que venian con Cortés, y viniéron todos en conserva. Volvamos á Pedro de Alvarado, que así como llegamos al Puerto sal-

tamos en tierra en el pueblo de Cozumel con todos los soldados, y no hallamos Indios ningunos, que se habian ido huyendo, y mandó que luego fuésemos á otro pueblo que estaba de allí una legua, y tambien se amontáron y huyéron los naturales, y no pudiéron llevar su hacienda, y dexáron gallinas y otras cosas; y de las gallinas mandó Pedro de Alvarado que tomasen hasta quarenta dellas: y tambien en una casa de adoratorios de ídolos tenian unos paramentos de mantas viejas, y unas arquillas donde estaban unas como diademas, é ídolos, é cuentas, é pinjantillos de oro baxo, é tambien se les tomó dos Indios y una India, y volvimos al pueblo donde desembarcamos. Y estándo en esto llegó Cortés con todos los navíos, y despues de aposentado, la primera cosa que se hizo, fué mandar echar preso en grillos al Piloto Camacho, porque no aguardó en la mar como le fué mandado. Y desque vió el pueblo sin gente, y supo como Pedro de Alvarado habia ido al otro pueblo, é que les habia tomado gallinas é paramentos, y otras cosillas de poco valor de los ídolos, y el oro medio cobre; mostró tener mucho enojo dello, y de como no aguardó el Piloto, y reprehendióle gravemente al Pedro de Alvarado, é le dixo, que no se habian de apaciguar las tierras de aquella manera, tomando á los naturales su hacienda: y luego mandó traer á los dos Indios y á la India que habiamos tomado, y con Mel-

chorejo que llevábamos de la punta de Cotoche, que entendia bien aquella lengua, les habló, porque Julianillo su compañero se habia muerto, que fuese á llamar los Caciques é Indios de aquel pueblo, y que no hubiesen miedo, y les mandó volver el oro y paramentos y todo lo demas, y por las gallinas que ya se habian comido, les mandó dar cuentas y cascaveles, y mas dió á cada Indio una camisa de Castilla. Por manera que fuéron á llamar el señor de aquel pueblo, y otro dia vino el Cacique con toda su gente, hijos y mugeres de todos los del pueblo, y andaban entre nosotros, como si toda su vida nos hubieran tratado: y mandó Cortés que no se les hiciese enojo ninguno. Aquí en esta isla comenzó Cortés á mandar muy de hecho, y nuestro Señor le daba gracia, que doquiera que ponia la mano se le hacia bien, especial en pacificar los pueblos y naturales de aquellas partes, como adelante verán.

CAPITULO XXVI.

Como Cortés mandó hacer alarde de todo su exército, y de lo que mas nos avino.

De ahí á tres dias que estábamos en Cozumel, mandó Cortés hacer alarde para ver que tantos soldados llevaba, y halló por su cuenta que era-

mos quinientos y ocho, sin Maestres y Pilotos y Marineros, que serian ciento y nueve, y diez y seis caballos é yeguas; las yeguas todas eran de juego y de carrera, é once navios grandes é pequeños, con uno que era como vergantin que traia á cargo un Ginés Nortes, y eran treinta y dos ballesteros, y trece escopeteros, que así se llamaban en aquel tiempo, y tiros de bronce, y quatro falconetes, y mucha pólvora y pelotas; y esto desta cuenta de los ballesteros, no se me acuerda bien, no hace al caso de la relacion. Y hecho el alarde, mandó á Mesa el artillero que así se llamaba, y á un Bartolomé de Usagre, é Arbenga, é á un Catalan, que todos eran artilleros, que lo tuviesen muy limpio y aderezado, y los tiros, y pelotas muy á punto, juntamente con la pólvora. Puso por Capitan de la artillería á un Francisco de Orozco que habia sido buen soldado en Italia: asimismo mandó á dos ballesteros, maestros de aderezar ballestas, que se decian Juan Benitez, y Pedro de Guzman el ballestero, que mirasen que todas las ballestas tuviesen á dos y á tres nueces é otras tantas cuerdas, é que siempre tuviesen cargo de hacer almacen, y tuviesen cepillo é inguijuela, y tirasen á terrero, y que los caballos estuviesen á punto. No sé yo en que gasto ahora tanta tinta en meter la mano en cosas de apercibimiento de armas, y de lo demas, porque Cortés verdaderamente tenia grande vigilancia en todo.

CAPITULO XXVII.

Como Cortés supo de dos Españoles que estaban en poder de Indios en la Punta de Cotoche, y lo que sobre ello se hizo.

Como Cortés en todo ponia gran diligencia, me mandó llamar á mí, é á un Vizcaino que se llamaba Martin Ramos, y nos preguntó, que qué sentiamos de aquellas palabras que nos hubiéron dicho los Indios de Campeche, quando venimos con Francisco Hernandez de Córdoba, que decian *Castilan, Castilan*, segun lo he dicho en el capítulo lo que dello habla, y nosotros se lo tornamos á contar, segun y de la manera que lo habiamos visto é oido, é dixo que ha pensado en ello muchas veces, é que por ventura estarian algunos Españoles en aquellas tierras, é dixo: paréceme que será bien preguntar á estos Caciques de Cozumel, si sabian alguna nueva dellos, y con Melchorejo el de la punta de Cotoche, que entendia ya poca cosa la lengua de Castilla, y sabia muy bien la de Cozumel, se lo preguntó á todos los principales, y todos á una dixéron, que habian conocido ciertos Españoles, y daban señas dellos, y que en la tierra adentro andadura de dos soles estaban, y los tenian por esclavos unos Caciques, y que allí en Cozumel habia Indios mercaderes que les hablá-

ron pocos dias habia; de lo qual todos nos alegramos con aquellas nuevas. E dixoles Cortés, que luego los fuesen á llamar con cartas, que en su lengua llaman *amales*, y dió á los Caciques, y á los Indios que fuéron con las cartas, camisas, y los halagó, y les dixo, que quando volviesen les darian mas cuentas: y el Cacique dixo á Cortés, que enviase rescate para los amos con quien estaban, que los tenian por esclavos, porque los dexasen venir: y así se hizo, que se les dió á los mensageros de todo género de cuentas: y luego mandó apercebir dos navíos los de ménos porte, que el uno era poco mayor que verganlin, y con veinte ballesteros y escopeteros, y por Capitan dellos á Diego de Ordás, y mandó que estuviesen en la costa de la Punta de Cotoche aguardando ocho dias con el navío mayor: y entretanto que iban y venian con la respuesta de las cartas, con el navío pequeño volviesen á dar la respuesta á Cortés de lo que hacian, porque estaba aquella tierra de la Punta de Cotoche obra de quatro leguas, y se parece la una tierra desde la otra: y escrita la carta, decia en ella: Señores y hermanos, aquí en Cozumel he sabido que estais en poder de un Cacique detenidos, yo os pido por merced, que luego os vengais aquí á Cozumel, que para ello envio un navío con soldados, si los hubiéredes menester, y rescate para dar á esos Indios con quien estais; y lleva el navío de plazo ocho dias

para os aguardar: venios con toda brevedad: de mí seréis bien mirados y aprovechados. Yo quedo aquí en esta isla con quinientos soldados, y once navíos, en ellos voy, mediante Dios la via de un pueblo que se dice Tabasco, ó Potonchan, etc. Luego se embarcáron en los navíos con las cartas, y los dos Indios mercaderes de Cozumel que las llevaban, y en tres horas atrevesáron el golfete, y echáron en tierra los mensageros con las cartas y el rescate, y en dos dias las diéron á un Español que se decia Gerónimo de Aguilar, que entónces supimos que así se llamaba, y de aquí adelante así le nombraré. Y desque las hubo leido, y recibido el rescate de las cuentas que le enviamos, él se holgó con ello, y lo llevó á su amo el Cacique, para que le diese licencia; la qual luego la dió para que se fuese adonde quisiese. Caminó el Aguilar adonde estaba su compañero, que se decia Gonzalo Guerrero, que le respondió: Hermano Aguilar, yo soy casado, tengo tres hijos, y tiénenme por Cacique y Capitan quando hay guerras, ios vos con Dios, que yo tengo labrada la cara, y horadadas las orejas, ¿qué dirán de mi desque me vean esos Españoles ir desta manera? é ya veis estos mis tres hijitos quán bonitos son: por vida vuestra que me deis de esas cuentas verdes que traeis para ellos, y diré que mis hermanos me las envian de mi tierra: y asimismo la India, muger del Gonzalo, habló al Aguilar en su lengua

muy enojada; y le dixo: Mira con que viene este esclavo á llamar á mi marido, ios vos, y no cureis de mas pláticas: y el Aguilar tornó á hablar al Gonzalo, que mirase que era Christiano, que por una India no se perdiese el ánima: y si por muger y hijos lo habia, que la llevase consigo, si no los queria dexar: y por mas que le dixo y amonestó, no quiso venir. Y parece ser aquel Gonzalo Guerrero era hombre de la mar, natural de Palos. Y desque el Gerónimo de Aguilar vido que no queria venir, se vino luego con los dos Indios mensageros adonde habia estado el navío aguardándole, y desque llegó, no le halló, que ya era ido, porque ya se habian pasado los ocho dias, y aun uno mas que llevó de plazo el Ordás, para que aguardase: porque desque vió el Aguilar no venia, se volvió á Cozumel sin llevar recaudo á lo que habia venido: y desque el Aguilar vió que no estaba allí el navío, quedó muy triste, y se volvió á su amo al pueblo donde ántes solia vivir. Y dexaré esto, y diré quando Cortés vió venir al Ordás sin recaudo, ni nueva de los Españoles, ni de los Indios mensageros, estaba tan enojado, que dixo con palabras soberbias al Ordás, que habia creido que otro mejor recado traxera que no venirse así sin los Españoles, ni nueva dellos; porque ciertamente estaban en aquella tierra. Pues en aquel instante aconteció, que unos marineros que se decian los Peñates, naturales de Gibra-

leon, habian hurtado á un soldado, que se decia Berrio, ciertos tocinos, y no se los querian dar, y quejóse el Berrio á Cortés; y tomado juramento á los marineros, se perjuráron, y en la pesquisa pareció el hurto: los quales tocinos estaban repartidos en los siete marineros, y á todos siete los mandó luego azotar, que no aprovecháron ruegos de ningun Capitan. Donde lo dexaré, así esto de los marineros, como esto del Aguilar, y nos iremos sin el nuestro viage, hasta su tiempo y sazon. Y diré como venian muchos Indios en romería á aquella isla de Cozumel, los quales eran naturales de los pueblos comarcanos de la Punta de Cotoche, y de otras partes de tierra de Yucatan; porque segun pareció, habia allí en Cozumel ídolos de muy disformes figuras, y estaban en un adoratorio. En aquellos ídolos tenian por costumbre en aquella tierra por aquel tiempo de sacrificar: y una mañana estaba lleno un patio donde estaban los ídolos, de muchos Indios é Indias quemando resina, que es como nuestro incienso: y como era cosa nueva para nosotros, paramos á mirar en ello con atencion, y luego se subió encima de un adoratorio un Indio viejo con mantas largas, el qual era Sacerdote de aquellos ídolos (que ya he dicho otras veces que *Papas* los llaman en la Nueva España) y comenzó á predicallos un rato, y Cortés, y todos nosotros mirando en qué paraba aquel negro sermon: y Cortés preguntó á

Melchorejo, que entendia muy bien aquella lengua, ¿que qué era aquello que decia aquel Indio viejo? y supo que les predicaba cosas malas: y luego mandó llamar al Cacique, y á todos los principales, y al mismo Papa, y como mejor se pudo dárselo á entender con aquella nuestra lengua, y les dixo, que si habian de ser nuestros hermanos, que quitasen de aquella casa aquellos sus ídolos, que eran muy malos, y les harian errar, y que no eran dioses, sino cosas malas, y que les llevarian al infierno sus almas: y se les dió á entender otras cosas santas y buenas, y que pusiesen una imágen de nuestra Señora que les dió, y una Cruz, y que siempre serian ayudados, y ternian buenas sementeras, y se salvarian sus ánimas; y se les dixo otras cosas acerca de nuestra santa Fe bien dichas. Y el Papa con los Caciques respondiéron que sus antepasados adoraban en aquellos dioses, porque eran buenos, y que no se atreverian ellos de hacer otra cosa, y que se los quitásemos nosotros, y veriamos quanto mal nos iba dello, porque nos iriamos á perder en la mar: y luego Cortés mandó que los despedazásemos, y echásemos á rodar unas gradas abaxo, y así se hizo, y luego mandó traer mucha cal, que habia harta en aquel pueblo, é Indios albañiles, y se hizo un altar muy limpio, donde pusiésemos la Imágen de nuestra Señora: y mandó á dos de nuestros carpinteros de lo blanco, que se decian

Alonso Yañez, y Alvaro Lopez, que hiciesen una Cruz de unos maderos nuevos, que allí estaban: la qual se puso en uno como humilladero que estaba hecho cerca del altar, y dixo Misa el Padre que se decia Juan Diaz; y el Papa y Cacique, y todos los Indios estaban mirando con atencion. Llaman en esta India de Cozumel á los Caciques Calachionis, como otra vez he dicho en lo de Potonchan. Y dexallos he aquí, y pasaré adelante, y diré como nos embarcamos.

CAPITULO XXVIII.

Como Cortés repartió los navíos, y señaló Capitanes para ir en ellos; y asimismo se dió la instruccion de lo que habian de hacer á los Pilotos, y las señales de los faroles de noche, y otras cosas que nos avino.

Cortés que llevaba la Capitana.

Pedro de Alvarado, y sus hermanos, un buen navío que se decia San Sebastian.

Alonso Hernandez Puertocarrero, otro.

Francisco de Montejo, otro buen navío.

Christóbal de Oli, otro.

Diego de Ordás, otro.

Juan Velazquez de Leon, otro.

Juan de Escalante, otro.

Francisco de Morla, otro.

Otro de Escobar el Page.

Y el mas pequeño, como vergantin, Ginés Nortes.

Y en cada navío su Piloto, y el Piloto mayor Anton de Alaminos, y las instrucciones por donde se habian de regir, y lo que habian de hacer, y de noche las señales de los faroles : y Cortés se despidió de los Caciques y Papas, y les encomendó aquella Imágen de nuestra Señora; y á la Cruz que la reverenciasen, y tuviesen limpio y enramado, y verian quanto provecho dello les venia, y dixéronle que así lo harian, y traxéronle quatro gallinas, y dos jarros de miel, y se abrazáron, y embarcados que fuimos en ciertos dias del mes de marzo de mil y quinientos y diez y nueve años, dimos velas, y con muy buen tiempo íbamos nuestra derrota, é aquel mismo dia ahora de las diez dan desde una nao grandes voces, é capean é tiran un tiro, para que todos los navíos que veniamos en conserva lo oyesen : é como Cortés lo oyó é vió, se puso luego en el bordo de la Capitana, é vido ir arribando el navío en que venia Juan de Escalante, que se volvia ácia Cozumel, y dixo Cortés á otras naos que venian allí cerca : ¿Qué es aquello? ¿qué es aquello? y un soldado que se decia Zaragoza, le respondió, que se anegaba el navío de Escalante, que era adonde iba el cazabe, y Cortés dixo : Plega á Dios no tengamos algun desman, y mandó al Piloto Alaminos, que hiciese señas á todos los navíos que arribasen á Cozumel. Ese

mismo dia volvimos al puerto donde salimos, y descargamos el cazabe, y hallamos la Imágen de nuestra Señora, y la Cruz, muy limpio, y puesto incienso, y dello nos alegramos, y luego vino el Cacique y Papas á hablar á Cortés, y le preguntáron, que á qué volviamos? y dixo, que porque hacia agua un navío, que lo queria adobar, y que les rogaba, que con todas sus canoas ayudasen á los bateles á sacar el pan cazabe, é así lo hiciéron, y estuvimos en adobar el navío quatro dias. Y dexemos de mas hablar en ello, y diré como lo supo el Español que estaba en poder de Indios, que se decia Aguilar, y lo que mas hicimos.

CAPITULO XXIX.

Como el Español que estaba en poder de Indios, que se llamaba Gerónimo de Aguilar, supo como habiamos arribado á Cozumel, y se vino á nosotros, y lo que mas pasó.

Quando tuvo noticia cierta el Español que estaba en poder de Indios, que habiamos vuelto á Cozumel con los navíos, se alegró en grande manera, y dió gracias á Dios, y mucha priesa en se venir él y los Indios que lleváron las cartas y rescate á se embarcar en una canoa, y como la pagó bien en cuentas verdes del rescate que le enviamos, luego la halló alquilada con seis In-

dios remeros con ella; y dan tal priesa en remar, que en espacio de poco tiempo pasáron el golfete que hay de una tierra á la otra, que serian quatro leguas, sin tener contraste de la mar; y llegados á la costa de Cozumel, ya que estaban desembarcados, dixéron á Cortés unos soldados que iban á montería (porque habia en aquella Isla puercos de la tierra), que habia venido una canoa grande allí junto del pueblo, y que venia de la punta de Cotoche: y mandó Cortés á Andres de Tapia, y á otros soldados, que fuesen á ver qué cosa nueva era venir allí junto á nosotros Indios sin temor ninguno con canoas grandes, y luego fuéron: y desque los Indios que venian en la canoa que traia alquilados el Aguilar, viéron los Españoles, tuviéron temor, y queríanse tornar á embarcar, é hacer á lo largo con la canoa, y Aguilar les dixo en su lengua, que no tuviesen miedo, que eran sus hermanos: y el Andres de Tapia como los vió que eran Indios (porque el Aguilar, ni mas ni ménos era que Indio) luego envió á decir á Cortés con un Español, que siete Indios de Cozumel eran los que allí llegáron en la canoa: y despues que hubiéron saltado en tierra, el Español mas mascado, y peor pronunciado, dixo: Dios é Santa María, y Sevilla, y luego le fué á abrazar el Tapia: y otro soldado de los que habian ido con el Tapia á ver qué cosa era, fué á mucha priesa á demandar albricias á Cortés co-

mo era Español el que venia en la canoa, de que todos nos alegramos, y luego se vino el Tapia con el Español adonde estaba Cortés : y ántes que llegase adonde Cortés estaba, ciertos Españoles preguntaban al Tapia, ¿qué es del Español? aunque iba allí junto con él, porque le tenian por Indio propio, porque de suyo era moreno, y tresquildo á manera de Indio esclavo, y traia un remo al hombro, y una cotara vieja calzada, y la otra en la cinta, y una manta vieja muy ruin, é un braguero peor, con que cubria sus vergüenzas, y traia atada en la manta un bulto, que eran Horas muy viejas. Pues desque Cortés lo vió de aquella manera, tambien picó como los demas soldados, y preguntó al Tapia, que qué era del Español? y el Español, como lo entendió, se puso en cuclillas como hacen los Indios, y dixo : Yo soy : y luego le mandó dar de vestir camisa y jubon, y zaraguelles, y caperuza, y alpargates, que otros vestidos no habia, y le preguntó de su vida, y como se llamaba, y quándo vino á aquella tierra? y él dixo, aunque no bien pronunciado, que se decia Gerónimo de Aguilar, y que era natural de Ecija, y que tenia órdenes de Evangelio, que habia ocho años que se habia perdido él y otros quince hombres y dos mugeres, que iban desde el Darien á la Isla de Santo Domingo, quando hubo unas diferencias y pleytos de un Enciso y Valdivia; y dixo que llevaban diez mil pesos de oro, y los procesos de los

unos contra los otros, y que el navío en que iban dió en los Alacranes, que no pudo navegar, y que en el batel del mismo navío se metiéron él y sus compañeros, y dos mugeres, creyendo tomar la Isla de Cuba, ó á Xamaica; y que las corrientes eran muy grandes, que les echaron en aquella tierra, y que los Calachionis de aquella comarca los repartiéron entre si, é que habian sacrificado á los ídolos muchos de sus compañeros, y dellos se habian muerto de dolencia; y las mugeres, que poco tiempo pasado habia que de trabajo tambien se muriéron, porque las hacian moler, é que á él que le tenian para sacrificar, y una noche se huyó, y se fué á aquel Cacique con quien estaba (ya no se me acuerda el nombre que allí le nombró), y que no habian quedado de todos sino él, y un Gonzalo Guerrero, y dixo que le fué á llamar, y no quiso venir. E desque Cortés lo oyó, dió muchas gracias á Dios por todo, y le dixo, que mediante Dios que dél seria bien mirado y gratificado. Y le preguntó por la tierra y pueblos, y el Aguilar dixo, que como le tenian por esclavo, que no sabia sino traer leña y agua, y cavar en los maices, que no habia salido sino hasta quatro leguas que le lleváron con una carga, y que no la pudo llevar, y cayó malo dello, é que ha entendido que hay muchos pueblos. E luego le preguntó por el Gonzalo Guerrero, y dixo que estaba casado, y tenia tres hijos, y que tenia la-

brada la cara, y horadadas las orejas, y el bezo de abaxo ; y que era hombre de la mar, natural de Palos, é que los Indios le tienen por esforzado, y que habia poco mas de un año, que quando viniéron á la punta de Cotoche una Capitanía con tres navíos (parece ser que fuéron quando venimos los de Francisco Hernandez de Córdova) que él fué inventor, que nos diesen la guerra que nos diéron, é que vino él allí por Capitan, juntamente con un Cacique de un gran pueblo, segun ya he dicho en lo de Francisco Hernandez de Córdova. Y quando Cortés lo oyó, dixo : En verdad que le querria haber á las manos, porque jamas será bueno dexársele. Y diré como los Caciques de Cozumel, quando viéron al Aguilar que hablaba su lengua, le daban muy bien de comer : y el Aguilar les aconsejaba que siempre tuviesen devocion y reverencia á la santa Imágen de nuestra Señora y á la Cruz, que conocerian que por ello les venia mucho bien : y los Caciques, por consejo de Aguilar, demandáron una carta de favor á Cortés, para que se viniesen á aquel puerto otros Españoles, que fuesen bien tratados, y no les hiciesen agravios; la qual carta luego se la dió : y despues de despedidos con muchos halagos y ofrecimientos, nos hicimos á la vela para el rio de Grijalva : y desta manera que he dicho se hubo Aguilar, y no de otra, como lo escribe el Coronista Gomora; y no me maravillo, pues lo que

dice es por nuevas. Y volvamos á nuestra relacion.

CAPITULO XXX.

Como nos tornamos á embarcar, y nos hicimos á la vela para el rio de Grijalva, y lo que nos avino en el viage.

En quatro dias del mes de marzo de mil y quinientos y diez y nueve años, habiendo tan buen suceso en llevar tan buena lengua y fiel, mandó Cortés que nos embarcásemos, segun y de la manera que habiamos venido, ántes que arribásemos á Cozumel, y con las mismas instrucciones y señas de los faroles, para de noche : yendo navegando con buen tiempo, revuelve un viento, ya que queria anochecer, tan recio y contrario, que echó cada navío por su parte, con harto riesgo de dar en tierra; é quiso Dios que á media noche afloxó, y desque amaneció luego se volviéron á juntar todos los navíos, excepto uno en que iba Juan Velazquez de Leon, é íbamos nuestro viage sin saber dél hasta medio dia, de lo qual llevábamos pena, creyendo fuese perdido en unos baxos; y desque se pasaba el dia y no parecia, dixo Cortés al Piloto Alaminos, que no era bien ir mas adelante, sin saber dél; y el Piloto hizo señas á todos los navíos que estuviesen al reparo, aguardando si por ventura le echó el tiempo en alguna ense-

nada, donde no podia salir por ser el tiempo contrario. Y como vió que no venia, dixo el Piloto á Cortés: Señor, tenga por cierto que se metió en uno como puerto, ó bahía que queda atras, y que el viento no le dexa salir, porque el Piloto que llevaba, es el que vino con Francisco Hernandez de Córdova, y volvió con Grijalva, que se decia Juan Alvarez el Manquillo, y sabe aquel puerto; y luego fué acordado de volver á le buscar con toda la Armada; y en aquella bahía donde habia dicho el Piloto, lo hallamos ancleado, de que todos hubimos placer, y estuvimos allí un dia, y echamos dos bateles en el agua, y saltó en tierra el Piloto y un Capitan que se decia Francisco de Lugo, y habia por allí unas estancias, donde habia maizales, y hacian sal, y tenian quatro Cues, que son casas de ídolos, y en ellos muchas figuras, y todas las mas de mugeres; y eran altas de cuerpo, y se puso nombre á aquella tierra, la Punta de las Mugeres. Acuérdome que decia el Aguilar, que cerca de aquellas estancias estaba el pueblo donde era esclavo, y que allí vino cargado que le truxo su amo, é cayó malo de traer la carga, é que tambien estaba no muy léjos el pueblo donde estaba Gonzalo Guerrero, é que todos tenian oro, aunque era poco, y que si queria, que él guiaria, y que fuésemos allá: y Cortés le dixo riendo, que no venia él para tan pocas cosas, sino para servir á Dios, y al Rey. Y luego

mandó Cortés á un Capitan que se decia Escobar, que fuese en el navío, de que era Capitan, que era muy velero, y demandaba poca agua, hasta boca de Términos, y mirase muy bien qué tierra era, y si era buen puerto para poblar, y si habia mucha caza, como le habian informado: y esto que le mandó, fué por consejo del Piloto; porque quando por allí pasásemos con todos los navíos, no nos detener en entrar en él; y que despues de visto que pusiese una señal, y quebrase árboles en la boca del puerto, ó escribiesen una carta, y la pusiesen donde la viésemos de una parte é de otra del puerto, para que conociésemos que habia entrado dentro, ó que aguardase en la mar á la Armada barloventeando despues que lo hubiese visto. Y luego el Escobar partió, y fué á Puerto de Términos (que así se llama), é hizo todo lo que le fué mandado, é halló la lebrela que se hubo quedado quando lo de Grijalva, y estaba gorda y lucia : y dixo el Escobar, que quando la lebrela vió el navío que estaba en el puerto, que estaba halagando con la cola, y haciendo otras señas de halagos, y se vino luego á los soldados, y se metió con ellos en la nao; y esto hecho, se salió luego el Escobar del puerto á la mar, y estaba esperando el Armada, y parece ser con viento Sur que le dió, no pudo esperar al reparo, y metióse mucho en la mar. Volvamos á nuestra Armada, que quedábamos en la Punta de las Mugeres, que otro dia

de mañana salimos con buen tiempo terral, y llegamos en boca de Términos, y no hallamos á Escobar. Mandó Cortés que sacasen el batel, y con diez ballesteros le fuesen á buscar en la boca de Términos, ó á ver si habia señal, ó carta : y luego se halló árboles cortados, y una carta, que en ella decia como era muy buen puerto, y buena tierra, y de mucha caza, y lo de la lebrela : y dixo el Piloto Alaminos á Cortés que fuésemos nuestra derrota, porque con el viento Sur se debia haber metido en la mar, é que no podria ir muy léjos, porque habia de navegar á orza. Y puesto que Cortés sintió pena no le hubiese acaecido algun desman, mandó meter velas, y luego le alcanzamos, y dió el Escobar sus descargos á Cortés, y la causa por que no pudo aguardar. Estando en esto llegamos en el parage de Potonchan, y Cortés mandó al Piloto, que surgiésemos en aquella ensenada; y el Piloto respondió, que era mal puerto, porque habian de estar los navíos surtos mas de dos leguas léjos de tierra, que mengua mucho la mar, porque tenia pensamiento Cortés de dalles una buena mano, por el desbarate de lo de Francisco Hernandez de Córdoba, y Grijalva, y muchos de los soldados que nos habiamos hallado en aquellas batallas, se lo suplicamos que entrase dentro, y no quedasen sin buen castigo, aunque se detuviesen allí dos ó tres dias. El Piloto Alaminos con otros

Pilotos porfiáron, que si allí entrábamos, que en ocho dias no podriamos salir por el tiempo contrario, y que ahora llevábamos buen viento, é que en dos dias llegariamos á Tabasco; y así pasamos de largo, y en tres dias que navegamos llegamos al rio de Grijalva: y lo que allí nos acaeció, é las guerras que nos diéron; diré adelante.

CAPITULO XXXI.

Como llegamos al rio de Grijalva, que en lengua de Indios llaman Tabasco, y de la guerra que nos diéron, y lo que mas con ellos pasamos.

En doce dias del mes de marzo de mil y quinientos y diez y nueve años llegamos con toda la Armada al rio de Grijalva, que se dice de Tabasco: y como sabiamos ya de quando lo de Grijalva, que en aquel puerto y rio no podian entrar navíos de mucho porte, surgiéron en la mar los mayores, y con los pequeños, y los bateles fuimos todos los soldados á desembarcar á la punta de los Palmares (como quando con Grijalva) que estaba del pueblo de Tabasco otra media legua, y andaban por el rio en la ribera entre unos manglares todo lleno de Indios guerreros; de lo qual nos maravillamos los que habiamos venido con Grijalva: y demas desto estaban juntos en el pueblo mas de doce mil guerreros aparejados para darnos guerra; porque en aquella sazon aquel pueblo era de mucho trato,

y estaban sujetos á él otros grandes pueblos, y todos los tenian apercibidos con todo género de armas, segun las usaban. Y la causa dello fué, porque los de Potonchan, y los de Lázaro, y otros pueblos comarcanos los tuviéron por cobardes, y se lo daban en rostro, por causa que diéron á Grijalva las joyas de oro que ántes he dicho en el capítulo que dello habla, é que de medrosos no nos osáron dar guerra, pues eran mas pueblos, y tenian mas guerreros que no ellos : y esto les decian por afrentarlos, y que en sus pueblos los habian dado guerra, y muerto cincuenta y seis hombres. Por manera, que con aquellas palabras que les habian dicho, se determináron de tomar armas, y cuando Cortés los vió puestos de aquella manera, dixo á Aguilar la lengua, que entendia bien la de Tabasco, que dixese á unos Indios, que parecian principales, que pasaban en una gran canoa cerca de nosotros, que para qué andaban tan alborotados : que nos les veniamos á hacer ningun mal, sino á decilles, que les queremos dar de lo que traemos como á hermanos, é que les rogaba que mirasen no encomenzasen la guerra, porque les pesaria dello. Y les dixo otras muchas cosas acerca de la paz : y mientras mas les decia el Aguilar, mas bravos se mostraban, y decian que nos matarian á todos, si entrábamos en su pueblo, porque le tenian muy fortalecido todo á la redonda de árboles muy gruesos de

cercas y albarradas. Aguilar les tornó á hablar y requerir con la paz, y que nos dexasen tomar agua, y comprar de comer á trueco de nuestro rescate, y tambien decir á los Calachonis cosas que sean de su provecho, y servicio de Dios, nuestro Señor : y todavía ellos á porfiar que no pasásemos de aquellos palmares adelante, sino que nos matarian. Y quando aquello vió Cortés, mandó apercibir los bateles y navíos menores, y mandó poner en cada un batel tres tiros, y repartió en ellos los ballesteros y escopeteros : y teniamos memoria quando lo de Grijalva, que iba un camino angosto desde los palmares al pueblo por unos arroyos é cienegas. Cortés mandó á tres soldados que aquella noche mirasen bien si iban á las casas, y que no se detuviesen mucho en traer la respuesta, y los que fuéron viéron que se iban : y visto todo esto, y despues de bien mirado, se nos pasó aquel dia dando órden, en cómo, y de qué manera habiamos de ir en los bateles : y otro dia, por la mañana, despues de haber oido Misa, y todas nuestras armas muy á punto, mandó Cortés á Alonso de Avila, que era Capitan, que con cien soldados, y entre ellos diez ballesteros, fuese por el camillo, el que he dicho que iba al pueblo, é que de que oyese los tiros, él por una parte y nosotros por otra diésemos en el pueblo : y Cortés y todos los mas soldados y Capitanes fuimos en los bateles y navíos de ménos porte por el rio

arriba : y quando los Indios guerreros que estaban en la costa y entre los manglares, viéron que de hecho íbamos, vienen sobre nosotros con tantas canoas al puerto, adonde habiamos de desembarcar para defendernos que no saltásemos en tierra, que en toda la costa no habia sino Indios de guerra con todo género de armas que entre ellos se usan, tañendo trompetillas, y caracoles, y atabalejos; y como Cortés así vió la cosa, mandó que nos detuviésemos un poco, y que no soltásemos tiros, ni escopetas ni ballestas : y como todas las cosas queria llevar muy justificadamente, les hizo otro requerimiento delante de un Escribano del Rey que allí con nosotros iba, que se decia Diego de Godoy, y por la lengua de Aguilar, para que nos dexasen saltar en tierra, y tomar agua, y hablalles cosas de Dios nuestro Señor, y de Su Magestad; y que si guerra nos daban, que si, por defendernos, algunas muertes hubiese, ó otros qualesquier daños, fuesen á su culpa y cargo, y no á la nuestra : y ellos todavía haciendo muchos fieros, y que no saltásemos en tierra, sino que nos matarian. Luego comenzáron muy valientemente á nos flechar, é hacer sus señas con sus atambores, para que todos sus esquadrones apechugasen con nosotros, y como esforzados hombres viniéron, y nos cercáron con las canoas con tan grandes rociadas de flechas, que nos hiriéron, é hiciéron detener en el agua hasta la cinta, y en otras

partes mas arriba . y como habia allí en aquel desembarcadero mucha lama y cienega, no podiamos tan presto salir della, y cargáron sobre nosotros tantos Indios, que con las lanzas á mantiniente, y otros á flecharnos hacian que no tomásemos tierra tan presto como quisiéramos, y tambien porque en aquella lama estaba Cortés peleando, y se le quedó un alpargate en el cieno, que no lo pudo sacar, y descalzo el un pie salió á tierra. Estuvimos en aquella sazon en gran aprieto, hasta que (como digo) salió á tierra, y todos nosotros, y luego con gran osadía nombrando á Señor Santiago, y arremetiendo á ellos les hicimos retraer, y aunque no muy léjos por amor de las grandes albarradas y cercas que tenian hechas de maderos gruesos, adonde se amparaban, hasta que se las deshicimos, y tuvimos lugar por unos portillos de entrar en el pueblo, y pelear con ellos, y los llevamos por una calle adelante, adonde tenian hechas otras albarradas y fuerzas, y allí tornáron á reparar y hacer cara, y peleáron muy valientemente, con grande esfuerzo, y dando voces y silvos, diciendo : *Ala lala, al Calachoni, al Calachoni*, que en su lengua quiere decir, que matasen á nuestro Capitan. Estando desta manera envueltos con ellos, vino Alonso de Avila con sus soldados, que habia ido por tierra desde los palmares, como dicho tengo, que pareció ser no acertó á venir mas presto por amor de unas cie-

negas y esteros que pasó: é su tardanza fué bien menester, segun habiamos estado detenidos en los requerimientos, y deshacer portillos en las albarradas para pelear: así que todos juntos los tornamos á echar de las fuerzas donde estaban, y los llevamos retrayendo; y ciertamente que como buenos guerreros iban tirando grandes rociadas de flechas y varas tostadas, y nunca volviéron de hecho las espaldas, hasta un gran patio, donde estaban unos aposentos y salas grandes, y tenian tres casas de ídolos, é ya habian llevado todo quanto hato habia en aquel patio. Mandó Cortés, que reparásemos, y que no fuésemos mas en seguimiento del alcance, pues iban huyendo: y allí tomó Cortés posesion de aquella tierra por Su Magestad, y él en su Real nombre. Y fué desta manera que, desembainada su espada, dió tres cuchilladas en señal de posesion, en un árbol grande, que se dice ceiba, que estaba en la plaza de aquel gran patio, y dixo, que si habia alguna persona que se lo contradixese, que él se lo defenderia con su espada y una rodela que tenia embrazada: y todos los soldados que presentes nos hallamos quando aquello pasó, diximos, que era bien tomar aquella Real posesion en nombre de Su Magestad, é que nosotros seriamos en ayudalle, si alguna persona otra cosa dixere: é por ante un Escribano del Rey se hizo aquel auto. Sobre esta posesion la parte de Diego Velazquez tuvo que re-

mormurar della. Acuérdome, que en aquellas reñidas guerras que nos diéron, de aquella vez hiriéron á catorce soldados, y á mí me diéron un flechazo en el muslo, mas poca la herida, y quedáron tendidos y muertos diez y ocho Indios en el agua, y en tierra donde desembarcamos, y allí dormimos aquella noche con grandes velas y escuchas. Y dexallo he por contar lo que mas pasamos.

CAPITULO XXXII.

Como mandó Cortés á todos los Capitanes, que fuesen con cada cien soldados á ver la tierra adentro, y lo que sobre ello nos acaeció.

Otro dia mandó Cortés á Pedro de Alvarado, que saliese por Capitan con cien soldados, y entre ellos quince ballesteros y escopeteros, y que fuese á ver la tierra adentro hasta andadura de dos leguas, y que llevase en su compañía á Melchorejo, la lengua de la punta de Cotoche; y quando le fuéron á llamar al Melchorejo, no le halláron, que se habia ya huido con los de aquel pueblo de Tabasco; porque segun parecia el dia ántes en la punta de los palmares, dexó colgados sus vestidos que tenia de Castilla; y se fué de noche en una canoa; y Cortés sintió enojo con su ida, porque no dixese á los Indios sus

naturales algunas cosas que no truxesen provecho. Dexémosle huido con la mala ventura, y volvamos á nuestro cuento, que asimismo mandó Cortés, que fuese otro Capitan, que se decia Francisco de Lugo, por otra parte con otros cien soldados, y doce ballesteros, y escopeteros, y que no pasase de otras dos leguas, y que volviese en la noche á dormir al Real: é yendo que iba el Francisco de Lugo con su compañía obra de una legua de nuestro Real, se encontró con grandes Capitanes y esquadrones de Indios, todos flecheros, y con lanzas, y rodelas, y atambores, y penachos, y se vienen derechos á la Capitanía de nuestros soldados, y les cercan por todas partes, y les comenzáron á flechar de arte, que no se podian sustentar con tanta multitud de Indios, y les tiraban muchas varas tostadas y piedras con hondas, como granizo caian sobre ellos, y con espadas de navajas, de á dos manos: y por bien que peleaba el Francisco de Lugo y sus soldados, no los podia apartar de sí: y quando aquello vió, con gran concierto se venia ya retrayendo al Real, y habia enviado adelante un Indio de Cuba muy grande corredor y suelto, á dar mandado á Cortés para que le fuésemos á ayudar; y todavía el Francisco de Lugo con gran concierto de sus ballesteros y escopeteros, unos armando y otros tirando, y algunas arremetidas que hacian, se sostenian con todos los esquadrones que sobre él estaban. De-

xémosle de la manera que he dicho, y con gran peligro, y volvamos al Capitan Pedro de Alvarado, que pareció ser habia andado mas de una legua, y topó con un estero muy malo de pasar, y quiso Dios nuestro Señor encaminallo que volviese por otro camino hacia donde estaba el Francisco de Lugo peleando, como dicho tengo: é como oyó las escopetas que tiraban, y el gran ruido de atambores y trompetillas, y voces, y silvos de los Indios, bien entendió que estaban revueltos en guerra; y con mucha presteza, y con gran concierto acudió á las voces y tiros, y halló al Capitan Francisco de Lugo con su gente haciendo rostro y peleando con los contrarios, y cinco Indios muertos: y luego que se juntaron con el Lugo, dan tras los Indios, que los hiciéron apartar, y no de manera que los pudiesen poner en huida, que todavía los fuéron siguiendo los Indios á los nuestros hasta el Real: y asimismo nos habian acometido, y venido á dar guerra otras Capitanías de guerreros adonde estaba Cortés con los heridos; mas muy presto los hicimos retraer con los tiros que llevaban muchos dellos, y á buenas cuchilladas y estocadas. Volvamos á decir algo atras, que quando Cortés oyó al Indio de Cuba que venia á demandar socorro, y del arte que quedaba Francisco de Lugo, de presto les íbamos á ayudar, y nosotros que íbamos, y los dos Capitanes por mí nombrados que llegaban con sus gentes obra de media

legua del Real, y muriéron dos soldados de la Capitanía de Francisco de Lugo, y ocho heridos, y de los de Pedro de Alvarado le hiriéron tres; y quando llegáron al Real se curáron, y enterramos los muertos, é hubo buena vela y escuchas, y en aquellas escaramuzas matamos quince Indios, y se prendiéron tres, y el uno parecia algo principal; y el Aguilar nuestra lengua les preguntaba ¿que por qué eran locos, y salian á dar guerra? Luego se envió un Indio dellos con cuentas verdes para dar á los Caciques, porque viniesen de paz: y aquel mensagero dixo, que el Indio Melchorejo que traiamos con nosotros de la punta de Cotoche, que se fué á ellos la noche ántes, les aconsejó, que nos diesen guerra de dia y de noche, que nos vencerian, porque eramos muy pocos. De manera que traiamos con nosotros muy mala ayuda y nuestro contrario. Y aquel Indio que enviamos por mensagero, fué y nunca volvió con la respuesta: y de los otros dos Indios que estaban presos, supo Aguilar la lengua por muy cierto, que para otro dia estaban juntos todos quantos Caciques habia en todos aquellos pueblos comarcanos de aquella Provincia, con todas sus armas, segun las suelen usar, aparejados para nos dar guerra, y que nos habian de venir otro dia á cercar en el Real, y que el Melchorejo se lo aconsejó. Y dexallos he aquí, y diré lo que sobre ello hicimos.

CAPITULO XXXIII.

Como Cortés mandó, que para otro dia nos aparejásemos todos para ir en busca de los esquadrones guerreros, y mandó sacar los caballos de los navíos, y lo que mas nos avino en la batalla que con ellos tuvimos.

Luego Cortés supo, que muy ciertamente nos venian á dar guerra, y mandó, que con brevedad sacasen todos los caballos de los navíos en tierra, é que escopetas, y ballesteros, y todos los soldados estuviésemos muy á punto con nuestras armas, y aunque estuviésemos heridos: y quando hubiéron sacado los caballos en tierra, estaban muy torpes y temerosos en el correr, como habia muchos dias que estaban en los navíos, y otro dia estuviéron sueltos. Una cosa acaeció en aquella sazon á seis ó siete soldados, mancebos y bien dispuestos, que les dió mal en los riñones, que no se pudiéron tener poco ni mucho en sus pies, si no los llevaban á cuestas; no supimos de qué; decian, que de ser regalados en Cuba, y que con el peso y calor de las armas, que les dió aquel mal. Luego Cortés los mandó llevar á los navíos, no quedasen en tierra, y apercibió á los Caballeros, que habian de ir los mejores ginetes, y caballos, que fuesen con pretales de cascabeles, y les mandó, que

no se parasen á alancear hasta haberlos desbaratado, sino que las lanzas se las pasasen por los rostros, y señaló trece de á caballo, y Cristóval de Oli, y Pedro de Alvarado, y Alonso Hernandez Puertocarrero, y Juan de Escalante, y Francisco de Montejo: é á Alonso de Avila le diéron un caballo, que era de Ortiz el músico é de un Bartolome García, que ninguno dellos era buen ginete: y Juan Velazquez de Leon, y Francisco de Moral, é Lares el buen ginete (nombrole así, porque habia otro buen ginete, y otro Lares) y Gonzalo Dominguez, extremados hombres de á caballo, Moron el del Bayamo, y Pedro Gonzalez el de Truxillo; todos estos Caballeros señaló Cortés, y él por Capitan, y mandó á Mesa el artillero, que tuviese á punto su artillería; y mandó á Diego de Ordás, que fuese por Capitan de todos nosotros, porque no era hombre de á caballo, y tambien fué por Capitan de los ballesteros y artilleros. Y otro dia muy de mañana, que fué dia de nuestra Señora de Marzo, despues de haber oido Misa; puestos todos en ordenanza con nuestro Alferez, que entónces era Antonio de Villarroel, marido que fué de una Señora que se decia Isabel de Ojeda, que desde ahí á tres años se mudó el nombre en Villareal, y se llamó Antonio Serrano de Cardona. Tornemos á nuestro propósito, que fuimos por unas habanas grandes, adonde habian dado guerra á Francisco de Lugo, á Pedro de Alvara-

do, y llamábase aquella habana y pueblo, Cintla, sujeta al mismo Tabasco, una legua del aposento donde salimos, y nuestro Cortés se apartó un poco espacio ó trecho de nosotros por amor de unas cienegas, que no podian pasar los caballos: é yendo de la manera que he dicho con el Ordás, dimos con todo el poder de esquadrones de Indios guerreros, que nos venian ya á buscar á los aposentos, y fué adonde los encontramos junto al mesmo pueblo de Cintla en un buen llano. Por manera que si aquellos Guerreros tenian deseo de nos dar guerra, y nos iban á buscar, nosotros los encontramos con el mismo motivo. Y dexallohe aquí, y diré lo que pasó en la batalla, y bien se puede nombrar batalla, y bien terrible, como adelante verán.

CAPITULO XXXIV.

Como nos diéron guerra todos los Caciques de Tabasco y sus Provincias, y lo que sobre ello sucedió.

Ya he dicho de la manera y concierto que íbamos, y como topamos todas las Capitanías y esquadrones de contrarios, que nos iban á buscar, y traian todos grandes penachos, y atambores y trompetillas, y las caras enalmagradas, y blancas y prietas, y con grandes arcos y flechas, y lanzas, y rodelas, y espadas como montantes

de á dos manos, y mucha honda, y piedra, y varas tostadas, y cada uno sus armas colchadas de algodon; y así como llegáron á nosotros, como eran grandes esquadrones, que todas las habanas cubrian, se vienen como perros rabiosos, y nos cercan por todas partes, y tiran tanta de flecha, y vara, y piedra, que de la primera arremetida hiriéron mas de setenta de los nuestros, y con las lanzas pie con pie nos hacian mucho daño, y un soldado murió luego de un flechazo que le dió por el oido, el qual se llamaba Saldaña: y no hacian sino flechar y herir en los nuestros: y nosotros con los tiros, y escopetas, y ballestas, y grandes estocadas, no perdiamos punto de buen pelear: y como conociéron las estocadas, y el mal que les haciamos, poco á poco se apartaban de nosotros, mas era para flechar mas á su salvo; puesto que Mesa nuestro artillero, con los tiros mataba muchos dellos, porque eran grandes esquadrones, y no se apartaban léjos, y daba en ellos á su placer: y con todos los males y heridas que les haciamos, no los podiamos apartar. Yo dixe al Capitan Diego de Ordás; parece que debemos cerrar y apechugar con ellos; porque verdaderamente sienten bien el cortar de las espadas, y por esta causa se desvian algo de nosotros por temor dellas, y por mejor tirarnos sus flechas, y varas tostadas, y tanta piedra como granizo. Respondió el Ordás, que no era buen acuerdo; porque

habia para cada uno de nosotros trecientos Indios, y que no nos podriamos sostener con tanta multitud, y así estuvimos con ellos sosteniéndonos. Todavía acordamos de nos llegar quanto pudiésemos á ellos, como se lo habia dicho al Ordás, por dalles mal año de estocadas: y bien lo sintiéron, y se pasáron luego de la parte de una cienega: y en todo este tiempo Cortés con los de á caballo no venia, aunque deseábamos en gran manera su ayuda, y temiamos, que por ventura no le hubiese acaecido algun desastre. Acuérdome, que quando soltábamos los tiros, que daban los Indios grandes silvos y gritos, y echaban tierra y pajas en alto, porque no viésemos el daño que les haciamos, y tañian entónces trompetas, y trompetillas, y silvos, y voces, y decian, *Ala lala.* Estando en esto, vimos asomar los de á caballo, y como aquellos grandes esquadrones estaban embebecidos dándonos guerra, no miráron tan de presto en los de á caballo, como venian por las espaldas: y como el campo era llano, y los Caballeros buenos ginetes, y algunos de los caballos muy revueltos y corredores, danles tan buena mano, y alancean á su placer, como convenia en aquel tiempo. Pues los que estábamos peleando como los vimos, dimos tanta prisa en ellos, los de á caballo por una parte, y nosotros por otra, que de presto volviéron las espaldas. Aquí creyéron los Indios, que el caballo y Caballero era todo

un cuerpo, como jamas habian visto caballos hasta entonces; iban aquellas habanas y campos llenos dellos, y acogiéronse á unos montes que allí habia. Y despues que los hubimos desbaratado, Cortés nos contó como no habia podido venir mas presto, por amor de una cienega, y que estuvo peleando con otros esquadrones de guerreros ántes que á nosotros llegasen, y traia heridos cinco Caballeros, y ocho caballos. Y despues de apeados debaxo de unos árboles que allí estaban, dimos muchas gracias y loores á Dios y á nuestra Señora su bendita Madre, alzando todos las manos al cielo, porque nos había dado aquella victoria tan cumplida: y como era dia de nuestra Señora de Marzo, llamóse una villa que se pobló el tiempo andando, Santa María de la Vitoria, así por ser dia de nuestra Señora, como por la gran vitoria que tuvimos. Aquesta fué pues la primera guerra que tuvimos en compañía de Cortés en la Nueva España. Y esto pasado, apretamos las heridas á los heridos con paños, que otra cosa no habia, y se curáron los caballos con quemalles las heridas con unto de Indio de los muertos, que abrimos para sacalle el unto, y fuimos á ver los muertos que habia por el campo, y eran mas de ochocientos, y todos los mas de estocadas, y otros de los tiros, y escopetas, y ballestas, y muchos estaban medio muertos y tendidos. Pues donde anduviéron los de á caballo, habia buen recaudo

dellos muertos, y otros quexándose de las heridas. Estuvimos en esta batalla sobre una hora, que no les pudimos hacer perder punto de buenos guerreros, hasta que viniéron los de á caballo, como he dicho, é prendimos cinco Indios, é los dos dellos Capitanes: y como era tarde, hartos de pelear, y no habiamos comido, nos volvimos al Real: é luego enterramos dos soldados, que iban heridos por las gargantas, y por el oido, y quemamos las heridas á los demas, y á los caballos con el unto del Indio, y pusimos buenas velas y escuchas, y cenamos, y reposamos. Aquí es donde dice Francisco Lopez de Gomara, que salió Francisco de Morla en un caballo rucio picado, ántes que llegase Cortés con los de á caballo, y que eran los Santos Apóstoles Señor Santiago, ó Señor San Pedro. Digo, que todas nuestras obras y vitorias son por mano de nuestro Señor Jesu-Christo, y que en aquella batalla habia para cada uno de nosotros tantos Indios, que á puñados de tierra nos cegaran, salvo que la gran misericordia de Dios en todo nos ayudaba; y pudiera ser que los que dice el Gomara, fueran los gloriosos Apóstoles Señor Santiago ó Señor San Pedro; é yo como pecador no fuese digno de lo ver: lo que yo entónces ví y conocí, fué á Francisco de Morla en un caballo castaño, que venia juntamente con Cortés, que me parece que agora que lo estoy escribiendo, se me representa por estos ojos pe-

cadores toda la guerra, segun y de la manera que allí pasamos: é ya que yo como indigno pecador no fuera merecedor de ver á qualquiera de aquellos gloriosos Apóstoles, allí en nuestra compañía habia sobre quatrocientos soldados, y Cortés, y otros muchos Caballeros, platicarase dello, y tomarase por testimonio, y se hubiera hecho una Iglesia quando se pobló la villa, y se nombrara la villa de Santiago de la Vitoria, ó de San Pedro de la Vitoria, como se nombró Santa María de la Vitoria: y si fuera así como dice el Gomara, harto malos Christianos fueramos, enviándonos nuestro Señor Dios sus santos Apóstoles, no reconocer la gran merced que nos hacia, y reverenciar cada dia aquella Iglesia: pluguiera á Dios que así fuera como el Coronista dice; y hasta que leí su Corónica, nunca entre Conquistadores que allí se halláron tal se oyó. Y dexémoslo aquí, y diré lo que mas pasamos.

CAPITULO XXXV.

Como envió Cortés á llamar á todos los Caciques de aquellas Provincias, y lo que sobre ello se hizo.

Ya he dicho como prendimos en aquella batalla cinco Indios, y los dos dellos Capitanes; con los quales estuvo Aguilar la lengua á pláticas, y conoció en lo que le dixéron, que se-

rian hombres para enviar por mensageros, y dixóle al Capitan Cortés, que los soltasen, y que fuesen á hablar á los Caciques de aquel pueblo, é otros qualesquier: é á aquellos dos Indios mensageros se les dió cuentas verdes é diamantes azules; y les dixo Aguilar muchas palabras bien sabrosas y de halagos, y que les queremos tener por hermanos, y que no hubiesen miedo, y que lo pasado de aquella guerra que ellos tenian la culpa, y que llamasen á todos los Caciques de todos los pueblos, que les queriamos hablar; y se les amonestó otras muchas cosas bien mansamente, para atraellos de paz: y fuéron de buena voluntad, y habláron con los principales y Caciques, y les dixéron todo lo que les enviamos á hacer saber sobre la paz. E oida nuestra embaxada, fué entre ellos acordado de enviar luego quince Indios de los esclavos que entre ellos tenian, y todos tiznadas las caras, y las mantas y bragueros, que traian muy ruines, y con ellos enviáron gallinas, y pescado asado, y pan de maiz: y llegados delante de Cortés, los recibió de buena voluntad: y Aguilar la lengua les dixo medio enojado, ¿que cómo venian de aquella manera puestas las caras? que mas venian de guerra, que para tratar paces; y que luego fuesen á los Caciques, y les dixesen, que si querian paz, como se la ofrecimos, que viniesen Señores á tratar della, como se usa, é no enviasen esclavos. A aquellos mismos tiznados

se les hizo ciertos halagos, y se envió con ellos cuentas azules, en señal de paz, y para ablandalles los pensamientos. Y luego otro dia viniéron treinta Indios principales, y con buenas mantas, y truxéron gallinas, y pescado, y fruta, y pan de maiz, y demandáron licencia á Cortés para quemar y enterrar los cuerpos de los muertos en las batallas pasadas, porque no oliesen mal, ó los comiesen tigres, ó leones. La qual licencia les dió luego : y ellos se diéron priesa en traer mucha gente para los enterrar, y quemar los cuerpos, segun su usanza : y segun Cortés supo dellos, dixéron, que les faltaba sobre ochocientos hombres, sin los que estaban heridos : é dixéron, que no se podian detener con nosotros en palabras, ni paces, porque otro dia habian de venir todos los principales y Señores de todos aquellos pueblos, y concertarian las paces. Y como Cortés en todo era muy avisado, nos dixo, riendo, á los soldados que allí nos hallamos teniéndole compañía : Sabeis, señores, que me parece que estos Indios temerán mucho á los caballos, y deben de pensar que ellos solos hacen la guerra, y asimismo las bombardas : he pensado una cosa, para que mejor lo crean, que traigan la yegua de Juan Sedeño, que parió el otro dia en el navío, y atalla han aquí adonde yo estoy, y traigan el caballo de Ortiz el Músico, que es muy rixoso, y tomará olor de la yegua, y quando haya tomado olor della, lleva-

rán la yegua y el caballo, cada uno de por sí, en parte, que desque vengan los Caciques que han de venir, no los oigan relinchar, ni los vean hasta que esten delante de mí, y estemos hablando : y así se hizo segun y de la manera que lo mandó, que truxéron la yegua y el caballo, y tomó olor della en el aposento de Cortés : y demas desto, mandó que cebasen un tiro, el mayor de los que teniamos, con una buena pelota, y bien cargado de pólvora. Y estando en esto, que ya era medio dia, viniéron quarenta Indios, todos Caciques, con buena manera, y mantas ricas, á la usanza dellos : saludáron á Cortés, y á todos nosotros; y traian de sus inciensos, zahumándonos á quantos allí estábamos, y demandáron perdon de lo pasado, y que de allí adelante serian buenos. Cortés les respondió con Aguilar nuestra lengua, algo con gravedad, como haciendo del enojado, que ya ellos habian visto, quantas veces les habian requerido con la paz, y que ellos tenian la culpa, y que agora eran merecedores, que á ellos, y á quantos quedan en todos sus pueblos matásemos : y porque somos vasallos de un gran Rey y Señor, que nos envió á estas partes, el qual se dice el Emperador Don Cárlos, que manda, que á los que estuvieren en su Real servicio, que les ayudemos y favorezcamos : é que si ellos fueren buenos, como dicen, que así lo harémos; y si no que soltará de aquellos tepustles, que los maten (al

hierro llaman en su lengua *tepustle*), que aun por lo pasado que han hecho en darnos guerra, están enojados algunos dellos. Entónces secretamente mandó poner fuego á la bombarda, que estaba cebada, y dió tan buen trueno y recio como era menester : iba la pelota zumbando por los montes, que como en aquel instante era medio dia, y hacia calma, llevaba gran ruido; y los Caciques se espantáron de la oir, y como no habian visto cosa como aquella, creyéron, que era verdad lo que Cortés les dixo : y para asegurarles del miedo, les tornó á decir con Aguilar, que ya no hubiesen miedo, que él mandó, que no hiciese daño : y en aquel instante truxéron el caballo que habia tomado olor de la yegua, y átanlo no muy léjos de donde estaba Cortés hablando con los Caciques, y como á la yegua la habian tenido en el mismo aposento adonde Cortés y los Indios estaban hablando, pateaba el caballo y relinchaba, y hacia bramuras, y siempre los ojos mirando á los Indios, y al aposento donde habia tomado olor de la yegua : y los Caciques creyéron, que por ellos hacia aquellas bramuras del relinchar y el patear, y estaban espantados. Y quando Cortés los vió de aquel arte, se levantó de la silla, y se fué para el caballo, y le tomó del freno, y dixo á Aguilar, que hiciese creer á los Indios que allí estaban, que habia mandado al caballo que no les hiciese mal ninguno : y luego dixo á dos mo-

zos de espuelas, que lo llevasen de allí léjos, que no le tornasen á ver los Caciques. Y estando en esto, viniéron sobre treinta Indios de carga, que entre ellos llaman *tamemes,* que traian la comida de gallinas, y pescado asado, y otras cosas de frutas, que parece ser se quedáron atrás, ó no pudiéron venir juntamente con los Caciques. Allí hubo muchas pláticas Cortés con aquellos principales, y dixéron, que otro dia vendrian todos, y traerian un presente, y hablarian en otras cosas, é así se fuéron muy contentos. Donde los dexaré agora hasta otro dia.

CAPITULO XXXVI.

Como viviéron todos los Caciques é Calachonis del rio de Grijalva, y truxeron un presente, y lo que sobre ello pasó.

Otro dia, de mañana, que fué á los postreros del mes de marzo de mil y quinientos y diez y nueve años, viniéron muchos Caciques y principales de aquel pueblo de Tabasco, y de otros comarcanos, haciendo mucho acato á todos nosotros, y truxéron un presente de oro, que fuéron quatro diademas, y unas lagartijas, y dos como perrillos y orejeras, y cinco anades y dos figuras de caras de Indios, y dos suelas de oro, como de sus cotoras, y otras cosillas de poco valor, que yo no me acuerdo qué tanto valia, y truxéron mantas de las que ellos traian y hacian,

que son muy bastas: porque ya habrán oido decir los que tienen noticia de aquella Provincia, que no las hay en aquella tierra sino de poco valor, y no fué nada todo este presente en comparacion de veinte mugeres, y entre ellas una muy excelente muger, que se dixo Doña Marina, que asi se llamó despues de vuelta Christiana. Y dexaré esta plática, y de hablar della, y de las demas mugeres que truxéron, y diré que Cortés recibió aquel presente con alegría, y se apartó con todos los Caciques, y con Aguilar el intérprete á hablar, y les dixo, que por aquello que traian, se lo tenia en gracia: mas que una cosa les rogaba, que luego mandasen poblar aquel pueblo con toda su gente, y mugeres, y hijos, y que dentro de dos dias le quiere ver poblado, y que en esto conocerá tener verdadera la paz. Y luego los Caciques mandáron llamar todos los vecinos, y con sus hijos y mugeres, en dos dias se pobló. Y á lo otro, que les mandó, que dexasen sus ídolos y sacrificios, respondiéron, que así lo harian: y les declaramos con Aguilar lo mejor que Cortés pudo las cosas tocantes á nuestra santa Fe, y como eramos Christianos, y adorábamos á un solo Dios verdadero, y se les mostró una imágen muy devota de nuestra Señora, con su Hijo precioso en los brazos, y se les declaró, que aquella santa Imágen reverenciamos, porque así está en el Cielo, y es Madre de nuestro Señor Dios. Y los Caciques dixéron, que les

parece muy bien aquella gran *Tecleciguata,* y que se la diesen para tener en su pueblo, porque á las grandes señoras en su lengua llaman *Tecleciguatas.* Y dixo Cortés, que sí daria; y les mandó hacer un buen Altar bien labrado; el qual luego hiciéron. Y otro dia de mañana mandó Cortés á dos de nuestros carpinteros de lo blanco, que se decian Alonso Yañez, y Alvaro Lopez (ya otra vez por mí memorados), que luego labrasen una Cruz bien alta: y despues de haber mandado todo esto, dixo á los Caciques, que, qué fué la causa que nos diéron guerra tres veces, requiriéndoles con la paz? Y respondiéron, que ya habian demandado perdon dello, y estaban perdonados, y que el Cacique de Champoton, su hermano, se lo aconsejó, y porque no lo tuviesen por cobarde, porque se lo reñian y deshonraban, porque no nos dió guerra quando la otra vez vino otro Capitan con quatro navíos: y segun pareció, decíalo por Juan de Grijalva. Y tambien dixo, que el Indio que traiamos por lengua, que se nos huyó una noche, se lo aconsejó, que de dia y de noche nos diesen guerra, porque eramos muy pocos. Y luego Cortés les mandó que en todo caso se lo truxesen; y dixéron, que como les vió que en la batalla no les fué bien, que se les fué huyendo, y que no sabian dél, aunque le han buscado, y supimos que le sacrificáron, pues tan caro les costó sus consejos. Y mas les preguntó, que de qué parte

traian oro, y aquellas joyezuelas? Respondiéron, que de hácia donde se pone el Sol, y decian : *Culchua,* y *México :* y como no sabiamos qué cosa era *México, ni Culchua,* dexábamoslo pasar por alto : y allí traíamos otra lengua, que se decia Francisco, que hubimos quando lo de Grijalva, ya otra vez por mí nombrado, mas no entendia poco ni mucho la de Tabasco, sino la de *Culchua,* que es la Mexicana, y medio por señas dixo á Cortés, que *Culchua* era muy adelante, y nombraba *México, México,* y no lo entendimos. Y en esto cesó la plática hasta otro dia, que se puso en el Altar la santa Imágen de nuestra Señora, y la Cruz : la qual todos adoramos, y dixo Misa el Padre Fray Bartolomé de Olmedo, y estaban todos los Caciques y principales delante; y púsose nombre á aquel pueblo, Santa María de la Victoria, y así se llama agora la Villa de Tabasco : y el mismo Frayle con nuestra lengua Aguilar predicó á las veinte Indias que nos presentáron muchas buenas cosas de nuestra santa Fe, y que no creyesen en los ídolos que de ántes creian, que eran malos, y no eran dioses, ni mas les sacrificasen, que los traian engañados, y adorasen en nuestro Señor Jesu-Christo : y luego se bautizáron, y se puso por nombre Doña Marina aquella India é señora que allí nos diéron, é verdaderamente era gran Cacica, é hija de grandes Caciques, y señora de vasallos, y bien se le parecia en su per-

sona; lo qual diré adelante cómo y de qué manera fué alli traida; y á las otras mugeres no me acuerdo bien de todos sus nombres, y no hace al caso nombrar algunas, mas estas fuéron las primeras Christianas que hubo en la Nueva España. Y Cortés las repartió á cada Capitan la suya, y á esta Doña Marina, como era de buen parecer, y entremetida y desenvuelta, dió á Alonso Hernandez Puertocarrero, que ya he dicho otra vez, que era muy buen Caballero, primo del Conde de Medellin: y desque fué á Castilla el Puertocarrero, estuvo la Doña Marina con Cortés, y della hubo un hijo, que se dixo Don Martin Cortés, que el tiempo andando fué Comendador de Santiago. En aquel pueblo estuvimos cinco dias, así porque se curaban las heridas, como por los que estaban con dolor de riñones, que allí se les quitó: y demas desto, porque Cortés siempre atraia con buenas palabras á los Caciques, y les dixo, como el Emperador, nuestro Señor, cuyos vasallos somos, tiene á su mandado muchos grandes Señores, y que es bien que ellos le den la obediencia; é que en lo que hubieren menester, así favor de nosotros, como otra qualquier cosa, que se lo hagan saber donde quiera que estuviésemos, que él les vendrá á ayudar. Y todos los Caciques le diéron muchas gracias por ello, y allí se otorgáron por vasallos de nuestro grande Emperador. Y estos fuéron los primeros vasallos que en la Nue-

va España diéron la obediencia á Su Magestad. Y luego Cortés les mandó, que para otro dia, que era Domingo de Ramos, muy de mañana viniesen al Altar que hicimos con sus hijos y mugeres, para que adorasen la Santa Imágen de nuestra Señora, y la Cruz : y asimismo les mandó que viniesen seis Indios carpinteros, y que fuesen con nuestros carpinteros, y que en el pueblo de Cintla, adonde nuestro Señor Dios fué servido de darnos aquella victoria de la batalla pasada, por mí referida, que hiciesen una Cruz en un árbol grande que allí estaba, que llaman ceiba; é hiciéronla en aquel árbol á efecto que durase mucho, que con la corteza que suele reverdecer, está siempre la Cruz señalada. Hecho esto, mandó que aparejasen todas las canoas que tenian, para nos ayudar á embarcar, porque aquel santo dia nos queriamos hacer á la vela : porque en aquella sazon viniéron dos Pilotos á decir á Cortés, que estaban en gran riesgo los navíos por amor del Norte, que es travesía. Y otro dia muy de mañana viniéron todos los Caciques y principales con todas sus mugeres y hijos, y estaban ya en el patio donde teniamos la Iglesia y Cruz, y muchos ramos cortados para andar en procesion : y desque los Caciques vimos juntos, Cortés y todos los Capitanes á una, con gran devocion, anduvimos una muy devota procesion, y el Padre de la Merced, y Juan Diaz el Clérigo revestidos, y se dixo la

Misa, y adoramos y besamos la Santa Cruz, y los Caciques é Indios mirándonos. Y hecha nuestra solemne fiesta segun el tiempo, viniéron los principales, y truxéron á Cortés diez gallinas, y pescado asado, y otras legumbres, y nos despedimos dellos: y siempre Cortés encomendándoles la Santa Imágen de nuestra Señora, y las Santas Cruces, y que las tuviesen muy limpias, y barrida la casa é Iglesia, y enramado, y que las reverénciasen y hallarian salud, y buenas sementeras. Y despues que era ya tarde, nos embarcamos, y á otro dia Lúnes por la mañana nos hicimos á la vela, y con buen viage navegamos, y fuimos la via de San Juan de Ulua, y siempre muy juntos á tierra: é yendo navegando con buen tiempo, decíamos á Cortés los soldados que venimos con Grijalva, como sabíamos aquella derrota: Señor, allí queda la Rambla, que en lengua de Indios se dice, *Aguayaluco*, luego llegamos al parage de *Tonalo*, que se dice San Anton, y se lo señalábamos: mas adelante le mostrábamos el gran rio de *Guazacualco*, y vió las muy altas sierras nevadas; y luego las sierras de San Martin: y mas adelante le mostramos la roca partida, que es unos grandes peñascos, que entran en la mar, y tiene una señal arriba como á manera de silla: y mas adelante le mostramos el rio de Alvarado, que es adonde entró Pedro de Alvarado quando lo de Grijalva: y luego vimos el rio de Vanderas, que fué donde

rescatamos los diez y seis mil pesos : y luego le mostramos la isla Blanca, y tambien le diximos adonde quedaba la isla Verde : y junto á tierra vió la isla de Sacrificios, donde hallamos los Altares quando lo de Grijalva, y los Indios sacrificados : y luego en buena hora llegamos á San Juan de Ulua, Juéves de la Cena despues de medio dia : y acuérdome que llegó un Caballero, que se decia Alonso Hernandez Puertocarrero, y dixo á Cortés : Paréceme, señor, que os han venido diciendo estos caballeros que han venido otras dos veces á esta tierra : « Cata Francia Montesinos : cata Paris la ciudad : cata las aguas de Duero, do van á dar á la mar. Yo digo, que mireis las tierras ricas, y sabeos bien gobernar. » Luego Cortés bien entendió á qué fin fuéron aquellas palabras dichas : y respondió : « Denos Dios ventura en armas como al Paladin Roldan, que en lo demas, teniendo á v. m. y á otros caballeros por señores, bien me sabré entender : » y dexémoslo, y no pasemos de aquí. Y esto es lo que pasó, y Cortés entró en el rio de Alvarado, como dice Gomara.

CAPITULO XXXVII.

Como Doña Marina era Cacica, é hija de grandes señores, y señora de pueblos y vasallos, y de la manera que fué traida á Tabasco.

Antes que mas meta la mano en lo del gran Montezuma y su gran México y Mexicanos, quiero decir lo de Doña Marina, como desde su niñez fué gran señora de pueblos y vasallos; y es desta manera: que su padre y su madre eran Señores y Caciques de un pueblo que se dice Painala, y tenia otros pueblos sujetos á él obra de ocho leguas de la Villa de Guazacualco, y murió el padre quedando muy niña, y la madre se casó con otro Cacique mancebo, y oviéron un hijo, y segun pareció, querian bien al hijo que habian habido; acordáron entre el padre y la madre de dalle el cargo despues de sus dias, y porque en ello no hubiese estorbo, diéron de noche la niña á unos Indios de Xicalango, porque no fuese vista, y echáron fama que se habia muerto, y en aquella sazon murió una hija de una India esclava suya, y publicáron, que era la heredera: por manera que los de Xicalango la diéron á los de Tabasco, y los de Tabasco á Cortés: y conocí á su madre, y á su hermano de madre hijo de la vieja, que era ya hombre, y

mandaba juntamente con la madre á su pueblo, porque el marido postrero de la vieja ya era fallecido: y despues de vueltos Christianos se llamó la vieja Marta, y el hijo Lázaro, y esto sélo muy bien, porque en el año de mil y quinientos y veinte y tres despues de ganado México, y otras Provincias, y se habia alzado Christóval de Oli en las Higueras, fué Cortés allá, y pasó por Guazacualco: fuimos con él aquel viage toda la mayor parte de los vecinos de aquella villa (como diré en su tiempo y lugar) y como Don Marina en todas las guerras de la Nueva España, Tlascala, y México fué tan excelente muger, y buena lengua, como adelante diré; á esta causa la traía siempre Cortés consigo, y en aquella sazon y viage se casó con ella un hidalgo que se decia Juan Xaramillo en un pueblo que se decia Orizava, delante de ciertos testigos, que uno dellos se decia Aranda, vecino que fué de Tabasco, y aquel contaba el casamiento, y no como lo dice el Coronista Gomara: y la Doña Marina tenia mucho ser, y mandaba absolutamente entre los Indios en toda la Nueva España. Y estando Cortés en la villa de Guazacualco, envió á llamar á todos los Caciques de aquella Provincia para hacerles un parlamento acerca de la santa doctrina, y sobre su buen tratamiento, y entónces vino la madre de Doña Marina y su hermano de Madre Lázaro, con otros Caciques. Dias habia que me habia dicho la Doña Marina, que era

de aquella Provincia, y señora de vasallos, y bien lo sabia el Capitan Cortés, y Aguilar la lengua: por manera que vino la madre y su hija, y el hermano, y conocieron que claramente era su hija, porque se le parecia mucho. Tuviéron miedo della, que creyéron que los enviaba á llamar para matarlos, y lloraban: y como así los vido llorar la Doña Marina, los consoló y dixo, que no hubiesen miedo, que quando la traspusiéron con los de Xicalango, que no supiéron lo que hacian, y se lo perdonaba, y les dió muchas joyas de oro y de ropa, y que se volviesen á su pueblo? y que Dios le habia hecho mucha merced en quitarla de adorar ídolos agora, y ser Christiana, y tener un hijo de su amo y señor Cortés, y ser casada con un Caballero como era su marido Juan Xaramillo, que aunque la hicieran Cacica de todas quantas Provincias habia en la Nueva España, no lo seria, que en mas tenia servir á su marido é á Cortés, que quanto en el mundo hay: y todo esto que digo, se lo oí muy certificadamente, y se lo juro, amen. Y esto me parece que quiere remedar á lo que le acaeció con sus hermanos en Egipto á Joseph, que viniéron á su poder quando lo del trigo. Esto es lo que pasó, y no la relacion que diéron al Gomara: y tambien dice otras cosas que dexó por alto. E volviendo á nuestra materia, Doña Marina sabia la lengua de Guazacualco, que es la propia de México, y sabia la de Tabasco, como Gerónimo de

Aguilar sabia la de Yucatan y Tabasco, que es toda una: entendianse bien, y el Aguilar lo declaraba en Castellano á Cortés: fué gran principio para nuestra conquista: y así se nos hacian las cosas, loado sea Dios, muy prósperamente. He querido declarar esto, porque sin Doña Marina no podiamos entender la lengua de la Nueva España y México. Donde lo dexaré é volveré á decir, como nos desembarcamos en el puerto de San Juan de Ulua.

CAPITULO XXXVIII.

Como llegamos con todos los navíos á San Juan de Ulua, y lo que allí pasamos.

En Jueves Santo de la Cena del Señor, de mil y quinientos y diez y nueve años, llegamos con toda la Armada al puerto de San Juan de Ulua; y como el Piloto Alaminos lo sabia muy bien desde quando venimos con Juan de Grijalva, luego mandó surgir en parte que los navíos estuviesen seguros del Norte, y pusiéron en la nao Capitana sus estandartes Reales y veletas, y desde obra de media hora que surgimos, viniéron dos canoas muy grandes (que en aquellas partes á las canoas grandes llaman piraguas) y en ellas viniéron muchos Indios Mexicanos, y como viéron los estandartes y navío grande, conociéron que allí habian de ir á hablar al Capitan;

y fuéronse derechos al navío, y entran dentro, y preguntan, quién era el *Tlatoan*, que en su lengua dicen el señor. Y Doña Marina, que bien lo entendió, porque sabia muy bien la lengua, se lo mostró. Y los Indios hicieron mucho acato á Cortés, á su usanza, y le dixéron, que fuese bien venido, é que un criado del gran Montezuma, su señor, les enviaba á saber, qué hombres éramos, é qué buscábamos; é que si algo hubiese menester para nosotros y los navíos, que se lo dixésemos, que traerian recaudo para ello. Y nuestro Cortés respondió con las dos lenguas, Aguilar y Doña Marina, que se lo tenia en merced: y luego les mandó dar de comer, y beber vino, y unas cuentas azules: y quando hubieron bebido, les dixo, que veniamos para vellos y contratar, y que no se les haria enojo ninguno, é que hubiésemos por buena nuestra llegada á aquella tierra. Y los mensageros se volviéron muy contentos à su tierra: y otro dia, que fué Viérnes Santo de la Cruz, desembarcamos, así caballos como artillería, en unos montones de arena, que no habia tierra llana, sino todos arenales, y asentáron los tiros, como mejor le pareció al Artillero, que se decia Mesa, y hicimos un Altar, adonde se dixo luego Misa; é hicieron chozas y enramadas para Cortés y para los Capitanes; y entre tres soldados acarreábamos madera, é hizimos nuestras chozas, y los caballos se pusieron adonde estuviesen seguros: y

en esto se pasó aquel Viérnes Santo. Y otro dia Sábado, víspera de Pascua, viniéron muchos Indios, que envió un principal, que era Gobernador de Montezuma, que se decia Pitalpitoque, que despues le llamamos Ovandillo, y truxéron hachas, y adobáron las chozas del Capitan Cortés, y los ranchos que mas cerca halláron, y les pusiéron mantas grandes encima, por amor del Sol, que era Quaresma, é hacia muy gran calor, y truxéron gallinas y pan de maiz, y ciruelas, que era tiempo dellas: y paréceme que entonces truxéron unas joyas de oro, y todo lo presentáron á Cortés, é dixéron, que otro dia habia de venir un Gobernador á traer mas bastimento. Cortés se lo agradeció mucho, y les mandó dar ciertas cosas de rescate, con que fuéron muy contentos. Y otro dia Pascua santa de Resurreccion vino el Gobernador que habian dicho, que se decia Tendile, hombre de negocios, é truxo con él á Pitalpitoque, que tambien era persona entre ellos principal, y traia detras de sí muchos Indios con presentes y gallinas, y otras legumbres; y á estos que los traian mandó Tendile que se apartasen un poco á un cabo; y con mucha humildad hizo tres reverencias á Cortés, á su usanza y despues á todos los soldados que mas cercanos nos hallamos. Y Cortes les dixo con nuestras lenguas, que fuesen bien venidos, y les abrazó, y les mandó que esperasen, y que luego les hablaria; y entretanto mandó hacer un

altar, lo mejor que en aquel tiempo se pudo hacer, y dixo Misa cantada Fray Bartolomé de Olmedo, y la beneficiaba el padre Juan Diaz, y estuviéron á la Misa los dos Gobernadores, y otros principales de los que traian en su compañía: y oido Misa, comió Cortés y ciertos Capitanes de los nuestros y los dos Indios criados del gran Montezuma. Y alzadas las Mesas, se apartó Cortés con las dos nuestras lenguas Doña Marina y Gerónimo de Aguilar, y con aquellos Caciques, y les diximos como eramos Christianos y vasallos del mayor Señor que hay en el mundo, que se dice el Emperador Don Cárlos, y que tiene por vasallos y criados á muchos grandes Señores; y que por su mandado veniamos á aquestas tierras; porque ha muchos años que tienen noticia dellas y del gran Señor que les manda, y que lo quiere tener por amigo, y decille muchas cosas en su Real nombre; y quando las sepa é haya entendido, se holgará dello: y para contratar con él y sus Indios y vasallos, de buena amistad, y queria saber donde manda que se vean y se hablen. Y el Tendile le respondió algo soberbio, y le dixó: Aun agora has llegado é ya le quieres hablar; recibe agora este presente que te damos en su nombre, y despues me dirás lo que te cumpliere: y luego sacó de una petaca, que es como caxa, muchas piezas de oro y de buenas labores y ricas, y mas de diez cargas de ropa blanca de algodon y de pluma, cosas muy

de ver, y otras joyas, que ya no me acuerdo, como ha muchos años, y tras esto mucha comida, que eran gallinas de la tierra, fruta, y pescado asado. Cortés las recibió riendo y con buena gracia, y les dió cuentas de diamantes torcidas, y otras cosas de Castilla ; y les rogó, que mandasen en sus pueblos, que viniesen á contratar con nosotros; porque él traia muchas cuentas á trocar á oro : y le dixéron, que así lo mandarian. Y segun despues supimos, estos Tendile y Pitalpitoque eran Gobernadores de unas provincias que se dicen Cotastlan, Tustepeque, Guazpaltepeque, Tlatalteteclo, y de otros pueblos que nuevamente tenian sojuzgados. Y luego Cortés mandó traer una silla de caderas, con entalladuras muy pintadas, y unas piedras margagitas, que tienen dentro de sí muchas labores, y envueltas en unos algodones que tenian almizcle, porque oliesen bien, y un sartal de diamantes torcido, y una gorra de carmesí, con una medalla de oro, y en ella figurado á San Jorge, que estaba á caballo con una lanza, y parecia que mataba á un dragon, y dixo á Tendile, que luego enviase aquella silla en que se asiente el Señor Montezuma, para quando le vaya á ver y hablar Cortés; y que aquella gorra que la ponga en la cabeza ; y que aquellas piedras y todo lo demas, le mandó dar el Rey nuestro Señor en señal de amistad; porque sabe que es gran Señor : y que mande señalar, para qué

dia y en qué parte quiere que le vaya á ver. Y el Tendile le recibió, y dixo, que su Señor Montezuma es tan gran Señor, que se holgará de conocer á nuéstro gran Rey, y que le llevará presto aquel presente, y traerá respuesta. Y parece ser que el Tendile traia consigo grandes pintores, que los hay tales en México, y mandó pintar al natural rostro, cuerpo y facciones de Cortés, y de todos los Capitanes, y soldados, y navíos, y velas, é caballos, y á Doña Marina, é Aguilar, hasta dos lebreles, é tiros, é pelotas, y todo el exército que traíamos, é lo llevó á su Señor. Y luego mandó Cortés á nuestros Artilleros, que tuviesen muy bien cebadas las bombardas con buen golpe de pólvora, para que hiciesen gran trueno quando las soltasen: y mandó á Pedro de Alvarado, que él y todos los de á caballo se aparejasen para que aquellos criados de Montezuma los viesen correr, y que llevasen pretales de cascabeles: y tambien Cortés cabalgó, y dixo: Si en estos medaños de arena pudiéramos correr, bueno fuera; mas ya verán que á pie atollamos en la arena, salgamos á la playa desque sea menguante, y correremos de dos en dos: é al Pedro de Alvarado, que era su yegua alazana, de gran carrera y revuelta, le dió el cargo de todos los de á caballo. Todo lo qual se hizo delante de aquellos dos Embaxadores, y para que viesen salir los tiros, dixo Cortés que les queria tornar á hablar, con otros muchos

principales, y ponen fuego á las bombardas, y en aquella sazon hacia calma: iban las piedras por los montes retumbando con gran ruido, y los Gobernadores y todos los Indios se espantáron de cosas tan nuevas para ellos, y lo mandáron pintar á sus pintores, para que Montezuma lo viese. Y parece ser, que un soldado tenia un casco medio dorado, y vióle Tendile, que era mas entremetido Indio que el otro, y dixo, que parecia á unos que ellos tienen, que les habian dexado sus antepasados del linage donde venian; el qual tenian puesto en la cabeza á sus dioses Huichilobos, que es su ídolo de la guerra, y que su Señor Montezuma se holgará de lo ver: y luego se lo diéron; y les dixo Cortés, que por que queria saber si el oro desta tierra es como el que sacan de la nuestra de los rios, que le envien aquel casco lleno de granos para enviarlo á nuestro gran Emperador. Y despues de todo esto el Tendile se despidió de Cortés, y de todos nosotros: y despues de muchos ofrecimientos que les hizo el mismo Cortés, le abrazó y se despidió dél: y dixo el Tendile, que él volveria con la respuesta con toda brevedad; é ido, alcanzamos á saber, que despues de ser Indio de grandes negocios, fué el mas suelto peon que su amo Montezuma tenia, el qual fué en posta, y dió relacion de todo á su Señor, y le mostró el dibuxo que llevaba pintado, y el presente que le envió Cortés: y quando el gran Montezuma le

vió, quedó admirado, y recibió por otra parte mucho contento, y desque vió el casco, y el que tenia su Huichilobos, tuvo por cierto, que éramos del linage de los que les habian dicho sus antepasados que vendrian á señorear aquella tierra. Aquí es donde dice el Coronista Gomora muchas cosas, que no le diéron buena relacion. Dexallos he aquí, y diré lo que mas nos acaeció.

CAPITULO XXXIX.

Como fué Tendile á hablar á su Señor Montezuma, y llevar el presente, y lo que hicimos en nuestro Real.

Desque se fué Tendile con el presente que el Capitan Cortés le dió para su Señor Montezuma, é habia quedado en nuestro Real el otro Gobernador, que se decia Pitalpitoque, quedó en unas chozas apartadas de nosotros, y allí truxéron Indios para que hiciesen pan de su maiz, y gallinas, fruta, y pescado, y de aquella proveian á Cortés, y á los Capitanes que comian con él (que á nosotros los soldados si no lo mariscábamos ó ibamos á pescar, no lo teniamos) y en aquella sazon vinieron muchos Indios de los pueblos por mí nombrados, donde eran Gobernadores aquellos criados del gran Montezuma, y traian algunos dellos oro, y joyas de poco valor, y gallinas á trocar por nuestros rescates,

que eran cuentas verdes, diamantes y otras cosas, y con aquello nos sustentábamos; porque comunmente todos los soldados traiamos rescate, como teniamos aviso quando lo de Grijalva, que era bueno traer cuentas; y en esto pasáron seis ó siete dias: y estando en esto, vino el Tendile una mañana con mas de cien Indios cargados, y venia con ellos un gran Cacique Mexicano, y en el rostro, facciones, y cuerpo se parecia al Capitan Cortés, y adrede lo envió el gran Montezuma: porque, segun dixeron, quando á Cortés le llevó Tendile dibuxada su misma figura, todos los principales que estaban con Montezuma dixéron, que un principal que se decia Quintalbor, se le parecia á lo propio á Cortés, así se llamaba aquel gran Cacique que venia con Tendile; y como parecia á Cortés, que así le llamábamos en el Real, Cortés acá, Cortés acullá. Volvamos á su venida, y lo que hiciéron en llegando donde nuestro Capitan estaba; y fué, que besó la tierra con la mano, y con braseros que traian de barro, y en ellos de su incienso, le zahumáron, y á todos los demas soldados que allí cerca nos hallamos: y Cortés les mostró mucho amor, y asentólos cabe si: é aquel principal que venia con aquel presente traia cargo juntamente de hablar con el Tendile; ya he dicho que se decia quintalbor: y despues de haberle dado el parabien venido á aquella tierra, y otras muchas

pláticas que pasáron, mandó sacar el presente que traian encima de unas esteras que llaman petates, y tendidas otras mantas de algodon encima dellas, lo primero que dió fué una rueda de hechura de Sol, tan grande como de una carreta, con muchas labores, todo de oro muy fino, gran obra de mirar, que valia á lo que despues dixéron que le habian pesado, sobre veinte mil pesos de oro; y otra mayor, rueda de plata, figurada la Luna, con muchos resplandores y otras figuras en ella, y esta era de gran peso, que valia mucho, y truxo el casco lleno de oro en granos crespos como lo sacan de las minas, que valia tres mil pesos. Aquel oro del casco tuvimos en mas, por saber cierto que habia buenas minas, que si truxeran treinta mil pesos. Mas traxo veinte ánades de oro, de muy prima labor y muy al natural, é unos como perros de los que entre ellos tienen, y muchas piezas de oro figuradas, de hechura de tigres, y leones, y monos y diez collares hechos de una hechura muy prima, é otros pinjantes, é doce flechas y arco con su cuerda, y dos varas como de justicia, de largo de cinco palmos; y todo esto de oro muy fino, y de obra vaciadizo: y luego mandó traer penachos de oro, y de ricas plumas verdes, y otras de plata, y aventadores de lo mismo : pues venados de oro sacados de vaciadizo : é fueron tantas cosas, que como ha ya tantos años que pasó, no me acuerdo de todo : y

luego mandó traer allí sobre treinta cargas de ropa de algodon, tan prima y de muchos géneros de labores, y de pluma de muchas colores, que por ser tantos, no quiero en ello mas meter la pluma, porque no lo sabré escribir. Y despues de haberlo dado, dixo aquel gran Cacique Quintalbor, y el Tendile á Cortés, que reciba aquello con la gran voluntad que su Señor se lo envia, é que lo reparta con los Teules que consigo trae: y Cortés con alegria los recibió: y dixéron á Cortés aquellos embaxadores, que le querian hablar lo que su Señor Montezuma le envia á decir. Y lo primero que le dixéron, que se ha holgado que hombres tan esforzados vengan á su tierra, como le han dicho que somos; porque sabia lo de Tabasco: y que deseara mucho ver á nuestro gran Emperador, pues tan gran Señor es, pues de tan léjas tierras como veniamos tiene noticia dél, é que le enviará un presente de piedras ricas: é que entretanto que allí en aquel puerto estuviéremos, si en algo nos puede servir, que lo hará de buena voluntad: é quanto á las vistas que no curasen dellas, que no habia para qué, poniendo muchos inconvenientes. Cortés les tornó á dar las gracias con buen semblante por ello, y con muchos halagos dió á cada Gobernador dos camisas de olanda, y diamantes azules, y otras cosillas, y les rogó que volviesen por su embaxador á México á decir á su Señor el gran Montezuma, que pues habia-

mos pasado tantas mares, y veniamos de tan lejas tierras, solamente por le ver y hablar de su persona á la suya, que así se volviese, que no lo recebiria de buena manera nuestro gran Rey y Señor; y que adonde quiera que estuviere le quiere ir á ver, y hacer lo que mandare. Y los Gobernadores dixéron, que irian y se lo dirian; mas que las vistas que dice que entienden, que son por demas. Y envió Cortes con aquellos mensageros á Montezuma de la pobreza que traiamos, que era una copa de vidrio de Florencia, labrada y dorada, con muchas arboledas y monterías, que estaban en la copa, y tres camisas de olanda, y otras cosas; y les encomendó la respuesta. Fuéronse estos dos Gobernadores, y quedó en el Real Pitalpitoque, que parece ser le diéron cargo los demas criados de Montezuma para que truxese la comida de los pueblos mas cercanos. Dexallo he aquí, y diré lo que en nuestro Real pasó.

CAPITULO XL.

Como Cortés envió á buscar otro puerto, y asiento para poblar, y lo que sobre ello se hizo.

Despachados los mensageros para México, luego Cortés mandó ir dos navíos á descubrir la costa adelante, y por Capitan dellos á Francisco

de Montejo, y le mandó que siguiese el viage que habiamos llevado con Juan de Grijalva; porque el mismo Montejo habia venido en nuestra compañía, y del Grijalva, y que procurase buscar puerto seguro, y mirase por tierras en que pudiésemos estar; porque bien via que en aquellos arenales no nos podiamos valer de mosquitos, y estar tan léjos de poblaciones: y mandó al Piloto Alaminos, y á Juan Alvarez el Manquillo, que fuesen por pilotos; porque sabian aquella derrota, y que diez dias navegasen costa á costa todo lo que pudiesen: y fueron de la manera que les fué dicho é mandado: y llegáron al parage del rio grande, que es cerca de Panuco, adonde otra vez llegamos quando lo del Capitan Juan de Grijalva; y desde allí adelante no pudiéron pasar por las grandes corrientes. Y viendo aquella mala navegacion, dió la vuelta á San Juan de Ulua, sin mas pasar adelante, ni otra relacion, excepto que doce leguas de allí habian visto un pueblo como fortaleza; el qual pueblo se llamaban *Quiahuitlan*, y que cerca de aquel pueblo estaba un puerto, que le parecia al Piloto Alaminos, que podrian estar seguros los navíos del Norte: púsole un nombre feo, que es el tal de Bernal, que parecia á otro puerto que hay en España, que tenia aquel propio nombre feo: y en estas idas y venidas se pasáron al Montejo diez ó doce dias. Y volveré á decir, que el Indio Pitalpitoque, que quedaba

para traer la comida, afloxó de tal manera, que nunca mas truxo cosa ninguna, y teniamos entónces gran falta de mantenimientos; porque ya el cazabe amargaba de mohoso, podrido y sucio de fatulas, y si no íbamos á mariscar, no comiamos: y los Indios que solian traer oro y gallinas á rescatar, ya no venian tantos como al principio, y estos que acudian, muy recatados y medrosos, y estábamos aguardando á los Indios mensageros que fuéron á México por horas. Y estando desta manera, vuelve Tendile con muchos Indios, y despues de haber hecho el acato que suelen entre ellos, de zahumar á Cortés, y á todos nosotros, dió diez cargas de mantas de pluma muy fina y ricas, y quatro chalchuites, que son unas piedras verdes de muy gran valor, y tenidas en mas estima entre ellos, mas que nosotros las esmeraldas, y es color verde; y ciertas piezas de oro, que dixéron que valia el oro, sin los chalchuites, tres mil pesos; y entónces viniéron el Tendile y Pitalpitoque, porque el otro gran Cacique, que se decia Quintalbor, no volvió mas, porque habia adolecido en el camino. Y aquellos dos Gobernadores se apartáron con Cortés, y Doña Marina, y Aguilar, y le dixéron que su Señor Montezuma recibió el presente, y que se holgó con él: é que en quanto á la vista, que no le hablen mas sobre ello: y que aquellas ricas piedras de chalchuites, que las envia para el gran Emperador, porque

son tan ricas, que vale cada una dellas una gran carga de oro, y que en mas estima las tenia: y que ya no cure de enviar mas mensageros á México. Y Cortés les dió las gracias, con ofrecimientos: y ciertamente que le pesó á Cortés, que tan claramente le decian que no podriamos ver al Montezuma; y dixo á ciertos soldados, que allí nos hallamos: verdaderamente debe de ser gran Señor y rico, y si Dios quisiere, algun dia le hemos de ir á ver. Y respondimos los soldados: ya querriamos estar envueltos con él. Dexemos por agora las vistas, y digamos que en aquella sazon era hora de la Ave María, y en el Real teniamos una campana, y todos nos arrodillamos delante de una Cruz que teniamos puesta en un medaño de arena el mas alto, y delante de aquella Cruz deciamos la oracion de la Ave María: y como Tendile y Pitalpitoque nos viéron así arrodillar, como eran Indios muy entremetidos, preguntáron, que á qué fin nos humillábamos delante de aquel palo hecho de aquella manera? Y como Cortés lo oyó, y el Frayle de la merced estaba presente, le dixo Cortés al Frayle: Bien es agora, Padre, que hay buena materia para ello, que les demos á entender con nuestras lenguas las cosas tocantes á nuestra santa Fe: y entónces se les hizo un tan buen razonamiento para en tal tiempo, que unos buenos Teólogos no lo dixeran mejor: y despues de declarado como somos Christianos,

é todas las cosas tocantes á nuestra santa fe, que se convenian decir, les dixéron que sus ídolos son malos, y que no son buenos, que huyen de donde está aquella señal de la Cruz, porque en otra de aquella hechura padeció muerte y pasion el Señor del cielo y de la tierra, y de todo lo criado, que es el que nosotros adoramos y creemos, que es nuestro Dios verdadero, que se dice Jesu-Christo, y que quiso sufrir y pasar aquella muerte por salvar todo el género humano, y que resucitó al tercero dia, y está en los cielos, y que habemos de ser juzgados dél: y se les dixo otras muchas cosas muy perfectamente dichas, y las entendian bien; y respondian, como ellos lo dirian á su Señor Montezuma. Y tambien se les declaró que una de las cosas por que nos envió á estas partes nuestro gran Emperador, fué para quitar que no sacrificasen ningunos Indios, ni otra manera de sacrificios malos que hacen, ni se robasen unos á otros, ni adorasen aquellas malditas figuras: y que les ruega que pongan en su ciudad en los adoratorios donde estan los ídolos, que ellos tienen por Dioses, una Cruz como aquella, y pongan una Imágen de nuestra Señora que allí les dió, con su hijo precioso en los brazos, y verán quánto bien les va, y lo que nuestro Dios por ellos hace. Y porque pasáron otros muchos razonamientos, é yo no los sabré escribir tan por extenso, lo dexaré; y traeré á la memoria, que como viniéron con Tendile mu-

chos Indios esta postrera vez á rescatar piezas de oro, y no de mucho valor, todos los soldados lo rescatábamos; y aquel oro que rescatábamos dábamos á los hombres que traiamos de la mar, que iban á pescar, á trueco de su pescado, para tener de comer; porque de otra manera pasábamos mucha necesidad de hambre; y Cortés se holgaba dello, y lo disimulaba, aunque lo veia, y se lo decian muchos criados y amigos de Diego Velazquez, que para qué nos dexaba rescatar? Y lo que sobre ello pasó diré adelante.

CAPITULO XLI.

De lo que se hizo sobre el rescatar del oro, y de otras cosas que en el Real pasaron.

Como viéron los amigos de Diego Velazquez, Gobernador de Cuba, que algunos soldados rescatábamos oro, dixéronselo á Cortés, que para qué lo consentia? y que no lo envió Diego Velazquez para que los soldados llevasen todo el mas oro; y que era bien mandar pregonar que no rescatasen mas de ahí adelante, si no fuese el mismo Cortés, y lo que hubiesen habido, que lo manifestasen para sacar el real quinto; é que se pusiese una persona que fuese conveniente para cargo de Tesorero. Cortés á todo dixo, que era bien lo que decian; y que la tal persona

nombrasen ellos: y señaláron á un Gonzalo Mexía, Y despues desto hecho, les dixo Cortés no de buen semblante: Mirad, Señores, que nuestros compañeros pasan gran trabajo de no tener con que se sustentar, y por esta causa habiamos de disimular, porque todos comiesen; quanto mas que es una miseria quanto rescatan; que mediante Dios mucho es lo que habemos de haber, porque todas las cosas tienen su haz y envés: ya está pregonado que no rescaten mas oro, como habeis querido, veremos de que comeremos. Aquí es donde dice el Coronista Gomara, que lo hacia Cortés porque no creyese Montezuma que se nos daba nada por oro; y no le informáron bien, que desde lo de Grijalva en el rio de Vanderas lo sabia muy claramente: y demas desto, quando le enviamos á demandar el casco de oro en granos de las minas, y nos veian rescatar. Pues qué gente Mexicana, para no entendello? Y dexemos esto, pues dice que por informacion lo sabe: y digamos como una mañana no amaneció Indio ninguno de los que estaban en las chozas, que solian traer de comer, ni los que rescataban, y con ellos *Pitalpitoque*, que sin hablar palabra se fuéron huyendo; y la causa fué, segun despues alcanzamos á saber que se lo envió á mandar Montezuma, que no aguardasen mas pláticas de Cortés, ni de los que con él estábamos: porque parece ser como el Montezuma era muy devoto de sus ídolos que

se decian *Tezcatepuca, y Huichilobos:* el uno decian, que era dios de la guerra; y el Tezcatepuca el dios del infierno, y les sacrificaba cada dia muchachos, para que le diesen respuesta de lo que habia de hacer de nosotros; porque ya el Montezuma tenia pensamiento, que si no nos tornábamos á ir en los navíos, de nos haber todos á las manos, para que hiciésemos generacion, y tambien para tener que sacrificar, segun despues supimos, que la respuesta que le diéron sus ídolos, fué que no cürase de oir á Cortés, ni las palabras que le enviaba á decir, que tuviese Cruz; y la Imágen de nuestra Señora, que no la truxésen á su ciudad; y por esta causa se fuéron sin hablar. Y como vimos tal novedad, creimos que siempre estaban de guerra, y estábamos muy mas á punto apercebidos. Y un dia estando yo y otro soldado puestos por espías en unos arenales, vimos venir por la playa cinco Indios, y por no hacer alboroto por poca cosa en el Real, los dexamos allegar á nosotros, y con alegres rostros nos hiciéron reverencia á su usanza, y por señas nos dixéron, que los llevásemos al Real: y yo dixe á mi compañero, que se quedase en el puesto é yo iria con ellos, que en aquella sazon no me pesaban los pies como agora que soy viejo: y quando llegáron adonde Cortés estaba, le hiciéron grande acato, y le dixéron, *Lopelucio, Lopelucio*, que quiere decir en la lengua *Totonaque*, Señor y gran Señor; y traian

unos grandes agujeros en los bezos de abaxo, y en ellos unas rodajas de piedras pintadillas de azul, y otros con unas hojas de oro delgadas, y en las orejas muy grandes agujeros, y en ellos puestas otras rodajas de oro, y piedras, y muy diferente trage y habla que traian á lo de los Mexicanos que solian allí estar en los ranchos con nosotros, que envió el gran Montezuma. Y como Doña Marina y Aguilar las lenguas oyéron aquello de Lopelucio, no lo entendiéron: dixo la Doña Marina en la lengua Mexicana, ¿que si habia allí entre ellos *Naeyavatos*, que son Intérpretes de la lengua Mexicana? y respondiéron los dos de aquellos cinco, que sí, que ellos la entendian, y hablarian; y dixéron luego en la lengua Mexicana, que somos bien venidos, é que su Señor les enviaba á saber quien eramos, y que se holgara servir á hombres tan esforzados; porque parece ser ya sabianlo de Tabasco, y lo de Potonchan: y mas dixéron, que ya hobieran venido á vernos, si no fuera por temor de los de Culchua, que debian estar allí con nosotros: y Culchua entiéndese por Mexicanos, que es como si dixésemos, Cordoveses, ó villanos: é que supiéron, que habia tres dias que se habian ido huyendo á sus tierras: y de plática en plática supo Cortés como tenia Montezuma enemigos y contrarios; de lo qual se holgó: y con dádivas y halagos, que les hizo, despidió aquellos cinco mensageros, y les dixo, que dixesen á su

Señor, que él los iria á ver muy presto. A aquellos Indios llamábamos desde ahí adelante, los *Lopelucios*. Y dexallos he agora, y pasemos adelante, y digamos, que en aquellos arenales donde estábamos habia siempre muchos mosquitos zancudos, como de los chicos, que llaman xexenes, y son peores que los grandes, y no podiamos dormir dellos, y no habia bastimentos, y el cazabe se apocaba, y muy mohoso y sucio de las fatulas, y algunos soldados de los que solian tener Indios en la isla de Cuba, suspirando continuamente por volverse á sus casas, y en especial los criados y amigos de Diego Velazquez. Y como Cortés asi vido la cosa y voluntades, mandó, que nos fuésemos al pueblo que habia visto el Montejo, y el Piloto Alaminos, que estaba en fortaleza, que se dice, *Quiavistlan*, y que los navíos estarian al Abrigo del Peñol por mí nombrado. Y como se ponia por la obra para nos ir, todos los amigos, deudos y criados del Diego Velazquez dixéron á Cortés, que para qué queria hacer aquel viage sin bastimentos, é que no tenia posibilidad para pasar mas adelante; porque ya se habian muerto en el Real de heridas de lo de Tabasco, y de dolencias, y hambre, sobre treinta y cinco soldados, y que la tierra era grande, y las poblaciones de mucha gente, é que nos darian guerra un dia que otro; y que seria mejor que nos volviésemos á Cuba, á dar cuenta á Diego Velazquez del oro rescatado,

pues era cantidad, y de los grandes presentes de Montezuma, que era el Sol de oro, y la Luna de plata, y el casco de oro menudo de minas, y de todas las joyas, y ropa por mí referidas. Y Cortés les respondió, que no era buen consejo volver sin ver; porque hasta entónces que no nos podiamos quejar de la fortuna; é que diésemos gracias á Dios, que en todo nos ayudaba: y que en quanto á los que se han muerto, que en las guerras y trabajos suele acontecer: y que seria bien saber lo que habia en la tierra; y que entretanto del maiz que tenian los Indios, y pueblos cercanos, comeriamos, ó mal nos andarian las manos. Y con esta respuesta se sosegó algo la parcialidad del Diego Velazquez, aunque no mucho, que ya habia corrillos dellos, y plática en el Real sobre la vuelta de Cuba. Y dexallohe aquí, y diré lo que mas avino.

CAPITULO XLII.

Como alzamos á Hernando Cortés por Capitan General y Justicia Mayor; hasta que su Magestad en ello mandase lo que fuese servido, y lo que en ello se hizo.

Ya he dicho que en el Real andaban los parientes y amigos del Diego Velazquez perturbando que no pasásemos adelante, y que desde allí de San Juan de Ulua nos volviésemos á la

isla de Cuba. Parece ser, que ya Cortés tenia pláticas con Alonso Hernandez Puertocarrero, y con Pedro de Alvarado, y sus quatro hermanos Jorge, Gonzalo, Gomez y Juan, todos Alvarados; y con Christóval de Oli, Alonso de Avila, Juan de Escalante, Francisco de Lugo, y conmigo, é otros Caballeros y Capitanes, que le pidiésemos por Capitan. El Francisco de Montejo, bien lo entendió, y estabase á la mira; y una noche á mas de media noche viniéron á mi choza el Alonso Hernandez Puertocarrero, y el Juan de Escalante, y Francisco de Lugo, que eramos algo deudos yo y el Lugo, y de una tierra, y me dixéron : A Señor Bernal Diaz del Castillo, salid acá con vuestras armas á rondar, acompañaremos á Cortés, que anda rondando: y quando estuve apartado de la choza, me dixéron: mirad, Señor, tened secreto de un poco que agora os queremos decir, porque pesa mucho, y no lo entendian los compañeros que estan en vuestro rancho, que son de la parte del Diego Velazquez, y lo que me platicáron fué. Pareceos, Señor, bien que Hernando Cortés asi nos haya traido engañados á todos, y dió pregones en Cuba que venia á poblar, y ahora hemos sabido que no trae poder para ello, sino para rescatar, y quieren que nos volvamos á Santiago de Cuba con todo el oro que se ha habido, y quedáremos todos perdidos, y tomarseha el oro el Diego Velazquez como la otra vez? mira, Señor, que ha-

beis venido ya tres veces con esta postrera, gastando vuestros haberes; y habeis quedado empeñado, aventurando tantas veces la vida con tantas heridas: hacémoslo, Señor, saber porque no pase esto adelante: y estamos muchos Caballeros, que sabemos que son amigos de vuestra merced, para que esta tierra se pueble en nombre de su Magestad, y Hernando Cortés en su Real nombre, y en teniendo que tengamos posibilidad, hacello saber en Castilla á nuestro Rey y Señor. Y tenga, Señor, cuidado de dar el voto para que todos le elijamos por Capitan de unánime voluntad, porque es servicio de Dios, y de nuestro Rey y Señor. Yo respondí, que la ida de Cuba no era buen acuerdo, y que seria bien que la tierra se poblase, é que eligiésemos á Cortés por General y Justicia mayor, hasta que su Magestad otra cosa mandase. Y andando de soldado en soldado este concierto, alcanzáronlo á saber los deudos y amigos del Diego Velazquez, que eran muchos mas que nosotros, y con palabras algo sobradas dixéron á Cortés, ¿que para qué andaba con mañas para quedarse en aquesta tierra, sin ir á dar cuenta á quien le envió para ser Capitan? porque Diego Velazquez no se lo ternia á bien, y que luego nos fuésemos á embarcar, y que no curase de mas rodeos, y andar en secretos con los soldados, pues no tenia bastimentos, ni gente, ni posibilidad para que pudiese poblar. Y Cortés respondió sin

mostrar enojo, y dixo que le placia, que no iria contra las instrucciones y memorias que traia del Señor Diego Velazquez, y mandó luego pregonar, que para otro dia todos nos embarcásemos cada uno en el navío que habia venido. Y los que habiamos sido en el concierto, le respondimos, que no era bien traernos engañados; que en Cuba pregonó que venia á poblar, é que viene á rescatar, y que le requeriamos de parte de Dios nuestro Señor, y de su Magestad que luego poblase, y no hiciese otra cosa; porque era muy gran bien y servicio de Dios, y su Magestad: y se le dixéron muchas cosas bien dichas, sobre el caso: diciendo, que los naturales no nos dexarian desembarcar otra vez, como agora, y que en estar poblada aquesta tierra, siempre acudirian de todas las islas soldados para nos ayudar, y que Velazquez nos habia echado á perder, con publicar, que tenia provisiones de su Magestad para poblar, siendo al contrario, é que nosotros queriamos poblar, é que se fuese quien quisiese á Cuba. Por manera, que Cortés lo aceptó, y aunque se hacia mucho de rogar, y como dice el refran, tú me lo ruegas, e yo me lo quiero: y fué con condicion, que le hiciésemos Justicia mayor, y Capitan General: y lo peor de todo que le otorgamos que le dariamos el quinto del oro de lo que se hubiese despues de sacado el Real quinto, y luego le dimos poderes muy bastantísimos delante de un escri-

bano del Rey, que se decia Diego de Godoy, para todo lo por mi aquí dicho. Y luego ordenamos de hacer y fundar, é poblar una villa, que se nombró la Villa rica de la Vera-Cruz; porque llegamos Jueves de la Cena, y desembarcamos en Viernes Santo de la Cruz; é rica por aquel Caballero que dixe en el capítulo, que se llegó á Cortés, y le dixo que mirase las tierras ricas, y que se supiese bien gobernar: é quiso decir que se quedase por Capitan General, el qual era el Alonso Hernandez Puertocarrero. Y volvamos á nuestra relacion, que fundada la villa, hicimos Alcalde, y Regidores, y fueron los primeros Alcaldes Alonso Hernandez Puertocarrero, y Francisco de Montejo: y á este Montejo porque no estaba muy bien con Cortés, por metelle en los primeros y principal, le mandó nombrar por Alcalde: y los Regidores dexallos he de escribir, porque no hace al caso que nombre algunos, y diré como se puso una picota en la plaza, y fuera de la villa una horca, y señalamos por Capitan para las entradas á Pedro de Alvarado. y Maestre de Campo á Christóval de Oli, y Alguacil mayor á Juan de Escalante, y Tesorero Gonzalo Mexia, y Contador á Alonso de Avila, y Alferez á Hulano Corral, porque el Villareal que habia sido Alferez, no sé qué enojo habia hecho á Cortés sobre una India de Cuba, y se le quitó el cargo; y Alguacil del Real á Ochoa Vizcaino, y á un Alonso Romero. Dirán ahora como no

nombró en esta relacion al Capitan Gonzalo de Sandoval, siendo un Capitan tan nombrado, que despues de Cortés fué la segunda persona, y de quien tanta noticia tuvo el Emperador nuestro Señor? A esto digo, que como era mancebo entónces, no se tuvo tanta cuenta con él, y con otros valerosos Capitanes, que le vimos florecer en tanta manera, que Cortés y todos los soldados le teniamos en tanta estima, como al mismo Cortés, como adelante diré. Y quedarse ha aquí esta relacion: y diré como el Coronista Gomara dice, que por relacion sabe lo que escribe, y esto que aquí digo, pasó así: y en todo lo demas que escribe no le diéron buena cuenta de lo que dice. E otra cosa veo que para que parezca ser verdad lo que en ello escribe, todo lo que en el caso pone, es muy al reves, por mas buena retórica que en el escribir ponga. Y dexallohe, y diré lo que la parcialidad del Diego Velazquez hizo sobre que no fuese por Capitan elegido Cortés, y nos volviésemos á la isla de Cuba.

CAPITULO XLIII.

Como la parcialidad de Diego Velazquez perturbaba el poder que habiamos dado á Cortés, y lo que sobre ello se hizo.

Y desque la parcialidad de Diego Velazquez viéron que de hecho habiamos elegido á Cortés

por Capitan General, y Justicia Mayor, y nombrada la villa, y Alcaldes, y Regidores, y nombrado Capitan á Pedro de Alvarado, y Alguacil Mayor, y Maestre de Campo, y todo lo por mí dicho; estaban tan enojados y rabiosos, que comenzáron á armar vandos, é chirinolas, y aun palabras muy mal dichas contra Cortés, y contra los que le elegimos, é que no era bien hecho sin ser sabidores dello todos los Capitanes y soldados que allí venian, y que no le dió tales poderes el Diego Velazquez, sino para rescatar, y harto teniamos los del vando de Cortés de mirar que no se desvergonzasen mas, y viniésemos á las armas : y entónces avisó Cortés secretamente á Juan de Escalante, que le hiciésemos parecer las instrucciones que traia del Diego Velazquez : por lo qual luego Cortés las sacó del seno, y las dió á un Escribano del Rey que las leyese; decia en ellas : Desque hubieredes rescatado lo mas que pudieredes, os volvereis : y venian firmadas del Diego Velazquez, y refrendadas de su Secretario Andres de Duero. Pedimos á Cortés que las mandase encorporar juntamente con el poder que le dimos : y asimismo el pregon que se dió en la isla de Cuba : y esto fué á causa que Su Magestad supiese en España, como todo lo que haciamos, era en su Real servicio, y no nos levantasen alguna cosa contraria de la verdad. Y fué harto buen acuerdo, segun en Castilla nos trataba Don Juan Rodriguez

de Fonseca, Obispo de Burgos, y Arzobispo de Rosano, que así se llamaba, lo qual supimos por muy cierto que andaba por nos destruir, y todo por ser mal informado, como adelante diré. Hecho esto, volviéron otra vez los mismos amigos y criados del Diego Velazquez á decir, que no estaba bien hecho haberle elegido sin ellos, é que no querian estar debaxo de su mandado, sino volverse luego á la isla de Cuba: y Cortés les respondió, que él no deternia á ninguno por fuerza, é qualquiera que le viniese á pedir licencia, se la daria de buena voluntad, aunque se quedase solo, y con esto los asosegó á algunos dellos, excepto al Juan de Velazquez de Leon, que era pariente del Diego Velazquez, é á Diego de Ordás, y á Escobar, que llamábamos el Page, porque habia sido criado del Diego Velazquez, y á Pedro Escudero y á otros amigos del Diego Velazquez: y á tanto vino la cosa, que poco ni mucho le querian obedecer, y Cortés, con nuestro favor, determinó de prender al Juan Velazquez de Leon, y al Diego de Ordás, y á Escobar el Page, é á Pedro Escudero, y á otros que ya no me acuerdo: y por los demas mirábamos no hubiese algun ruido, y estuviéron presos con cadenas, y velas que les mandaba poner ciertos dias. Y pasaré adelante, y diré como fué Pedro de Alvarado á entrar en un pueblo cerca de allí. Aquí dice el Coronista Gomara en su Historia muy al contrario de lo que pasó, y quien

viere su Historia, verá ser muy extremado en hablar, é si bien le informaran, él dixera lo que pasaba, mas todo es mentiras.

CAPITULO XLIV.

Como fué ordenado de enviar á Pedro de Alvarado la tierra adentro á buscar maiz, y bastimentos y lo que mas pasó.

Ya que habiamos hecho y ordenado lo por mí aquí dicho, acordamos que fuese Pedro de Alvarado la tierra adentro á unos pueblos que teniamos noticia que estaban cerca, para que viese qué tierra era, y para traer maiz é algun bastimento, porque en el Real pasábamos mucha necesidad, y llevó cien soldados, y entre ellos quince ballesteros, y seis escopeteros; y eran destos soldados mas de la mitad de la parcialidad de Diego Velazquez, y quedamos con Cortés todos los de su bando, por temor no hubiese mas ruido, ni chirinola, y se levantasen contra él, hasta asegurar mas la cosa. Y de esta manera fué el Alvarado á unos pueblos pequeños, sujetos de otro pueblo, que se decia *Costastlan*, que era de lengua de Culua: y este nombre de Culua es en aquella tierra, como si dixesen los Romanos hallados: así es toda la lengua de la parcialidad de México, y de Montezuma: y á este fin, en toda aquesta tierra, quando dixere Culua, son vasallos y sujetos á México: y así

se ha de entender. Y llegado el Pedro de Alvarado á los pueblos, todos estaban despoblados de aquel mismo dia, y halló sacrificados en unos *Cues* hombres y muchachos, y las paredes y altares de sus ídolos con sangre y los corazones presentados á los ídolos : y tambien halláron las piedras sobre que los sacrificaban, y los cuchillazos de pedernal, con que los abrian por los pechos para les sacar los corazones. Dixo el Pedro de Alvarado, que habian hallado todos los mas de aquellos cuerpos sin brazos y piernas. E que dixéron otros Indios, que los habian llevado para comer : de lo qual nuestros soldados se admiráron mucho de tan grandes crueldades. Y dexemos de hablar de tanto sacrificio, pues dende allí adelante en cada pueblo no hallábamos otra cosa. Y volvamos á Pedro de Alvarado, que aquellos pueblos los halló muy abastecidos de comida, y despoblados de aquel dia de Indios, que no pudo hallar sino dos Indios que le traxéron maiz, y así hubo de cargar cada soldado de gallinas, y de otras legumbres : y volvióse al Real, sin mas daño les hacer, aunque halló bien en qué, porque así se lo mandó Cortés, que no fuese como lo de Cozumel : y en el Real nos holgamos con aquel poco bastimento que truxo; porque todos los males y trabajos se pasan con el comer. Aquí es donde, dice el Coronista Gomara, que fué Cortés la tierra adentro con quatrocientos soldados : no le informáron

bien, que el primero que fué, es el por mí aquí dicho, y no otro. Y tornemos á nuestra plática, que como Cortés en todo ponia gran diligencia, procuró de hacerse amigo con la parcialidad del Diego Velazquez, porque á unos con dádivas del oro que habiamos habido, que quebranta peñas, é otros prometimientos los atraxó á sí, y los sacó de las prisiones, excepto á Juan Velazquez de Leon, y al Diego de Ordás, que estaban en cadenas en los navíos, y dende á pocos dias tambien los sacó de las prisiones, y hizo tan buenos y verdaderos amigos dellos, como adelante verán, y todo con el oro, que lo amansa. Ya todas las cosas puestas en este estado, acordamos de nos ir al pueblo, que estaba en la fortaleza, ya otra vez por mí memorado, que se dice *Quiavistlan*, y que los navíos se fuesen al Peñol y Puerto, que estaba enfrente de aquel pueblo obra de una legua dél. E yendo costa á costa, acuérdome que se mató un gran pescado, que le echó la mar en la costa en seco, y llegamos á un rio, donde está poblada ahora la Vera-Cruz, y venia algo hondo, y con unas canoas quebradas lo pasamos, yo á nado, y en balsas; y de aquella parte del rio estaban unos pueblos sujetos á otro gran pueblo que se decia Sempoala, donde eran naturales los cinco Indios de los bezotes de oro que he dicho, que viniéron por mensageros á Cortés, que les llamamos *Lopelucios* en el Real, y hallamos las casas de ídolos,

y sacrificadores, y sangre derramada, y enciensos con que zahumaban, y otras cosas de ídolos, y de piedras con que sacrificaban, y plumas de papagayos, y muchos libros de su papel, cosidos á dobleces, como á manera de paños de Castilla, y no hallamos Indios ningunos, porque se habian ya huido, que como no habian visto hombres como nosotros, ni caballos, tuviéron temor, y allí aquella noche no hubo que cenar. Caminamos la tierra adentro hácia el Poniente, y dexamos la costa, y no sabiamos el camino, y topamos unos buenos prados que llaman habanas, y estaban paciendo unos venados, y corrió Pedro de Alvarado con su yegua alazana tras un venado, y le dió una lanzada, y herido se metió por un monte que no se pudo haber. Y estando en esto, vimos venir doce Indios que eran vecinos de aquellas estancias donde habiamos dormido, y venian de hablar á su Cacique, y traian gallinas, y pan de maiz, y dixéron á Cortés, con nuestras lenguas, que su Señor enviaba aquellas gallinas que comiésemos, y nos rogaba que fuésemos á su pueblo, que estaba de allí á lo que señaláron andadura de un dia, porque es un Sol: y Cortés les dió las gracias, y los halagó, y caminamos adelante, y dormimos en otro pueblo pequeño, que tambien tenia hechos muchos sacrificios. Y porque estarán hartos de oir de tantos Indios é Indias que hallábamos sacrificados en todos los pueblos y caminos que topábamos,

pasaré adelante sin tornar á decir de qué manera é qué cosas tenian, y diré como nos diéron en aquel pueblezuelo de cenar, y supimos que era por Sempoal el camino para ir al Quiazuitlan, que ya he dicho que estaba en una sierra; y pasaré adelante, y diré como entramos en Cempoala.

CAPITULO XLV.

Como entramos en Cempoala, que en aquella sazon era muy buena poblacion, y lo que allí pasamos.

Y como dormimos en aquel pueblo donde nos aposentáron los doce Indios, que he dicho, y despues de bien informados del camino que habiamos de llevar para ir al pueblo que estaba en el Peñol, muy de mañana se lo hicimos saber á los Caciques de Cempoal, como íbamos á su pueblo, y que lo tuviesen por bien: y para ello envió Cortés los seis Indios por mensageros, y los otros seis quedáron para que nos guíasen: y mandó Cortés poner en orden los tiros y escopetas, y ballesteros, y siempre corredores del campo, descubriendo, y los de á caballo, y todos los demas muy apercebidos. Y desta manera caminamos hasta que llegamos una legua del pueblo: é ya que estábamos cerca dél, saliéron veinte Indios principales á nos recibir de parte del Cacique, y truxéron unas piñas roxas de la

tierra muy olorosas, y las diéron á Cortés, y á los de á caballo con grande amor, y le dixéron que su Señor nos estaba esperando en los aposentos, y por ser hombre muy gordo y pesado, no podia venir á nos recibir, y Cortés les dió las gracias, y se fuéron adelante. E ya que íbamos entrando entre las casas, desque vimos tan gran pueblo, y no habiamos visto otro mayor, nos admiramos mucho dello; y como estaba tan vicioso, y hecho un vergel, y tan poblado de hombres y mugeres las calles llenas que nos salian á ver, dábamos muchos loores á Dios, que tales tierras habiamos descubierto: y nuestros corredores del campo que iban á caballo, parece ser llegaron á la gran plaza y patios donde estaban los aposentos, y de pocos dias, segun pareció, teníanlos muy encalados y relucientes, que lo saben muy bien hacer, y pareció al uno de los de á caballo, que era aquello blanco que relucia plata, y vuelve á rienda suelta á decir á Cortés, como tenian las paredes de plata. Y Doña Marina, é Aguilar dixéron, que seria yeso ó cal, y tuvimos bien que reir de su plata é frenesí, que siempre despues le deciamos, que todo lo blanco le parecia plata. Dexemos de la burla, y digamos como llegamos á los aposentos, y el Cacique gordo nos salió á recibir junto al patio, que porque era muy gordo, así le nombraré, é hizo muy gran reverencia á Cortés, y le zahumó, que así lo tenian de costumbre; y Cortés le

abrazó, y allí nos aposentáron en unos aposentos harto buenos y grandes, que cabiamos todos, y nos diéron de comer, y pusiéron unos cestos de ciruelas, que habia muchas, porque era tiempo dellas, y pan de maiz: y como veniamos hambrientos, y no habiamos visto otro tanto bastimento como entónces; pusimos nombre á aquel pueblo Villa Viciosa, y otros le nombráron Sevilla. Mandó Cortés que ningun soldado le hiciese enojo, ni se apartase de aquella plaza. Y quando el Cacique gordo supo que habiamos comido, le envió á decir á Cortés, que le queria ir á ver, é vino con buena copia de Indios principales, y todos traian grandes bozetes de oro, é ricas mantas: y Cortés tambien les salió al encuentro del aposento, y con grandes caricias y halagos le tornó á abrazar: y luego mandó el Cacique gordo que truxesen un presente que tenia aparejado de cosas de joyas de oro y mantas, aunque no fué mucho sino de poco valor, y le dixo á Cortés: *Lopelucio, Lopelucio,* recibe esto de buena voluntad, é que si mas tuviera, que se lo diera. Ya he dicho, que en lengua Totonaque dixéron, Señor, y gran Señor, quando dicen *Lopelucio,* etc. Y Cortés le dixo con Doña Marina é Aguilar, que él se lo pagaria en buenas obras, é que lo que hubiese menester, que se lo dixese que lo haria por ellos, porque somos vasallos de tan gran Señor, que es el Emperador Don Cárlos, que manda muchos Reynos y Se-

ñoríos, y que nos envia para deshacer agravios, y castigar á los malos, y mandar que no sacrificasen mas ánimas; y se les dió á entender otras muchas cosas tocantes á nuestra santa Fe. Y luego como aquello oyó el Cacique gordo, dando suspiros se quejó reciamente del Gran Montezuma, y de sus Gobernadores, diciendo, que de poco tiempo acá le habia sojuzgado, y que le habia llevado todas sus joyas de oro, y les tiene tan apremiados, que no osan hacer sino lo que les manda; porque es Señor de grandes ciudades, tierras é vasallos, y exércitos de guerra. Y como Cortés entendió que de aquellas quejas que daban al presente, no podian entender en ello, les dixo, que él haria de manera, que fuesen desagraviados: y porque él iba á ver sus acales (que en lengua de Indios así llaman á los navios) é hacer su estada é asiento en el pueblo de Quiavistlan, que desque allí esté de asiento, se verán mas de espacio: y el Cacique gordo le respondió muy concertadamente. Y otro dia de mañana salimos de Cempoal, y tenia aparejados sobre quatrocientos Indios de carga, que en aquellas partes llaman tamemes, que llevan dos arrobas de peso á cuestas, y caminan con ellas cinco leguas, y desque vimos tanto Indio para carga, nos holgamos, porque de ántes siempre traíamos á cuestas nuestras mochilas los que no traian Indios de Cuba, porque no pasáron en la Armada sino cinco ó seis, y no tantos como dice

el Gomara. Y Doña Marina é Aguilar nos dixéron, que en aquellas tierras, que quando estan de paz, sin demandar quien lleve la carga, los Caciques son obligados de dar de aquellos tamemes, y desde allí adelante, donde quiera que ibamos, demandábamos Indios para las cargas. Y despedido Cortés del Cacique gordo, otro dia caminamos nuestro camino, y fuimos á dormir á un pueblezuelo cerca de Quiavistlan, y estaba despoblado, y los de Cempoal truxéron de cenar. Aquí es donde dice el Coronista Gomara, que estuvo Cortés muchos dias en Cempoal, é que se concertó la rebelion é liga contra Montezuma: no le informáron bien; porque como he dicho, otro dia por la mañana salimos de allí, y donde se concertó la rebelion, y por qué causa, adelante lo diré. E quédese así: é digamos como entramos en Quiavistlan.

CAPITULO XLVI.

Como entramos en Quiavistlan, que era pueblo puesto en fortaleza, y nos acogiéron de paz.

Otro dia á hora de las diez llegamos en el pueblo fuerte, que se decia Quiavistlan, que está entre grandes peñascos, y muy altas cuestas, y si hubiera resistencia, era mala de tomar. É yendo con buen concierto y ordenanza, creyendo que estuviese de guerra, iba el artillería

delante, y todos subiamos en aquella fortaleza, de manera que si algo acontecia, hacer lo que eramos obligados. Entonces Alonso de Avila llevó cargo de Capitan, é como era soberbio é de mala condicion; porque un soldado que se decia Hernando Alonso de Villanueva, no iba en buena ordenanza, le dió un bote de lanza en un brazo, que le mancó: y despues se llamó Hernando Alonzo de Villanueva el Manquillo. Dirán que siempre salgo de órden al mejor tiempo, por contar cosas viejas. Dexémoslo, y digamos que hasta en la mitad de aquel pueblo no hallamos Indio ninguno con quien hablar, de lo qual nos maravillamos, que se habian ido huyendo de miedo aquel propio dia, é quando nos viéron subir á sus casas, y estando en lo mas de la fortaleza en una plaza junto adonde tenian los Cues é casas grandes de sus ídolos, vimos estar quince Indios con buenas mantas, y cada uno un brasero de brasas, y en ellos de sus inciensos, y viniéron donde Cortés estaba; y le zahumáron, y á los soldados que cerca dellos estábamos; y con grandes reverencias le dicen que les perdonen, porque no le han salido á recebir, y que fuésemos bien venidos, é que reposemos, é que de miedo se habian huido é ausentado, hasta ver qué cosas eramos, porque tenian miedo de nosotros, y de los caballos, é que aquella noche les mandarian poblar todo el pueblo: y Cortés les mostró mucho amor, y les

dixo muchas cosas tocantes á nuestra santa Fe, como siempre lo teniamos de costumbre adoquiera que llegábamos, y que éramos vasallos de nuestro gran Emperador Don Cárlos, y les dió unas cuentas verdes, é otras cosillas de Castilla: y ellos truxéron luego gallinas, y pan de maiz. Y estando en estas pláticas, viniéron luego á decir á Cortés que venia el Cacique gordo de Cempoal en andas, y las andas á cuestas de muchos Indios principales: y desque llegó el Cacique, habló con Cortés, juntamente con el Cacique, y otros principales de aquel pueblo, dando tantas quejas de Montezuma, y contaba de sus grandes poderes: y decíalo con lágrimas y suspiros, que Cortés y los que estábamos presentes tuvimos manzilla. Y demas de contar por qué via é modo los habia sujetado, que cada año les demandaban muchos de sus hijos y hijas para sacrificar, y otros para servir en sus casas y sementeras, y otras muchas quejas, que fuéron tantas, que ya no se me acuerda: y que los recaudadores de Montezuma les tomaban sus mugeres é hijas, si eran hermosas, y las forzaban: y que otro tanto hacian en aquellas tierras de la lengua de Totonaque, que eran mas de treinta pueblos: y Cortés los consolaba con nuestras lenguas quanto podia, é que los favoreceria en todo quanto pudiese, y quitaria aquellos robos y agravios, y que para eso les envió á estas partes el Emperador nuestro Señor, é que no tu-

viesen pena ninguna y que presto verian lo que sobre ello haciamos : y con estas palabras recibiéron algun contento, mas no se les aseguraba el corazon con el gran temor que tenian á los Mexicanos. Y estando en estas pláticas vinieron unos Indios del mismo pueblo á decir á todos los Caciques que allí estaban hablando con Cortés, como venian cinco Mexicanos, que eran los recaudadores de Montezuma, é como los viéron se les perdió la color; y temblaban de miedo, y dexan solo á Cortés, y los salen á recibir, y de presto les enraman una sala, y les guisan de comer, y les hacen mucho cacao, que es la mejor cosa que entre ellos beben : y quando entráron en el pueblo los cinco Indios, viniéron por donde estábamos; porque allí estaban las casas del Cacique, y nuestros aposentos : y pasáron con tanta contenencia y presuncion, que sin hablar á Cortés, ni á ninguno de nosotros, se fuéron é pasáron delante, y traian ricas mantas labradas, y los bragueros de la misma manera (que entónces bragueros se ponian) y el cabello lucio é alzado como atado en la cabeza, y cada uno unas rosas oliéndolas, y mosqueadores que les traian otros Indios como criados, y cada uno un bordon con un garabato en la mano, y muy acompañados de principales de otros pueblos de la lengua Totonaque : y hasta que los lleváron á aposentar, y les diéron de comer muy altamente, no los dexáron de acom-

pañar. Y despues que hubiéron comido, mandáron llamar al Cacique gordo, é á los demas principales, y les dixéron muchas amenazas, y les riñeron, que por qué nos habian hospedado en sus pueblos, y les dixéron: que, qué tenian ahora que hablar, y ver con nosotros, é que su Señor Montezuma no era servido de aquello: por qué sin su licencia y mandado nos habian de recoger en su pueblo, ni dar joyas de oro? y sobre ello al Cacique gordo, y á los demas principales les dixéron muchas amenazas, é que luego les diesen veinte Indios é Indias para aplacar á sus dioses por el mal oficio que habia hecho. Y estando en esto, viéndole Cortés preguntó á Doña Marina é Gerónimo de Aguilar nuestras lenguas, ¿de qué estaban alborotados los Caciques desque viniéron aquellos Indios, é quién eran? é la Doña Marina que muy bien lo entendió, se lo contó lo que pasaba: é luego Cortés mandó llamar al Cacique gordo, y á todos los mas principales, y les dixo, que quién eran aquellos Indios, que les hacian tanta fiesta? y dixéron que los recaudadores del gran Montezuma, é que vienen á ver por qué causa nos recibian en el pueblo sin licencia de su Señor, y que les demandan ahora veinte Indios é Indias para sacrificar á sus dioses Huichilobos, porque les dé victoria contra nosotros; porque han dicho que dice Montezuma, que os quiere tomar para que seais sus esclavos; y Cortés les consoló, y que no hu-

biesen miedo, que él estaba allí con todos nosotros, y que los castigaria. Y pasemos adelante á otro capítulo, y diré muy por extenso lo que sobre ello se hizo.

CAPITULO XLVII.

Como Cortés mandó que prendiesen aquellos cinco recaudadores de Montezuma: y mandó que dende allí adelante no obedeciesen, ni diesen tributo: y la rebelion que entónces se ordenó contra Montezuma.

Como Cortés entendió lo que los Caciques le decian, les dixo, que ya les habia dicho otras veces, que el Rey nuestro Señor le mandó que viniese á castigar los malhechores, é que no consintiese sacrificios, ni robos: y pues aquellos recaudadores venian con aquella demanda, les mandó que luego los aprisionasen, é los tuviesen presos, hasta que su señor Montezuma supiese la causa, como vienen á robar, y llevar por esclavos sus hijos y mugeres, é hacer otras fuerzas. E quando los Caciques lo oyeron, estaban espantados de tal osadía, mandar que los mensajeros del gran Montezuma fuesen maltratados, y temian, y no osaban hacello: y todavía Cortés les convocó para que luego los echasen en prisiones: y así lo hicieron, y de tal manera, que en unas varas largas, y con collares (segun entre ellos se usa) los pusiéron de arte, que no

se les podian ir: é uno dellos porque no se dexaba atar, le diéron de palos; y demas desto mandó Cortés á todos los Caciques, que no les diesen mas tributo ni obediencia á Montezuma, é que así lo publicasen en todos los pueblos aliados y amigos. E que si otros recaudadores hubiese en otros pueblos como aquellos, que se lo hiciesen saber, que él enviaria por ellos. Y como aquella nueva se supo en toda aquella Provincia, porque luego envió mensajeros el Cacique gordo, haciéndoselo saber, y tambien lo publicáron los principales que habian traido en su compañía aquellos recaudadores, que como los viéron presos, luego se descargáron, y fuéron cada uno á su pueblo á dar mandado, y á contar lo acaecido. E viendo cosas tan maravillosas, é de tanto peso para ellos, dixéron, que no osaran hacer aquello hombres humanos, sino Teules, que así llaman á sus ídolos en que adoraban; é á esta causa desde allí adelante nos llamáron Teules, que es como he dicho, ó dioses, ó demonios, y quando dixere en esta relacion Teules en cosas que han de ser tocadas nuestras personas, sepan que se dice por nosotros. Volvamos á decir de los prisioneros, que los querian sacrificar por consejo de todos los Caciques, porque no se les fuese alguno dellos á dar mandado á México: y como Cortés lo entendió, les mandó que no los matasen, que él los queria guardar, y puso de nuestros soldados

que los velasen : é á media noche mandó llamar Cortés á los mismos nuestros soldados que los guardaban, y les dixo: Mirad que solteis dos dellos los mas diligentes que os parecieren, de manera que no lo sientan los Indios destos pueblos, y que se los llevasen á su aposento : y así lo hicieron, y despues que los tuvo delante, les preguntó con nuestras lenguas, que por qué estaban presos, y de qué tierra eran, como haciendo que no los conocia: y respondiéron, que los Caciques de Cempoal, y de aquel pueblo con su favor y el nuestro los prendiéron, y Cortés respondió que él no sabia nada, y que le pesa dello, y les mandó dar de comer, y les dixo palabras de muchos halagos, y que se fuesen luego á decir á su Señor Montezuma como eramos todos sus grandes amigos y servidores, y porque no pasasen mas mal, les quitó las prisiones, y que riñó con los Caciques que los tenian presos, y que todo lo que hubieren menester para su servicio, que lo hará de muy buena voluntad, y que los tres Indios sus compañeros que tienen en prisiones, que él los mandará soltar, y guardar, y que vayan muy presto no los tornen á prender, y los maten: y los dos prisioneros respondiéron, que se lo tenian en merced, y que habian miedo que los tornarian á las manos, porque por fuerza habian de pasar por sus tierras: y luego mandó Cortés á seis hombres de la mar, que esa noche los llevasen

en un batel obra de quatro leguas de allí hasta sacallos á tierra segura fuera de los términos de Cempoal. Y como amaneció, y los Caciques de aquel pueblo, y el Cacique gordo halláron ménos los dos prisioneros, querian muy de hecho sacrificar los otros que quedaban, si Cortés no se los quitara de su poder, é hizo del enojado, porque se habian huido los otros dos, y mandó traer una cadena del navío, y echólos en ella, y luego los mandó llevar á los navíos, é dixo que él los queria guardar, pues tan mal cobro pusiéron de los demas, y quando los hubiéron llevado, les mandó quitar las cadenas, y con buenas palabras les dixo, que presto les enviaria á México. Dexémoslo así, que luego que esto fué hecho, todos los Caciques de Cempoal, y de aquel pueblo, y de otros que se habian allí juntado de la lengua Totonaque, dixéron á Cortés, que, qué harian, pues que Montezuma sabria la prision de sus recaudadores, que ciertamente vendrian sobre ellos los poderes de México del gran Montezuma, y que no podrian escapar de ser muertos, y destruidos: y dixo Cortés con semblante muy alegre, que él y sus hermanos que allí estábamos, los defenderiamos, y matariamos á quien enojarlos quisiesen. Entónces prometiéron todos aquellos pueblos y Caciques á una, que serian con nosotros, en todo lo que les quisiésemos mandar, y juntarian todos sus poderes contra Montezuma y todos

sus aliados. Y aquí diéron la obediencia á su Magestad por ante un Diego de Godoy el escribano, y todo lo que pasó lo enviáron á decir á los mas pueblos de aquella Provincia: é como ya no daban tributo ninguno, é los recogedores no parecian, no cabian de gozo en haber quitado aquel dominio. Y dexemos esto, y diré como acordamos de nos abaxar á lo llano á unos prados, donde comenzamos á hacer una fortaleza. Esto es lo que pasa, y no la relacion que sobre ello diéron al Coronista Gomara.

CAPITULO XLVIII.

Como acordamos de poblar la Villa rica de la Vera Cruz, y de hacer una fortaleza en unos prados junto á unas salinas, y cerca del puerto del Nombre feo, donde estaban ancleados nuestros navíos, y lo que allí se hizo.

Despues que hubimos hecho liga y amistad con mas de treinta pueblos de las sierras, que se decian los Totonaques, que entónces se rebeláron al gran Montezuma, y diéron la obediencia á su Magestad, y se prefiriéron á nos servir; con aquella ayuda tan presta acordamos de poblar, é de fundar la villa rica de la Vera Cruz en unos llanos, media legua del pueblo, que estaba como en fortaleza, que se dice Quiahuistlan, y traza de Iglesia y plaza, y ata-

razanas, y todas las cosas que convenian para parecer villa; é hicimos una fortaleza, y desde entónces los cimientos, y en acaballa de tener alta para enmaderar, y hechas troneras y cubos, y barbacanas dimos tanta priesa, que desde Cortés comenzó el primero á sacar tierra á cuestas, y piedra, é ahondar los cimientos, como todos los Capitanes y soldados, y á la contina entendimos en ello, y trabajamos por la acabar de presto, los unos en los cimientos, y otros en hacer las tapias, y otros en acarrear agua, y en las caleras en hacer ladrillos y tejas, y buscar comida, y otros en la madera, y los herreros en la clavazon, porque teniamos herreros, y desta manera trabajamos en ello á la contina, desde el mayor hasta el menor, y los Indios que nos ayudaban de manera, que ya estaba hecha Iglesia y casas, y casi que la fortaleza. Estando en esto, parece ser que el gran Montezuma tuvo noticia en México, como le habian preso sus recaudadores, é que le habian quitado la obediencia, y como estaban rebelados los pueblos Totonaques : mostró tener mucho enojo de Cortés, y de todos nosotros, y tenia ya mandado á un su gran exército de guerreros que viniesen á dar guerra á los pueblos que se le rebeláron, y que no quedase ninguno dellos á vida, é para contra nosotros aparejaba de venir con gran exército y pujanza de Capitanes: y en aquel instante van los

dos Indios prisioneros que Cortés mandó soltar, segun he dicho en el capítulo pasado, y quando Montezuma entendió que Cortés les quitó de las prisiones, y los envió á México, y las palabras de ofrecimientos que les envió á decir, quiso nuestro Señor Dios que amansó su ira, é acordó de enviar á saber de nosotros, que voluntad teniamos, y para ello envió dos mancebos sobrinos suyos con quatro viejos, grandes Caciques que los traian á cargo, y con ellos envió un presente de oro y mantas, é á dar las gracias á Cortés porque les soltó á sus criados : y por otra parte se envió á quejar mucho, diciendo, que con nuestro favor se habian atrevido aquellos pueblos de hacelle tan gran traicion, é que no le diesen tributo, é quitalle la obediencia; é que ahora teniendo respeto á que tiene por cierto, que somos los que sus antepasados les habian dicho, que habian de venir á sus tierras, é que debemos de ser de sus linages, y porque estábamos en casas de los traidores, no les envió luego á destruir, mas que el tiempo andando, no se alabaran de aquellas traiciones : y Cortés recibió el oro y la ropa, que valia sobre dos mil pesos, y les abrazó, y dió por disculpa, que él y todos nosotros éramos muy amigos de su Señor Montezuma, y como tal servidor le tiene guardados sus tres recaudadores : y luego los mandó traer de los navíos, y con buenas mantas, y bien tratados se los entregó : y tam-

bien Cortés se quejó mucho del Montezuma, y les dixo, como su Gobernador Pitalpitoque se fué una noche del Real sin le hablar, y que no fué bien hecho; y que cree y tiene por cierto, que no se lo mandaría el Señor Montezuma, que hiciese tal villanía, é que por aquella causa nos veniamos á aquellos pueblos donde estábamos, é que hemos recibido dellos honra: é que le pide por merced, que les perdone el desacato que contra él han tenido: y que en quanto á lo que dice que no le acuden con el tributo, que no pueden servir á dos Señores, que en aquellos dias que allí hemos estado, nos han servido en nombre de nuestro Rey y Señor; y porque el Cortés y todos sus hermanos iriamos presto á le ver y servir, y cuando allá estemos se dará órden en todo lo que mandare. Y despues de aquellas pláticas, y otras muchas que pasáron, mandó dar á aquellos mancebos, que eran grandes Caciques, y á los quatro viejos que los traian á cargo, que eran hombres principales, diamantes azules, y cuentas verdes, y se les hizo honra, y allí delante dellos, porque habia buenos prados, mandó Cortés que corriesen y escaramuzasen Pedro de Alvarado, que tenia una muy buena yegua alazana, que era muy revuelta, y otros caballeros; de lo qual se holgáron de los haber visto correr: y despedidos, y muy contentos de Cortés, y todos nosotros, se fuéron á su México. En aquella sazon

se le murió el caballo á Cortés, y compró ó le diéron otro, que se decia el arriero, que era castaño escuro, que fué de Ortiz el Músico, y un Bartolomé García el Minero, y fué uno de los mejores caballos que venian en el Armada. Dexemos de hablar en esto, y diré, que como aquellos pueblos de la sierra, nuestros amigos, y el pueblo de Cempoal solian estar de ántes muy temerosos de los Mexicanos, creyendo, que el gran Montezuma los habia de enviar á destruir con sus grandes exércitos de guerreros, y quando viéron á aquellos parientes del gran Montezuma, que venian con el presente por mí nombrado, y á darse por servidores de Cortés, y de todos nosotros, estaban espantados, y decian unos Caciques á otros, que ciertamente éramos Teules, pues que Montezuma nos habia miedo, pues enviaba oro en presente. Y si de ántes teniamos mucha reputacion de esforzados, de allí adelante nos tuvieron en mucho mas. Y quedarseha aquí, y diré lo que hizo el Cacique Gordo, y otros sus amigos.

CAPITULO XLIX.

Como vino el Cacique Gordo, y otros principales, á quejarse delante de Cortés, como en un pueblo fuerte, que se decia Cingapacinga, estaban guarniciones de Mexicanos, y les hacian mucho daño, y lo que sobre ello se hizo.

Despues de despedidos los mensageros Mexicanos, vino el Cacique Gordo con otros muchos principales nuestros amigos á decir á Cortés, que luego vaya á un pueblo que se decia Cingapacinga, que estaria de Cempoal dos dias de andadura, que serian ocho ó nueve leguas, porque decian que estaban en él juntos muchos Indios de guerra, de los Culuas que se entiende por los Mexicanos, y que les venian á destruir sus sementeras y estancias, y les salteaban sus vasallos, y les hacian otros malos tratamientos, y Cortés lo creyó, segun se lo decian tan afectuadamente : y viendo aquellas quejas, y con tantas importunaciones, y habiéndoles prometido que los ayudaria, y mataria á los Culuas, ó á otros Indios que los quisiesen enojar, é á esta causa no sabia que decir, salvo echallos de allí, y estuvo pensando en ello, y dixo riendo á ciertos compañeros que estábamos acompañándole : Sabeis, Señores, que me parece, que en todas estas tierras ya tenemos fama de esforza-

dos, y por lo que han visto estas gentes por los recaudadores de Montezuma, nos tienen por dioses, ó por cosas como sus ídolos. He pensado, que para que crean que uno de nosotros basta para desbaratar aquellos Indios guerreros que dicen que están en el pueblo de la fortaleza sus enemigos, enviemos á Heredia el viejo, que era Vizcaino, y tenia mala catadura en la cara, y la barba grande, y la cara media acuchillada, é un ojo tuerto, é coxo de una pierna, escopetero, el qual le mandó llamar, y le dixo : Id con estos Caciques hasta el rio, que estaba de allí un quarto de legua, é quando allá llegaredes, haced que os parais á beber, é lavar las manos, é tirad un tiro con vuestra escopeta, que yo os enviaré á llamar, que esto hago, porque crean que somos dioses, ó de aquel nombre y reputacion que nos tienen puesto; y como vos sóis mal agestado, crean que sois ídolo : y el Heredia lo hizo segun y de la manera que le fué mandado, porque era hombre que habia sido soldado en Italia : y luego envió Cortés á llamar al Cacique Gordo é á todos los demas principales que estaban aguardando el ayuda y socorro, y les dixo : Allá envio con vosotros ese mi hermano, para que mate y eche todos los Culuas de ese pueblo, y me traiga presos á los que no se quisieren ir. Y los Caciques estaban elevados desque lo oyéron, y no sabian si lo creer ó no, é miraban á Cortés si hacia algun mudamiento en el rostro, que cre-

yéron que era verdad lo que les decia; y luego el viejo Heredia, que iba con ellos, cargó su escopeta, é iba tirando tiros al ayre por los montes, porque lo oyesen é viesen los Indios, y los Caciques enviáron á dar mandado á los otros pueblos, como llevan á un Teule para matar á los Mexicanos que estaban en Cingapacinga. Y esto pongo aquí por cosa de risa, porque vean las mañas que tenia Cortés. Y quando entendió que habia llegado el Heredia al rio que le habia dicho, mandó de presto que le fuesen á llamar, y vueltos los Caciques, y el viejo Heredia, les tornó á decir Cortés á los Caciques, que por la buena voluntad que les tenia, que el propio Cortés en persona, con algunos de sus hermanos, queria ir á hacelles aquel socorro, y á ver aquellas tierras y fortalezas, y que luego le truxesen cien hombres Tamemes para llevar los tepuzques, que son los tiros, y viniéron otro dia por la mañana, y habiamos de partir aquel mismo dia con quatrocientos soldados, y catorce de á caballo, y ballesteros y escopeteros que estaban apercibidos; y ciertos soldados que eran de la parcialidad de Diego Velazquez, dixéron que no querian ir, y que se fuese Cortés con los que quisiese, que ellos á Cuba se querian volver, y lo que sobre ello se hizo diré adelante.

CAPITULO L.

Como ciertos soldados de la parcialidad de Diego Velazquez, viendo que de hecho queriamos poblar, y comenzamos á pacificar pueblos, dixéron que no querian ir á ninguna entrada, sino volverse á la isla de Cuba.

Ya me habrán oido decir en el capítulo ántes deste, que Cortés habia de ir á un pueblo que se dice Cingapacinga, y habia de llevar consigo quatrocientos soldados, y catorce de á caballo, y ballesteros, y escopeteros, y tenian puestos en la memoria para ir con nosotros á ciertos soldados de la parcialidad del Diego Velazquez, é yendo los quadrilleros á apercibirlos que saliesen luego con sus armas y caballos, los que los tenian respondiéron soberbiamente, que no querian ir á ninguna entrada, sino volverse á sus estancias y haciendas que dexáron en Cuba, que bastaba lo que habian perdido por sacallos Cortés de sus casas, y que les habia prometido en el Larenal, que qualquiera persona que se quisiese ir, que les daria licencia, y navío, y matalotaje : y á esta causa estaban siete soldados apercibidos para se volver á Cuba, y como Cortés lo supo, los envió á llamar, y preguntando por qué hacian aquella cosa tan fea, respondiéron algo alterados, y dixéron que se

maravillaban querer poblar adonde habia tanta fama de millares de Indios, y grandes poblaciones, con tan pocos soldados como eramos, y que ellos estaban dolientes y hartos de andar de una parte á otra, y que se querian ir á Cuba á sus casas y haciendas, que les diese luego licencia como se lo habia prometido : y Cortés les respondió mansamente, que era verdad que se la prometió, mas que no harian lo que debian en dexar la bandera de su Capitan desamparada, y luego les mandó, que, sin detenimiento ninguno, se fuesen á embarcar, y les señaló navío, y les mandó dar cazabe, y una botija de azeyte, y otras legumbres de bastimentos de lo que teniamos. Y uno de aquellos soldados que se decia hulano Moron, vecino de la villa que se decia Delbayamo, tenia un buen caballo overo, labrado de las manos, y le vendió luego bien vendido á un Juan Ruano á trueco de otras haciendas que el Juan Ruano dexaba en Cuba : é ya que se querian hacer á la vela, fuimos todos los compañeros, é Alcaldes y Regidores de nuestra Villa rica á requerir á Cortés, que por via ninguna no diese licencia á persona ninguna para salir de la tierra, porque así convenia al servicio de Dios, nuestro Señor, y de Su Magestad : y que la persona que tal licencia pidiese le tuviesen por hombre que merecia pena de muerte, conforme á las leyes de la órden militar, pues quieren dexar á su Capitan y bandera desamparada

en la guerra é peligro, en especial, habiendo tanta multitud de pueblos de Indios guerreros, como ellos han dicho : y Cortés hizo como que les queria dar la licencia, mas á la postre se la revocó, y se quedáron burlados, y aun avergonzados, y el Moron su caballo vendido, y el Juan Ruano, que lo hubo, no se lo quiso volver, y todo fué mandado por Cortés, y fuimos nuestra entrada á Cingapacinga.

CAPITULO LI.

De lo que nos acaeció en Cingapacinga, y como á la vuelta que volvimos por Cempoal, les derrocamos sus ídoles, y otras cosas que pasaron.

Como ya los siete hombres, que se querian volver á Cuba, estaban pacíficos, luego partimos con los soldados de infantería ya por mí nombrados, y fuimos á dormir al pueblo de Cempoal, y tenian aparejado para salir con nosotros dos mil Indios de guerra en cuatro Capitanías, y el primero dia caminamos cinco leguas con buen concierto, y otro dia, á poco mas de Vísperas, llegamos á las estancias que estaban junto al pueblo de Cingapacinga, é los naturales dél tuviéron noticia, como íbamos, é ya que comenzábamos á subir por la fortaleza y casas que estaban entre grandes riscos, y peñascos, salié-

ron de paz á nosotros ocho Indios principales y Papas, y dicen á Cortés llorando, ¿que por qué los quiere matar y destruir, no habiendo hecho por qué? pues teniamos fama que á todos haciamos bien, y desgraviábamos á los que estaban robados, y habiamos prendido á los recaudadores de Montezuma, y que aquellos Indios de guerra de Cempoal que allí iban con nosotros, estaban mal con ellos de enemistades viejas que habian tenido sobre tierras é términos, y que con nuestro favor les venian á matar y robar, y que es verdad que Mexicanos solian estar en guarnicion en aquel pueblo, y que pocos dias habia se habian ido á sus tierras, quando supiéron que habiamos preso á otros recaudadores, y que le ruegan que no pasemos adelante la armada, y les favorezcan: y como Cortés lo hubo muy bien entendido con nuestras lenguas Doña Marina, é Aguilar, luego con mucha brevedad mandó al Capitan Pedro de Alvarado, y al Maestre de Campo, que era Christóval de Oli, y á todos nosotros los compañeros que con él íbamos, que detuviésemos á los Indios de Cempoal que no pasasen mas adelante: y así lo hicimos, y por presto que fuimos á detenellos, ya estaban robando en las estancias; de lo qual hubo Cortés gran enojo, y mandó que viniesen luego los Capitanes que traian á cargo aquellos guerreros de Cempoal, y con palabras de muy enojado, y de grandes amenazas, les dixo, que luego les tru-

xesen los Indios é Indias, y mantas, y gallinas que habian robado en las estancias, y que no entre ninguno dellos en aquel pueblo : y que porque le habian mentido, y venian á sacrificar, y robar á sus vecinos con nuestro favor, eran dignos de muerte; y que nuestro Rey y Señor, cuyos vasallos somos, no nos envió á estas partes y tierras para que hiciesen aquellas maldades; y que abriesen bien los ojos, no les aconteciése otra como aquella, porque no habia de quedar hombres dellos á vida : y luego los Caciques y Capitanes de Cempoal truxéron á Cortés todo lo que habian robado, así Indios, como Indias, y gallinas, y se les entregó á los dueños cuyo era, y con semblante muy furioso, les tornó á mandar que se saliesen á dormir al campo, y así lo hiciéron. Y desque los Caciques y Papas de aquel pueblo, y otros comarcanos, viéron que tan justificados eramos, y las palabras amorosas que les decia Cortés con nuestras lenguas, y tambien las cosas tocantes á nuestra santa fe, como lo teniamos de costumbre, y que dexasen el sacrificio, y de se robar unos á otros, y las suciedades de sodomias, y que no adorasen sus malditos ídolos, y se les dixo otras muchas cosas buenas, tomáronnos tan buena voluntad, que luego fuéron á llamar á otros pueblos comarcanos, y todos diéron la obediencia á Su Magestad, y allí luego diéron muchas quejas de Montezuma, como las pasadas que habian dado

los de Cempoal, quando estábamos en el pueblo de Quiahuistlan. Y otro dia por la mañana Cortés mandó llamar á los Capitanes y Caciques de Cempoal, que estaban en el campo aguardando para ver lo que les mandábamos, y aun muy temerosos de Cortés, por lo que habian hecho en haberle mentido : y venidos delante, hizo amistades entre ellos, y los de aquel pueblo, que nunca faltó por ninguno dellos. Y luego partimos para Cempoal por otro camino, y pasamos por dos pueblos amigos de los de Cingapacinga, y estábamos descansando, porque hacia recio sol, y veniamos muy cansados con las armas á cuestas, y un soldado, que se decia hulano de Mora, natural de Ciudad-Rodrigo, tomó dos gallinas de una casa de Indios de aquel pueblo, y Cortés que lo acertó á ver, hubo tanto enojo de lo que delante dél hizo aquel soldado en los pueblos de paz en tomar las gallinas, que luego le mandó echar una soga á la garganta, y le tenian ahorcado, si Pedro de Alvarado, que se halló junto de Cortés, no le cortara la soga con la espada, y medio muerto quedó el pobre soldado. He querido traer esto aquí á la memoria, para que vean los curiosos lectores quan exemplarmente procedia Cortés, y lo que esto importa en esta ocasion. Despues murió este soldado en una guerra en la Provincia de Guatimala sobre un Peñol. Volvamos á nuestra relacion, que como salimos de aquellos pueblos que dexamos

de paz, yendo para Cempoal, estaba el Cacique Gordo con otros principales, aguardándonos en unas chozas con comida; que aunque son Indios, viéron y entendiéron, que la justicia es santa y buena, y que las palabras que Cortés le habia dicho, que veniamos á desagraviar y quitar tiranías, conformaba con lo que pasó en aquella entrada : y tuviéronnos en mucho mas que de ántes, y allí dormimos en aquellas chozas, y todos los Caciques nos lleváron acompañando hasta los aposentos de su pueblo. Y verdaderamente quisieran que no saliéramos de su tierra, porque se temian que Montezuma no enviase su gente de guerra contra ellos : y dixéron á Cortés, pues eramos ya sus amigos, que nos quieren tener por hermanos, que será bien que tomase de sus hijas é parientas para hacer generacion : y que para que mas fixas sean las amistades, truxéron ocho Indias, todas hijas de Caciques, y diéron á Cortés una de aquellas Cacicas, y era sobrina del mismo Cacique Gordo, y otra diéron á Alonso Hernandez Puertocarrero, y era hija de otro gran Cacique, que se decia Cuesco en su lengua, y traianlas vestidas á todas ocho con ricas camisas de la tierra, y bien ataviadas á su usanza, y cada una dellas un collar de oro al cuello, y en las orejas cercillos de oro, y venian acompañadas de otras Indias para se servir dellas : y quando el Cacique Gordo las presentó, dixo á Cortés, *Tecle,* que quiere decir en su len-

gua, Señor, estas siete mugeres son para los Capitanes que tienes, y esta que es mi sobrina, es para tí, que es señora de pueblos y vasallos. Cortés las recibió con alegre semblante, y les dixo que se lo tenian en merced, mas para tomallas como dice que seamos hermanos, que hay necesidad que no tengan aquellos ídolos en que creen y adoran, que los traen engañados, y que no les sacrifiquen, y que como él no vea aquellas cosas malísimas en el suelo, y que no sacrifiquen, que luego ternan con nosotros muy mas fixa la hermandad, y que aquellas mugeres que se volverán Christianas primero que las recibamos: y que tambien habian de ser limpios de sodomías, porque tenian muchachos vestidos en hábito de mugeres, que andaban á ganar en aquel maldito oficio; y cada dia sacrificaban delante de nosotros tres ó quatro y cinco Indios, y los corazones ofrecian á sus ídolos, y la sangre pegaban por las paredes, y cortábanles las piernas y brazos, y muslos, y los comian como vaca que se trae de las carnicerías en nuestra tierra, y aun tengo creido que lo vendian por menudo en los Tiangues, que son mercados: y que como estas maldades se quiten, y que no lo usen, que no solamente les seremos amigos, mas que les hará que sean Señores de otras Provincias. Y todos los Caciques, Papas, y principales respondiéron, que no les estaba bien de dexar sus ídolos y sacrificios, y que aquellos sus dioses les

daban salud, y buenas sementeras, y todo lo que habian menester : y que en quanto á lo de las sodomías, que pornan resistencia en ello, para que no se use mas : y como Cortés, y todos nosotros vimos aquella respuesta tan desacatada, y habiamos visto tantas crueldades, y torpedades, ya por mí otra vez dichas, no las pudimos sufrir : y entónces nos habló Cortés sobre ello, y nos truxo á la memoria unas santas y buenas doctrinas, ¿y que cómo podiamos hacer ninguna cosa buena si no volviamos por la honra de Dios, y en quitar los sacrificios que hacian á los ídolos? y que estuviésemos muy apercibidos para pelear si nos lo viniesen á defender que no se los derrocásemos, y que aunque nos costase las vidas, en aquel dia habia de venir al suelo. Y puestos que estábamos todos muy á punto con nuestras armas, como lo teniamos de costumbre para pelear, y les dixo Cortés á los Caciques, que los habian de derrocar, y quando aquello viéron, luego mandó el Cacique Gordo á otros sus Capitanes que se apercibiesen muchos guerreros en defensa de sus ídolos : y quando vió que queriamos subir en un alto Cu, que es su adoratorio, que estaba alto, y habia muchas gradas, que ya no se me acuerda qué tantas habia, vimos al Cacique Gordo con otros principales muy alborotados y sañudos, y dixéron á Cortés, que por qué les queriamos destruir? y que si les haciamos deshonor á sus dio-

ses, ó se los quitábamos, que todos ellos perecerian, y aun nosotros con ellos : y Cortés les respondió muy enojado, que otra vez les ha dicho que no sacrifiquen á aquellas malas figuras, porque no les traigan mas engañados, y que á esta causa los veniamos á quitar de allí, é que luego á la hora los quitasen ellos, si no que luego los echarian á rodar por las gradas abaxo; y les dixo que no los teniamos por amigos, sino por enemigos mortales, pues que les daba buen consejo, y no le querian creer; y porque habian visto que habian venido sus Capitanes puestos en armas de guerreros, que está enojado con ellos, y que se lo pagarán con quitalles las vidas : y como viéron á Cortés que les decia aquellas amenazas, y nuestra lengua Doña Marina que se lo sabia muy bien dar á entender, y aun los amenazaba con los poderes de Montezuma que cada dia los aguardaba, por temor desto, dixéron que ellos no eran dignos de llegar á sus dioses, y que si nosotros los queriamos derrocar, que no era con su consentimiento, que se los derrocásemos, y hiciésemos lo que quisiésemos. Y no lo hubo bien dicho, quando subimos sobre cincuenta soldados, y los derrocamos, y venian rodando aquellos sus ídolos hechos pedazos, y eran de manera de dragones espantables, tan grandes como becerros, y otras figuras de manera de medio hombre y de perros grandes, y de malas semejanzas: y quando así

los viéron hechos pedazos, los Caciques y Papas que con ellos estaban, lloraban y tapaban los ojos, y en su lengua Totonaque les decian que les perdonasen, y que no era mas en su mano, ni tenian culpa, sino estos Teules que les derruecan; é que por temor de los Mexicanos no nos daban guerra. Ya quando aquello pasó, comenzaban las Capitanías de los Indios guerreros que he dicho que venian á nos dar guerra, á querer flechar: y quando aquello vimos, echamos mano al Cacique Gordo, y á seis Papas, y á otros principales, y les dixo Cortés, que si hacian algun descomedimiento de guerra que habian de morir todos ellos, y luego el Cacique Gordo mandó á sus gentes que se fuesen delante de nosotros, y que no hiciesen guerra: y como Cortés los vió sosegados, les hizo un parlamento, lo qual diré adelante, y así se apaciguó todo. Y esta de Cingapacinga fué la primera entrada que hizo Cortés en la Nueva España, y fué de harto prevecho, y no como dice el Coronista Gomara, que matamos, y prendimos, y asolamos tantos millares de hombres en lo de Cingapacinga: y miren los curiosos que esto leyeren, quánto va del uno al otro, por muy buen estilo que lo dice en su Corónica, pues en todo lo que escribe no pasa como dice.

CAPITULO LII.

Como Cortés mandó hacer un Altar, y se puso una Imagen de nuestra Señora, y una Cruz, y se dixo Misa, y se bautizáron las ocho Indias.

Como ya callaban los Caciques y Papas, y todos los mas principales, mandó Cortés que á los ídolos que derrocamos hechos pedazos que los llevasen adonde no pareciesen mas, y los quemasen: y luego saliéron de un aposento ocho Papas que tenian cargo dellos, y toman sus ídolos, y los llevan á la misma casa donde saliéron y los quemáron. El hábito que traian aquellos Papas eran unas mantas prietas, á manera de sábana, y lobas largas hasta los pies, y unos como capillos que querian parecer á los que traen los Canónigos, y otros capillos traian mas chicos, como los que traen los Dominicos, y los traian muy largos, hasta la cinta, y aun algunos hasta los pies llenos de sangre pegada, y muy enredados que no se podian esparcir, y las orejas hechas pedazos sacrificadas dellas, y hedian como azufre, y tenian otro muy mal olor, como de carne muerta: y segun decian é alcanzamos á saber, aquellos Papas eran hijos de principales, y no tenian mugeres, mas tenian el maldito oficio de sodomías, y ayunaban ciertos dias; y lo

que yo les veia comer eran unos meollos ó pepitas de algodon, quando los desmontonan, salvo si ellos no comian otras cosas que yo no se las pudiese ver. Dexemos á los Papas, y volvamos á Cortés, que les hizo un buen razonamiento con nuestras lenguas Doña Marina, y Gerónimo de Aguilar, y les dixo que ahora los teniamos como hermanos, y que los favoreceria en todo lo que pudiese contra Montezuma y sus Mexicanos, porque ya envió á mandar que no les diesen guerra, ni les llevasen tributo: y que pues en aquellos sus altos Cues no habian de tener mas ídolos, que él los quiere dexar una gran Señora, que es Madre de nuestro Señor Jesu-Christo, en quien creemos y adoramos, para que ellos tambien la tengan por Señora y abogada, y sobre ello y otras cosas de pláticas que pasáron, se les hizo un buen razonamiento, y tan bien propuesto para segun el tiempo, que no habia mas que decir; y se les declaró muchas cosas tocantes á nuestra santa Fe tan bien dichas, como ahora los Religiosos se lo dan á entender, de manera que lo oian de buena voluntad. Y luego les mandó llamar todos los Indios albañiles que habia en aquel pueblo, y traer mucha cal, porque habia mucha, y mandó que quitasen las costras de sangre que estaban en aquellos Cues, y que lo aderezasen muy bien; y luego otro dia se encaló, y se hizo un altar con buenas mantas, y mandó traer muchas ro-

sas de las naturales que habia en la tierra, que eran bien olorosas, y muchos ramos, y lo mandó enramar, y que lo tuviesen limpio y barrido á la contina : y para que tuviesen cargo dello apercibió á quatro Papas que se trasquilasen el cabello que lo traian largo, como otra vez he dicho, y que vistiesen mantas blancas, y se quitasen las que traian, y que siempre anduviesen limpios, y que sirviesen aquella santa Imágen de nuestra Señora, en barrer y enramar : y para que tuviesen mas cargo dello puso á un nuestro soldado coxo é viejo, que se decia Juan de Torres de Córdova, que estuviese allí por ermitaño, é que mirase que se hiciese cada dia así como lo mandaba á los Papas. Y mandó á nuestros carpinteros, otra vez por mí nombrados, que hiciesen una Cruz, y la pusiesen en un pilar que teniamos ya nuevamente hecho y muy bien encalado : y otro dia de mañana se dixo Misa en el altar, la qual dixo el Padre Fray Bartolomé de Olmedo, y entónces se dió orden como con el incienso de la tierra se incensase á la santa Imágen de nuestra Señora, y á la santa Cruz : y tambien se les mostró hacer candelas de la cera de la tierra, y se les mandó que aquellas candelas siempre tuviesen ardiendo en el altar : porque hasta entónces no se habian aprovechado de la cera : y á la Misa estuviéron los mas principales Caciques de aquel pueblo, y de otros que se habian juntado. Y asimismo

traxéron las ocho Indias para volver Christianas, que todavía estaban en poder de sus padres y tios, y se les dió á entender que no habian de sacrificar mas, ni adorar ídolos, salvo que habian de creer en nuestro Señor Dios; y se les amonestó muchas cosas tocantes á nuestra santa Fe, y se bautizáron, y se llamó á la sobrina del Cacique gordo Doña Catalina, y era muy fea, aquella diéron á Cortés por la mano, y la recibió con buen semblante: á la hija de Cuesco, que era un gran Cacique, se puso por nombre Doña Francisca; esta era muy hermosa para ser India, y la dió Cortés á Alonso Hernandez Puertocarrero: las otras seis ya no se me acuerda el nombre de todas, mas sé que Cortés las repartió entre soldados. Y despues desto hecho, nos despedimos de todos los Caciques y principales; y dende adelante siempre les tuviéron muy buena voluntad, especialmente quando viéron que recibió Cortés sus hijas, y las llevamos con nosotros, y con muy grandes ofrecimientos que Cortés les hizo que les ayudaria, nos fuimos á nuestra Villa rica, y lo que allí se hizo lo diré adelante. Esto es lo que pasó en este pueblo Cempoal, y no otra cosa, que sobre ello ahí han escrito el Gomara, ni los demas Coronistas.

CAPITULO LIII.

Como llegamos á nuestra Villa rica de la Vera Cruz, y lo que allí pasó.

Despues que hubimos hecho aquella jornada, y quedáron amigos los de Cingapacinga con los de Cempoal, y otros pueblos comarcanos diéron la obediencia á su Magestad, y se derrocáron los ídolos, y se puso la Imágen de nuestra Señora y la santa Cruz, y le puso por ermitaño al viejo soldado, y todo lo por mí referido; fuimos á la villa, y llevamos con nosotros ciertos principales de Cempoal, y hallamos que aquel dia habia venido de la Isla de Cuba un navío, y por Capitan dél un Francisco de Saucedo, que llamábamos el Pulido; y pusímosle aquel nombre, porque en demasia se preciaba de galan y pulido, y decian que habia sido maestresala del Almirante de Castilla, y era natural de Medina de Rioseco; y vino entónces Luis Marin, Capitan que fué en lo de México, persona que valió mucho; y vinieron diez soldados, y traia el Saucedo un caballo, y Luis Marin una yegua, y nuevas de Cuba, que le habian llegado al Diego Velazquez de Castilla las provisiones para poder rescatar y poblar; y los amigos del Diego Velazquez se regocijáron mu-

cho, y mas de que supiéron que le truxéron provision para ser Adelantado de Cuba. Y estando en aquella villa sin tener en qué entender mas de acabar de hacer la fortaleza que todavía se entendia en ella, diximos á Cortés todos los mas soldados, que se quedase aquello que estaba hecho en ella para memoria, pues estaba ya para enmaderar, y que habia ya mas de tres meses que estábamos en aquella tierra, é que seria bueno ir á ver qué cosa era el gran Montezuma, y buscar la vida y nuestra ventura; é que ántes que nos metiésemos en camino, que enviásemos á besar los pies á su Magestad, y á dalle cuenta de todo lo acaecido desde que salimos de la Isla de Cuba. Y tambien se puso en plática, que enviásemos á su Magestad el oro que se habia habido así rescatado, como los presentes que nos envió Montezuma: y respondió Cortés que era muy bien acordado, y que ya lo habia puesto él en plática con ciertos caballeros: y porque en lo del oro, por ventura habria algunos soldados que querrian sus partes, y si se partiese, que seria poco lo que se podria enviar; por esta causa dió cargo á Diego de Ordas, y á Francisco de Montejo, que eran personas de negocios, que fuesen de soldado en soldado de los que se tuviese sospecha que demandarian las partes del oro; y les decian estas palabras: Señores, ya veis que queremos hacer un presente á su Magestad del oro que

aquí hemos habido, y para ser el primero que enviamos destas tierras, habia de ser mucho mas: parécenos que todos le sirvamos con las partes que nos caben: los caballeros y soldados que aquí estamos escritos, tenemos firmado como no queremos parte ninguna dello, sino que servimos á su Magestad con ello, porque nos haga mercedes. El que quisiere su parte, no se le negará; el que no la quisiere, haga lo que todos hemos hecho, firmelo aquí; y desta manera todos lo firmaron á una. Y hecho esto, luego se nombráron para procuradores que fuesen á Castilla, á Alonso Hernandez Puertocarrero, y Francisco de Montejo, porque ya Cortés le habia dado sobre dos mil pesos por tenelle de su parte. Y se mandó apercebir el mejor navío de toda la flota, y con dos Pilotos, que fué uno Anton de Alaminos, que sabia como habian de desembarcar por la canal de Bahama, porque él fué el primero que navegó por aquella canal; y tambien apercibimos quince marineros, y se les dió todo recaudo de matalotage. Y esto apercibido, acordamos de escribir y hacer saber á su Magestad todo lo acaecido, y Cortes escribió por sí, segun él nos dixo, con recta relacion, mas no vimos su carta; y el Cabildo escribió juntamente con diez soldados de los que fuimos en que se poblase la tierra, y le alzamos á Cortés por General, y con toda verdad que no faltó cosa ninguna en la carta, é iba yo

firmado en ella; y demas destas cartas y relaciones, todos los Capitanes y soldados juntamente escribimos otra carta y relacion: y lo que se contenia en la carta que escribimos, es lo siguiente.

CAPITULO LIV.

De la relacion y carta que escribimos á su Magestad con nuestros Procuradores, Alonso Hernandez Portocarrero, y Francisco de Montejo; la qual carta iba firmada de algunos Capitanes y soldados.

Despues de poner en el principio aquel muy debido acato que somos obligados á tan gran Magestad del Emperador nuestro Señor, que fué así: S. S. C. C. R. M. y poner otras cosas que se convenian decir en la relacion y cuenta de nuestra vida y viage, cada capítulo por sí, fué esto que aquí diré en suma breve. Como salimos de la Isla de Cuba con Hernando Cortés: los pregones que se diéron: como veniamos á poblar, y que Diego Velazquez secretamente enviaba á rescatar, y no á poblar: como Cortés se queria volver con cierto oro, rescatado conforme á las instrucciones que de Diego Velazquez traia, de las quales hicimos presentacion: como hicimos á Cortés que poblase, y le nombramos por Capitan General y Justicia Mayor,

hasta que otra cosa su Magestad fuese servido mandar: como le prometimos el quinto de lo que se hubiese, despues de sacado su Real quinto: como llegamos á Cozumel, y por qué ventura se hubo Gerónimo de Aguilar en la punta de Cotoche, y de la manera que decia que allí aportó él y un Gonzalo Guerrero, que se quedó con los Indios por estar casado y tener hijos, y estar ya hecho Indio: como llegamos á Tabasco, y de las guerras que nos diéron, y batallas que con ellos tuvimos: como los atraximos de paz: como á doquiera que llegamos se les hacen buenos razonamientos, para que dexasen sus ídolos, y se les declara las cosas tocantes á nuestra santa Fe: como diéron la obediencia á su Real Magestad, y fuéron los primeros vasallos que tiene en aquestas partes: como hiciéron un presente de mugeres, y en él una Cacica, para India de mucho ser, que sabe la lengua de México, que es la que se usa en toda la tierra; y que con ella y el Aguilar tenemos verdaderas lenguas: como desembarcamos en San Juan de Ulua, y de las pláticas de los Embaxadores del gran Montezuma, y quién era el gran Montezuma, y lo que se decia de sus grandezas y del presente que truxéron: y como fuimos á Cempoal, que es un pueblo grande; y desde allí á otro pueblo, que se dice Quiauistlan, que estaba en fortaleza: y como se hizo la liga y confederacion con nosotros, y quitáron la obe-

diencia á Montezuma en aquel pueblo, demas de treinta pueblos, que todos le diéron la obediencia, y estan en su Real patrimonio: y la ida de Cingapacinga: como hicimos la fortaleza; y que agora estamos de camino para ir la tierra adentro, hasta vernos con el Montezuma: como aquella tierra es muy grande, y de muchas ciudades, y muy pobladísima, y los naturales grandes guerreros: como entre ellos hay muchas diversidades de lenguas, y tienen guerra unos con otros: como son idólatras, y se sacrifican y matan en sacrificios muchos hombres, é niños y mugeres, y comen carne humana, y usan otras torpedades: como el primer descubridor fué un Francisco Hernandez de Córdova: y luego, como vino Juan de Grijalva: é que agora al presente le servimos con el oro que hemos habido, que es el Sol de oro, y la Luna de plata, y un casco de oro en granos, còmo se coge en las minas, y muchas diversidades y géneros de piezas de oro, hechas de muchas maneras; mantas de algodon, muy labradas de plumas, y primas; otras muchas de oro, que fuéron mosqueadores, rodelas, y otras cosas que ya no se me acuerda, como ha ya tantos años que pasó: tambien enviamos quatro Indios, que quitamos en Cempoal, que tenian á engordar en unas jaulas de madera, para despues de gordos sacrificallos y comérselos. Y despues de hecha esta relacion, é otras cosas, dimos cuenta y relacion

como quedábamos en estos sus Reinos quatrocientos y cincuenta soldados á muy gran peligro, entre tanta multitud de pueblos y gentes belicosas, y muy grandes guerreros, para servir á Dios y á su Real Corona; y le suplicamos, que en todo lo que se nos ofreciese, nos haga mercedes, y que no hiciese merced de la Gobernacion destas tierras, ni de ningunos oficios Reales á persona ninguna; porque son tales, ricas, y de grandes pueblos y ciudades, que convienen para un Infante, ó gran Señor: y tenemos pensamiento, que como Don Juan Rodriguez de Fonseca, Obispo de Burgos, y Arzobispo de Rosano, es su presidente, y manda á todas las Indias, que lo dará á algun su deudo ó amigo, especialmente á un Diego Velazquez, que esta por Gobernador en la Isla de Cuba; y la causa es, por que se le dará la Gobernacion, ó otro cualquier cargo, que siempre le sirve con presentes de oro, y le ha dexado en la misma Isla pueblos de Indios que le sacan oro de las minas: de lo qual habia primeramente de dar los mejores pueblos á su Real Corona, y no le dexó ningunos, que solamente por esto es digno de que no se le hagan mercedes, y que como en todo somos sus muy leales servidores, y hasta fenecer nuestras vidas le hemos de servir, se lo hacemos saber para que tenga noticia de todo: y que estamos determinados que hasta que sea servido de nuestros

Procuradores, que allá enviamos, besen sus Reales pies, y vea nuestras cartas, y nosotros veamos su Real firma, que entónces los pechos por tierra, para obedecer sus Reales mandos: y que si el Obispo de Burgos por su mandado nos envia á qualquiera persona á gobernar, ó á ser Capitan, que primero que le obedezcamos se lo haremos saber á su Real persona á doquiera que estuviere: y lo que fuere servido de mandar, que le obedeceremos como mando de nuestro Rey y Señor, como somos obligados: y demas destas relaciones, le suplicamos que entretanto que otra cosa sea servido mandar, que le hiciese merced de la Gobernacion á Hernando Cortés; y dimos tantos loores dél, y que es tan gran servidor suyo, hasta ponello en las nubes. Y despues de haber escrito todas estas relaciones con todo el mayor acato y humildad que púdimos y convenia, y cada capítulo por sí; y declaramos cada cosa cómo y quándo y de qué arte pasáron, como carta para nuestro Rey y Señor, y no del arte que va aquí en esta relacion; y la firmamos todos los Capitanes y soldados que eramos de la parte de Cortés, é fuéron dos cartas duplicadas; y nos rogó que se la mostrásemos: y como vió la relacion tan verdadera, y los grandes loores que dél dábamos, hubo mucho placer, y dixo que nos lo tenia en merced, con grandes ofrecimientos que nos hizo: empero no quisiera que dixéramos en ella

ni mentáramos del quinto del oro que le prometimos, ni que declaráramos quien fuéron los primeros descubridores; porque segun entendimos, no hacia en su carta relacion de Francisco Hernandez de Córdova, ni del Grijalva, sino á él solo se atribuia el descubrimiento y la honra é honor de todo: y dixo que agora al presente aquello estuviera mejor por escribir, y no dar relacion dello á su Magestad: y no faltó quien le dixo, que á nuestro Rey y Señor no se le ha de dexar de decir todo lo que pasa. Pues ya escritas estas cartas, y dadas á nuestros Procuradores, les encomendamos mucho, que por via ninguna entrasen en la Habana, ni fuesen á una estancia que tenia allí el Francisco de Montejo, que se decia el Marien, que era puerto para navíos; porque no alcanzase á saber el Diego Velazquez lo que pasaba, y no lo hiciéron así, como adelante diré. Pues ya puesto todo á punto para se ir á embarcar, dixo Misa el Padre Fray Bartolomé de Olmedo, de la Merced, y encomendándoles al Espíritu Santo que los guiase, en veinte y seis dias del mes de Julio de mil y quinientos y diez y nueve años, partiéron de San Juan de Ulua, y con buen tiempo llegaron á la Habana: y el Francisco de Montejo, con grandes importunaciones convocó é atraxo al Piloto Alaminos, guiase á su estancia, diciendo que iba á tomar bastimentos de puercos y cazabe, hasta que le hizo hacer lo que quiso: fué á

surgir á su estancia, porque el Puertocarrero iba muy malo, y no hizo cuenta dél; y la noche que allí llegáron desde la nao echáron un marinero en tierra con cartas é avisos para el Diego Velazquez; y supimos que el Montejo le mandó que fuese con las cartas, y en posta fué el marinero por la Isla de Cuba de pueblo en pueblo publicando todo lo aquí por mí dicho, hasta que el Diego Velazquez lo supo. Y lo que sobre ello hizo, adelante lo diré.

CAPITULO LV.

Como Diego Velazquez, Gobernador de Cuba, supo por cartas muy por cierto, que enviábamos Procuradores con embaxadas y presentes á nuestro rey, y lo que sobre ello se hizo.

Como Diego Velazquez, Gobernador de Cuba, supo las nuevas, así por las cartas que le enviáron secretas, y dixéron que fuéron del Montejo, como lo que dixo el marinero que se halló presente en todo lo por mí dicho en el capítulo pasado, que se habia echado á nado para le llevar las cartas; y quando entendió del gran presente de oro que enviábamos á su Magestad, y supo quien eran los Embaxadores, temió, y decia palabras muy lastimosas é maldiciones contra Cortés y su Secretario Duero, y del Contador Amador de Lares, y de presto mandó armar dos navíos de poco porte, grandes veleros, con toda la

artillería, y soldados que pudo haber, y con dos Capitanes que fuéron en ellos, que se decian Gabriel de Rojas, y el otro Capitan se decia Hulano de Guzman, y les mandó que fuesen hasta la Habana, y que en todo caso le truxesen presa la nao en que iban nuestros Procuradores, y todo el oro que llevaban ; y de presto así como lo mandó, llegáron en ciertos dias á la canal de Bahama, y preguntaban los de los navíos á barcos que andaban por la mar de acarreto, que si habian visto ir una nao de mucho porte, y todos daban noticia della, y que ya seria desembocada por la canal de Bahama; porque siempre tuviéron buen tiempo: y despues de andar barloventeando con aquellos dos navíos entre la canal y la Habana, y no halláron recado de lo que venian á buscar, se volviéron á Santiago de Cuba: y si triste estaba el Diego Velazquez ántes que enviase los navíos, muy mas se congojó quando los vió volver de aquel arte: y luego le aconsejáron sus amigos, que se enviase á quejar á España al Obispo de Burgos, que estaba por Presidente de Indias, que hacia mucho por él: y tambien envió á dar sus quejas á la isla de Santo Domingo á la Audiencia Real que en ella residia, y á los Frayles Gerónimos que estaban por Gobernadores en ella, que se decian Fray Luis de Fígueroa, y Fray Alonso de Santo Domingo, y Fray Bernardino de Mancanedo; los quales Religiosos solian estar y residir en el Monaste-

rio de la Mejorada, que es dos leguas de Medina del Campo, y envian en posta un navío á la Respinola, y danles muchas quejas de Cortés y de todos nosotros. Y como alcanzáron á saber en la Real Audiencia nuestros grandes servicios, la respuesta que le diéron los Frayles, fué que á Cortés y los que con él andábamos en las guerras, no se nos podia poner culpa, pues sobre todas cosas acudiamos á nuestro Rey y Señor, y le enviábamos tan gran presente, que otro como él no se habia visto de muchos tiempos pasados en nuestra España: y esto dixéron, porque en aquel tiempo y sazon no habia Perú ni memoria dél: y tambien le enviáron á decir, que ántes eramos dignos de que su Magestad nos hiciese muchas mercedes. Entónces le enviáron al Diego Velazquez á Cuba á un Licenciado que se decia Zuazo, para que le tomase residencia, ó á lo ménos habia pocos meses que habia llegado á la isla de Cuba; y como aquella respuesta le truxéron al Diego Velazquez, se congojó mucho mas, y como de ántes era muy gordo, se paró flaco en aquellos dias: y luego con gran diligencia mandó buscar todos los navíos que pudo haber en la isla, y apercibir soldados y Capitanes, y procuró enviar una recia armada para prender á Cortés y á todos nosotros, y tanta diligencia puso, que él mismo en persona andaba de villa en villa, y en unas estancias y en otras, y escribia á todas las partes de la isla donde él no podia

ir, á rogar á sus amigos fuesen á aquella jornada: por manera que obra de once meses, ó un año, allegó diez y ocho velas grandes y pequeñas, y sobre mil y trecientos soldados entre Capitanes y marineros; porque como le vian del arte que he dicho andar tan apasionado y corrido, todos los mas principales vecinos de Cuba, así los parientes, como los que tenian Indios, se aparejáron para le servir, y tambien envió por Capitan General de toda la armada á un hidalgo que se decia Panfilo de Narvaez, hombre alto de cuerpo, y membrudo, y hablaba algo entonado, como medio de bóveda, y era natural de Valladolid, casado en la isla de Cuba con una dueña que se llamaba Maria de Valenzuela, ya viuda, y tenia buenos pueblos de Indios, y era muy rico. Donde lo dexaré agora haciendo y aderezando su armada, y volveré á decir de nuestros Procuradores, y su buen viage; y porque en una sazon acontecian tres y quatro cosas, no puedo seguir la relacion y materia de lo que voy hablando, por dexar de decir lo que mas viene al propósito, y á esta causa no me culpen porque salgo, y me aparto de la órden por decir lo que mas adelante pasa.

CAPITULO LVI.

Como nuestros Procuradores con buen tiempo desembocaron la canal de Bahama, y en pocos dias llegáron á Castilla, y lo que en la Corte les sucedió.

Ya he dicho que partiéron nuestros Procuradores del puerto de San Juan de Ulua en seis del mes de Julio de mil quinientos y diez y nueve años, y con buen viage llegáron á la Habana, y luego desembocáron la canal, é dixe, que aquella fué la primera vez que por allí navegáron, y en poco tiempo llegáron á las islas de la Tercera, y desde allí á Sevilla, y fuéron en posta á la Corte, que estaba en Valladolid, y por Presidente del Real Consejo de Indias Don Juan Rodriguez de Fonseca, que era Obispo de Burgos, y se nombraba Arzobispo de Rosano, y mandaba toda la Corte; porque el Emperador nuestro Señor estaba en Flandes, y era mancebo: y como nuestros Procuradores le fuéron á besar las manos al Presidente muy ufanos, creyendo que les hiciera mercedes, y dalle nuestras cartas y relaciones, y á presentar todo el oro y joyas, le suplicáron que luego hiciese mensagero á su Magestad, y le enviasen aquel presente y cartas, y que ellos mismos irian con ello á besar sus Reales pies: y en vez de agasa-

jarlos, les mostró poco amor, y los favoreció muy poco, y aun les dixo palabras secas y ásperas. Nuestros Embaxadores dixéron, que mirase su Señoría los grandes servicios que Cortés, y sus compañeros haciamos á su Magestad: y que le suplicaban otra vez, que todas aquellas joyas de oro, cartas, y relaciones las enviase luego á su Magestad, para que sepa todo lo que pasa, y que ellos irian con él. Y les tornó á responder muy soberbiamente; y aun les mandó, que no tuviesen ellos cargo dello, que él le escribiria lo que pasaba, y no lo que le decian, pues se habian levantado contra el Diego Velazquez: y pasaron otras muchas palabras ágrias: y en esta sazon llegó á la Corte el Benito Martin, Capellan de Diego Velazquez, otra vez por mí nombrado, dando muchas quejas de Cortés y de todos nosotros, de que el Obispo se airó mucho mas contra nosotros: y porque el Alonso Hernandez Puertocarrero como era Caballero primo del Conde de Medellin, y porque el Montejo no osaba desagradar al Presidente, decia al Obispo, que le suplicaba muy ahincadamente, que sin pasion fuesen oidos, y que no dixese las palabras que decia, y que luego enviase aquellos recaudos así como los traian á su Magestad, y que eramos servidores de la Real Corona, y que eran dignos de mercedes, y no de ser por palabras afrentados. Quando aquello oyó el Obispo, le mandó echar preso, y porque le informáron que habia sacado

de Medellin tres años habia una muger que se decia María Rodriguez, y la llevó á las Indias. Por manera que todos nuestros servicios, y los presentes de oro estaban del arte que aquí he dicho: y acordáron nuestros Embaxadores de callar hasta su tiempo é lugar. Y el Obispo escribió á su Magestad á Flandes en favor de su privado é amigo Diego Velazquez, y muy malas palabras contra Hernando Cortés, y contra todos nosotros, mas no hizo relacion de ninguna manera de las cartas que le enviábamos, salvo que se habia alzado Hernando Cortés al Diego Velazquez, y otras cosas que dixo. Volvamos á decir del Alonso Hernandez Puertocarrero, y del Francisco de Montejo, y aun de Martin Cortés padre del mismo Cortés, y de un Licenciado Nuñez Relator del Real Consejo de su Magestad, y cercano pariente del Cortés, que hacian por él, acordáron de enviar mensageros á Flandes con otras cartas como las que diéron al Obispo de Burgos, porque iban duplicadas las que enviamos con los Procuradores, y escribiéron á su Magestad todo lo que pasaba, é la memoria de las joyas de oro del presente, y dando quejas del Obispo, y descubriendo sus tratos que tenia con el Diego Velasquez; y aun otros Caballeros les favoreciéron, que no estaban muy bien con el Don Juan Rodriguez de Fonseca, porque segun decian, era mal quisto, por muchas demasías y soberbias que mostraba con los grandes

cargos que tenia: y como nuestros grandes servicios eran por Dios nuestro Señor, y por su Magestad, y siempre poniamos nuestras fuerzas en ello, quiso Dios que su Magestad lo alcanzó á saber muy claramente: y como lo vió y entendió, fué tanto el contentamiento que mostró, y los Duques, Marqueses, y Condes, y otros Caballeros que estaban en su Real Corte, que en otra cosa no hablaban por algunos dias sino de Cortés, y de todos nosotros los que le ayudamos en las conquistas, y de las riquezas que destas partes le enviamos: y así por esto, como por las cartas glosadas que sobre ello le escribió el Obispo de Burgos, desque vió su Magestad que todo era al contrario de la verdad, desde allí adelante le tuvo mala voluntad al Obispo, especialmente que no envió todas las piezas de oro, é se quedó con gran parte dellas. Todo lo qual alcanzó á saber el mismo Obispo, que se lo escribiéron desde Flandes; de lo qual recibió muy grande enojo: y si de ántes que fuesen nuestras cartas ante su Magestad el Obispo decia muchos males de Cortés y de todos nosotros, de allí adelante á boca llena nos llamaba traidores: mas quiso Dios que perdió la furia y braveza, que desde ahí á dos años fué recusado, y aun quedó corrido y afrentado: y nosotros quedamos por muy leales servidores, como adelante diré de que venga á coyuntura: y escribió su Magestad, que presto vendria á Castilla, y entenderia

en lo que nos conviniese, é nos haria mercedes. Y porque adelante lo diré muy por extenso cómo y de qué manera pasó, se quedará aquí así, y nuestros Procuradores aguardando la venida de su Magestad. Y ántes que mas pase adelante, quiero decir por lo que me han preguntado ciertos caballeros muy curiosos, y aun tienen razon de lo saber, ¿ que cómo puedo yo escribir en esta relacion lo que no vi, pues estaba en aquella sazon en las conquistas de la Nueva España quando los Procuradores diéron las cartas, recaudos, y presente de oro que llevaban para su Magestad, y tuviéron aquellas contiendas con el Obispo de Burgos ? A esto digo, que nuestros Procuradores nos escribian á los verdaderos Conquistadores lo que pasaba, así lo del Obispo de Burgos, como lo que su Magestad fué servido mandar en nuestro favor, letra por letra en capítulos, y de qué manera pasaba ; y Cortés nos enviaba otras cartas que recibia de nuestros Procuradores, á las villas donde viviamos en aquella sazon, para que viésemos quán bien negociábamos con su Magestad, y qué grande contrario teniamos en el Obispo de Burgos. Y esto doy por descargo de lo que me preguntaban aquellos Caballeros que dicho tengo. Dexemos esto, y digamos en otro capítulo lo que en nuestro Real pasó.

CAPITULO LVII.

Como despues partieron nuestros Embaxadores para su Magestad con todo el oro y cartas, y relaciones de lo que en el Real se hizo, y la justicia que Cortés mandó hacer.

Desde á quatro dias que partiéron nuestros Procuradores para ir ante el Emperador nuestro Señor, como dicho habemos, y los corazones de los hombres son de muchas calidades é pensamientos, parece ser que unos amigos y criados del Diego Velazquez, que se decian Pedro Escudero, y un Juan Cermeño, y un Gonzalo de Umbria, Piloto, y Bernaldino de Coria, vecino que fué despues de Chiapa, padre de un hulano Centene, y un clérigo que se decia Juan Diaz, y ciertos hombres de la mar, que se decian Peñates naturales de Gibraleon, estaban mal con Cortés; los unos, porque no les dió licencia para se volver á Cuba, como se la habian prometido, y otros, porque no les dió parte del oro que enviamos á Castilla: los Peñates, porque los azotó en Cuzumel, como ya otra vez tengo dicho, quando hurtáron los tocinos á un soldado que se decia Barrio; acordáron todos de tomar un navío de poco porte, é irse con él á Cuba á dar mandado al Diego Velazquez, para avisalle como en la Habana podian tomar en la

estancia de Francisco de Montejo á nuestros Procuradores con el oro y recaudos, que segun pareció, de otras personas principales que estaban en nuestro Real, fuéron aconsejados que fuesen á aquella estancia que he dicho; y aun escribiéron para que el Diego Velazquez tuviese tiempo de habellos a las manos. Por manera que las personas que he dicho, ya tenian metido matalotage, que era pan cazabe, aceyte, pescado, y agua, y otras pobrezas de lo que podian haber: é ya que se iban á embarcar, y era á mas de media noche, el uno déllos, que era el Bernardino de Coria, parece ser se arrepintió de se volver á Cuba, y lo fué á hacer saber á Cortés. E cómo lo supo, é de qué manera, y quántos, é por qué causas se querian ir, y quiénes fuéron en los consejos y tramas para ello, les mandó luego sacar las velas, aguja, y timon del navío, y los mandó echar presos, y les tomó sus confesiones, y confesáron la verdad, y condenáron á otros que estaban con nosotros, que se disimuló por el tiempo, que no permitia otra cosa; y por sentencia que dió mandó ahorcar al Pedro Escudero y á Juan Cermeño, y á cortar los pies al Piloto Gonzalo de Umbría, y azotar á los marineros Peñates, á cada ducientos azotes; y al Padre Juan Diaz si no fuera de Misa, tambien lo castigara, mas metióle harto temor. Acuérdome, que quando Cortés firmó aquella sentencia, dixo con grandes suspiros y

sentimiento : ¡O quién no supiera escribir, para no firmar muertes de hombres! Y paréceme que aqueste dicho es muy comun entre los Jueces que sentencian algunas personas á muerte, que lo tomáron de aquel cruel Neron en el tiempo que dió muestras de buen Emperador: y así como se hubo executado la sentencia, se fué Cortés luego á matacaballo á Cempoal, que es cinco leguas de la villa, y nos mandó, que luego fuésemos tras él ducientos soldados, y todos los de á caballo : y acuérdome que Pedro de Alvarado, que habia tres dias que le habia enviado Cortés con otros ducientos soldados por los pueblos de la sierra, porque tuviesen que comer; porque en nuestra villa pasábamos mucha necesidad de bastimentos, y le mandó que se fuese á Cempoal, para que allí diéramos órden de nuestro viage á México. Por manera que el Pedro de Alvarado no se halló presente quando se hizo la justicia que dicho tengo. Y quando nos vimos juntos en Cempoal, la órden que se dió en todo, diré adelante.

CAPITULO LVIII.

Como acordamos de ir á México, y ántes que partiésemos, dar con todos los navíos al través, y lo que mas pasó; y esto de dar con los navios al través fué por consejo é acuerdo de todos nosotros, los que eramos amigos de Cortés.

Estando en Cempoal, como dicho tengo, platicando con Cortés en las cosas de la guerra, y camino para adelante, de plática en plática le aconsejamos los que eramos sus amigos, que no dexase navío en el puerto ninguno, sino que luego diese al través con todos, y no quedasen ocasiones, porque entretanto que estábamos la tierra adentro, no se alzasen otras personas como los pasados: y demas destos, que teniamos mucha ayuda de los maestres, pilotos, y marineros, que serian al pie de cien personas, y que mejor nos ayudarian á pelear y guerrear, que no estando en el puerto: y segun ví y entendí, esta plática de dar con los navíos al través, que allí le propusimos, el mismo Cortés lo tenia ya concertado, sino que quiso que saliese de nosotros; porque si algo le demandasen que pagase los navíos, que era por nuestro consejo, y todos fuésemos en los pagar. Y luego mandó á un Juan de Escalante, que era Alguacil mayor y persona de mucho valor, y gran amigo de Cortés, y enemigo de Diego Velazquez, porque en

la isla de Cuba no le dió buenos Indios, que luego fuese á la villa, y que de todos los navíos se sacasen todas las anclas, cables, velas, y lo que dentro tenian, de que se pudiesen aprovechar, y que diese con todos ellos al través, que no quedasen mas de los bateles; é que los pilotos, é maestres viejos, y marineros, que no eran buenos para ir á la guerra, que se quedasen en la villa, y con dos chinchorros que tuviesen cargo de pescar, que en aquel puerto siempre habia pescado, aunque no mucho: y el Juan de Escalante lo hizo segun y de la manera que le fué mandado; y luego se vino á Cempoal con una Capitanía de hombres de la mar, que fuéron los que sacáron de los navíos, y saliéron algunos dellos muy buenos soldados. Pues hecho esto, mandó Cortés llamar á todos los Caciques de la serrania de los pueblos nuestros confederados, y rebelados al gran Montezuma, y les dixo como habian de servir á los que quedaban en la villa Rica, é acabar de hacer la Iglesia, fortaleza, y casas: y allí delante dellos tomó Cortés por la mano al Juan de Escalante: y les dixo: este es mi hermano, y que lo que les mandase que lo hiciesen: é que si hubiesen menester favor é ayuda contra algunos Indios Mexicanos, que á él ocurriesen; que él iria en persona á les ayudar. Y todos los Caciques se ofreciéron de buena voluntad de hacer lo que les mandase: é acuérdome que luego le zahumáron al Juan

de Escalante con sus inciensos, aunque no quiso. Ya he dicho era persona muy bastante para qualquier cargo, y amigo de Cortés, y con aquella confianza le puso en aquella villa y puerto por Capitan, para si algo enviase Diego Velazquez que hubiese resistencia. Dexallohe aquí, y diré lo que pasó. Aquí es donde dice el Coronista Gomara que mandó Cortés barrenar los navíos: y tambien dice el mismo, que Cortés no osaba publicar á los soldados que queria ir á México en busca del gran Montezuma. Pues de que condicion somos los Españoles para no ir adelante, y estarnos en partes que no tengamos provecho é guerras. Tambien dice el mismo Gomara, que Pedro de Ircio quedó por Capitan en la Vera-Cruz; no le informáron bien. Digo, que Juan de Escalante fué el que quedó por Capitan y Alguacil mayor de la Nueva España, que aun al Pedro de Ircio no le habian dado cargo ninguno, ni aun de quadrillero, ni era para ello, ni es justo dar á nadie lo que no tuvo, ni quitarlo á quien lo tuvo.

CAPITULO LIX.

De un razonamiento que Cortés nos hizo, despues de haber dado con los navíos al través, y como aprestamos nuestra ida para México.

Despues de haber dado con los navíos al través á ojos vistas, y no como lo dice el Coronista Gomara, una mañana despues de haber oido Misa, estando que estábamos todos los Capitanes y soldados juntos hablando con Cortés en cosa de la guerra, dixo, que nos pedia por merced que le oyésemos, y propuso un razonamiento desta manera: que ya habiamos entendido la jornada á que íbamos, y mediante nuestro Señor Jesu-Christo habiamos de vencer todas las batallas y reencuentros, y que habiamos de estar tan prestos para ello como convenia; porque en qualquier parte que fuésemos desbaratados (lo qual Dios no permitiese) no podriamos alzar cabeza, por ser muy pocos, y que no teniamos otro socorro ni ayuda sino el de Dios; porque ya no teniamos navíos para ir á Cuba, salvo nuestro buen pelear y corazones fuertes; y sobre ello dixo otras muchas comparaciones de hechos heróicos de los Romanos. Y todos á una le respondimos, que hariamos lo que ordenase, que echada estaba la suerte de la buena, ó mala ventura, como dixo Julio César sobre el Rubicon, pues eran

todos nuestros servicios para servir á Dios y á su Magestad. Y despues deste razonamiento, que fué muy bueno, cierto, con otras palabras mas melosas y eloqüencia que yo aquí las digo, luego mandó llamar al Cacique Gordo, y le tornó á traer á la memoria, que tuviese muy reverenciada y limpia la Iglesia y Cruz: é demas desto, le dixo, que él se queria partir luego para México á mandar á Montezuma, que no robe, ni sacrifique; é que ha menester ducientos Indios tamemes para llevar el artillería, que ya he dicho otra vez que llevan dos arrobas á cuestas, é andan con ellas cinco leguas: y tambien les demandó cincuenta principales hombres de guerra, que fuesen con nosotros. Estando desta manera para partir, vino de la Villa Rica un soldado con una carta del Juan de Escalante, que ya le habia mandado otra vez Cortés, que fuese á la villa para que le enviase otros soldados: y lo que en la carta decia el Escalante, era, que andaba un navío por la costa, y que le habia hecho ahumadas, y otras grandes señas; y habia puesto unas mantas blancas por banderas, y que cabalgó á caballo, con una capa de grana colorada, porque lo viesen los del navío, y que le pareció á él, que bien viéron las señas, banderas, caballo, y capa, y no quisiéron venir al puerto; y que luego envió Españoles á ver en qué parage iba, y le truxéron respuesta, que tres leguas de allí estaba surto cerca de una

boca de un rio, y que se lo hace saber, para ver lo que manda. Y como Cortés vió la carta, mandó luego á Pedro de Alvarado, que tuviese cargo de todo el exército que estaba allí en Cempoal, y juntamente con él á Gonzalo de Sandoval, que ya daba muestras de varon muy esforzado, como siempre lo fué. Este fué el primer cargo que tuvo el Sandoval; y aun sobre que le dió entónces aquel cargo, que fué el primero, y se lo dexó de dar á Alonso de Avila, tuviéron ciertas cosquillas el Alonso de Avila, y el Sandoval. Volvamos á nuestro cuento, y es, que luego Cortés cabalgó con quatro de á caballo, que le acompañaron, y mandó que le siguiésemos cincuenta soldados de los mas sueltos, porque Cortés nos nombró los que habiamos de ir con él; y aquella noche llegamos á la Villa Rica. Y lo que allí pasamos diré adelante.

CAPITULO LX.

Como Cortés fué adonde estaba surto el navío, y prendimos seis soldados y marineros que del navío huyeron, y lo que sobre ello pasó.

Así como llegamos á la Villa Rica, como dicho tengo, vino Juan de Escalante á hablar á Cortés y le dixo que seria bien ir luego aquella noche al navío, por ventura no alzase velas y

se fuese, y que reposase el Cortés, que él iria con veinte soldados. Y Cortés dixo, que no podia reposar, que cabra coxa no tenga siesta, que él queria ir en persona con los soldados que consigo traia; y ántes que bocado comiésemos comenzamos á caminar la costa adelante, y topamos en el camino á quatro Españoles, que venian á tomar posesion en aquella tierra por Francisco de Garay, Gobernador de Jamayca, los quales enviaba un Capitan que estaba poblando de pocos dias habia en el rio de Panuco, que se llamaba Alonso Alvarez de Pineda ó Pinedo; y los quatro Españoles que tomamos se decian Guillen de la Loa, este venia por Escribano, y los testigos que traia para tomar la posesion se decian Andres Nuñez, y era carpintero de ribera; y el otro se decia Maestre Pedro el de la Arpa, y era Valenciano: el otro no me acuerdo el nombre. Y como Cortés hubo bien entendido como venian á tomar posesion en nombre de Francisco de Garay, é supo que quedaba en Jamayca, y enviaba Capitanes, preguntóles Cortés, que por qué título, ó por qué via venian aquellos Capitanes? Respondiéron los quatro hombres, que en el año de mil y quinientos y diez y ocho, como habia fama en todas las Islas de las tierras que descubrimos quando lo de Francisco Hernandez de Córdova, y Juan de Grijalva, y llevamos á Cuba los veinte mil pesos de oro á Diego Velazquez, que entónces

tuvo relacion el Garay del Piloto Anton de Alaminos, y otro Piloto que habiamos traido con nosotros, que podia pedir á su Magestad desde el rio de San Pedro y San Pablo por la banda del Norte todo lo que descubriese: y como el Garay tenia en la Corte quien le favoreciese, con el favor que esperaba, envió un Mayordomo suyo, que se decia Torralva, á lo negociar, y truxo provisiones para que fuese Adelantado y Gobernador desde el rio de San Pedro y San Pablo, y todo lo que descubriese: y por aquellas provisiones envió luego tres navíos con hasta ducientos y setenta soldados con bastimentos, y caballos, con el Capitan por mí nombrado, que se decia Alonso de Alvarez Pineda, ó Pinedo, y que estaba poblando en un rio que se dice Panuco, obra de setenta leguas de allí, y que ellos hiciéron lo que su Capitan les mandó, y que no tienen culpa. Y como lo hubo entendido Cortés, con palabras amorosas los halagó, y les dixo, que si podriamos tomar aquel navío, y el Guillen de la Loa, que era el mas principal de los quatro hombres, dixo, que capearian, y harian lo que pudiesen, y por bien que los llamáron, y capeáron, ni por señas que les hiciéron no quisiéron venir: porque segun dixéron aquellos hombres, su Capitan les mandó, que mirasen que los soldados de Cortés no topasen con ellos, porque tenian noticia que estábamos en aquella tierra: y quando vimos que no venia el batel,

bien entendimos que desde el navío nos habian visto venir por la costa adelante, y que si no era con maña no volverian con el batel á aquella tierra: é rogóles Cortés, que se desnudasen aquellos quatro hombres sus vestidos para que se los vistiesen otros quatro hombres de los nuestros, y así lo hiciéron: y luego nos volvimos por la costa adelante por donde habiamos venido, para que nos viesen volver desde el navío, para que creyesen los del navío, que de hecho nos volvimos, y quedábamos los quatro de nuestros soldados vestidos los vestidos de los otros quatro: y estuvimos con Cortés en el monte escondidos, hasta mas de media noche que hiciese escuro, para volvernos enfrente del riachuelo, y muy escondidos, que no pareciamos otros, sino los quatro soldados de los nuestros: y como amaneció, comenzáron á capear los quatro soldados, y luego viniéron en el batel seis marineros, y los dos saltáron en tierra con unas dos botijas de agua, y entónces aguardamos los que estábamos con Cortés escondidos que saltasen los demas marineros, y no quisiéron saltar en tierra, y los quatro de los nuestros que tenian vestidas las ropas de los otros de Garay, hacian que estaban lavando las manos, y escondiendo las caras, y decian los del batel: veníos a embarcar, ¿qué haceis? ¿por qué no venís? y entónces respondió uno de los nuestros: saltá en tierra, vereis aquí un poco: y como

desconociéron la voz, se volviéron con su batel, y por mas que los llamáron no quisiéron responder, y queriamosles tirar con las escopetas, y ballestas, y Cortés dixo, que no se hiciese tal, que se fuesen con Dios á dar mandado á su Capitan: por manera que se hubiéron de aquel navío seis soldados, los quatro hubimos primero, y dos marineros que saltáron en tierra; y así volvimos á Villa Rica, y todo esto sin comer cosa ninguna: y esto es lo que se hizo, y no lo que escribe el Coronista Gomara: porque dice que vino Garay en aquel tiempo, y engañóse, que primero que viniese, envió tres Capitanes con navíos: los quales diré adelante en qué tiempo viniéron, é qué se hizo dellos: y tambien en el tiempo que vino Garay, y pasemos adelante, é diremos, como acordamos de ir á México.

CAPITULO LXI.

Como ordenamos de ir á la ciudad de México, y por consejo del Cacique fuimos por Tlascala, y de lo que nos acaeció, así de rencuentros de guerra, como de otras cosas.

Despues de bien considerada la partida para México, tomamos consejo sobre el camino que habiamos de llevar, y fué acordado por los principales de Cempoal, que el mejor, y mas conveniente era por la Provincia de Tlascala, porque

eran sus amigos, y mortales enemigos de Mexicanos; é ya tenian aparejados quarenta principales, y todos hombres de guerra, que fuéron con nosotros, y nos ayudáron mucho en aquella jornada, y mas nos diéron docientos tamemes para llevar el artillería, que para nosotros los pobres soldados no habiamos menester ninguno, porque en aquel tiempo no teniamos que llevar, porque nuestras armas, así lanzas, como escopetas, y ballestas, y rodelas, y todo otro género dellas, con ellas durmiamos, y caminábamos, y calzados nuestros alpargates, que era nuestro calzado : y como he dicho, siempre muy apercebidos para pelear : y partimos de Cempoal de mediado el mes de Agosto de mil y quinientos y diez y nueve años, y siempre con muy buena órden, y los corredores del campo, y ciertos soldados muy sueltos delante : y la primera jornada fuimos á un pueblo, que se dice Xalapa, y desde allí á Socochima, y estaba muy fuerte, y mala entrada, y en él habia muchas parras de uvas de la tierra : y en estos pueblos se les dixo con Doña Marina, y Gerónimo de Aguilar nuestras lenguas, todas las cosas tocantes á nuestra santa fe, y como eramos vasallos del Emperador Don Cárlos, é que nos envió para quitar que no haya mas sacrificios de hombres, ni se robasen unos á otros : y se les declaró muchas cosas que se les convenia decir : y como eran amigos de Cempoal, y no tributaban á Montezuma, hallá-

bamos en ellos muy buena voluntad, y nos daban de comer, y se puso en cada pueblo una Cruz, y se les declaró lo que significaba, é que la tuviesen en mucha reverencia : y desde Socochima pasamos unas altas sierras y puerto, y llegamos á otro pueblo que se dice Texutla: y tambien hallamos en ellos buena voluntad, porque tampoco daban tributo como los demas . y desde aquel pueblo acabamos de subir todas las sierras, y entramos en el despoblado donde hacia muy gran frio y granizo aquella noche, donde tuvimos falta de comida, y venia un viento de la sierra nevada, que estaba á un lado, que nos hacia temblar de frio, porque como habiamos venido de la isla de Cuba, y de la Villa Rica, y toda aquella costa es muy calurosa, y entramos en tierra fria, y no teniamos con que nos abrigar, sino con nuestras armas, sentiamos las heladas, como no eramos acostumbrados al frio: y desde allí pasamos á otro puerto donde hallamos unas caserías, y grandes adoratorios de ídolos, que ya he dicho, que se dicen Cues, y tenian grandes rimeros de leña, para el servicio de los ídolos, que estaban en aquellos adoratorios: y tampoco tuvimos que comer, y hacia recio frio: y desde allí entramos en tierra de un pueblo que se decia Cocotlan, y enviamos dos Indios de Cempoal á decille al Cacique, como íbamos, que tuviesen por bien nuestra llegada á sus casas, y era sujeto este pueblo á Mé-

xico, y siempre camínábamos muy apercebidos, y con gran concierto, porque viamos que ya era otra manera de tierra : y quando vimos blanquear muchas azuteas, y las casas del Cacique, y los Cues, y adoratorios, que eran muy altos, y encalados, parecian muy bien, como algunos pueblos de nuestra España, y pusímosle nombre Castilblanco, porque dixéron unos soldados Portugueses, que parecia á la villa de Casteloblanco de Portugal, y así se llama ahora: y como supiéron en aquel pueblo, por mí nombrado, por los mensageros que enviábamos, como íbamos, salió el Cacique á recebirnos con otros principales junto á sus casas : el qual Cacique se llamaba Olintecle, y nos lleváron á unos aposentos, y nos diéron de comer poca cosa, y de mala voluntad : y despues que hubimos comido, Cortés les preguntó con nuestras lenguas de las cosas de su Señor Montezuma, y dixo de sus grandes poderes de guerreros que tenia en todas las Provincias sujetas, sin otros muchos exércitos, que tenia en las fronteras, y Provincias comarcanas: y luego dixo de la gran fortaleza de México, y como estaban fundadas las casas sobre agua, y que de una casa á otra no se podia pasar, sino por puentes que tenian hechas, y en canoas, y las casas todas de azuteas, y en cada azutea si querian poner mamparos, eran fortalezas, y que para entrar dentro en la Ciudad, que habia tres calzadas, y en cada calzada

quatro ó cinco aberturas por donde se pasaba el agua de una parte á otra; y en cada una de aquellas aberturas habia una puente, y con alzar qualquiera dellas, que son hechas de madera, no pueden entrar en México, y luego dixo, del mucho oro, y plata, y piedras chalchivis, y riquezas que tenia Montezuma su Señor, que nunca acababa de decir otras muchas cosas, de quan gran Señor era, que Cortés, y todos nosotros estábamos admirados de lo oir: y con todo quanto contaban de su gran fortaleza, y puentes, como somos de tal calidad los soldados Españoles, quisiéramos ya estar probando ventura: y aunque nos parecia cosa imposible, segun lo señalaba y decia el Olintecle. Y verdaderamente era México muy mas fuerte, y tenia mayores pertrechos de albarradas, que todo lo que decia; porque una cosa es haberlo visto de la manera y fuerzas que tenia, y no como lo escribo. Y dixo, que era tan gran Señor Montezuma, que todo lo que queria señoreaba, y que no sabia si seria contento quando supiese nuestra estada allí en aquel pueblo, por nos haber aposentado, y dado de comer sin su licencia: y Cortés le dixo con nuestras lenguas: pues hagoos saber, que nosotros venimos de lejas tierras por mandado de nuestro Rey y Señor, que es el Emperador Don Carlós de quien son vasallos muchos y grandes Señores, y envia á mandar á ese vuestro gran Montezuma, que no sacrifique, ni mate ningunos

Indios, ni robe sus vasallos, ni tome ningunas tierras: y para que dé la obediencia á nuestro Rey y Señor: y ahora lo digo así mismo á vos Olintecle, y á todos los mas Caciques que aquí estais, que dexeis vuestros sacrificios, y no comais carnes de vuestros próximos, ni hagais sodomías, ni las cosas feas que soleis hacer, porque así lo manda nuestro Señor Dios, que es el que adoramos y creemos, y nos da la vida y la muerte, y nos ha de llevar á los cielos; y se les declaró otras muchas cosas tocantes á nuestra santa fe, y ellos á todo callaban. Y dixo Cortés á los soldados que allí nos hallamos: paréceme, Señores, que ya que no podemos hacer otra cosa, que se ponga una Cruz: y respondió el P. Fr. Bartolomé de Olmedo: Paréceme, Señor, que en estos pueblos no es tiempo para dexalles Cruz en su poder, porque son algo desvergonzados, y sin temor, y como son vasallos de Montezuma no la quemen, ó hagan alguna cosa mala: y esto que se les dixo basta, hasta que tengan mas conocimiento de nuestra santa fe: y así se quedó sin poner la Cruz. Dexemos esto, y de las santas amonestaciones que les haciamos, y digamos, que como llevábamos un lebrel de muy gran cuerpo, que era de Francisco de Lugo, y ladraba mucho de noche, parece ser preguntaban aquellos Caciques del pueblo á los amigos que traiamos de Cempoal, que si era tigre, ó leon, ó cosa con que mataban los Indios, y res-

pondiéron ; traenle para que quando alguno los enoja los mate. Y tambien les preguntáron, que aquellas bombardas que traiamos, que haciamos con ellas, y respondiéron, que con unas piedras que metiamos dentro dellas matábamos á quien queriamos, y que los caballos corrian como venados, y alcanzábamos con ellos á quien les mandábamos : y dixo el Olintecle, y los demas principales : luego desa manera Teules deben de ser. Ya he dicho otras veces, que á los idolos, ó sus Dioses, ó cosas malas, llamaban Teules, y respondiéron nuestros amigos : ¿pues como ahora lo veis? mirad que no hagais cosa con que los enojeis, que luego lo sabrán, que saben lo que teneis en el pensamiento, porque estos Teules son los que prendiéron á los recaudadores del vuestro gran Montezuma, y mandáron que no les diesen mas tributo en todas las sierras, ni en nuestro pueblo de Cempoal, y estos son los que nos derrocáron de nuestros Templos nuestros Teules, y pusiéron los suyos, y han vencido los de Tabasco, y Cingapacinga. Y demas desto, ya habreis visto como el gran Montezuma aunque tiene tantos poderes, les envia oro, y mantas, y ahora han venido á este vuestro pueblo, y veo que no les dais nada ; andad presto, y traedles algun presente. Por manera, que traiamos con nosotros buenos echacuervos, porque luego truxéron quatro pinjantes, y tres collares, y unas lagartijas, aunque era de oro,

todo muy baxo: y mas truxéron quatro Indias que eran buenas para moler pan, y una carga de mantas. Cortés las recibió con alegre voluntad, y con grandes ofrecimientos. Acuérdome, que tenian en una plaza, adonde estaban unos Adoratorios, puestos tantos rimeros de calaveras de muertos, que se podian bien contar, segun el concierto con que estaban puestas, que me parece que eran mas de cien mil, y digo otra vez sobre cien mil: y en otra parte de la plaza estaban otros tantos rimeros de zancarrones, y huesos de muertos que no se podian contar, y tenian en unas vigas muchas cabezas colgadas de una parte á otra, y estaban guardando aquellos huesos y calaveras tres Papas, que segun entendimos, tenian cargo dellos; de lo cual tuvimos que mirar mas despues que entramos mas la tierra adentro, y en todos los pueblos estaban de aquella manera, é tambien en lo de Tlascala. Pasado todo esto que aquí he dicho, acordamos de ir nuestro camino por Tlascala, porque decian nuestros amigos estaba muy cerca, y que los términos estaban allí junto donde tenian puestos por señales unos mojones; y sobre ello se preguntó al Cacique Olintecle, que quál era mejor camino, y mas llano para ir á México, y dixo, que por un pueblo muy grande, que se decia Choulula, y los de Cempoal dixéron á Cortés: Señor, no vais por Choulula, que son muy traidores, y tiene allí siempre Montezuma sus

guarniciones de guerra, y que fuésemos por Tlascala, que eran sus amigos, y enemigos de Mexicanos: y así acordamos de tomar el consejo de los de Cempoal, que Dios lo encaminaba todo, y Cortés demandó luego al Olintecle veinte hombres principales guerreros que fuesen con nosotros, y luego nos los diéron: y otro dia de mañana fuimos camino de Tlascala, y llegamos á un pueblezuelo, que era de los de Xalacingo: y de allí enviamos por mensageros dos Indios de los principales de Cempoal de los Indios, que solian decir muchos bienes y loas de los Tlascaltecas, y que eran sus amigos, y les enviamos una carta, puesto que sabiamos que no lo entenderian, y tambien un chapeo de los vedijudos colorados de Flandes, que entónces se usaban: y lo que se hizo diremos adelante.

CAPITULO LXII.

Como se determinó que fuésemos por Tlascala, y les enviamos mensageros, para que tuviesen por bien nuestra ida por su tierra, y como prendiéron á los mensageros, y lo que mas se hizo.

Como salimos de Castilblanco, y fuimos por nuestro camino los corredores del campo siempre delante, y muy apercebidos, en gran concierto los escopeteros y ballesteros, como convenia, ,y los de á caballo mucho mejor, y

siempre nuestras armas vestidas, como lo teniamos de costumbre, dexemos esto, no sé para qué gasto mas palabras sobre ello, sino que estábamos tan apercebidos, así de dia, como de noche, que si diesen al arma diez veces, en aquel punto nos hallaran muy puestos, calzados nuestros alpargates, y las espadas, y rodelas, y lanzas, puesto todo muy á mano: y con aquesta órden llegamos á un pueblezuelo de Xalacingo, y allí nos diéron un collar de oro, y unas mantas, y dos Indias, y desde aquel pueblo enviamos dos mensageros principales de los de Cempoal á Tlascala con una carta, y con un chapeo vedejudo de Flandes colorado, que se usaban entónces : y puesto que la carta bien entendimos que no la sabrian leer, sino que como viesen el papel diferenciado de lo suyo, conocerian que era de mensagería; y lo que les enviamos á decir con los mensageros, como íbamos á su pueblo, y que lo tuviesen por bien, que no les íbamos á hacer enojo, sino tenellos por amigos: y esto fué porque en aquel pueblezuelo nos certificáron, que toda Tlascala estaba puesta en armas contra nosotros, porque segun pareció, ya tenian noticia como íbamos, y que llevábamos con nosotros muchos amigos, así de Cempoal, como los de Zocotlan, y de otros pueblos por donde habiamos pasado, y todos solian dar tributo á Montezuma, tuviéron por cierto que íbamos contra ellos, porque les tenian por enemi-

gos: y como otras veces los Mexicanos con mañas y cautelas los entraban en la tierra, y se la saqueaban, así creyéron querian hacer ahora: por manera, que luego como llegáron los dos nuestros mensageros con la carta y el chapeo, y comenzáron á decir su embaxada, los mandáron prender sin ser mas oidos; y estuvimos aguardando respuesta aquel dia y otro, y como no venian, despues de haber hablado Cortés á los principales de aquel pueblo, y dicho las cosas que convenian decir acerca de nuestra santa fe, y como eramos vasallos de nuestro Rey y Señor, que nos envió á estas partes, para quitar que no sacrifiquen, y no maten hombres, ni coman carne humana, ni hagan las torpedades que suelen hacer; y les dixo otras muchas cosas, que en los mas pueblos por donde pasábamos les soliamos decir, y despues de muchos ofrecimientos que les hizo que les ayudaria, les demandó veinte Indios de guerra, que fuesen con nosotros, y ellos nos los diéron de buena voluntad, y con la buena ventura, encomendándonos á Dios partimos otro dia para Tlascala, é yendo por nuestro camino con el concierto que ya he dicho, vienen nuestros mensageros que tenian presos, que parece ser como andaban revueltos en la guerra los Indios que los tenian á cargo y guarda, se descuidáron, y de hecho como eran amigos los soltáron de las prisiones, y viniéron tan

medrosos de lo que habian visto, é oido, que no lo acertaban á decir: porque segun dixéron quando estaban presos, los amenazaban, y decian: Ahora hemos de matar á esos que llamais Teules, y comer sus carnes, y veremos si son tan esforzados, como publicais, y tambien comeremos vuestras carnes, pues venis con traiciones, y con embustes de aquel traidor de Montezuma: y por mas que les decian los mensageros, que eramos contra los Mexicanos, que á todos los Tlascaltecas los teniamos por hermanos, no aprovechaban nada sus razones: y quando Cortes, y todos nosotros entendimos aquellas soberbias palabras, y como estaban de guerra, puesto nos dió bien que pensar en ello, diximos todos: pues que así es, adelante en buen hora: encomendándonos á Dios, y nuestra vandera tendida, que llevaba el Alferez Corral: porque ciertamente nos certificáron los Indios del pueblezuelo donde dormimos, que habian de salir al camino á nos defender la entrada en Tlascala: y asimismo nos lo dixéron los de Cempoal, como dicho tengo. Pues yendo desta manera que he dicho, siempre íbamos hablando como habian de entrar y salir de á caballo á media rienda, y las lanzas algo terciadas, y de tres en tres, porque se ayudasen: é que quando rompiésemos por los esquadrones, que llevasen las lanzas por las caras, y no parasen á dar lanzadas, porque no les echasen mano dellas: y que

si acaeciese, que les echasen mano, que con toda fuerza la tuviesen, y debaxo del brazo se ayudasen; y poniendo espuelas con la furia del caballo se la tornarian á sacar, ó llevarian al Indio arrastrando. Dirán ahora, que para qué tanta diligencia sin ver contrarios guerreros que nos acometiesen. A esto respondo y digo, que decia Cortés: Mirad señores compañeros, ya veis que somos pocos, hemos de estar siempre tan apercebidos y aparejados, como si ahora viésemos venir los contrarios á pelear, y no solamente vellos venir, sino hacer cuenta que estamos ya en la batalla con ellos, y que como acaece muchas veces, que echan mano de la lanza, por eso hemos de estar avisados para el tal menester, así dello, como de otras cosas que convienen en lo militar, que ya bien he entendido, que en el pelear no tenemos necesidad de avisos, porque he conocido, que por bien que yo lo quiera decir, lo haréis muy mas animosamente: y desta manera caminamos obra de dos leguas, y hallamos una fuerza bien fuerte hecha de cal y canto, y de otro betun tan recio, que con picos de hierro era forzoso deshacerla, y hecha de tal manera, que para defensa era harto recia de tomar, y detuvímonos á mirar en ella, y preguntó Cortés á los Indios de Zocotlan, ¿que á qué fin tenian aquella fuerza hecha de aquella manera? y dixéron, que como entre su Señor Montezuma y los de Tlascala tenian guer-

ras á la contina, que los Tlascaltecas para defender mejor sus pueblos la habian hecho tan fuerte; porque ya aquella es su tierra, y reparamos un rato, y nos dió bien que pensar en ello y en la fortaleza. Y Cortés dixo: Señores, sigamos nuestra bandera, que es la señal de la santa Cruz, que con ella venceremos. Y todos á una le respondimos, que vamos mucho en buen hora, que Dios es fuerza verdadera. Y así comenzamos á caminar con el concierto que he dicho, y no muy léjos viéron nuestros corredores del campo hasta obra de treinta Indios, que estaban por espías, y tenian espadas de dos manos, rodelas, lanzas y penachos, y las espadas son de pedernales, que cortan mas que navajas, puestas de arte que no se pueden quebrar, ni quitar las navajas, y son largas como montantes, y tenian sus divisas y penachos: y como nuestros corredores del campo los viéron, volviéron á dar mandado. Y Cortés mandó á los mismos de á caballo, que corriesen tras ellos, y que procurasen tomar algunos sin heridas; y luego envió otros cinco de á caballo, porque si hubiese alguna celada, para que se ayudasen: y con todo nuestro exército dimos priesa y el paso largo, y con gran concierto, porque los amigos que teniamos nos dixéron, que ciertamente traian gran copia de guerreros en celadas: y desque los treinta Indios que estaban por espías, viéron que los de á caballo iban ácia ellos, y los llama-

ban con la mano, no quisiéron aguardar, hasta que los alcanzáron y quisiéron tomar á algunos dellos; mas defendiéronse muy bien, que con los montantes y sus lanzas hiriéron los caballos : y cuando los nuestros viéron tan bravosamente pelear, y sus caballos heridos, procuráron de hacer lo que eran obligados, y matáron cinco dellos : y estando en esto, viene muy de presto y con gran furia, un esquadron de Tlascaltecas que estaban en celada de mas de tres mil dellos, y comenzáron á flechar en todos los nuestros de á caballo, que ya estaban juntos todos, y dan una refriega : y en este instante llegamos con nuestra artillería escopetas y ballestas, y poco á poco comenzáron á volver las espaldas ; puesto que se detuviéron buen rato peleando, con buen concierto ; y en aquel rencuentro hiriéron á quatro de los nuestros, y paréceme que desde ahí á pocos dias murió el uno de las heridas : y como era tarde, se fueron los Tlascaltecas, recogiendo, y no los seguimos : y quedáron muertos hasta diez y siete dellos, sin muchos heridos : y desde aquellas sierras pasamos adelante, y era llano, y habia muchas casas de labranzas de maiz y magiales, que es de lo que hacen el vino, y dormimos cabe un arroyo : y con el unto de un Indio gordo que allí matamos, que se abrió, se curáron los heridos, que aceite no lo habia : y tuvimos muy bien de cenar de unos perrillos que ellos crian ; puesto que estaban todas las casas despobladas

y alzado el hato, y aunque los perrillos llevaban consigo, de noche se volvian á sus casas, y allí los apañábamos, que era harto buen mantenimiento: y estuvimos toda la noche muy á punto, con escuchas y buenas rondas, y corredores del campo, y los caballos ensillados y enfrenados, por temor no diesen sobre nosotros. Y quedarse ha aquí, y diré las guerras que nos diéron.

CAPITULO LXIII.

De las guerras y batallas muy peligrosas que tuvimos con los Tlascaltecas, y de lo que mas pasó.

Otro dia despues de habernos encomendado á Dios, partimos de allí, muy concertados nuestros esquadrones, y los de á caballo muy avisados de como habian de entrar rompiendo y salir; y en todo caso procurar que no nos rompiesen, ni nos apartasen unos de otros: é yendo así como dicho tengo, viénense á encontrar con nosotros dos esquadrones, que habria seis mil, con grandes gritas, atambores, y trompetas; y flechando, y tirando varas, y haciendo como fuertes guerreros. Cortés mandó, que estuviésemos quedos, y con tres prisioneros que les habiamos tomado el dia ántes, les enviamos á decir y á requerir, que no nos diesen guerra, que los queremos tener por hermanos, y dixo á uno de nuestros soldados, que se decia Diego de Godoy, que era escribano de su Magestad, mirase lo que pasaba,

y diese testimonio dello, si se hubiese menester, porque en algun tiempo no nos demandasen las muertes y daños que se recreciesen, pues les requeriamos con la paz: y como les habláron los tres prisioneros que les enviábamos, mostráronse muy mas recios, y nos daban tanta guerra, que no les podiamos sufrir. Entónces dixo Cortés, Santiago y á ellos, y de hecho arremetimos de manera, que les matamos y herimos muchas de sus gentes con los tiros, y entre ellos tres Capitanes. Y vanse retrayendo ácia unos arcabuesos, donde estaban en celada sobre mas de quarenta mil guerreros con su Capitan general, que se decia Xicotenga, y con sus divisas de blanco y colorado, porque aquella divisa y librea era de aquel Xicotenga; y como habia allí unas quebradas, no nos podiamos aprovechar de los caballos, y con mucho concierto los pasamos. Al pasar tuvimos muy gran peligro, porque se aprovechaban de su buen flechar, y con sus lanzas y montantes nos hacian mala obra, y aun las hondas y piedras como granizo eran harto malas, y como nos vimos en lo llano con los caballos y artillería, nos lo pagaban, que matábamos muchos: mas no osábamos deshacer nuestro esquadron, porque el soldado que en algo se desmandaba para seguir algunos Indios de los montantes, ó Capitanes, luego era herido, y corria gran peligro. Y andando en estas batallas nos cercan por todas partes, que no nos podiamos

valer poco ni mucho, que no osábamos arremeter á ellos, sino era todos juntos, porque no nos desconcertasen y rompiesen, y si arremetiamos, como dicho tengo, hallábamos sobre veinte esquadrones sobre nosotros, que nos resistian, y estaban nuestras vidas en mucho peligro, porque eran tantos guerreros, que á puñados de tierra nos cegaran, sino que la gran misericordia de Dios nos socorria y nos guardaba. Y andando en estas priesas, entre aquellos grandes guerreros, y sus temerosos montantes, parece ser acordáron de se juntar muchos dellos, y de mayores fuerzas para tomar á manos á algun caballo, y lo pusiéron por obra, y arremetiéron, y echan mano á una muy buena yegua, y bien revuelta de juego, y de carrera, y el Caballero que en ella iba muy buen ginete, que se decia Pedro de Moron: y como entró rompiendo con otros tres de á caballo entre los esquadrones de los contrarios, porque así les era mandado, porque se ayudasen unos á otros, échanle mano de la lanza, que no la pudo sacar, y otros le dan de cuchilladas con los montantes, y le hirieron malamente, y entónces diéron una cuchillada á la yegua, que le cortáron el pescuezo redondo, y allí quedó muerta: y si de presto no socorrieran los dos compañeros de á caballo al Pedro de Moron tambien le acabaran de matar. Pues quizá podiamos con todo nuestro esquadron ayudalle. Digo otra vez, que por temor que no nos desbaratasen,

ó acabasen de desbaratar, no podiamos ir, ni á una parte, ni á otra, que harto teniamos que sustentar no nos llevasen de vencida, que estábamos muy en peligro: y todavía acudiamos á la presa de la yegua, y tuvimos lugar de salvar al Moron: y quitársele de su poder, que ya le llevaban medio muerto, y cortamos la cincha de la yegua, porque no se quedase allí la silla: y allí en aquel socorro hiriéron diez de los nuestros: y tengo en mí, que matamos entónces quatro Capitanes, porque andábamos juntos pie con pie, y con las espadas les haciamos mucho daño; porque como aquello pasó, se comenzáron á retirar, y lleváron la yegua, la qual hiciéron pedazos, para mostrar en todos los pueblos de Tlascala: y despues supimos que habian ofrecido á sus ídolos las herraduras, y el chapeo de Flandes vedijudo, y las dos cartas que les enviamos para que viniesen de paz. La yegua que mataron, era de un Juan Sedeño; y porque en aquella sazon estaba herido el Sedeño de tres heridas del dia ántes, por esta causa se la dió al Moron, que era muy buen ginete, y murió el Moron entónces de ahí á dos dias de las heridas, porque no me acuerdo verle mas. Volvamos á nuestra batalla, que como habia bien una hora que estábamos en las rencillas peleando, y los tiros les deberian de hacer mucho mal, porque como eran muchos, andaban tan juntos, que por fuerza les habian de llevar copia dellos: pues los

de á caballo, escopetas, ballestas, espadas, rodelas, y lanzas, todos á una peleábamos como valientes soldados, por salvar nuestras vidas, y hacer lo que eramos obligados; porque ciertamente las teniamos en grande peligro, qual nunca estuviéron: y á lo que despues supimos, en aquella batalla les matamos muchos Indios, y entre ellos ocho Capitanes muy principales, hijos de los viejos Caciques que estaban en el pueblo cabecera mayor, y á esta causa se truxéron con muy buen concierto, y á nosotros que no nos pesó dello, y no los seguimos, porque no nos podiamos tener en los pies de cansados: allí nos quedamos en aquel poblezuelo, que todos aquellos campos estaban muy poblados, y aun tenian hechas otras casas debaxo de tierra como cuebas, en que vivian muchos Indios, y llamábase donde pasó esta batalla Tehuacingo ó Tehuacacingo, y fué dada en dos dias del mes de Septiembre de mil y quinientos y diez y nueve años: y desque nos vimos con vitoria, dimos muchas gracias á Dios, que nos libró de tan grandes peligros, y desde allí nos retruximos luego á unos Cues que estaban buenos y altos como en fortaleza, y con el unto del Indio que ya he dicho otras veces, se curáron nuestros soldados, que fueron quince, y murió uno de las heridas: y tambien se curáron quatro ó cinco caballos que estaban heridos, y reposamos, y cenamos muy bien aquella noche; porque tenia-

mos muchas gallinas, y perrillos que hubimos en aquellas casas, con muy buen recaudo de escuchas y rondas, y los corredores del campo, y descansamos hasta otro dia por la mañana. En aquella batalla tomamos y prendimos quince Indios, y los dos principales: y una cosa tenian los Tlascaltecas en esta batalla, y en todas las demas, que en hiriéndoles qualquiera Indio, luego lo llevaban, y no podiamos ver los muertos.

CAPITULO LXIV.

Como tuvimos nuestro Real asentado en unos pueblos y caserías, que se dicen Teoacingo ó Teuacingo, y lo que allí hicimos.

Como nos sentimos muy trabajados de las batallas pasadas, y estaban muchos soldados y caballos heridos, y teniamos necesidad de adobar las ballestas, y alistar almacen de saetas, estuvimos un dia sin hacer cosa que de contar sea: y otro dia por la mañana dixo Cortés, que seria bueno ir á correr el campo con los de á caballo, que estaban buenos para ello, porque no pensasen los Tlascaltecas que dexábamos de guerrear por la batalla pasada, y porque viesen que siempre los habiamos de seguir: y el dia pasado, como he dicho, habiamos estado sin salirlos á buscar, é que era mejor irles nosotros

á acometer, que ellos á nosotros, porque no sintiesen nuestra flaqueza, y porque aquel campo es muy llano y muy poblado. Por manera que con siete de á caballo y pocos ballesteros, y escopeteros, y obra de ducientos soldados, y con nuestros amigos, salimos, y dexamos en el Real buen recaudo, segun nuestra posibilidad, y por las casas y pueblos por donde íbamos, prendimos hasta veinte Indios é Indias, sin hacelles ningun mal; y los amigos como son crueles, quemáron muchas casas, y truxéron bien de comer gallinas y perrillos: y luego nos volvimos al Real, que era cerca, y acordó Cortés de soltar los prisioneros, y se les dió primero de comer, y Doña Marina y Aguilar los halagáron y diéron cuentas, y les dixéron, que no fuesen mas locos, é que viniesen de paz, que nosotros les queremos ayudar y tener por hermanos: y entónces tambien soltamos los dos prisioneros primeros, que eran principales, y se les dió otra carta para que fuesen á decir á los Caciques mayores, que estaban en el pueblo cabecera de todos los mas pueblos de aquella Provincia, que no les veniamos á hacer mal ni enojo, sino pasar por su tierra é ir á México á hablar á Montezuma, y los dos mensageros fuéron al Real de Xicotenga, que estaba de allí obra de dos leguas en unos pueblos y casas, que me parece que se llamaban Tecuacinpacingo: y como les diéron la carta y dixéron nuestra embajada,

la respuesta que les dió su Capitan Xicotenga el mozo, fué, que fuésemos á su pueblo adonde está su padre, que allá harian las paces con hartarse de nuestras carnes, y honrar sus dioses con nuestros corazones y sangre, é que para otro dia de mañana veriamos su respuesta, y quando Cortés y todos nosotros oimos aquellas tan soberbias palabras, como estábamos ostigados de las pasadas batallas é encuentros, verdaderamente no lo tuvimos por bueno, y á aquellos mensageros alhagó Cortés con blandas palabras, porque les pareció que habian perdido el miedo, y les mandó dar unos sartalejos de cuentas, y esto para tornalles á enviar por mensageros sobre la paz. Entónces se informó muy por extenso, cómo y de qué manera estaba el Capitan Xicotenga, y qué poderes tenia consigo; y les dixéron que tenia muy mas gente que la otra vez quando nos dió guerra, porque traia cinco Capitanes consigo, y que cada Capitanía traia diez mil guerreros. Fué desta manera que lo contaba, que de la parcialidad de Xicotenga, que ya no habia del viejo padre del mismo Capitan, sino diez mil, y de la parte de otro gran Cacique, que se decia Mase Escaci otros diez mil, y de otro gran principal, que se decia Chichimeca Tecle, otros tantos, y de otro gran Cacique Señor de Topeyanco, que se decia Tecapaneca otros diez mil, é de otro Cacique, que se decia Guaxobcin, otros diez mil: por mane-

ra que eran á la cuenta cincuenta mil, y que habian de sacar su vandera y seña, que era un ave blanca tendidas las alas, como que queria volar, que parece como avestruz, y cada Capitan con su divisa y librea: porque cada Cacique así las tenia diferenciadas. Digamos ahora como en nuestra Castilla tienen los Duques y Condes: y todo esto que aquí he dicho tuvímoslo por muy cierto; porque ciertos Indios de los que tuvimos presos que soltamos aquel dia, lo decian muy claramente, aunque no eran creidos. Y quando aquello vimos, como somos hombres, y temiamos la muerte, muchos de nosotros, y aun todos los mas nos confesamos con el Padre de la Merced, y con el clérigo Juan Diaz, que toda la noche estuviéron en oir de penitencia, y encomendándonos á Dios, que nos librase no fuésemos vencidos: y desta manera pasamos hasta otro dia: y la batalla que nos diéron aquí lo diré.

CAPITULO LXV.

De la gran batalla que hubimos con el poder de Tlascaltecas, y quiso Dios nuestro Señor darnos victoria, y lo que mas pasó.

Otro dia de mañana, que fué cinco de septiembre de mil y quinientos y diez y nueve años, pusimos los caballos en concierto, que

no quedó ninguno de los heridos que allí no saliesen para hacer cuerpo, é ayudasen lo que pudiesen, y apercebidos los ballesteros, que con gran concierto gastasen el almacen, unos armando, y otros soltando, y los escopeteros por el consiguiente, y los de espada y rodela, que la estocada ó cuchillada que diésemos, que pasasen las entrañas, porque no se osasen juntar tanto como la otra vez; y el artillería bien apercebida iba: y como ya tenian aviso los de á caballo que se ayudasen unos á otros, y las lanzas terciadas sin pararse á alancear, sino por las caras y ojos, entrando y saliendo á media rienda, y que ningun soldado saliese del esquadron, y con nuestra bandera tendida, y quatro compañeros guardando al Alferez Corral. Así salimos de nuestro Real, y no habiamos andado medio quarto de legua, quando vimos asomar los campos llenos de guerreros con grandes penachos, y sus divisas, y mucho ruido de trompetillas y bocinas. Aquí habia bien que escribir, y ponello en relacion lo que en esta peligrosa y dudosa batalla pasamos, porque nos cercáron por todas partes tantos guerreros, que se podia comparar como si hubiese unos grandes prados de dos leguas de ancho, y otras tantas de largo, y en medio dellos quatrocientos hombres, así era; todos los campos llenos dellos, y nosotros obra de quatrocientos, muchos heridos y dolientes: y supimos de cierto que esta vez ve-

nian con pensamiento que no habian de dexar ninguno de nosotros á vida, que no habia de ser sacrificado á sus ídolos. Volvamos á nuestra batalla: pues como comenzáron á romper con nosotros, ¡qué granizo de piedra de los honderos! pues flechas: todo el suelo hecho parva de varas todas de á dos gajos, que pasan qualquiera arma, y las entrañas adonde no hay defensa; y los de espada y rodela, y de otras mayores, qué espadas como montantes y lanzas, qué priesa nos daban, y con qué brabeza se juntaban con nosotros, y con qué grandísimos gritos y alaridos; puesto que nos ayudábamos con tan gran concierto con nuestra artillería y escopetas, y ballestas, que les haciamos harto daño, y á los que se nos llegaban con sus espadas y montantes les dábamos buenas estocadas, que les haciamos apartar, y no se juntaban tanto como la otra vez pasada: y los de á caballo estaban tan diestros, y hacíanlo tan varonilmente, que despues de Dios, que es el que nos guardaba, ellos fuéron fortaleza. Yo ví entónces medio desbaratado nuestro esquadron, que no aprovechaban voces de Cortés, ni de otros Capitanes, para que tornásemos á cerrar. Tanto número de Indios cargó entónces sobre nosotros, sino que á puras estocadas les hicimos que nos diesen lugar, con que volvimos á ponernos en concierto. Una cosa nos daba la vida; y era que como eran muchos y estaban amontonados;

los tiros les hacian mucho mal, y de mas desto no se sabian capitanear, porque no podian allegar todos los Capitanes con sus gentes, y á lo que supimos desde la otra batalla pasada, habian tenido pendencias y rencillas entre el Capitan Xicotenga con otro Capitan hijo de Chichimeclatecle, sobre que decia el un Capitan al otro, que no lo habia hecho bien en la batalla pasada, y el hijo de Chichimeclatecle respondió, que muy mejor que él, y se lo haria conocer de su persona á la suya de Xicotenga: por manera, que en esta batalla no quiso ayudar con su gente el Chichimeclatecle al Xicotenga: ántes supimos muy ciertamente, que convocó á la capitanía de Guaxolcingo que no pelease. Y demas desto, desde la batalla pasada temian los caballos y tiros, y espadas y ballestas, y nuestro buen pelear, y sobre todo, la gran misericordia de Dios, que nos daba esfuerzo para nos sustentar; y como el Xicotenga no era obedecido de dos Capitanes, y nosotros les haciamos muy gran daño, que les matábamos muchas gentes, las quales encubrian, porque como eran muchos, en hiriéndolos á qualquiera de los suyos, luego le apañaban, y le llevaban á cuestas: y así en esta batalla, como en la pasada, no podiamos ver ningun muerto: y como ya peleaban de mala gana, y sintieron que las Capitanías de los dos Capitanes por mí nombrados no les acudian, comenzáron á aflojar; porque

segun pareció, en aquella batalla matamos un Capitan muy principal, que de los otros no los cuento, y comenzáron á retraerse con buen concierto, y los de á caballo á media rienda siguiéndolos poco trecho, porque no se podian ya tener de cansados: y quando nos vimos libres de aquella tanta multitud de guerreros, dimos muchas gracias á Dios. Allí nos matáron un soldado, é hiriéron mas de sesenta, y tambien hiriéron á todos los caballos: á mí me diéron dos heridas, la una en la cabeza de pedrada, y otra en un muslo de un flechazo, mas no eran para dexar de pelear y velar, y ayudar á nuestros soldados; y asimismo lo hacian todos los soldados que estaban heridos, que si no eran muy peligrosas las heridas, habiamos de pelear y velar con ellos, porque de otra manera, pocos quedáron que estuviesen sin heridas: y luego nos fuimos á nuestro Real muy contentos, y dando muchas gracias á Dios, y enterramos los muertos en una de aquellas casas que tenian hechas en los soterraños, porque no viesen los Indios que eramos mortales, sino que creyesen que eramos Teules como ellos decian, y derrocamos mucha tierra encima de la casa, porque no oliesen los cuerpos, y se curáron todos los heridos con el unto del Indio, que otras veces he dicho. ¡O qué mal refrigerio teníamos que un aceyte para curar heridas, ni sal no habia! Otra falta teniamos y grande, que era ropa

para nos abrigar, que venia un viento tan frio de la sierra nevada, que nos hacia tiritar (aunque mostrábamos buen ánimo siempre) porque las lanzas y escopetas y ballestas mal nos cobijaban. Aquella noche dormimos con mas sosiego que la pasada, puesto que teniamos mucho recaudo de corredores y espías, velas y rondas. Y dexallo he aquí, é diré lo que otro dia hicimos en esta batalla y prendimos tres Indios principales.

CAPITULO LXVI.

Como otro dia enviamos mensageros á los Caciques de Tlascala, rogándolos con la paz, y lo que sobre ello hicieron.

Despues de pasada la batalla por mí contada, que prendimos en ella los tres Indios principales, enviólos luego nuestro Capitan Cortés, y con los dos que estaban en nuestro Real que habian ido otras veces por mensageros, les mandó que dixesen á los Caciques de Tlascala, que les rogábamos, que vengan luego de paz, y que nos den pasada por su tierra para ir á México, como otras veces les hemos enviado á decir: é que si ahora no vienen, que les matarémos todas sus gentes, y porque los queremos mucho, y tener por hermanos, no les quisiéramos enojar, si ellos no hubiesen dado causa á ello; y se les dixo muchos halagos para atraerlos á nues-

tra amistad : y aquellos mensageros fuéron de buena gana luego á la cabecera de Tlascala, y dixéron su embaxada á todos los Caciques, por mí ya nombrados : los quales halláron juntos con otros muchos viejos y Papas, y estaban muy tristes, así del mal suceso de la guerra, como de la muerte de los Capitanes parientes, ó hijos suyos que en las batallas muriéron, y dice que no les quisiéron escuchar de buena gana : y lo que sobre ello acordáron, fué, que luego mandáron llamar todos los adivinos y Papas, y otros que echaban suertes, que llaman Tacalnagual, que son como hechizeros, y dixéron que mirasen por sus adivinanzas y hechizos y suertes, qué gente eramos, y si podriamos ser vencidos dándonos guerra de dia y de noche á la contina; y tambien para saber si eramos Teules, así como lo decian los de Cempoal, que ya he dicho otras veces, que son cosas malas como demonios, é qué cosas comiamos, é que mirasen todo esto con mucha diligencia : y despues que se juntáron los adivinos y hechizeros, y muchos Papas, y hechas sus adivinanzas, y echadas sus suertes, y todo lo que solian hacer; parece ser, dixéron, que en las suertes halláron, que eramos hombres de hueso y de carne, y que comiamos gallinas y perros, y pan, y fruta quando lo teniamos, y que no comiamos carnes de Indios, ni corazones de los que matábamos ; porque, segun pareció, los Indios amigos que traia-

mos de Cempoal, les hiciéron encreyente que eramos Teules, é que comiamos corazones de Indios, é que las bombardas echaban rayos como caen del Cielo, é que el lebrel, que era tigre ó leon, y que los caballos eran para lancear á los Indios quando los queriamos matar, y les dixéron otras muchas niñerías. E volvamos á los Papas: y lo peor de todo, que les dixéron sus Papas é adivinos, fué, que de dia no podiamos ser vencidos, sino de noche, porque como anochecia se nos quitaban las fuerzas: y mas les dixéron los hechiceros, que eramos esforzados, y que todas estas virtudes teniamos de dia hasta que se ponia el Sol, y desque anochecia no teniamos fuerzas ningunas. Y quando aquello oyéron los Caciques, y lo tuviéron por muy cierto, se lo enviáron á decir á su Capitan General Xicotenga, para que luego con brevedad venga una noche con grandes poderes á nos dar guerra. El cual, como lo supo, juntó obra de diez mil Indios los mas esforzados que tenia, y vino á nuestro Real, y por tres partes nos comenzó á dar una mano de flechas, y tirar varas con sus tiraderas de un gajo y de dos, y los de espadas y macanas, y montantes por otra parte, por manera, que de repente tuviéron por cierto, que llevarian algunos de nosotros para sacrificar: y mejor lo hizo nuestro Señor Dios, que por muy secretamente que ellos venian, nos halláron muy apercibidos; porque como sintiéron

su gran ruido que traian á mata caballo, viniéron nuestros corredores del campo, y las espías á dar al arma; y como estábamos tan acostumbrados á dormir calzados, y las armas vestidas, y los caballos ensillados, y enfrenados, y todo género de armas muy á punto, les resistimos con las escopetas y ballestas, y á estocadas de presto vuelven las espaldas, y como era el campo llano, y hacia luna, los de á caballo los siguiéron un poco, donde por la mañana hallamos tendidos, muertos y heridos hasta veinte dellos: por manera, que se vuelven con gran pérdida, y muy arrepentidos de la venida de noche. Y aun oí decir, que como no les sucedió bien lo que los Papas y las suertes y hechizeros les dixéron, que sacrificáron á dos dellos. Aquella noche matáron un Indio de nuestros amigos de Cempoal, é hiriéron dos soldados y un caballo, y allí prendimos quatro dellos, y como nos vimos libres de aquella arrebatada refriega, dimos gracias á Dios, y enterramos el amigo de Cempoal, y curamos los heridos y al caballo, y dormimos lo que quedó de la noche con grande recaudo en el Real, así como lo teniamos de costumbre; y desque amaneció, y nos vimos todos heridos á dos y á tres heridas, y muy cansados, y otros dolientes y entrapajados, y Xicotenga que siempre nos seguia, y faltaban ya sobre cincuenta y cinco soldados que se habian muerto en las batallas, y dolencias y frios, y estaban

dolientes otros doce; y asimismo nuestro Capitan Cortés tambien tenia calenturas, y aun el Padre Fray Bartolomé de Olmedo, de la Orden de la Merced, con el trabajo y peso de las armas que siempre traiamos á cuestas, y otras malas venturas, de frios, y falta de sal, que no la comiamos ni la hallábamos : y demas desto dábanos que pensar, qué fin habriamos en aquestas guerras : é ya que allí se acabasen, qué seria de nosotros, adónde habiamos de ir : porque entrar en México, teníamoslo por cosa de risa á causa de sus grandes fuerzas : y deciamos, que quando aquellos de Tlascala nos habian puesto en aquel punto, y nos hiciéron creer nuestros amigos los de Cempoal que estaban de paz, que quando nos viésemos en la guerra con los grandes poderes de Montezuma, que, qué podriamos hacer? y demas desto no sabiamos de los que quedáron poblados en la Villa rica, ni ellos de nosotros : y como entre todos nosotros habia caballeros y soldados tan excelentes varones, y tan esforzados y de buen consejo, que Cortés ninguna cosa decia ni hacia, sin primero tomar sobre ello muy maduro consejo y acuerdo con nosotros; puesto que el Coronista Gomara diga, hizo Cortés esto, fué allá, vino de acullá, dice otras cosas que no llevan camino; y aunque Cortés fuera de hierro, segun lo cuenta el Gomara en su Historia, no podia acudir á todas partes : bastaba que dixera que lo hacia como

buen Capitan, como siempre lo fué : y esto digo, porque despues de las grandes mercedes que nuestro Señor nos hacia en todos nuestros hechos, y en las victorias pasadas, y en todo lo demas parece ser, que á los soldados nos daba gracia, y consejo para aconsejar que Cortés hiciese todas las cosas muy bien hechas. Dexemos de hablar en loas pasadas, pues no hacen mucho á nuestra historia, y digamos como todos á una esforzábamos á Cortés, y le diximos, que curase de su persona, que allí estábamos, y que, con la ayuda de Dios, que pues habiamos escapado de tan peligrosas batallas, que para algun buen fin era nuestro Señor servido de guardarnos, y que luego soltase los prisioneros, y que los enviase á los Caciques mayores otra vez por mí nombrados, que vengan de paz, é se les perdonará todo lo hecho, y la muerte de la yegua. Dexemos esto, y digamos como Doña Marina, por ser muger de la tierra, que esfuerzo tan varonil tenia, que con oir cada dia que nos habian de matar, y comer nuestras carnes, y habernos visto cercados en las batallas pasadas, y que ahora todos estábamos heridos y dolientes, jamas vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de muger. Y á los mensageros que ahora enviamos, les habló la Doña Marina, y Gerónimo de Aguilar, que vengan luego de paz, y que si no vienen dentro de dos dias, les iremos á matar, y destruir sus tierras, é iremos á bus-

carlos á su ciudad : y con estas resueltas palabras fuéron á la cabecera donde estaba Xicotenga el viejo. Dexemos esto, y diré otra cosa que he visto, que el Coronista Gomara no escribe en su Historia, ni hace mencion, si nos mataban, ó estábamos heridos, ni pasábamos trabajo, ni adolesciamos, sino todo lo que escribe, es como si lo halláramos hecho. O quán mal le informáron los que tal le aconsejáron que lo pusiesen así en su Historia! y á todos los conquistadores nos ha dado que pensar en lo que ha escrito, no siendo así, y debia de pensar, que quando viésemos su Historia, habiamos de decir la verdad. Olvidemos al Coronista Gomara, y digamos como nuestros mensageros fuéron á la cabecera de Tlascala con nuestro mensage : y paréceme que lleváron una carta, que aunque sabiamos que no la habian de entender, sino porque se tenia por cosa de mandamiento, y con ella una saeta, y halláron á los dos Caciques mayores, que estaban hablando con otros principales, y lo que sobre ello respondiéron adelante lo diré.

CAPITULO LXVII.

Como tornamos á enviar mensageros á los Caciques de Tlascala, para que viniesen de paz, y lo que sobre ello hiciéron y acordáron.

Como llegáron á Tlascala los mensageros que enviamos á tratar de làs paces, y les halláron que estaban en consulta los dos mas principales Caciques, que se decian Maseescaci, y Xicotenga el viejo padre del Capitan general, que tambien se decia Xicotenga el mozo, otras muchas veces por mí nombrado, como les oyéron su embaxada, estuviéron suspensos un rato que no habláron, y quiso Dios que inspiró en sus pensamientos que hiciesen paces con nosotros; y luego enviáron á llamar á todos los mas Caciques y Capitanes que habia en sus poblaciones, y á los de una Provincia que estan junto con ellos, que se dice Guaxocingo, que eran sus amigos, y confederados, y todos juntos en aquel pueblo que estaban, que era cabecera, les hizo Maseescaci, y el viejo Xicotenga, que eran bien entendidos, un razonamiento casi que fué desta manera, segun despues supimos, aunque no las palabras formales: Hermanos y amigos nuestros, ya habeis visto quantas veces estos Teules que estan en el campo esperando guerras, nos han enviado mensageros á demandar paz, y di-

cen que nos vienen á ayudar, y tener en lugar de hermanos: y asimismo habeis visto quantas veces han llevado presos muchos de nuestros vasallos, que no les hacen mal, y luego los sueltan; bien veis como les hemos dado guerra tres veces con todos nuestros poderes, así de dia como de noche, y no han sido vencidos, y ellos nos han muerto en los combates que les hemos dado muchas de nuestras gentes, é hijos y parientes, y Capitanes: ahora de nuevo vuelven á demandar paz, y los de Cempoal que traen en su compañía, dicen, que son contrarios de Montezuma y sus Mexicanos, y que les han mandado que no le den tributo los pueblos de las sierras Totonaque, ni los de Cempoal: pues bien se os acordará, que los Mexicanos nos dan guerra cada año de mas de cien años á esta parte, y bien veis que estamos en estas nuestras tierras como acorralados, que no osamos salir á buscar sal, ni aun la comemos, ni aun algodon, que pocas mantas dello traemos; pues si salen, ó han salido algunos de los nuestros á buscar, pocos vuelven con las vidas, que estos traidores de Mexicanos, y sus confederados nos los matan, ó hacen esclavos: ya nuestros Tacalnaguas y adivinos, y Papas nos han dicho lo que sienten de sus personas destos Teules, y que son esforzados. Lo que me parece es, que procuremos de tener amistad con ellos, y si no fueren hombres, sino Teules, de una manera, y de otra les hagamos

buena compañía, y luego vayan quatro nuestros principales, y les lleven muy bien de comer, y mostrémosles amor y paz, porque nos ayuden y defiendan de nuestros enemigos, y traigámoslos aquí luego con nosotros, y démosles mugeres para que de su generacion tengamos parientes, pues segun dicen los Embaxadores que nos envian á tratar las paces, que traen mugeres entre ellos. Y como oyéron este razonamiento, á todos los Caciques les pareció bien, y dixéron que era cosa acertada, y que luego vayan á entender en las paces, y que se le envie á hacer saber á su Capitan Xicotenga, y á los demas Capitanes que consigo tiene, para que luego vengan sin dar mas guerras, y les digan, que ya tenemos hechas paces : y enviáron luego mensageros sobre ello, y el Capitan Xicotenga el mozo no lo quiso escuchar á los quatro principales, y mostró tener enojo, y los trató mal de palabra, y que no estaba por las paces, y dixo que ya habia muerto muchos Teules, y la yegua; y que él queria dar otra noche sobre nosotros, y acabarnos de vencer y matar: la qual respuesta desque la oyó su padre Xicotenga el viejo, y Maseescaci, y los demas Caciques, se enojáron de manera, que luego enviáron á mandar á los Capitanes, y á todo su exército, que no fuesen con el Xicotenga á nos dar guerra, ni en tal caso le obedeciesen en cosa que les mandase, si no fuese para hacer paces,

y tampoco lo quiso obedecer : y quando viéron la desobediencia de su Capitan, luego enviáron los quatro principales, que otra vez les habian mandado que viniesen á nuestro Real, y truxesen bastimento, y para tratar las paces en nombre de toda Tlascala, y Guaxocingo; y los quatro viejos por temor de Xicotenga el mozo no viniéron en aquella sazon : y porque en un instante acaecen dos y tres cosas, así en nuestro Real, como en este tratar de paces, y por fuerza tengo de tomar entre manos lo que mas viene al propósito, dexaré de hablar en los quatro Indios principales, que enviáron á tratar las paces, que aun no venian por temor de Xicotenga; en este tiempo fuimos con Cortés á un pueblo junto á nuestro Real, y lo que pasó dire adelante.

CAPITULO LXVIII.

Como acordamos de ir á un pueblo, que estaba cerca de nuestro Real, y lo que sobre ello se hizo,

Como habia dos dias que estábamos sin hacer cosa que de contar sea, fué acordado, y aun aconsejámos á Cortés, que un pueblo que estaba obra de una legua de nuestro Real, que le habiamos enviado á llamar de paz, y no venia, que fuésemos una noche, y diésemos sobre él, no para hacelles mal, digo matalles, ni herilles,

ni traellos presos, mas de traer comida, y atemorizalles, ó hablalles de paz, segun viésemos lo que ellos hacian: y llamase este pueblo Zumpacingo, y era cabecera de muchos pueblos chicos, y era sujeto el pueblo donde estábamos allí donde teniamos nuestro Real, que se dice Tecodcungapacingo, que todo al rededor estaba muy poblado de casas é pueblos: por manera, que una noche al quarto de la modorra madrugamos para ir á aquel pueblo con seis de á caballo de los mejores, y con los mas sanos soldados, y con diez ballesteros, y ocho escopeteros, y Cortés por nuestro Capitan, puesto que tenia calenturas ó tercianas: dexamos el mejor recaudo que podiamos en el Real. Antes que amaneciese con dos horas caminamos, y hacia un viento tan frio aquella mañana, que venia de la sierra nevada, que nos hacia temblar, é tiritar, y bien lo sintiéron los caballos que llevábamos, porque dos dellos se atorozonárón, y estaban temblando: de lo qual nos pesó en gran manera, temiendo no muriesen: y Cortés mandó, que se volviesen al Real los Caballeros dueños cuyos eran, á curar dellos: y como estaba cerca el pueblo, llegamos á él ántes que fuese de dia, y como nos sintiéron los naturales dél, fuéronse huyendo de sus casas, dando voces unos á otros, que se guardasen de los Teules, que les íbamos á matar, que no se aguardaban padres á hijos: y como los vimos hicimos alto

en un patio, hasta que fuera de dia, que no se les hizo ningun daño : y como unos Papas que estaban en unos Cues los mayores del pueblo, y otros viejos principales viéron, que estábamos allí sin les hacer enojo ninguno, vienen á Cortés, y le dicen que les perdonen, porque no han ido á nuestro Real de paz, ni llevar de comer quando los enviamos á llamar, y la causa ha sido, que el Capitan Xicotenga, que está de allí muy cerca, se lo ha enviado á decir que no lo den; y porque de aquel pueblo, y otros muchos le bastecen su Real, é que tiene consigo todos los hombres de guerra, y de toda la tierra de Tlascala : y Cortés les dixo con nuestras lenguas, Doña Marina y Aguilar, que siempre iban con nosotros á qualquiera entrada que íbamos, y aunque fuese de noche : que no hubiesen miedo, y que luego fuesen á decir á sus Caciques á la cabecera, que vengan de paz, porque la guerra es mala para ellos : y envió á aquestos Papas, porque de los otros mensageros que habiamos enviado, aun no teniamos respuesta ninguna sobre que enviaban á tratar las paces los Caciques de Tlascala con los quatro principales, que aun no habian venido : é aquellos Papas de aquel pueblo buscáron de presto mas de quarenta gallinas, é gallos, y dos Indias para moler tortillas, y las truxéron, y Cortés se lo agradeció, y mandó luego le llevasen veinte Indios de aquel pueblo á nuestro Real, y sin temor ningu-

no fuéron con el bastimento, y se estuviéron en el Real hasta la tarde, y se les dió contezuelas, con que volviéron muy contentos á sus casas, é á todas aquellas caserías; nuestros vecinos decian, que eramos buenos, que no les enojábamos, y aquellos viejos, y Papas avisáron dello al Capitan Xicotenga, como habian dado la comida y las Indias, y riñó mucho con ellos, y fuéron luego á la cabecera á hacello saber á los Caciques viejos: y como supiéron que no les haciamos mal ninguno, y aunque pudiéramos matalles aquella noche muchos de sus gentes, y les enviábamos á demandar paces, se holgáron, y les mandáron, que cada dia nos truxesen todo lo que hubiésemos menester, y tornáron otra vez á mandar á los quatro principales, que otras veces les encargáron las paces, que luego en aquel instante fuesen á nuestro Real, y llevasen toda la comida y aparato que les mandaban: y así nos volvimos luego á nuestro Real con el bastimento é Indias, y muy contentos; é quedarse aquí, y diré lo que pasó en el Real, entretanto que habiamos ido á aquel pueblo.

CAPITULO LXIX.

Como despues que volvimos con Córtes de Cimpacingo, hallamos en nuestro Real ciertas pláticas, y lo que Cortés respondió á ellas.

Vueltos de Cimpacingo, que así se dice, con bastimentos, y muy contentos en dexallos de paz, hallamos en el Real corrillos y pláticas sobre los grandísimos peligros en que cada dia estábamos en aquella guerra, y quando llegamos aviváron mas las pláticas: y los que mas en ello hablaban, é insistian, eran los que en la isla de Cuba dexaban sus casas, y repartimientos de Indios: y juntáronse hasta siete dellos, que aquí no quiero nombrar por su honor, y fuéron al rancho y aposento de Cortés, y uno dellos que habló por todos, que tenia buena expresiva, y aun tenia bien en la memoria lo que habia de proponer, dixo como á manera de aconsejarle á Cortés, que mirase qual andábamos malamente heridos, y flacos, y corridos, y los grandes trabajos que teniamos así de noche con velas, y con espías, y rondas, y corredores del campo, como de dia é de noche peleando: y que por la cuenta que han echado, que desde que salimos de Cuba, que faltaban ya sobre cincuenta y cinco compañeros, y que no sabemos de los de la Vi-

lla Rica, que dexamos poblados : é que pues Dios nos habia dado victoria en las batallas y rencuentros que desde que venimos en aquella Provincia habiamos habido, y con su gran misericordia nos sostenia, que no le debiamos tentar tantas vezes : é que no quiera ser peor que Pedro Carbonero, que nos habia metido en parte, que no se esperaba, sino que un dia ó otro habiamos de ser sacrificados á los ídolos; lo qual plega Dios tal no permita; é que seria bueno volver á nuestra villa, y que en la fortaleza que hicimos, y entre los pueblos de los Totonaques nuestros amigos nos estariamos, hasta que hiciésemos un navío, que fuese á dar mandado á Diego Velazquez, y á otras partes, é islas para que nos enviasen socorro, é ayudas; é que ahora fueran buenos los navíos, que dimos con todos al través, ó que se quedaran siquiera dos dellos para la necesidad si ocurriese, y que sin dalles parte dello, ni de cosa ninguna, por consejo de quién no sabe considerar las cosas de fortuna, mandó dar con todos al través : y que plegue á Dios que él, y los que tal consejo le diéron no se arrepientan dello, y que ya no podiamos sufrir la carga, quanto mas muchas sobrecargas, y que andábamos peores que bestias: porque á las bestias que han hecho sus jornadas, les quitan las albardas, y les dan de comer, y reposan, y que nosotros de dia y de noche siempre andamos cargados de armas, y

calzados: y mas le dixéron, que mirase en todas las historias, así de Romanos, como las de Alexandro, ni de otros Capitanes de los muy nombrados que en el mundo ha habido, no se atreviéron á dar con los navíos al través; y con tan poca gente meterse en tan grandes poblaciones, y de muchos guerreros, como él ha hecho, y que parece que es autor de su muerte, y de la de todos nosotros. E que quiera conservar su vida y las nuestras, y que luego nos volviésemos á la Villa Rica, pues estaba de paz la tierra, y que no se lo habian dicho hasta entónces, porque no han visto tiempo para ello, por los muchos guerreros que teniamos cada dia por delante, y en los lados, y pues ya no tornaban de nuevo, los quales creian que volverian, y pues Xicotenga con su gran poder no nos ha venido á buscar aquellos tres dias pasados, que debe estar allegando gente, y que no debiamos aguardar otra como las pasadas, y le dixéron otras cosas sobre el caso. E viendo Cortés que se lo decian algo como soberbios, puesto que iba á manera de consejo, le respondió muy mansamente, y dixo, que bien conocido tenia muchas cosas de las que habian dicho, é que á lo que ha visto y tiene creido, que en el universo no hubiese otros Españoles mas fuertes, ni que con tanto ánimo hayan peleado, ni pasado tan excesivos trabajos, como nosotros: é que andar con las armas á cuestas á la contina, y velas, rondas, y frios,

que si así no lo hubiéramos hecho, ya fuéramos perdidos, y que por salvar nuestras vidas, que aquellos trabajos, y otros mayores habiamos de tomar, é dixo: para que es, Señores, contar en esto cosas de valentías, que verdaderamente nuestro Señor es servido ayudarnos, é que quando se me acuerda vernos cercados de tantas Capitanías de contrarios, y verles esgrimir sus montantes, y andar tan junto de nosotros, ahora me pone grima, especial quando nos matáron la yegua de una cuchillada, quan perdidos y desbaratados estábamos, y entónces conocí vuestro muy grandísimo ánimo mas que nunca; y pues Dios nos libró de tan gran peligro, que esperanza tenia en el que así habia de ser de allí adelante, pues en todos estos peligros no me conoceriades tener pereza, que en ellos me hallaba con vuestras mercedes. Y tuvo razon de lo decir; porque ciertamente en todas las batallas se hallaba de los primeros. He querido, Señores, traeros esto á la memoria, que pues nuestro Señor fué servido guardarnos, tengamos esperanza que así será de aquí adelante, pues desque entramos en la tierra, en todos los pueblos les predicamos la Santa Doctrina lo mejor que pudimos, y les procuramos deshacer sus idolos. Y pues que ya viamos que el Capitan Xicotenga, ni sus Capitanías no parecian, y que de miedo no debian de osar volver, porque les debiéramos de hacer mala obra en las batallas

pasadas, y que no podria juntar sus gentes, habiendo sido ya desbaratado tres veces, y que por esta causa tenia confianza en Dios, y en su abogado Señor San Pedro, que era fenecida la guerra de aquella Provincia: y ahora como habeis visto, traen de comer los de Cimpacingo, y quedan de paz, y éstos nuestros vecinos que están por aquí poblados en sus casas: y que en quanto dar con los navíos al través, fué muy bien aconsejado, y que si no llamó á alguno dellos al consejo, como á otros caballeros, fué por lo que sintió en el Arenal, que no lo quisiera ahora traer á la memoria, y que el acuerdo y consejo que ahora le dan, y el que entónces le diéron, es todo de una manera, y todo uno, y que miren que hay otros muchos caballeros en el Real, que seran muy contrarios de lo que ahora piden y aconsejan, y que encaminemos siempre todas las cosas á Dios, y seguillas en su santo servicio será mejor. Y á lo que Señores decis, que jamas Capitanes Romanos de los muy nombrados han acometido tan grandes hechos como nosotros, vuestras mercedes dicen verdad. E ahora en adelante, mediante Dios, dirán en las historias, que desto harán memoria, mucho mas que de los antepasados: pues como he dicho todas nuestras cosas en servicio de Dios, y de nuestro gran Emperador Don Cárlos, y aun debaxo de su recta justicia y christiandad, serán ayudadas de la misericordia de nuestro Señor, y nos sosterna

que vamos de bien en mejor. Así que Señores no es cosa bien acertada volver un paso atras, que si nos viesen volver estas gentes, y los que dexamos atras de paz, las piedras se levantarian contra nosotros: y como ahora nos tienen por dioses y ídolos, que así nos llaman, nos juzgarian por muy cobardes, y de pocas fuerzas. Y á lo que decis de estar entre los amigos Totonaques nuestros aliados; si nos viesen que damos vuelta sin ir á México, se levantarian contra nosotros, y la causa dello seria, que como les quitamos que no diesen tributo á Montezuma, enviaria sus poderes Mexicanos contra ellos, para que los tornasen á tributar, y sobre ello dalles guerra, y aun les mandaria que nos la den á nosotros: y ellos por no ser destruidos, porque los temen en gran manera, lo pornian por la obra: así que donde pensábamos tener amigos, serian enemigos: pues desque lo supiese el gran Montezuma que nos habiamos vuelto, qué diria, en qué ternia nuestras palabras, ni lo que le enviamos á decir? que todo era cosa de burla ó juego de niños. Así que Señores, mal allá, y peor acullá, mas vale que estemos aquí donde estamos, que es bien llano, y todo bien poblado, y este nuestro Real bien bastecido: unas veces gallinas, otras perros, gracias á Dios no falta de comer, si tuviésemos sal, que es la mayor falta que al presente tenemos, y ropa para guarecernos del frio. Y á lo que decis, Señores, que se han muer-

to desde que salimos de la isla de Cuba, cincuenta y cinco soldados de heridas, hambres, frios, dolencias y trabajos, é que somos pocos, é todos heridos y dolientes; Dios nos da esfuerzo por muchos: porque vista cosa es, que las guerras gastan hombres y caballos, y que unas veces comemos bien, y no venimos al presente para descansar, sino para pelear quando se ofreciere: por tanto os pido, Señores, por merced, que pues sois caballeros, y personas que ántes habiades de esforzar á quien viesedes mostrar flaqueza, que de aquí adelante se os quite del pensamiento la isla de Cuba, y lo que allá dexais, y procuremos de hacer lo que siempre habeis hecho como buenos soldados, que despues de Dios, que es nuestro socorro é ayuda, han de ser nuestros valerosos brazos. Y como Cortés hubo dado esta respuesta, volviéron aquellos soldados á repetir en la plática, y dixéron que todo lo que decia estaba bien dicho, mas que quando salimos de la villa, que dexábamos poblada, nuestro intento era, y ahora lo es, de ir á México, pues hay tan gran fama de tan fuerte ciudad, y tanta multitud de guerreros, y que aquellos Tlascaltecas decian, que los de Cempoal eran pacíficos, y no habia fama dellos, como de los de México, y habemos estado tan á riesgo nuestras vidas, que si otro dia nos dieran otra batalla como alguna de las pasadas, ya no nos podiamos tener de cansados: ya que no nos

diesen mas guerras, que la ida de México les parecia muy terrible cosa, y que mirase lo que decia y ordenaba. Y Cortés respondió medio enojado, que valia mas morir por buenos, como dicen los Cantares, que vivir deshonrados. Y demas desto que Cortés les dixo, todos los mas soldados que le fuimos en alzar Capitan, y dimos consejo sobre dar al través con los navíos, diximos en alta voz, que no curase de corrillos, ni de oir semejantes pláticas, sino que con el ayuda de Dios con buen concierto estemos apercebidos para hacer lo que convenga: y así cesáron todas las pláticas: verdad es que murmuraban de Cortés, é le maldecian, y aun de nosotros que le aconsejábamos, y de los de Cempoal, que por tal camino nos truxéron, y decian otras cosas no bien dichas, mas en tales tiempos se disimulaban. En fin todos obedeciéron muy bien. Y dexaré de hablar en esto, é diré como los Caciques viejos de la Cabecera de Tlascala enviáron otra vez mensageros de nuevo á su Capitan General Xicotenga, que en todo caso no nos dé guerra, y que vaya de paz luego á nos ver, y llevar de comer, porque así está ordenado por todos los Caciques y principales de aquella tierra, y de Guaxocingo: y tambien enviáron á mandar á los Capitanes que tenia en su compañía, que si no fuese para tratar pazes, que en cosa ninguna le obedeciesen: y esto le tornáron á enviar á decir tres veces, porque sabian cierto, que no

les queria obedecer, y tenia determinado el Xicotenga, que una noche habia de dar otra vez en nuestro Real, porque para ello tenia juntos veinte mil hombres, y como era soberbio y muy porfiado, así ahora, como las otras veces, no quiso obedecer. Y lo que sobre ello hizo, diré adelante.

CAPITULO LXX.

Como el Capitan Xicotenga tenia apercebidos veinte mil hombres guerreros escogidos, para dar en nuestro Real, y lo que sobre ello se hizo.

Como Maseescaci y Xicotenga el viejo, y todos los mas Caciques de la Cabecera de Tlascala enviáron quatro veces á decir á su Capitan, que no nos diese guerra, sino que nos fuese á hablar de paz, pues estaba cerca de nuestro Real, y mandáron á los demas Capitanes que con él estaban que no le siguiesen, sino fuese para acompañarle si nos iba á ver de paz; como el Xicontenga era de mala condicion, porfiado y soberbio, acordó de nos enviar quarenta Indios, con comida de gallinas, pan y fruta, y quatro mugeres Indias viejas, y de ruin manera, y mucho copal, y plumas de papagayos, y los Indios que lo traian, al parecer creimos que venian de paz: y llegados á nuestro Real zahumáron á Cortés, y sin hacer acato como suelen

entre ellos, dixéron: Esto os envia el Capitan Xicotenga, que comais si sois Teules, como dicen los de Cempoal: é si quereis sacrificios, tomar esas quatro mugeres, que sacrifiqueis, y podeis comer de sus carnes y corazones: y porque no sabemos de qué manera lo haceis, por eso no las hemos sacrificado ahora delante de vosotros, y si sois hombres, comed de las gallinas, pan y fruta, y si sois Teules mansos, ahí os traemos copal, que ya he dicho (que es como incienso), y plumas de papagayos, haced vuestro sacrificio con ello. Y Cortés respondió con nuestras lenguas, que ya les habia enviado á decir, que quieren paz, y que no venia á dar guerra, y les venian á rogar y manifestar de parte de nuestro Señor Jesu-Christo, que es el en quien creemos y adoramos, y el Emperador Don Cárlos (cuyos vasallos somos), que no maten, ni sacrifiquen á ninguna persona como lo suelen hacer; y que todos nosotros somos hombres de hueso y de carne como ellos, y no Teules, sino Christianos, y que no tenemos por costumbre de matar á ningunos, que si matar quisiéramos, que todas las veces que nos diéron guerra de dia y de noche, habia en ellos hartos en que pudiéramos hacer crueldades, y que por aquella comida que allí traen, se lo agradece, y que no sean mas locos de lo que han sido, y vengan de paz. Y parece ser aquellos Indios que envió el Xicotenga con la comida, eran espías para mirar nues-

tras chozas, y entradas y salidas, y todo lo que en nuestro Real habia, y ranchos, caballos y artillería, y quantos estábamos en cada choza, y estuviéron aquel dia y noche, y se iban unos con mensages á su Xicotenga, y venian otros : y los amigos que traiamos de Cempoal miráron y cayéron en ello, que no era cosa acostumbrada estar de dia ni de noche nuestros enemigos en el Real sin propósito ninguno, y que cierto eran espías, y tomáron dellos mas sospecha, porque quando fuimos á lo del pueblezuelo Cimpacingo, dixéron dos viejos de aquel pueblo á los de Cempoal, que estaba apercebido Xicotenga con muchos guerreros para dar en nuestro Real de noche de manera que no fuesen sentidos, y los de Cempoal entónces tuviéronlo por burla, y cosa de fieros, y por no sabello muy de cierto, no se lo habian dicho á Cortés, y súpolo luego Doña Marina, y ella lo dixo á Cortés. Y para saber la verdad, mandó Cortés apartar dos de los Tlascaltecas que parecian mas hombres de bien, y confesáron que eran espías de Xicotenga, y todo á la fin que venian : y Cortés los mandó soltar, y tomamos otros dos, y ni mas ni ménos confesaron que eran espías, y tomáronse otros dos ni mas ni ménos : y mas dixéron, que estaba su Capitan Xicotenga aguardando la respuesta para dar aquella noche con todas sus Capitanías en nosotros : y como Cortés lo hubo entendido, lo hizo saber en todo el Real, para

que estuviésemos muy alerta, creyendo que habian de venir, como lo tenian concertado, y luego mandó prender hasta diez y siete Indios de aquellas espías, y dellos se cortáron las manos, y á otros los dedos pulgares, y los enviamos á su Capitan Xicotenga, y se les dixo, que por el atrevimiento de venir de aquella manera se les ha hecho ahora aquel castigo, é digan que venga quando quisiere, de dia, ó de noche, que allí le aguardariamos dos dias : y que si dentro de los dos dias no viniese, que lo iriamos á buscar á su Real, y que ya hubiéramos ido á les dar guerra, y matalles, sino porque los queremos mucho ; y que no sean mas locos, y vengan de paz. Y como fuéron aquellos Indios de las manos cortadas y dedos, en aquel instante dicen que ya Xicotenga queria salir de su Real con todos sus poderes para dar sobre nosotros de noche, como lo tenian concertado, y como vió ir á sus espías de aquella manera, se maravilló y preguntó la causa dello, y le contáron todo lo acaecido, y desde entónces perdió el brio y soberbia, y demas desto, ya se le habia ido del Real una Capitanía con toda su gente, con quien habia tenido contienda y bandos en las batallas pasadas. E pasemos adelante.

CAPITULO LXXI.

Como viniéron á nuestro Real los quatro principales que habian enviado á tratar pazes, y el razonamiento que hicieron, y lo que mas pasó.

Estando en nuestro Real sin saber que habian de venir de paz, puesto que la deseábamos en gran manera, y estábamos entendiendo en aderezar armas, y en hacer saetas, y cada uno en lo que habia menester para en cosas de la guerra; en este instante vino uno de nuestros corredores del campo á gran priesa, y dixo, que por el camino principal de Tlascala vienen muchos Indios é Indias con cargas, y que sin torcer por el camino, vienen ácia nuestro Real, é que el otro su compañero de á caballo corredor del campo está atalayando para ver á que parte van : y estando en esto, llegó el otro su compañero de á caballo, y dixo, que muy cerca de allí venian derechos adonde estábamos, y que de rato en rato hacian paradillas : y Cortés y todos nosotros nos alegramos con aquellas nuevas, porque creimos cierto ser de paz, como lo fué, y mandó Cortés que no se hiciese alboroto, ni sentimiento, y que disimulados nos estuviésemos en nuestras chozas; y luego de todas aquellas gentes que venian con las cargas se

adelantáron quatro principales que traian cargo de entender en las pazes, como les fué mandado por los Caciques viejos, y haciendo señas de paz, que era abaxar la cabeza, se viniéron derechos á la choza y aposento de Cortés, y pusiéron la mano en el suelo, y besáron la tierra, y hiciéron tres reverencias, y quemáron sus copales, y dixéron, que todos los Caciques de Tlascala, y vasallos y aliados, y amigos, y confederados suyos, se vienen á meter debaxo de la amistad y pazes de Cortés, y de todos sus hermanos los Teules que consigo estaban, y que les perdone, porque no han salido de paz, y por la guerra que nos han dado, porque creyéron y tuviéron por cierto, que eramos amigos de Montezuma, y sus Mexicanos, los quales son sus enemigos mortales de tiempos muy antiguos, porque viéron que venian con nosotros en nuestra compañía muchos de sus vasallos que le dan tributos, y que con engaño y traiciones les queria entrar en su tierra, como lo tenian de costumbre para llevar robados sus hijos y mugeres, y que por esta causa no creian á los mensageros que les enviábamos : y demas desto dixéron, que los primeros Indios que nos saliéron á dar guerra así como entramos en sus tierras, que no fué por su mandado y consejo, sino por los Chontales Estomies, que son gentes como monteses, y sin razon, y que como viéron que eramos tan pocos, que creyéron de tomarnos á ma-

nos, y llevarnos presos á sus Señores, y ganar gracias con ello, y que ahora vienen á demandar perdon de su atrevimiento, y que cada dia traerán mas bastimento del que allí traian, y que lo recibamos con el amor que lo envian, y que de ahí á dos dias vendrá el Capitan Xicotenga con otros Caciques, y dará mas relacion de la buena voluntad que toda Tlascala tiene de nuestra buena amistad. Y luego que hubiéron acabado su razonamiento, baxáron sus cabezas, y pusiéron las manos en el suelo, y besáron la tierra. Y luego Cortés les habló con nuestras lenguas con gravedad, é hizo del enojado, é dixo, que puesto que habia causas para no los oir, ni tener amistad con ellos; porque desde que entramos por su tierra, les enviamos á demandar pazes, y les envió á decir que los queria favorecer contra sus enemigos los de México, é no lo quisiéron creer, y querian matar nuestros Embaxadores, y no contentos con aquello, nos diéron guerra tres veces, y de noche, y que tenia espías y asechanzas sobre nosotros, y en las guerras que nos daban les pudieramos matar muchos de sus vasallos, y no quise, y que los que muriéron me pesa por ello, que ellos diéron causa á ello, y que tenia determinado de ir adonde están los Caciques viejos á dalles guerra : que pues ahora vienen de paz de parte de aquella Provincia, que él los recibe en nombre de nuestro Rey y Señor, y les agradece el basti-

mento que traen: y les mandó que luego fuesen á sus Señores á les decir vengan, ó envien á tratar las pazes con mas certificacion, y si no vienen, que iriamos á su pueblo á les dar guerra; y les mandó dar cuentas azules, para que diesen á los Caciques en señal de paz: y se les amonestó, que quando viniesen á nuestro Real, fuese de dia, y no de noche, porque los matariamos. Y luego se fuéron aquellos quatro principales mensageros, y dexáron en unas casas de Indios algo apartadas de nuestro Real las Indias que traian para hacer pan y gallinas, y todo servicio, y veinte Indios que les traian agua y leña, y desde allí adelante nos traian muy bien de comer: y quando aquello vimos, y nos pareció que eran verdaderas las pazes, dimos muchas gracias á Dios por ello, y viniéron en tiempo que ya estábamos tan flacos, y trabajados y descontentos con las guerras, sin saber el fin que habria dellas, qual se puede colegir: y en los capítulos pasados dice el Coronista Gomara, que Cortés se subió en unas peñas, y que vió el pueblo de Cimpacingo, digo que estaba junto á nuestro Real, que harto ciego era el soldado que lo queria ver y no lo via muy claro. Tambien dice que se le querian amotinar y rebelar los soldados, é dice otras cosas que yo no las quiero escribir, porque es gastar palabras, porque dice que lo sabe por informacion. Digo, que Capitan nunca fué tan obedecido en el mundo,

segun adelante lo verán, que tal por pensamiento no pasó á ningun soldado desde que entramos en tierra adentro, sino fué quando lo de los Arenales; y las palabras que le decian en el capítulo pasado, era por via de aconsejarle, y porque les parecia que eran bien dichas, y no por otra via, porque siempre le siguiéron muy bien y lealmente: y no es mucho que en los exércitos algunos buenos soldados aconsejen á su Capitan, y mas si se ven tan trabajados como nosotros andábamos: y quien viere su historia lo que dice, creerá que es verdad, segun lo refiere con tanta eloqüencia, siendo muy contrario de lo que pasó. Y dexallo he aquí, y diré lo que mas adelante nos avino con unos mensageros que envió el gran Montezuma.

CAPITULO LXXII.

Como viniéron á nuestro Real Embaxadores de Montezuma gran Señor de México, y del presente que truxéron.

Como nuestro Señor Dios, por su gran misericordia fué servido darnos victoria de aquellas batallas de Tlascala, voló nuestra fama por todas aquellas comarcas, y fué á oidos del gran Montezuma á la gran ciudad de México, y si antes nos tenian por Teules, que son como sus ídolos, de ahí adelante nos tenian en muy mayor reputa-

cion, y por fuertes guerreros, y puso espanto en toda la tierra, como siendo nosotros tan pocos, y los Tlascaltecas de muy grandes poderes, los vencimos, y ahora enviarnos á demandar paz. Por manera, que Montezuma, gran Señor de México, de muy bueno que era, ó temió nuestra ida á su ciudad, despachó cinco principales hombres de mucha cuenta á Tlascala, y á nuestro Real para darnos el bien venido, y á decir que se habia holgado mucho de nuestra gran victoria que hubimos contra tantos esquadrones de guerreros, y envió un presente obra de mil pesos de oro en joyas muy ricas, y de muchas maneras labradas, y veinte cargas de ropa fina de algodon; y envió á decir que queria ser vasallo de nuestro gran Emperador, y que se holgaba porque estábamos ya cerca de su ciudad, por la buena voluntad que tenia á Cortés, y á todos los Teules sus hermanos que con él estábamos, que así nos llamaba, y que viese quanto queria de tributo cada año para nuestro gran Emperador, que lo dará en oro, plata y joyas, y ropa, con tal que no fuésemos á México, y esto que no lo hacia porque no fuésemos, que de muy buena voluntad nos acogiera, sino por ser la tierra estéril y fragosa, y que le pesaria de nuestro trabajo si nos lo viese pasar, é que por ventura que no lo podria remediar tan bien como querria. Cortés le respondió, y dixo que le tenia en merced la voluntad que mostra-

ba, y el presente que envió, y el ofrecimiento de dar á su Magestad el tributo que decia, y luego rogó á los mensageros, que no se fuesen hasta ir á la Cabecera de Tlascala, y que allí los despacharia, porque viese en lo que paraba aquello de la guerra, y no les quiso dar luego la respuesta, porque estaba purgado del dia antes, y purgóse con unas manzanillas que hay en la isla de Cuba, y son muy buenas para quien sabe como se han de tomar. Dexaré esta materia, y diré lo que mas en nuestro Real pasó.

CAPITULO LXXIII.

Como vino Xicotenga, Capitan general de Tlascala á entender en las pazes, y lo que dixo, y lo que nos avino.

Estando platicando Cortés con los Embajadores de Montezuma, como dicho habemos, y queria reposar, porque estaba malo de calenturas, y purgado de otro dia antes, viénenle á decir que venia el Capitan Xicotenga con muchos Caciques y Capitanes, y que traen cubiertas mantas blancas y coloradas, digo la mitad de las mantas blancas, y la otra mitad coloradas, que era su divisa y librea, y muy de paz, y traia consigo hasta cincuenta hombres principales que le acompañaban; y llegado al apo-

sento de Cortés, le hizo muy grande acato en sus reverencias, como entre ellos se usa, y mandó quemar mucho copal, y Cortés con gran amor le mandó sentar cabe sí: y dixo el Xicotenga, que él venia de parte de su padre, y de Maseescaci, y de todos los Caciques y República de Tlascala á rogarle que los admitiese á nuestra amistad, y que venia á dar la obediencia á nuestro Rey y Señor, y á demandar perdon por haber tomado armas, y habernos dado guerra: y que si lo hiciéron, que fué por no saber quien eramos, porque tuviéron por cierto, que veniamos de la parte de su enemigo Montezuma, que como muchas veces suelen tener astucias y mañas para entrar en sus tierras, y roballes, y saqueallas, que así creyeron que lo queria hacer ahora: y que por esta causa procuraron de defender sus personas y patria, y fué forzado pelear: y que ellos eran muy pobres, que no alcanzan oro, ni plata, ni piedras ricas, ni ropa de algodon, ni aun sal para comer, porque Montezuma no les da lugar á ello para salir á buscallo: y que si sus antepasados tenian algun oro, ó piedras de valor, que al Montezuma se le habian dado, quando algunas veces hacian pazes ó treguas, porque no los destruyesen, y esto en los tiempos muy atras pasados: y porque al presente no tienen que dar, que les perdone, que su pobreza era causa dello, y no la buena voluntad: y dió muchas

quejas de Montezuma, y de sus aliados, que todos eran contra ellos, y les daban guerra, puesto que se habian defendido muy bien, y que ahora quisiera hacer lo mismo con nosotros, y no pudieron, aunque se habian juntado tres veces con todos sus guerreros, y que eramos invencibles, y que como conociéron esto de nuestras personas, que quieren ser nuestros amigos, y vasallos del gran Señor Emperador Don Carlos, porque tienen por cierto, que con nuestra compañía serian siempre guardadas y amparadas sus personas, mugeres é hijos, y no estarán siempre con sobresalto de los traidores Mexicanos, y dixo otras muchas palabras de ofrecimientos con sus personas y ciudad. Era este Xicotenga alto de cuerpo, y de grande espalda, y bien hecho, y la cara tenia larga, y como hoyosa y robusta, y era de hasta treinta y cinco años, y en el parecer mostraba en su persona gravedad : y Cortés les dió las gracias muy cumplidas, con halagos que le mostró, y dixo que él los recibia por tales vasallos de nuestro Rey y Señor, y amigos nuestros : y luego dixo el Xicotenga, que nos rogaba fuésemos á su ciudad, porque estaban todos los Caciques viejos y Papas aguardándonos con mucho regocijo : y Cortés le respondió que él iria presto, y que luego fuera, sino porque estaba entendiendo en negocios del gran Montezuma, y como despache aquellos mensageros, que él será allá ; y tornó

Cortés á decir algo mas áspero, y con gravedad de las guerras que nos habian dado de dia y de noche; é que pues ya no puede haber enmienda en ello, que se lo perdona, y que miren que las pazes que ahora les damos, que sean firmes, y no haya mudamiento; porque si otra cosa hacen, que los matará y destruirá su ciudad, y que no aguardasen otras palabras de pazes, sino de guerra. Y como aquello oyó el Xicotenga, y todos los principales que con él venian, respondiéron á una, que serian firmes y verdaderas, y que para ello quedaban todos en rehenes: y pasáron otras pláticas de Cortés á Xicotenga, y de todos los mas principales, y se les diéron unas cuentas verdes y azules para su padre, y para él y los mas Caciques; y les mandó que dixesen que iria presto á su ciudad. E á todas estas pláticas y ofrecimientos que he dicho, estaban presentes los Embaxadores Mexicanos, de lo qual les pesó en gran manera de las pazes, porque bien entendiéron, que por ellas no les habia de venir bien ninguno. Y desque se hubo despedido el Xicotenga, dixéron á Cortés los Embaxadores de Montezuma medio riendo, que si creia algo de aquellos ofrecimientos é pazes que habian hecho de parte de toda Tlascala, que todo era burla, y que no los creyesen, que eran palabras muy de traidores, y engañosas, que lo hacian, para que desque nos tuviesen en su ciudad en parte donde nos

pudiesen tomar á su salvo, darnos guerra y matarnos, y que tuviésemos en la memoria quantas veces nos habian venido con todos sus poderes á matar, y como no pudiéron, y fuéron de ellos muchos muertos, y otros heridos, que se querian ahora vengar con demandas, y paz fingida. Y Cortés respondió con semblante muy esforzado, y dixo, que no se le daba nada porque tuviesen tal pensamiento, como decian, é ya que todo fuese verdad, que él se holgaria dello para castigalles con quitalles las vidas, y que eso se le da que den guerra de dia, que de noche, ni que sea en el campo, que en la ciudad, que en tanto tenia lo uno como lo otro: y para ver si es verdad, que por esta causa determina de ir allá. Y viendo aquellos Embaxadores su determinacion, rogáronle que aguardásemos allí en nuestro Real seis dias, porque querian enviar dos de sus compañeros á su Señor Montezuma, y que vendrian dentro de los seis dias con respuesta, y Cortés se lo prometió, lo uno, porque como he dicho, estaba con calentura, y lo otro, como aquellos Embaxadores le dixeron aquellas palabras, puesto que hizo semblante no hacer caso de ellas, miró que si por ventura serian verdad, hasta ver mas certidumbre en las pazes, porque eran tales, que habia que pensar en ellas, y como en aquella sazon vió que habia venido de paz, y en todo el camino por donde venimos de nuestra Villarica de Ve-

ra-Cruz, eran los pueblos nuestros amigos y confederados, escribió Cortés á Juan de Escalante, que ya he dicho que quedó en la Villa para acabar de hacer la fortaleza, y por Capitan de obra de sesenta soldados viejos y dolientes que allí quedáron, en las quales cartas les hizo saber las grandes mercedes que nuestro Señor Jesu-Christo nos ha hecho en las batallas que hubimos en las victorias y rencuentros desde que entramos en la Provincia de Tlascala, donde ahora han venido de paz, y que todos diesen gracias á Dios por ello, y que mirasen que siempre favoreciesen á los pueblos Totonaques nuestros amigos, y que le enviase luego en posta dos botijas de vino que habian dexado soterradas en cierta parte señalada de su aposento: y asimismo truxesen hostias de las que habiamos traido de la isla de Cuba, porque las que truximos de aquella entrada, ya se habian acabado. En las quales cartas dice que hubiéron mucho placer en la villa, y escribió el Escalante lo que allí habia sucedido, y todo vino muy presto: y en aquellos dias en nuestro Real pusímos una Cruz muy suntuosa y alta, y mandó Cortés á los Indios de Cimpacingo, y á los de las casas que estaban junto de nuestro Real que encalasen un Cu, y estuviese bien aderezado. Dexemos de escribir desto, y volvamos á nuestros nuevos amigos los Caciques de Tlascala, que como viéron que no íbamos á su pueblo, ellos venian á

nuestro Real con gallinas y tunas, que era tiempo dellas, y cada dia traian el bastimento que tenian en su casa, y con buena voluntad nos lo daban, sin que quisiesen tomar por ello cosa ninguna, aunque se lo dábamos, y siempre rogando á Cortés que se fuese luego con ellos á su ciudad: y como estábamos aguardando á los Mexicanos los seis dias como les prometió, con palabras blandas les detenia, y luego cumplido el plazo que habian dicho, viniéron de México seis principales hombres de mucha estima, y truxéron un rico presente que envió el gran Montezuma, que fuéron mas de tres mil pesos de oro en ricas joyas de diversas maneras, ducientas piezas de ropa de mantas muy ricas de pluma, y de otras labores, y dixéron á Cortés quando lo presentáron, que su Señor Montezuma se huelga de nuestra buena andanza, y que le ruega muy ahincadamente, que ni en bueno ni malo no fuese con los de Tlascala á su pueblo, ni se confiase dellos, que lo querian llevar allá para roballe oro y ropa, porque son muy pobres, que una manta buena de algodon no alcanzan; é que por saber que el Montezuma nos tiene por amigos, y nos envia aquel oro, y joyas, y mantas, lo procuraran de robar muy mejor: y Cortés recibió con alegría aquel presente, y dixo que se lo tenia en merced, y que él lo pagaria al Señor Montezuma en buenas obras; y que si se sintiese que los Tlascaltecas les pa-

sase por el pensamiento lo que Montezuma les enviaba á avisar, que se lo pagaria con quitalles á todos las vidas, y que él sabe muy cierto que no harán villanía ninguna, y todavía quiere ir á ver lo que hacen. Y estando en estas razones vienen otros muchos mensageros de Tlascala á decir á Cortés, como vienen cerca de allí todos los Caciques viejos de la cabecera de toda la Provincia á nuestros ranchos y chozas á ver á Cortés, y á todos nosotros, para llevarnos á su ciudad, y como Cortés lo supo, rogó á los Embaxadores Mexicanos que aguardasen tres dias por los despachos para su Señor; porque tenia al presente que hablar, y despachar sobre la guerra pasada, é pazes que ahora tratan, y ellos dixéron que aguardarian. Y lo que los Caciques viejos dixéron á Cortés, se dirá adelante.

CAPITULO LXXIV.

Como viniéron á nuestro Real los Caciques viejos de Tlascala á rogar á Cortés, y á todos nosotros, que luego nos fuésemos con ellos á su ciudad, y lo que sobre ello pasó.

Como los Caciques viejos de toda Tlascala viéron que no íbamos á su ciudad, acordáron de venir en andas, y otros en chamacas é acuestas, y otros á pie, los quales eran los por mí ya nombrados, que se decian Maseescaci, Xicotenga

el viejo é ciego é Guaxolacima, Chichimeclatecle, Tecapaneca de Topeyanco, los quales llegáron á nuestro Real con otra gran compañía de principales, y con gran acato hiciéron á Cortés, y á todos nosotros tres reverencias, y quemáron copal, y tocáron las manos en el suelo, y besáron la tierra: y el Xicotenga el viejo comenzó de hablar á Cortés desta manera, y dixole: Malinche, Malinche, muchas veces te hemos enviado á rogar, que nos perdones porque salimos de guerra, é ya te enviamos á dar nuestro descargo, que fué por defendernos del malo de Montezuma, y sus grandes poderes, porque creimos que erades de su bando, y confederados; y si supiéramos lo que ahora sabemos, no digo yo saliros á recebir á los caminos con muchos bastimentos, sino teneroslos barridos, y aun fuéramos por vosotros á la mar donde teniades vuestros acales, que son navíos; y pues ya nos habeis perdonado, lo que ahora os venimos á rogar yo y todos estos Caciques, es, que vais luego con nosotros á nuestra ciudad, y allí os daremos de lo que tuviéremos, é os serviremos con nuestras personas y haciendas: y mira Malinche no hagas otra cosa, sino luego nos vamos: y porque tememos que por ventura te habrán dicho esos Mexicanos algunas cosas de falsedades y mentiras de las que suelen decir de nosotros, no los creas, ni los oigas, que en todo son falsos, y tenemos entendido, que por

causa dello no has querido ir á nuestra ciudad. Y Cortés respondió con alegre semblante, y dixo, que bien sabia desde muchos años antes, que á estas sus tierras viniésemos, como eran buenos, y que de eso se maravilló, quando no saliéron de guerra, y que los Mexicanos que allí estaban, aguardaban respuestas para su Señor Montezuma : é á lo que decian, que fuésemos luego á su ciudad, y por el bastimento que siempre traian, é otros cumplimientos, que se lo agradecian mucho, y lo pagaria en buenas obras, é que ya se hubiera ido, si tuviera quien nos llevase los tepuzques, que son las bombardas: y como oyéron aquella palabra, sintiéron tanto placer, que en los rostros se conoceria, y dixéron : pues como, por esto has estado, y no lo has dicho? y en ménós de media hora traen sobre quinientos Indios de carga, y otro dia muy de mañana comenzamos á marchar camino de la Cabecera de Tlascala con mucho concierto, así de la artillería, como de los caballos, y escopetas y ballesteros, y todos los demas, segun lo teniamos de costumbre: y habia rogado Cortés á los mensageros de Montezuma que se fuesen con nosotros, para ver en qué paraba lo de Tlascala, y desde allí les despacharia, y que en su aposento estarian, porque no recibiesen ningun deshonor; porque segun dixéron temianse de los Tlascaltecas. Antes que mas pase adelante quiero decir, como en todos los pueblos

por donde pasamos, ó en otros donde tenian noticia de nosotros, llamaban á Cortés Malinche, y así le nombraré de aquí adelante Malinche en todas las pláticas que tuviéremos con qualesquier Indios, así desta Provincia, como de la ciudad de México, y no le nombraré Cortés, sino en parte que convenga: y la causa de haberle puesto aqueste nombre, es, que como Doña Marina nuestra lengua estaba siempre en su compañía, especialmente quando venian Embaxadores, ó pláticas de Caciques, y ella lo declaraba en lengua Mexicana, por esta causa le llamaban á Cortés el Capitan de Marina, y para mas breve le llamáron Malinche; y tambien se le quedó este nombre á un Juan Perez de Arteaga, vecino de la Puebla, por causa que siempre andaba con Doña Marina, y con Gerónimo de Aguilar deprendiendo la lengua, y á esta causa le llamaban Juan Perez Malinche, que renombre de Arteaga de obra de dos años á esta parte lo sabemos. He querido traer esto á la memoria, aunque no habia para que; porque se entienda el nombre de Cortés de aquí adelante, que se dice, Malinche: y tambien quiero decir, que como entramos en tierra de Tlascala, hasta que fuimos á su ciudad, se pasáron veinte y quatro dias, y entramos en ella á veinte y tres de septiembre de mil y quinientos y diez y nueve años, y vamos á otro capítulo, y diré lo que allí nos avino.

CAPITULO LXXV.

Como fuimos á la Ciudad de Tlascala, y lo que los Caciques viejos hicieron: de un presente que nos diéron, y como truxéron sus hijas y sobrinas, y lo que mas pasó.

Como los Caciques viéron que comenzaba á ir nuestro fardaxe camino de su ciudad, luego se fuéron adelante para mandar que todo estuviese aparejado para nos recibir, y para tener los aposentos muy enramados: é ya que llegábamos á un quarto de legua de la ciudad, salennos á recebir los mismos Caciques que se habian adelantado, y traen consigo sus hijas y sobrinas, y muchos principales, cada parentela y vando y parcialidad por sí; porque en Tlascala habia quatro parcialidades, sin las de Tecapeneca, Señor de Tepoyanco, que eran cinco, y tambien viniéron de todos los lugares sus sugetos, y traian sus libreas diferenciadas, que aunque eran de nequen, eran muy primas, y de buenas labores, y pinturas, porque algodon no lo alcanzaban. Y luego viniéron los Papas de toda la Provincia, que habia muchos por los grandes adoratorios que tenian, que ya he dicho, que entre ellos se llaman Cues, que son donde tienen sus ídolos y sacrifican, y traian aquellos Papas braseros con brasas, y con sus inciensos zahumando á todos nosotros, y traian vestidos algu-

nos dellos ropas muy largas, á manera de sobrepellizes, y eran blancas, y traian capillas en ellos como que querian parecer á las que traen los canónigos, como ya lo tengo dicho, y los cabellos muy largos y enredados, que no se pueden desparcir, si no se cortan, y llenos de sangre, que les salian de las orejas, que en aquel dia se habian sacrificado; y abaxaban las cabezas, como á manera de humildad quando nos viéron, y traian las uñas de los dedos de las manos muy largas: é oimos decir, que aquellos Papas tenian por Religiosos y de buena vida, y junto á Cortés se allegáron muchos principales acompañándole. Y como entramos en lo poblado, no cabian por las calles y azoteas, de tantos Indios é Indias, que nos salian á ver con rostros muy alegres, y truxéron obra de veinte piñas hechas de muchas rosas de la tierra, diferenciadas las colores, y de buenos olores, y las diéron á Cortés, y á los demas soldados que les parecian Capitanes, especial á los de á caballo: y como llegamos á unos buenos patios adonde estaban los aposentos, tomáron luego por la mano á Cortés, Xicotenga el viejo, y Maseescaci, y le meten en los aposentos, y allí tenian aparejado para cada uno de nosotros á su usanza, unas camillas de esteras, y mantas de nequen: y tambien se aposentáron los amigos que traiamos de Cempoal, y de Cocotlan, cerca de nosotros: y mandó Cortés, que los mensageros del gran Montezuma se aposen-

tasen junto con su aposento. Y puesto que estábamos en tierra, que viamos claramente que estaban de buenas voluntades, y muy de paz, no nos descuidamos de estar muy apercebidos, segun teniamos de costumbre: y parece ser, que nuestro Capitan á quien cabia el quarto de poner corredores del campo, y espías y velas, dixo Cortés: parece, señor, que estan muy de paz, y no habemos menester tanta guarda, ni estar tan recatados como solemos: Mira señores, bien veo lo que decis, mas por la buena costumbre hemos de estar apercebidos, que aunque sean muy buenos, no habemos de creer en su paz, sino como si nos quisiesen dar guerra, y los viésemos venir á encontrar con nosotros, que muchos Capitanes por se confiar y descuidar, fuéron desbaratados; especialmente nosotros, como somos tan pocos, y habiéndonos enviado á avisar el gran Montezuma, puesto que sea fingido, y no verdad, hemos de estar muy alerta. Dexemos de hablar de tantos cumplimientos é órden como teniamos en nuestras velas y guardas, y volvamos á decir, como Xicotenga el viejo y Maseescaci, que eran grandes Caciques, se enojáron mucho con Cortés, y le dixéron con nuestras lenguas: Malinche, ó tú nos tienes por enemigos, ó no muestras obras en lo que te vemos hacer, que no tienes confianza de nuestras personas, y en las pazes que nos has dado, y nosotros á ti: y esto te decimos, porque vemos

que así os velais, y venis por los caminos apercebidos, como quando veniais á encontrar con nuestros esquadrones: y esto, Malinche, creemos que lo haces por las traiciones y maldades que los Mexicanos te han dicho en secreto, para que estés mal con nosotros: mira no los creas, que ya aquí estás, y te daremos todo lo que quisieses, hasta nuestras personas y hijos, y moriremos por vosotros; por eso demanda en rehenes todo lo que quisieres, y fuere tu voluntad. Y Cortés, y todos nosotros estábamos espantados de la gracia y amor con que lo decian; y Cortés les respondió con Doña Marina, que así lo tiene creido, é que no ha menester rehenes, sino ver sus buenas voluntades: y que en quanto á venir apercebidos, que siempre lo teniamos de costumbre, y que no lo tuviesen á mal: y por todos los ofrecimientos se lo tenia en merced, y se lo pagaria el tiempo andando: y pasadas estas pláticas, vienen otros principales con gran aparato de gallinas, y pan de maiz, y tunas, y otras cosas de legumbres que habia en la tierra, y bastecen el Real muy cumplidamente, que en veinte dias que allí estuvimos todo lo hubo sobrado, y entramos en esta ciudad á veinte y tres dias del mes de septiembre de mil y quinientos y diez y nueve años: é quedaráse aquí, y diré lo que mas pasó.

CAPITULO LXXVI.

Como se dixo Misa estando presentes muchos Caciques, y de un presente que truxéron los Caciques viejos.

Otro dia de mañana mandó Cortés, que se pusiese un altar para que se dixese Misa, porque ya teniamos vino é hostias: la qual Misa dixo el clérigo Juan Diaz, porque el Padre de la Merced estaba con calenturas, y muy flaco, y estando presente Maseescaci el viejo, y Xicotenga, y otros Caciques: y acabada la Misa Cortés se entró en su aposento, y con él parte de los soldados que le soliamos acompañar, y tambien los dos Caciques viejos, y nuestras lenguas, y dixole el Xicotenga, que le querian traer un presente, y Cortés les mostraba mucho amor, y les dixo, que quando quisiesen: y luego tendiéron unas esteras, y una manta encima, y truxéron seis ó siete pecezuelos de oro, y piedras de poco valor, y ciertas cargas de ropa de Nequen, que toda era muy pobre, que no valia veinte pesos: y quando lo daban, dixéron aquellos Caciques riendo: Malinche, bien creemos que como es poco eso que te damos, no lo recebirás con buena voluntad: ya te hemos enviado á decir, que somos pobres, é que no tenemos oro, ni ningunas riquezas, y la causa dello es, que

esos traidores y malos de los Mexicanos, y Montezuma que ahora es señor, nos lo han sacado todo quando soliamos tener pazes y treguas que les demandábamos, porque no nos diesen guerra; y no mires que es poco valor, sino recíbelo con buena voluntad, como cosa de amigos y servidores que te serémos: y entónces tambien truxéron aparte mucho bastimento. Cortés lo recibió con alegría, y les dixo, que en mas tenia aquello por ser de su mano, y con la voluntad que se lo daban, que si le truxeran otros una casa llena de oro en granos, y que así lo recibe, y les mostró mucho amor. Y parece ser tenian concertado entre todos los Caciques de darnos sus hijas y sobrinas las mas hermosas que tenian, que fuesen doncellas por casar, y dixo el viejo Xicotenga: Malinche, porque mas claramente conozcais el bien que os queremos, y deseamos en todo contentaros, nosotros os queremos dar nuestras hijas, para que sean vuestras mugeres, y hagais generacion, porque queremos teneros por hermanos, pues sois tan buenos y esforzados. Yo tengo una hija muy hermosa, é no ha sido casada, é quiérola para vos: y asimismo Maseescaci, y todos los mas Caciques dixéron que traerian sus hijas, y que las recibiésemos por mugeres, y dixéron otros muchos ofrecimientos, y en todo el dia no se quitaban, así el Maseescaci, como el Xicotenga de cabe Cortés, y como era ciego de viejo el Xicotenga, con la mano

atentaba á Cortés en la cabeza, y en las barbas y rostro, y se la traia por todo el cuerpo: y Cortés les respondió á lo de las mugeres, que él, y todos nosotros se lo teniamos en merced, y que en nuevas obras se lo pagariamos el tiempo andando: y estaba allí presente el Padre de la Merced, y Cortés le dixo: Señor Padre, paréceme que será ahora bien que demos un tiento á estos Caciques para que dexen sus ídolos, y no sacrifiquen, porque harán qualquier cosa que les mandaremos, por causa del gran temor que tienen á los Mexicanos; y el Frayle dixo: Señor, bien es, pero dexémoslo hasta que traigan las hijas, y entónces habrá materia para ello, y dirá v. m. que no las quiere recebir, hasta que prometan de no sacrificar; si aprovechare bien; sino harémos lo que somos obligados: y así quedó para otro dia, y lo que se hizo se dirá adelante.

CAPITULO LXXVII.

Como truxéron las hijas á presentar á Cortés, y á todos nosotros, y lo que sobre ello se hizo.

Otro dia viniéron los mismos Caciques viejos, y truxéron cinco Indias hermosas, doncellas y mozas, y para ser Indias eran de buen parecer, y bien ataviadas, y traian para cada India otra

moza para su servicio, y todas eran hijas de Caciques, y dixo Xicotenga á Cortés: Malinche, esta es mi hija, y no ha sido casada, que es doncella, tomadla para vos: la qual le dió por la mano, y las demas, que las diese á los Capitanes: y Cortés se lo agradeció, y con buen semblante que mostró, dixo, que él las recibia y tomaba por suyas, y que ahora al presente, que las tuviesen en su poder sus padres: y preguntáron los mismos Caciques, qué por qué causa no las tomábamos ahora? y Cortés respondió: porque quiero hacer primero lo que manda Dios nuestro Señor, que es en el que creemos y adoramos, y á lo que me envió el Rey nuestro Señor, que es que quiten sus ídolos, que no sacrifiquen, ni maten mas hombres, ni hagan otras torpedades malas que suelen hacer, y crean en lo que nosotros creemos, que es un solo Dios verdadero, y se les dixo otras muchas cosas tocantes á nuestra santa Fe: y verdaderamente fuéron muy bien declaradas, porque Doña Marina y Aguilar, nuestras lenguas estaban ya tan expertas en ello, que se les daba á entender muy bien, y se les mostró una imágen de nuestra Señora con su Hijo precioso en los brazos; y se les dió á entender, como aquella Imágen es figura, como la de nuestra Señora, que se dice Santa María, que está en los altos cielos, y es la madre de nuestro Señor, que es aquel niño Jesus que tiene en los brazos, y que le concibió por gracia del Espíritu

Santo, quedando Vírgen ántes del Parto, y en el Parto, y despues del Parto : y aquesta gran Señora ruega por nosotros á su Hijo precioso, que es nuestro Dios y Señor, y les dijo otras muchas cosas, que se convenian decir sobre nuestra santa Fe : y si quieren ser nuestros hermanos, y tener amistad verdadera con nosotros ; y para que con mejor voluntad tomásemos aquellas sus hijas para tenellas, como dicen, por mugeres, que luego dexen sus malos ídolos, y crean y adoren en nuestro Señor Dios, que es el que nosotros creemos y adoramos, y verán cuanto bien les irá, porque demas de tener salud, y buenos temporales, sus cosas se les hará prósperamente, y cuando se mueran irán sus ánimas á los cielos á gozar de la gloria perdurable : y que si hacen los sacrificios que suelen hacer á aquellos sus ídolos, que son diablos, les llevarian á los infiernos, donde para siempre jamas arderán en vivas llamas. Y porque en otros razonamientos se les habia dicho otras cosas acerca de que dexasen los ídolos, en esta plática no se les dixo mas ; y lo que respondiéron á todo, es, que dixéron : Malinche, ya te hemos entendido antes de ahora, y bien creemos, que ese vuestro Dios, y esa gran Señora, que son muy buenos ; mas mira, ahora venistes á estas nuestras tierras y casas, el tiempo andando entenderémos muy mas claramente vuestras cosas, y verémos como son, y harémos lo que sea bueno : como quieres que

dexemos nuestros Teules, que desde muchos años nuestros antepasados tienen por Dioses, y les han adorado y sacrificado ¿é ya que nosotros que somos viejos, por te complacer lo quisiésemos hacer, que dirán todos nuestros Papas, y todos los vecinos mozos, y niños desta Provincia, sino levantarse contra nosotros, especialmente, que los Papas han ya hablado con nuestros Teules, y le respondiéron, que no los olvidásemos en sacrificios de hombres, y en todo lo que de ántes soliamos hacer, sino que á toda esta Provincia destruirian hambres, pestilencias y guerra? Así que dixéron, y dieron por respuesta, que no curásemos mas de les hablar en aquella cosa, porque no los habian de dexar de sacrificar, aunque los matasen. Y desque vimos aquella respuesta, que la daban tan de veras, y sin temor, dixo el Padre de la Merced, que era entendido é Téologo: Señor, no cure v. m. de mas les importunar sobre esto, que no es justo que por fuerza les hagamos ser Christianos, y aun lo que hicimos en Cempoal en derrocalles sus ídolos, no quisiera yo que se hiciera hasta que tengan conocimiento de nuestra santa Fe; ¿qué aprovecha quitalles ahora sus ídolos de un Cu y adoratorio, si los pasan luego á otros? bien es que vayan sintiendo nuestras amonestaciones, que son santas y buenas, para que conozcan adelante los buenos consejos que les damos. Y tambien le habláron á Cortés tres

Caballeros, que fuéron Pedro de Alvarado, y Juan Velazquez de Leon, y Francisco de Lugo, y dixéron á Cortés : Muy bien dice el Padre, y v. m. con lo que ha hecho cumple, y no se toque mas á estos Caciques sobre el caso, y así se hizo : lo que les mandamos con ruegos fué, que luego desembarazasen un Cu que estaba allí cerca, y era nuevamente hecho, é quitasen unos ídolos, y lo encalasen y limpiasen para poner en él una Cruz, y la imágen de nuestra Señora : lo cual luego lo hiciéron, y en él se dixo Misa, y se bautizáron aquellas Cacicas, y se puso nombre á la hija de Xicotenga, Doña Luisa, y Cortés la tomó por la mano, y se la dió á Pedro de Alvarado, y dijo á Xicotenga, que aquel á quien la daba era su hermano, y su Capitan, y que lo hubiese por bien, porque seria dél muy bien tratada, y el Xicotenga recibió contentamiento dello : y la hija ó sobrina de Maseescasi se puso nombre Doña Elvira, y era muy hermosa; y paréceme que la dió á Juan Velazquez de Leon, y las demas se pusieron sus nombres de Pila, y todas con dones, y Cortés las dió á Christóval de Oli, y á Gonzalo de Sandoval, y á Alonso de Avila. Y despues desto hecho, se les declaró á qué fin se pusiéron dos Cruces, é que era porque tienen temor dellas sus ídolos, y que á do quiera que estábamos de asiento, é dormiamos, se ponen en los caminos; é á todo esto estaban muy atentos. Antes que mas pase adelante,

quiero decir como de aquella Cacica hija de Xicotenga, que se llamó Doña Luisa, que se la dió á Pedro de Alvarado, que así como se la diéron, toda la mayor parte de Tlascala la acataba, y le daban presentes, y la tenian por su señora; y della hubo el Pedro de Alvarado, siendo soltero, un hijo que se dixo Don Pedro, é una hija que se dice Doña Leonor, muger que ahora es de Don Francisco de la Cueva, buen Caballero, primo del Duque de Alburquerque, é ha habido en ella cuatro ó cinco hijos muy buenos Caballeros: y aquesta Señora Doña Leonor es tan excelente señora, en fin como hija de tal padre, que fué Comendador de Santiago, Adelantado y Gobernador de Guatemala; y por la parte de Xicotenga gran señor de Tlascala, que era como Rey. Dexemos estas relaciones, y volvamos á Cortés, que se informó de aquestos Caciques, y les preguntó muy por entero de las cosas de México, y lo que sobre ello dixéron es esto que diré.

CAPITULO LXXVIII.

Como Cortés preguntó á Maseescaci, é á Xicotenga, por las cosas de México, y lo que en la relacion dixéron.

Luego Cortés apartó aquellos Caciques, y les preguntó muy por extenso las cosas de México, y Xicotenga, como era mas avisado y gran se-

ñor, tomó la mano á hablar, y de quando en quando le ayudaba Maseescaci, que tambien era gran señor, y dixéron que tenia Montezuma tan grandes poderes de gente de guerra, que quando queria tomar un gran pueblo, ó hacer un asalto en una Provincia, que ponia en campo cien mil hombres, y que esto que lo tenia bien experimentado por las guerras y enemistades pasadas, que con ellos tienen de mas de cien años, y Cortés le dixo: Pues con tanto guerrero, como decis que venian sobre vosotros, ¿cómo nunca os acabáron de vencer? y respondiéron que puesto que algunas veces les desbarataban y mataban, y llevaban muchos de sus vasallos para sacrificar, que tambien de los contrarios quedaban en el campo muchos muertos, y otros presos; y que no venian tan encubiertos, que dello no tuviese noticia, y quando lo sabian, que se apercebian con todos sus poderes, y con ayuda de los de Guaxocingo se defendian é ofendian: é que como todas las Provincias y pueblos que ha robado Montezuma, y puesto debaxo de su dominio, estaban muy mal con los Mexicanos, y traian dellos por fuerza á la guerra, no pelean de buena voluntad, ántes de los mismos tenian avisos, y que á esta causa les defendian sus tierras lo mejor que podian, y que dónde mas mal les habia venido á la contina, es de una ciudad muy grande que está de allí andadura de un dia, que se dice Cholula, que

son grandes traidores, y que allí metia Montezuma secretamente sus Capitanías, y como estaban cerca de noche hacian salto. Y mas dixo Maseescaci, que tenia Montezuma en todas las provincias puestas guarniciones de muchos guerreros, sin los muchos que sacaba de la ciudad, y que todas aquellas provincias le tributan oro, y plata, y plumas, y piedras, y ropa de mantas, y algodon, é Indios, é Indias para sacrificar, y otros para servir : y que es tan gran señor, que todo lo que quiere tiene, y que las casas en que vive tiene llenas de riquezas, y piedras chalchihuites que ha robado y tomado por fuerza á quien no se lo da de grado, y que todas las riquezas de la tierra están en su poder : y luego contáron del gran servicio de su casa, que era para nunca acabar, si lo hubiese aquí de decir, pues de las muchas mugeres que tenia, y como casaba algunas dellas, de todo daban relacion : y luego dicen de la gran fortaleza de su ciudad, de la manera que es la laguna y la hondura del agua, y de las calzadas que hay por donde han de entrar en la ciudad, y las puentes de madera que tienen en cada calzada, y como entra y sale por el estrecho de abertura que hay en cada puente, y como en alzando qualquiera dellas, se pueden quedar aislados entre puente y puente sin entrar en su ciudad : y como está toda la mayor parte de la ciudad poblada dentro en la laguna, y no se puede pasar de

casa en casa, si no es por unas puentes levadizas que tienen hechas, ó en canoas, y todas las casas son de azuteas, y en las azuteas tienen hechas como á manera de mamparos, y pueden pelear desde encima dellas, y la manera como se provee la ciudad de agua dulce desde una fuente que se dice Chapultepeque, que está de la ciudad obra de media legua, y va el agua por unos edificios, y llega en parte que con canoas la llevan á vender por las calles: y luego contáron de la manera de las armas, que eran varas de á dos gajos, que tiraban con tiraderas, que pasan qualesquier armas, y muchos buenos flecheros, y otros con lanzas de pedernales, que tienen una braza de cuchilla, hechas de arte, que cortan mas que navajas, y rodelas, y armas de algodon, y muchos honderos con piedras rollizas, é otras lanzas muy largas, y espadas de á dos manos de navajas: y truxéron pintados en unos paños grandes de nequen las batallas que con ellos habian habido, y la manera del pelear, y como nuestro Capitan, y todos nosotros estábamos ya informados de todo lo que decian aquellos Caciques, estorbó la plática, y metiólos en otra mas honda, y fué que como ellos habian venido á poblar á aquella tierra, é de que partes viniéron, que tan diferentes y enemigos eran de los Mexicanos, siendo tan cerca unas tierras de otras: y dixéron, que les habian dicho sus antecesores, que

en los tiempos pasados que habia allí entre ellos poblados hombres y mugeres muy altos de cuerpo, y de grandes huesos, que porque eran muy malos, y de malas maneras, que los matáron peleando con ellos, y otros que quedaban se muriéron: é para que viésemos que tamaños é altos cuerpos tenian, truxéron un hueso ó zancarron de uno dellos, y era muy grueso, el altor del tamaño como un hombre de razonable estatura: y aquel zancarron era desde la rodilla hasta la cadera: yo me medí con él, y tenia tan gran altor como yo, puesto que soy de razonable cuerpo; y truxéron otros pedazos de huesos como el primero, mas estaban ya comidos y deshechos de la tierra, y todos nos espantamos de ver aquellos zancarrones; y tuvimos por cierto haber habido Gigantes en esta tierra: y nuestro Capitan Cortés nos dixo, que seria bien enviar aquel gran hueso á Castilla para que lo viese su Magestad, y así lo enviamos con los primeros Procuradores que fuéron. Tambien dixéron aquellos mismos Caciques, que sabian de aquellos sus antecesores, que les habia dicho un su ídolo en quien ellos tenian mucha devocion, que vendrian hombres de las partes de ácia donde sale el Sol, y de léjas tierras á les sojuzgar y señorear; que si somos nosotros, holgaran dello, que pues tan esforzados y buenos somos; y quando tratáron las paces se les acordó desto que les habia dicho su ídolo, que por

aquella causa nos dan sus hijas para tener parientes que les defiendan de los Mexicanos. Y quando acabáron su razonamiento, todos quedamos espantados, y deciamos si por ventura dicen verdad: y luego nuestro Capitan Cortés les replicó y dixo, que ciertamente veniamos de ácia dondo sale el Sol, y que por esta causa nos envió el Rey nuestro Señor á tenellos por hermanos, porque tienen noticia dellos, y que plegue á Dios nos dé gracia para que por nuestras manos é intercesion se salven, y diximos todos, Amen. Hartos estarán ya los Caballeros que esto leyeren de oir razonamientos y pláticas de nosotros á los de Tlascala, y ellos á nosotros: queria acabar, y por fuerza me he de detener en otras cosas, que con ellos pasamos; y es que el volcan que está cabe Guaxocingo, echaba en aquella sazon que estábamos en Tlascala mucho fuego mas que otras veces solia echar: de lo qual nuestro Capitan Cortés, y todos nosotros, como no habiamos visto tal, nos admiramos dello, y un Capitan de los nuestros, que se decia Diego de Ordás, tomóle codicia de ir á ver que cosa era, y demandó licencia á nuestro General para subir en él: la qual licencia le dió, y aun de hecho se lo mandó: y llevó consigo dos de nuestros soldados, y ciertos Indios principales de Guaxocingo, y los principales que consigo llevaba, poníanle temor con decille, que quando estuviese á medio camino de Popo-

catepeque, que así se llamaba aquel volcan, no podria sufrir el temblor de la tierra, ni llamas y piedras, y ceniza que dél sale, é que ellos no se atreverian á subir mas de hasta donde tienen unos Cues de ídolos, que llaman los Teules de Popocatepeque: y todavía el Diego de Ordás con sus dos compañeros fué en su camino, hasta llegar arriba, y los Indios que iban en su compañía se lè quedáron en lo baxo: despues el Ordás, y los dos soldados viéron al subir que comenzó el volcan á echar grandes llamaradas de fuego, y piedras medio quemadas y livianas, y mucha ceniza, y que temblaban toda aquella sierra y montaña adonde está el volcan, y estuviéron quedos, sin dar mas paso adelante, hasta de ahí á una hora, que sintiéron que habia pasado aquella llamarada, y no echaba tanta ceniza, ni humo, y subiéron hasta la boca, que era muy redonda y ancha, y que habia en el anchor un quarto de legua, y que desde allí se parecia la gran ciudad de México, y toda la laguna, y todos los pueblos que está en ella poblados; y está este volcan de México obra de doce ó trece leguas: y despues de bien visto, muy gozoso el Ordás, y admirado de haber visto á México, y sus ciudades, volvió á Tlascala con sus compañeros, y los Indios de Guaxocingo; y los de Tlascala se lo tuviéron á mucho atrevimiento: y quando lo contaba al Capitan Cortés, y á todos nosotros, como en aquella sazon no habiamos

visto ni oido, como ahora que sabemos lo que es, y han subido encima de la boca muchos Españoles, y aun Frayles Franciscos, nos admirábamos entónces dello; y quando fué Diego de Ordás á Castilla lo demandó por armas á su Magestad, é así las tiene ahora un su sobrino Ordás, que vive en la Puebla. Y despues acá desque estamos en esta tierra, no le habemos visto echar tanto fuego, ni con tanto ruido como al principio; y aun estuvo ciertos años que no echaba fuego, hasta el año de mil y quinientos y treinta y nueve, que echó muy grandes llamas, y piedras, y ceniza. Dexemos de contar del volcan, que ahora que sabemos qué cosa es, y habemos visto otros volcanes, como son los de Nicaragua, y los de Guatemala, se podian haber callado los de Guaxocingo sin poner en relacion: y diré como hallamos en este pueblo de Tlascala casas de madera hechas de redes, y llenas de Indios é Indias que tenian dentro encarcelados y á cebo, hasta que estuviesen gordos para comer y sacrificar: las quales cárceles les quebramos y deshicimos, para que se fuesen los presos que en ellas estaban, y los tristes Indios no osaban de ir á cabo ninguno, sino estarse allí con nosotros, y así escapáron las vidas: y dende en adelante en todos los pueblos que entrábamos, lo primero que mandaba nuestro Capitan era quebralles las tales cárceles, y echar fuera los prisioneros, y comunmente

en todas estas tierras las tenian; y como Cortés, y todos nosotros vimos aquella gran crueldad, mostró tener mucho enojo de los Caciques de Tlascala, y se lo riñó muy enojado, y prometiéron desde allí adelante que no matarian, ni comerian de aquella manera mas Indios: dixe yo, ¿que qué aprovechaban aquellos prometimientos? que en volviendo la cabeza hacian las mismas crueldades. Y dexemoslo asi, y digamos como ordenamos de ir á México.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

TABLA

DE LOS CAPITULOS DE ESTE PRIMER TOMO.

Pág.

Pág.

Pág.

Pág.

FIN DE LA TABLA DEL TOMO PRIMERO.

